ALFAGUARA

Pablo Ramos

El origen de la alegría



Narrativa Hispánica

Pablo Ramos

El origen de la alegría

ALFAGUARA

A mi hermanita Verónica.

A mis hijos Nuncio, Julio y Antonia.
A mis hermanos Juan Ángel y Gabriel Alejandro.
A Juanjo, Federico y Martina.
A Lucila Mangone.
A Pablo Pellegrino.
A María Colaneri.

Desde esta noche tan oscura

Jesús dijo: "Si sacas lo que hay dentro de ti, lo que saques te salvará. Si no sacas lo que hay dentro de ti, lo que no saques te destruirá".

Evangelio secreto de Tomás griego, 32, 10-11

—Papá.

—Decime, amor.

—¿Yo me parezco un poco?

—No creo, mi amor; vos sos rubiona, de pelo lacio, ojos de miel, ella era mulatona, de pelo enrulado y ojos negros. Siciliana.

—¿Y qué tengo que hacer para parecerme?

—No sé, a ver… dejame ver… reírte todo el tiempo, hablar fuerte, hablar mucho, interesarte por todo, andar de acá para allá ayudando a tu abuela, ser atenta, alegre y cariñosa. Bueno, todo eso que vos hacés y que vos sos.

—Entonces me parezco un poco, papá.

—Tenés razón, hija, te parecés mucho.

—Sos tonto, eh.

—No te imaginás cuánto.

Tres mujeres, pensé. Tres mujeres desconocidas que seguramente guardo en la memoria. Tres rasgos de cada una de ellas; y entonces ella, otra vez, entre nosotros. Ella frente a mí. Ella mirándome. Ella acariciándome la cabeza. Ella diciéndome “tranquilo, cachorrito, tranquilo”.

Parado frente a la ruleta automática del casino del Hipódromo de Palermo fue que lo pensé. Y nomás lo pensé, lo entendí. Y supe que debía apostarlo todo al cero. Y nomás le aposté todo al cero, también supe que acababa de inventarme el entendimiento: otro invento vacío en el vacío de aquellos dos últimos meses de aquellos dos últimos años. Pero el cero iba a venir: tenía que venir. El no-número que imaginaron los árabes y que en nada modifica al número mágico de la rueda de Pascal. Ese es el que iba a venir. Ese era el que ya venía.

El salón de juegos mayor estaba muy por debajo de su capacidad; y al ser tan desmedidamente grande, uno podía jugar sintiéndose en una soledad relativa. Generalmente un jugador se siente solo frente al paño de la ruleta, aunque sea un paño de lamparitas de neón; pero ese nunca es el caso si viene ganando. La buena racha es un radiador de automóvil que hace que a uno se le peguen todos los bichos de la ruta. Y yo estaba de buena racha, de racha inmejorable, y por suerte solo tenía a mi lado a un único jugador que parecía no haberse dado cuenta de esa condición. Un jugador enloquecido de enfermedad, de esos que usan pañales Plenitud o Nonino para no perder tiempo yendo al baño; como si desconocieran que el tiempo no es lo más valioso que se pierde en un lugar así. El hombre apostaba fuerte y perdía. Perdía y perdía. Perdía sin pausa. Se le notaba en la mirada, también perdida, en el perfil acaranchado cada vez que fruncía la boca juntando un bigote finito y amarillento con los orificios de la nariz, se le notaba, digo, su imperiosa necesidad de ganar. No se daba cuenta, como yo no me había dado cuenta tantas veces en ese mismo lugar, de que uno va al casino a perder, que solo cuando pierde todo es que uno se vuelve sereno al sereno suicidio de su casa, si es que aún le queda casa.

Yo ganaba y tenía que estar atento a mi entorno, casi paranoico, ya que me había fabricado un nuevo divertimento al autoexcluirme de todos los casinos de Buenos Aires al declararme jugador compulsivo, para luego tratar de entrar por medios clandestinos. Y si bien la vigilancia no era muy difícil de burlar, cuando ganaba mucho, indefectiblemente, aparecían los patovicas y me sacaban a la calle. En esos casos ni siquiera me pagaban las jugadas ni me devolvían el dinero inicial que había apostado. Pero en esos últimos meses yo contaba con un aliado invencible: Alfredo, mi amigo paraguayo, el único amigo real que me quedaba y que había conseguido trabajo de lugarteniente de seguridad en ese mismo local. Con su ayuda y una coima generosa yo

lograba eludir esos inconvenientes. Tan solo se complicaba con unos pocos moralistas cuando estaban de turno, pero con muy pocos.

De golpe una voz en los altoparlantes nos daba la gran noticia al mismo tiempo que las camareras empezaban a recorrer los puestos de juego reforzando el mensaje, aclarando que era una "ordenanza gubernamental". Repetían lo que a mi entender es la mejor versión ludópata de *El cuervo*, de Edgard Allan Poe, que se haya oído jamás: "Hagan su última apuesta, señores", y el cuervo dijo en mi cabeza, otra vez, "*never more"*.

Era claro que el nuevo presidente se había decidido a declarar una cuarentena obligatoria por el brote de un virus del cual tan solo se sabía que era chino. Ni siquiera si era chino de China o de supermercado chino. La cuarentena entraría en vigencia desde las ocho de esa misma mañana. Una pandemia más que nos afectaba a todos por igual. Otra vez, por octava, novena o décima vez en la triste y belicosa historia de la humanidad. Una pandemia independiente de las pandemias económicas que acostumbran orquestar los poderosos del mundo venía a recordarnos la fragilidad de nuestra existencia hipócrita.

Al escuchar el altoparlante mi compañero de ruleta comenzó a predicar una homilía apocalíptica para nada despreciable. Fue alzando el volumen de voz hasta que algunas de las camareras y algunos de los habitantes de ese purgatorio de tragos mal servidos, vasos descartables y excesivo neón multicolor, se sintieran visiblemente intimidados.

—Es el virus de la Justicia Divina —gritó el dueño del meollo, luego se ajustó el pañal que le asomaba por los cuatro costados y se puso las alas blancas dentro del pantalón.

Tuvo un instante de introspección y después siguió alegando a los gritos que este virus venía a meternos a todos en el "pozo gusanero"; porque el universo ya estaba harto de la humanidad a la cual "le había tenido demasiada paciencia". En un momento dejó de gritar y le entró a las patadas a la ruleta electrónica en la cual los dos estábamos apostando. No pudo terminar que llegaron los grandotes y lo sacaron del forro del saco directo a la calle. Lo imaginé cuesta abajo en su rodada, pañal mojado, bolsillos secos, remordiendo una decena de razones irrefutables en las que nadie iba a interesarse jamás.

Una de las camareras se me acercó por detrás y me susurró al oído y muy dulcemente la amarga letanía que junto a sus compañeras venía rezando. Me sopló un poquito de aliento tibio en la nuca y la cañita mojarrera se me levantó al instante. Ella se quedó un momento detrás de mí, y casi me doy vuelta para mostrarle el milagro pero me di cuenta de que tan solo estaba esperando una señal mía que le confirmara que había entendido, y que iba a acatar la orden. Asentí con una leve sacudida de cabeza y le puse todo al cero.

—Verde que te quiero verde —dije, e hice girar la maquinita.

En silencio para el inframundo le pedí a mi Dios, el que es justo y necesario, que se llevase todo o me lo diera todo.

—Hágase Tu voluntad, Señor —dije hipnotizado, la mirada atenta en la máquina.

—Si me toca todo prometo dar más que todo —dije—. Prometo dar todo eso que no tengo, prometo dar todo eso que nunca tendré; prometo prometer promesas imposibles de cumplir para después dedicarle la vida a cumplir lo imposible —también dije—, prometo soltar esta vida de mierda y dedicarme a algo que valga la pena. Tanta pena, Señor, tanta pena.

Pero como siempre me pasa, al mismo tiempo que esas plegarias verdaderas y respetuosas salían de mi boca, un sinfín de oraciones apócrifas chisporroteaban en mi mente como refucilos en un cielo tormentoso. Subiendo desde el culo hacia mi cabeza, algo así como el camino inverso de un pedo: un pedo del inconsciente, o un inconsciente al pedo. Doy algunos ejemplos:

San Roque San Roque, que este Cero sí me toque.

San Blas San Blas, ayúdame con un Cero y te vas.

San Perón San Perón, ayuda a mi corazón.

¿San Blas San Blas, por qué no me hablás? ¿O nada que ver con el santo?

Cosas por el estilo. Cosas blasfemas por lo estúpidas. Pero que ahí estaban, mientras el tiempo se hacía de chicle; y como yo masco más vidrio que chicle, me dediqué a prestarles atención a esos refucilos tratando de que no fueran exteriorizados por mi boca. Medio hipnotizado porque la bolita seguía y seguía dando vueltas sin dar señales de emprender el descenso: nunca antes había visto a una bolita tardar tanto en caer.

La luz tintineó en toda la sala y hubo un apagón de unos segundos, un parpadeo nomás. La máquina se reseteó y yo me arrodillé, no porque fuera una señal sino porque no me daban más las piernas. Había apostado todo lo que venía ganando, todo lo que había llevado, y caí de rodillas más que arrodillarme. ¿De cuánto era la apuesta, de cuánto es, Gabriel?, me pregunté: de todo: de nada. Casi un millón de pesos. Seguro, Gabriel. ¿Más de un millón de pesos? Seguro, Gabriel. Y la máquina volvió de entre los muertos y para los muertos y reconoció mi apuesta y solita otra vez empezó el rodaje. Máquina vip. El ciclo sin fin del Rey Neón. Y los refucilos acumulados y reprimidos se lanzaron al aire nublando de veneno el hermoso cielorraso del casino.

Porque Alá es grande, pensé (y otra vez la cantinela).

—Es enorme y no entra en este hipódromo ni a ganchos —dije.

—¡Y juro que te tengo miedo, Jehovah! Y a vos Moisés mejor ni hablar —también dije.

Y qué cagazo se habrá pegado el pibe de Abraham (pobre pibe en una época sin acompañantes terapéuticos), pensé pero no lo dije.

—Más barato, Abraham, más barato —no sé por qué lo dije.

—¿Escuchaste la voz de Dios? ¿Realmente la escuchaste? Si hoy llegaras a decir que Dios te mandó a amasijar a tu hijo, te encierran y te dan Tegretol o Halopidol, o algo que termine en *ol* y te aleje de *Él* (pensé y no dije; o si lo dije lo dije sin pensar).

Y dale que te dale que te dale: pero con la Virgen no me metí. Jamás me metería con Ella porque yo tengo un límite bien marcado y no solo en la tarjeta de crédito, de blasfemia también

tengo un límite bien marcado. Y con Ella no me meto. Ella es real, al menos Ella era lo único real que a mí me quedaba en ese momento.

—Frenate ahí, Gabriel —la voz en el aire fue clara y resonante—. Frenate ahí, Gabriel —la voz de ella, no de Ella. La voz que venía escuchando a diario en mi casa, la voz fantasmal que lejos de asustarme me consolaba con su tono de dulce imperativo, pero con la cual aún no había logrado dialogar. Esa voz, la voz de Julia me hablaba ahora en el casino. Esta vez la ignoré.

Mi bolita seguía suspendida en los bordes de lo real. Había pasado mucho tiempo. ¿Había pasado tanto tiempo? Pero se movía. Se seguía moviendo. Y yo pensé que estaba, que era científico, y si es científico no es pelotudo; no puede serlo.

Una camarera se paró a una distancia prudente, a una distancia justa en la cual, de yo perderlo todo, no habría podido acusarla de mufa.

—*Eppur si muove* —le dije marcando bien fuerte el acento de tano vendefainá de La Boca. La boca se me haga a un lado.

Y esperé. Esperé. Un siglo esperé. Y la bolita descendió, descendió y descendió; un siglo descendió. Y tomó forma de paloma y se clavó exactamente en el cero. Verde el 0, verde que te quiero verde; y verde que me acabás de forrar en una pila incontable de hermosos norteamericanos verdes.

—*In God we trust* —le dije a la camarera y tomé el maravilloso tiquete que bien merecido tenía, bien merecido, Señor, y me alejé de la ruleta. No para siempre ni por siempre jamás.

El tiquete de letras diminutas era imposible de leer en la penumbra del salón. Traté de multiplicar: un millón noventa y siete mil por treinta y seis y daba, y da, daría… antes de decir “me llevo uno” ya tenía a dos de los monos de seguridad encima.

—Usted no puede jugar, está en la nómina de jugadores compulsivos —me dijo el más patovica de los patovicas.

—¿Me señala en la sala a un jugador que no esté en la supuesta nómina?

—Usted no puede cobrar esto —dijo el otro, el menos patovica de los patovicas, e intentó tomar el tiquete pero lo gambeteé.

—Llamen a Alfredo —dije.

—No sé quién es —dijo el más patovica.

—Alfreedoóo, veníií —dije onda cantora de lotería, bastante más alto de lo que hablaría normalmente pero cuidándome de que no sonara a que estaba gritando. En la isla de vigilancia mi amigo, seguramente, estaría atento al llamado de la selva.

—La plata que viene fácil, fácil también se va —estaba diciendo cuando, detrás de los monos y con cara feliz, mostrándome el pulgar hacia arriba, apareció mi hermoso amigo. Mi hermoso y enorme amigo, más enorme que la suma de los dos enormes patovicas, estaba otra vez ahí para rescatarme.

—Tranquilísi, Gabriel —dijo mi amigo.

Pasó los brazos por sobre los hombros de los vigilantes y los alejó de mí. Habló un buen rato con ellos y al final los tipos se fueron como ratas patovicas por tirante patovica. Sin mirar atrás: sin volver a mirarme es en realidad como se fueron.

—Ta durito, Demencial, eh —me dijo Alfredo.

—Apenitas —le contesté—. Serán dos meses de gira, más o menos.

—Me parece que ma, Demencial. Te liamaron a-lótro movicón. Seguro tan preocupado por vo. Te liamaron al que no é con guarda y toki, el chiquito ese, como sei vez te liamaron.

—Se dice woki-toki, Alfredo, y el último Movicón se extinguió con los dinosaurios —dije—. Escuchame una cosa, si no mejorás el habla te van a rajar a la mierda de acá. ¿Y yo qué hago después, eh?

—Ni en mil milionésimo año, Demencial, el capo ma capo é mi compadre. Igual tiéneme podrido. Perame minutito.

Faltaban al menos dos horas para que amaneciera. Me había olvidado de que le había dado los tres aparatos celulares a mi amigo. Uno era de uso normal, y los otros dos unos handies de Nextel que había comprado la tarde anterior para que estuviéramos en comunicación permanente. Pero por más aparatos que uno compre si se los da todos a una misma persona lo único permanente va a ser la incomunicación. Me di cuenta de eso en ese momento.

Yo había perdido la cuenta de los días que llevaba haciendo el rodeo para ignorar esa fecha de fines de marzo. Creo que también había gambeteado esa fecha de diciembre, y luego las fiestas, no lo sé con exactitud, pero Alfredo había sido piadoso al aceptar cuando le dije que llevaba dos meses de gira. Dos meses de gira era lo normal para el barrilete cósmico como yo era por ese entonces. Antes de lo que había pasado. De lo que le había pasado a ella. Bueno, a mí. Lo que me había pasado a mí a través de ella, supongo. La fecha de marzo es la del cumpleaños de Julia, la otra fecha no sé ni siquiera cómo debería nombrarla. No logro entender cómo fue que pasó lo que pasó, y mucho menos a quién de los dos le pasó. Porque las cosas malas le pasan a una sola persona por vez. No pasan jamás en plural. Pero esta vez nos pasó a los dos y yo no lograba darme cuenta de eso todavía. De lo único que me doy cuenta es de que nunca les pasan cosas malas a los soretes.

Soretes. De golpe recordé que yo quería cumplir el sueño de defecar en la cancha de polo frente a ese mismo aposento en donde ahora soñaba un futuro mejor. Quería dejar mi huella debajo de uno de los arcos y transmitirle el evento por Nextel a mi amigo Alfredo. Para eso los había comprado en verdad.

Alfredo volvió.

—No para vibrále coso éte —dijo.

—¿Y qué querés, que aplauda?

—Atendéle, Gabriel.

—No estoy para nadie, esta es mi noche, es la noche en que lo gano todo para luego tener mucho que perder. En unas horas arranca la cuarentena y tenemos que escapar —dije y Alfredo me miró. Él me adivina, él me percibe a simple vista.

Nuestra historia es una historia de amor. Lo conocí cuando lo trajeron de encargado a Pito 4 —una parrilla al paso en una esquina de La Paternal, a metros de mi casa—, y nos hicimos amigos primero y hermanos después. Alfredo me adora y yo adoro a Alfredo.

—Arreglá esto —le dije en relación con el tiquete y a poder cobrar lo ganado—, meté todo en la mochila que te di. Pagá lo que haya que pagar a esos paisanos tuyos, y hablá con tu amigo el canchero para hacer eso que queríamos hacer si rompía la rula. Y acabo de romper la rula.

—Le detruíte toda, Demencial —dijo Alfredo—, pero eso dacérle caca en cancha-e don Polo no tá güeno.

—Cancha de polo —dije—, el polo es un deporte de mierda, no es una persona de mierda.

—Igualito no me guta eso, no me guta verte nese lugar —dijo Alfredo y se perdió entre las máquinas; esta vez tiquete en mano, a resolver mis problemas.

Salí del casino y en la puerta le indiqué a otro patovica que oficiaba de portero que llamara desde su teléfono a mi chofer de lujo de confianza. El tipo no contestó. Mudo, pensé, pero no dije. Mi chofer de lujo de confianza era el único chofer de lujo que yo conocía, pero también era de confianza. Así que no está nada mal llamarlo así. Excelente chofer y excelente proveedor de basuras varias que también me prestaba servicios de caja fuerte rodante. Ahí era donde yo guardaba el dinero negro que usaba para seguir muriéndome de muerte negra. El porterovica me miró mudo y le di el número y un buen billete.

—Te amaré en silencio —le dije al porterovica. Pero el tipo era mudo, ¿qué carajo me iba a contestar?

Es el problema que siempre tuve con esa película. Porque está bueno que la mina no te hable en la cena, o mientras mirás un partido de Racing, o esa figurita repetida que es ahora la F1, o lo que fuera que estés mirando para aburrirte un poco menos. Supongo que hasta podía estar bueno que la mina no te hable casi nunca; pero en la cama, cuando estás colaborando con ella más allá de tus posibilidades cardiovasculares, solo por amor a ella, solo por todo lo que ella significa para vos y necesitás una palabra de aliento porque se te para el bobo, porque la sangre no te llega al cerebro y podés convertirte en un mendocino separatista con cara de huelepedo y ella solo hace “Mmm-Mmm-Mmmmm” o suelta uno de esos sonidos guturales propios de las mudas, debe ser duro. No sé, al menos debe ser difícil para los dos. Ahora, si la pareja sobrevive a eso, otra que La Sagrada Familia, serían Los Supersónicos.

Pasaron unos quince minutos y Alfredo salió con la mochila rellena y una nada después la

limusina flamante atravesaba el portal de hierro del ingreso principal de la mansión que esa noche, como ninguna otra noche, había hecho mía. La limusina era clásica: blanca, polarizada, perfecta. Un auto de fiesta es idéntico al de un funeral, pero del color opuesto. Con un hermoso frigobar con whisky incluido. Chivas de dieciocho años y unos snacks de todo tipo onda batatas y remolachas fritas y otras verduras que yo jamás había sentido nombrar.

Mi chofer y etcéteras, que también se llamaba Alfredo y que era a la vez dueño de la limu, me hizo luces y le señalé un espacio libre más adelante. Le pedí la mochila a "mi" Alfredo y me acerqué al móvil de mis sueños. Mi chofer bajó el vidrio y reparé, en ese momento, en que el polarizado era, al igual que el hermoso cero de la rueda de Pascal, verde. Verde agua de mar en la madrugada pandémica.

—¿Tiene lo otro?, Alfredo —le pregunté y le di la mochila a través de la ventanilla.

—¿La bandolera?, sí señor —dijo—, mi caja es más segura que Suiza.

—Y más cara también —le dije—. Mire que de esto tampoco va a poder tocar ni un centavo.

Mi chofer de lujo de confianza pegó un saltito en su butaca de comandante y cogoteó. Dos veces cogoteó.

—Don Gabriel —dijo—, usted me conoce bien; hace dos semanas que tengo lo que haya adentro de la bandolera, ni sé lo que es.

—Digo que no va a poder tocar un centavo porque son todos billetes grandes.

—Siempre cachándome, don Gabriel —dijo.

Mi chofer al que, hasta nuevo aviso, voy a nombrar como "el otro Alfredo", me gustaba, entre otras cosas, porque seguía usando ese tipo de palabras; además de que andaba enfierrado y de que lo respetaba toda el hampa de Buenos Aires y casi toda la policía también: bueno, toda el hampa.

Mientras tanto mi Alfredo hablaba con el porterovica y otros dos que no eran ninguno de los originarios. Digo originarios refiriéndome a los dos que habían intentado arruinarme el paso a la gloria eterna, no por otras cuestiones, amén de que, pensándolo bien, tenían rasgos quichuas. Seguramente mi amigo terminaba de cerrar el trato para poder salir de ahí y darme el gusto de un sueño tan simple como el de ser caballo de polo al menos por un ratito. Se despidió y se acercó: traía algo que sonaba a bebidas en una bolsita de plástico.

—¿Pudiste arreglar para que nos tomemos unos días?

—Ma queso, Demencial, le mandé la mierda mi compadre curepí juepúta.

—Hiciste muy bien, yo te apoyo —le dije.

—Me dijo que eli era brujo chambánico.

—Chamánico, querrás decir.

—Que le hace payé a la persona con guasca.

—Ayahuasca será, Alfredo.

—Y qué mierda é.

—Una droga que usan los que no tienen imaginación.

—Menasaba a mí mismito con la guasca esa.

—¿Y vos qué le dijiste?

—Quera un pelotudo.

—Perfecto.

—Vamo brindále —dijo mi Alfredo y sacó dos porrones de cerveza Corona, los destapó con los dientes y me dio uno.

—Éta é contra el viru la corona —agregó y chocamos los vidrios.

Alfredo siempre hacía el truco de destapar botellas con los dientes, y eso a mí me fascinaba. Además masticaba vasos de vidrio enteros, y se los tragaba. Yo había aprendido a hacerlo también. Él mismo me lo había enseñado en un domingo de asado y borrachera, de esos donde la carne siempre quedaba intacta en la parrilla. O sea, domingos de merca y borrachera. Y aunque suene terrible, masticar y tragar vidrio no es difícil de hacer.

—Vidrio é arena, Demencial —me había dicho—; tené que mordele plano, má bien. Y tragále depué que-siaga-rena.

Lo usábamos para amedrentar tipos antes de una pelea. Si te comés un vaso de vidrio mientras mirás a los ojos a un tipo, cualquiera sea su tamaño, el tipo al menos se va a preocupar un poco.

—Vo pensá que lió matico vidrio —decía siempre mi Alfredo antes de manyarse el vaso.

Terminamos las cervezas, le dije a mi chofer que esperase ahí y cruzamos a la cancha de polo. Apenas doblando la esquina de la avenida, al amparo de la oscuridad, Alfredo sacó los minúsculos handies de los bolsillos de su campera y me los dio. Los encendí y le pregunté si se acordaba cómo usarlos

—Má vale, Demencial, una ve plicame y liago al perfeción.

—Vamos de a uno —dije—, primero vos y cuando recibo tu llamado, te sigo. Te vas al arco lejano, y después yo al más cercano. Y ahí hacemos lo nuestro mientras nos vamos comunicando por acá. Si hay lío me hacés señas con la linterna, ¿la tenés?

Alfredo no solo no dijo nada, sino que tampoco se movió. Miraba para abajo.

—Vamos —dije, como si lo dijera por primera vez—, mirame que te estoy hablando.

Y ahí sí que me miró, con esa mirada que yo sabía lo que quería decir, perfectamente lo sabía. Quería decir: “No estoy de acuerdo, Gabriel, me lastima a mí que tanto te lastimes, que tanto quieras descender para lastimarte, que finjas que el daño que te hacés es una travesura de niño malcriado, de inocente criaturita hijo de padre ausente y madre progresista más bien vegana que veterana, etc., etc., etc.”. Todo eso quería decir con esa mirada. Bueno, tal vez no sea tan así y yo esté ahora exagerando un poco.

Alfredo caminó unos pasos y se metió en la oscuridad más profunda hacia la entrada de la cancha. Ajusté el volumen de mi aparato y esperé lo que calculé cinco minutos. Pero no pasó nada. Esperé otros cinco minutos, o más, minutos de ansiedad que son eternos. Cuando iba a

mandarme por las mías me cortó el aviso del handy.

—¿Me copia, Demencial, me copia? Toi meta cagando, pero nun baño, ¿me copia, Demencial, me copia?; cambio.

—Te lo tenías que guardar para la cancha. ¿Voy?

—Me copia e igual a mescucha, Demencial; cambio.

—Ya sé, ya sé, te copio, cambio.

—No vamo hacé la cosa esa del don Polo, cambio, mi compadre piensa el mimo pensamiento que-lió, cambio, é malo nel futuro, cambio.

—No digas cambio si no vas a cambiar. Decí cambio y soltá el botón; cambio.

—Okikey, cambio; okikey, cambio.

—Alfredo, me dijiste que me acompañabas en esta, cambio.

—Eso é mestáfora, Demencial, cambio; te dije mestáfora, cambio.

—Me hacés reír, cambio.

—Mejó cagate la risa; cambio, e mestáfora también poqué decí cagate y risa todo junto nel mismo españolito, cambio, ¿o no?, cambio, cambio.

—No es una metáfora. Bueno, cagarse de risa puede ser; cambio.

—¿Y a ver qué é lo que é mestáfora?; cambio.

—No te enojes, te lo explico en persona. Te veo afuera, salí. No hago nada y listo, cambio.

—Tenemo mucho bilite nel auto, vamo; cambio afuera.

—Bueno, cambio.

—Vamo limusín y vamo donde queré ir, Gabriel; cambio afuera.

—Vayamos a hacer el permiso a la comisaría y nos vamos. Y no me digas tantas veces Gabriel y dejá de decir cambio y fuera si vamos a seguir hablando.

—¿No pudo ni hablá tonce que tóo ta mal? Ademá, a la yuta ni loco le voy, toi mitá duro mitá en pedo, cambio pero no afuera.

—Voy solo, dejame a mí. Vos andá a mi casa y a la tuya, ¿tenés mis llaves, no?, traé ropa. Y me pasás a buscar por la 39; cambio y fuera.

—Okikey, cambio, Demencial, afuera.

Comisaría de Palermo. Dos policías hombres en la puerta. Tres policías mujeres adentro. Lindas, muy lindas. No hay que odiarlas. Es una salida laboral. No hay que mirarlas mucho. Son policías. Si pueden te dan máquina, Gabriel. Les daría máquina. Deben ser lesbianas, es un trabajo óptimo para lesbianas. Les daría máquina lesbianas y todo. Podría hacerme la vaginoplastia, cambiar el documento y sentirme lesbiana yo también. ¿Con cincuenta años, y esta cara? Estás más cerca de la angioplastia, Gabriel, a una raya. Mi cabeza se vuela. Silencio, Gabriel, silencio.

Me miran.

Salida laboral.

Óptima para cualquiera que quiera defender el suelo argentino.

El sueldo argentino.

No son necesariamente lesbianas, Gabriel, ¿qué tenés en la cabeza? Sos un retrasado mental.

No se dice más retrasado mental.

¿Cómo es que se dice?

No lo sé.

Me miran.

Dos se van.

La más linda se queda.

No hay nadie. No hay que hacer fila. Estoy primero en la no fila. Qué lindo sería gritar "rompan filas". Pero no hay nada que romper. Solo tu cabeza, Gabriel, solo tu cabeza.

—Me harías un favor —le digo a la wonderwoman preciosísima tras el uniforme azul.

—¿Cómo dice, señor?

—Digo que si me harías un favor.

—No es un favor, señor, estamos para servirle —dice, y qué linda que es—, ahora lo atienden.

—Gracias.

—En pocas horas comienza la cuarentena —dice.

¿Por qué, si acabo de escuchar bien, y de haber escuchado mal hubiese sido fácil enderezar el error por el claro contexto de esa clara conversación, por qué, entonces, digo lo que digo?

—No entiendo, oficiala, ¿qué cuarentona?

La empleada de la Patria Bullrich no se ríe. Y eso no tiene nada de anormal: jamás hago reír a las mujeres policías rubias y lindas de indefinida inclinación sexual.

—Dije cuarentena, señor —dice—, ¿o usted vive en otro planeta?

Si le decís que sí te va a dar máquina. Gabriel, es el momento de frenar.

Freno.

—Disculpe —digo—, vengo a pedir un permiso de circulación.

—Ya lo van a atender, espere —dice ella.

La rubia se va. Espero. Muy poco es lo que espero. La rubia vuelve. Salida laboral. Me pregunta qué necesito.

No me *iban* a atender: me *ibas* a atender, pienso pero no lo digo.

Salida laboral. Óptima para heterosexualonas.

—Necesito un permiso de circulación para irme lejos porque estoy completamente desolado porque perdí a mi hermanita —le digo. Bueno, le suelto, o se me suelta. Y es que en ese momento no puedo creer lo que acaba de salir de mi boca, a eso me refiero. Y no puedo creer estar recordándolo, convertirlo en realidad, ya que por nada del mundo querría que esto

sucediera.

La mujer policía, ahora más mujer que policía, me mira con tristeza, tal vez me mira con asco, tal vez me mira con tristeza y asco.

—Lo lamento mucho, ¿señor?

—No hay nada que lamentar. No soy uno de tus lamentadores —le digo; doy media vuelta y salgo de la comisaría.

Huyo de la comisaría.

Afuera la limusina. Mi chofer abre la puerta y me siento. “Al fin se sienta”, dice mi culo. ¿Cuánto hace que no me sentaba? Sillonazo de rey. Alfredo está a los gritos pelados. Cuenta un chiste verde. Termina. Se hace silencio. Espero unos segundos y le ordeno a mi chofer ir yendo.

—Despacio —le digo—, por Libertador hacia el Bajo.

—¿Tóo bien, Demencial?, cambio —dice Alfredo.

—No digas cambio si estamos uno al lado del otro y no usamos los aparatos —le digo, nervioso pero sin alzar la voz.

—É que me guta eso de decile cambio, cambio —dice Alfredo.

—Pero si estamos uno al lado del otro y sin los aparatos, no —acabo de alzar la voz. La bajo —: ¿podrías hacerme el favor de no decir cambio si estamos uno al lado del otro y no usando los aparatos?

—Okikey, Demen, pero la verdá é que-entrate buen humor salite mal humor, cambio.

—¿Trajiste mi ropa?

—Ahí, ¿no le ve? —señala mi campera y un bolso, mi bolso, debajo de la campera.

—Gracias.

—El amigo no paga y no agradece, cambio afuera —dice mi Alfredo haciéndose el enojado. Con él a veces es imposible.

Seguimos un poco más de bocas cerradas. Yo tomando Chivas y Alfredo sin tocar nada, ni el whisky ni el vodka. Ni siquiera los paquetitos de esas boludeces comestibles que tanto le gustan. Lo que Alfredo dice es verdad. Si hay dinero de por medio no hay amor. Eso es así, aunque el mundo te lo disfrace. Cuentas claras conservan la amistad. Si se hacen cuentas no hay amistad ni ocho cuartos. A pocas cuadras del casino flotante me doy cuenta del lugar en donde todo esto debería terminar. No es que me doy cuenta, sencillamente se me ocurre eso y listo.

—Sí o sí —digo en voz alta.

Alfredo me mira.

—No entiendo —dice mi chofer.

—Ruta 8 —digo—, necesito encontrar tres mujeres.

—Ruta 8 —dice mi chofer.

—Alfredo, ¿me perdonás que te grité? —digo.

—Ni le recuerdo importancia nel grito, Gabriel —dice él.

—A Rosario por la Ruta 8, entonces.

—Rosario es por la 9 —dice mi chofer.

—A Rosario por la Ruta 8 —digo. Lo miro a Alfredo—. ¿Venís conmigo?

—No suelto amigo ni-al palo, Gabriel —me dice.

Entonces marco las directivas: el mapa mental de un desquiciado mental.

—Ruta 8 hasta Pergamino con una visita a don Blanco en Colón, luego vamos por alguna otra ruta a buscar San Nicolás —digo—. ¿Algún problema? —le doy un golpecito en el hombro a mi chofer.

—Ninguno, don Gabriel —dice.

—Porque una vez fui un cazador es que conozco mi camino —digo.

Mi Alfredo me mira.

—¿Qué cazaba, don Gabriel?

—Palmeras —le digo.

Mi Alfredo me mira.

—Palmeras —repite mi chofer.

—Y fue así que el príncipe Germán me bautizó con un hermoso sobrenombre.

—¿Cómo lo bautizó, don Gabriel?

Mi Alfredo me mira.

—El cazador de palmeras.

Rosario: la simple palabra me trae alivio. De todas las ciudades argentinas las que más me gustan son Montevideo, Buenos Aires y Rosario. Pero Rosario me gusta de manera diferente, porque es diferente. Rosario es una patria aparte, una versión mejorada de esas dos ciudades juntas. Más franca, con mejor gente, más mía que mi Buenos Aires querido del sol nacido que me ha dado Dios cuando yo te vuelva a ver no habrá más pena ni olvido. Y con un río verdadero, un río vivo y feroz que barrena la tierra y le construye arterias y nervios; y arrastra las heridas y la maldad de la gente al centro mismo del abismo. De la mierda. Sin esas pretensiones de plata o de mar que tiene ese pozo acre e inmundo que es el Río de la Plata. Cementerio de cuerpos robados con pies de hormigón, silenciador de almas que siguen ahogadas en sus aguas fascistas, aguas que aún les rinden obediencia a los viejos dinosaurios que alimentaron su boca putrefacta de ballena. Eso sos, Río de la Plata: la boca de la ballena.

—¿Usted leyó a Héctor Lastra? —le pregunto a mi chofer.

—No —dice—, disculpe mi ignorancia, don Gabriel.

—¿Y al nazi de Jung?

—Tampoco, disculpe nuevamente mi ignorancia, don Gabriel.

—No le disculpo nada, pero ahora: arreglemos sus honorarios —digo—. Le voy a pagar más que lo justo. Y le voy a regalar mi Libro Rojo, aunque lo tengo forrado de verde porque me lo regaló una ecologista. Pero igual se puede leer.

—No tengo dudas de eso —dice él y sigue bajando por la avenida.

—Aunque no sirva para nada leer.

—Bueno, don Gabriel —dijo y me di por vencido.

Mi Alfredo abre la mochila. No ha dejado de mirarme en silencio durante todo este breve tiempo perdido. Lo ignoro por cobardía, y él me mira y se sirve petaca tras petaca.

—Te va a hacer mal tomar tanto con la panza vacía —le digo.

Mi Alfredo no responde, pero deja de mirarme y encara una bolsita de algo frito con cáscara.

¿Por qué le dije la verdad a esa policía? Bueno, casi siempre les digo mi verdad a las mujeres hermosas. Y siempre (sin casi) ellas la usan para lastimarme.

—¿Decime, Demencial, poqué no le pelan ma a la papita de frita?

—Es una regla de la cocina moderna.

—A ver, ¿cual e la reglamentació-nesa?

—Fácil, Alfredo, “los pelotudos no pelan” —digo.

Alfredo me mira.

La mirada con la cual me mira se corresponde con algo: Alfredo me había llamado varias veces por mi nombre: Gabriel. Él fue quien me bautizó Demencial y todo el tiempo me llamaba así, y solo algunas veces, pocas veces, Gavilán. Era lo natural entre nosotros. Pero esa noche me había llamado Gabriel al menos tres veces. Eso era síntoma de que alguna cosa seria le pasaba por la cabeza. Alfredo es de las pocas personas que tienen permitido llamarme también por mi segundo nombre. Si Alfredo me nombra así es solo para hacerme sentir el poder que conlleva, el poder que el nombre me otorga. Mi nombre completo es Gabriel Arcángel Reyes. Ese es mi nombre, ese es todo mi nombre, pero mi madre siempre dijo que Arcángel es solo para el orbe del pensamiento, para el silencio, ya que es un escudo contra todos los males del mundo.

Decidido a izar la vela mayor le pregunté a mi chofer hipervip alias "el Otro Alfredo" cuánto quería por una semana de exclusividad vial con su *all inclusive*.

—Pero el *all, all*. Ya sabés, Alfred, con todo eso que me gusta a mí.

—Por fuera de la carta, señor Gabriel —me contestó—, como siempre.

—Tirá un número y lo vamos corrigiendo —dije.

—Grosso modo por mil quinientos dólares soy su esclavo sexual —me dijo—, y toman todo lo que quieran tomar, está todo en la limu, bien guardado.

Le dije que de cogérmelo pasaba, y si quería saber algo sobre la importancia de las relaciones sexuales en la tirana sociedad patriarcal en que vivimos tomara un curso pelotudo con algún psicólogo alemán de esos que a veces atienden en Buenos Aires. Porque yo no iba a humillar a un digno trabajador de la remisería narco más careta de la ciudad más careta de mi mondo di cromo. Iba a tratarlo bien. Lo mejor que pudiera, es lo que quiero decir.

—Hecho, entonces —dijo él.

—Hecho, entonces —dije yo.

—Podría haberse guardado el sarcasmo ese sobre el curso, don Gabriel —dijo él.

—El que guarda nunca tiene, Esclavo Sexual —dije, y mi Alfredo al menos reaccionó.

—A esa canción le conoco, Demencial —dijo Alfredo.

—Imposible —dije yo—, aún no la hice.

Mi amigo se rio con un estruendo y le pedí que pagara el monto sugerido más un plus por esclavitud. El chofer me miró por uno de los retrovisores de la limu. Me pareció que su mirada se había entristecido y entonces frené ahí, al menos por ese momento. No sé si freno porque me duele ver que siempre logro lastimar a los demás. O sencillamente porque acabo de lograrlo. Hay aspectos de mi estructura moral que realmente me preocupan y que siempre supuse imposibles de modificar.

—Fijate que el cambio lo favorezca, Alfredo —dije, y era claro que la culpa hablaba ahora por mí.

—Gracias, don Gabriel —dijo la mirada en el retrovisor.

—Ma vale que voy favorecéle, así se cobra toda la bardeada que le pegá, pobrecito Lalfre —dijo mi Alfredo y junto con el dinero sacó un libro y me lo dio. Era *Pensamientos*, de Blaise Pascal. Vaya uno a saber cuánto tiempo hacía que ese libro estaba en esa mochila. Le mostré la tapa.

—Este libro lo escribió Pascal, Alfredo, el tipo que inventó la ruleta —le dije.

—¿El Pacuál lecribió al-libro?

—Adónde dice "Pascual", Alfredo: Pas-cal, Blaise Pas-cal. Si a Pascual le pedís una morcilla y te la trae cruda. Ni firmar debe saber.

—Ni le sabe, Demencial, pone équi o la liema nel dedo le pone.

—¿Y entonces te parece que pueda escribir un libro?

—Capá que él le habló y otro le ecribió, igual que vo lea-cé con la minita secretaria túlia empresa. Pero morcilia cruda é imposible, Demencial. El morciliero le cocina ante dacéle morcilia.

—¿De dónde sacaste la palabra morcillero? Sos un genio, realmente.

—¿Sabé vo, Demencial, que si le sumá lo número todo e la rula ruleta da 666? La maldad ma maldita del Satán. La rula ruleta é mandinga, Demencial. Lió a vo cuando te veo e-lójo, cuando timbeá y te veo e-lójo, e-lójo túlio dice rula ruleta te tiene a-las pelota. Soltale, Demencial, soltale. E Mandinga, e payé.

—No, Alfredo, eso es un error. El 666 no es un número malo, es un número mágico nada más. Y el Diablo tampoco es malo, de hecho es un ángel. La gente es mala, y él está destinado a castigarla. Está en el infierno por laburo, es mentira eso de que está condenado, ¿entendés?

—Vo ta revilado nel marote, Demen; magia é Mandinga. Dió é verdá y é real, Dió no rueda bolita, porque bolita rueda bien pa-lúno y mal pa-lótro. Dió é el Dió de todo, Gabriel, Dio é santo é bueno, cambio afuera.

Lo miré.

Un rato largo lo miré.

Alfredo era sorprendente por demás. Cuando se proponía decirme algo profundo sobre mi conducta, me dejaba siempre en un lugar íntimo de la duda. Esa duda que debía marcar la diferencia entre lo que yo hacía bien y me hacía bien y lo que yo hacía mal y me hacía mal.

—A veces me dejás helado, Alfredo. ¿Por qué sos tan jugador, tan borracho y falopero como yo si tenés tanta fe en Dios?

—É que soy avivado. Si nel juicio de la final Dió va a cobrame lo mimo por puta, falopa y vino que por manzana pelotuda. Le doy a puta, falopa y vino, ma bien —dijo y se puso a acomodar y a contar nuestro dinero.

La limu frenó en Paseo Colón y Brasil para tomar el giro hacia la autopista. Pasaríamos por el Darling Tenis Club. Yo tenía algunos amigos ahí. Porque también tuve épocas de sol y de tenis, de conversaciones livianas y dulces, de ensaladas de atún y agua mineral. No era ese el momento

en que mis Alfredos y yo estábamos detenidos en esa esquina del Bajo el tiempo al que me refiero, era un tiempo muy anterior, un tiempo antiguo, el tiempo de mi último intento por vivir. Un pasado pesado por el rotundo fracaso que representó, por la mentira insostenible en que lo convertí.

Ese era el primer día del último año en el que yo iba a soltar todo lo bueno y todo lo bello por lo que tanto había trabajado en la vida. Una vida que venía dedicando a ese espejismo absurdo que es el placer a secas, el placer desangelado, la negación de cuanta responsabilidad tuve que haber asumido y que convertí tan solo en placer. Me detestaba. Y en el momento exacto en el cual el semáforo daba el giro para encarar Brasil, yo tomaba conciencia de que había entrado, sin prestar atención ni valorar la trascendencia del hecho, en una ruta a contramano del mundo entero. Iba a evadir la cuarentena, e iba a hacerlo sin importar el precio que tuviera que pagar.

Fue cuando pasamos por la puerta del club que la fachada salmón me trajo la figura y la luz de una mujer por la cual sentía un amor libre de mezquindad, libre de necesidad y de nerviosismo, un amor secreto. Una brisa providencial me había llevado hacia ella; y lleno de vergüenza y de autorrechazo toqué un día el timbre de su departamento sintiendo que no era digno de que se abriera esa puerta. Pero ella me invitó a entrar, sin palabras, sin condiciones, y me dio la oportunidad de luchar por hacerme digno, o tal vez luchar, sencillamente, por hacerme: constituirme de una vez por todas, es lo que intento decir.

Al dejar atrás el club pensé que tal vez, en ese instante, ella estuviera corriendo tras una pelotita de tenis. Y entonces sonreí, la sonrisa se me hizo imposible de reprimir y luego solté una pequeña carcajada. Dos “ja” secos pero sonoros: mi amor por esa mujer sorteaba una nueva prueba ya que luego de pensar lo que pensé corregí el pensamiento hacia el lado feliz, hacia el lado del abandono, y dije en voz baja pero claramente audible:

—Ojalá que en este instante ella esté corriendo tras una pelotita de tenis sin que nada más que eso le importe.

Alfredo me miraba como si yo fuera un venusino comprando marihuana en la triple frontera.

—Demencial —me dijo—, ademá e que tené cara e-loco, tamién le-ablá a-lombre raña invisible —me dijo.

—El hombre araña es visible, Alfredo. ¿Si fuera invisible para qué carajo se iba a disfrazar de araña?

—Lió invisible andaría en la pe-lota, cuero y pe-lota, frequito, frequito. Total nadie me ve —me dijo.

—Igual nadie nos ve, Alfredo, y quedate tranquilo que estamos en pelotas. Me tomo un whisky y trato de dormir un rato. Ruta 8, acordate, colectora, si es posible nada de autopistas. Y hay que falsificar un permiso y tener preparada guita para la coima.

—¿Alfre é Alfredo ninglé din-laterra, no, Demencial?

—Sí, pero Alfredo suena mejor.

—Vo poqué me queré, tomate-l wíki y dormile. Lió se bien lo ques-támo haciendo, lió no le como al vidrio, Gabriel, aunque sabé que tamién le-cómo siai peléa. Dije mestáfora, ¿me viste?

—Ya sé, Alfredo, te juro que lo sé.

—¿Y dije bien mestáfora?

—Sí, te juro que estuvo bien.

—No per-juré, vo so Gabrie-Larcángel. Lombre que perjura no tiene palabra —me dijo mi amigo. Y lo miré.

Lo miré.

Un rato largo lo miré.

Vacié en mi garganta otra petaca de Chivas. “Yo no tengo palabra, Alfredo”, le hubiese dicho pero le habría hecho daño. Lo hubiese lastimado, a él que tan lastimado venía. Falsifiqué una sonrisa, y aunque en ese momento me hubiese venido bien una plegaria, un Padre Nuestro y tres Ave Marías, yo en falso no sé rezar. El coche agarró un bache profundo y el golpe me sacudió el esqueleto entero. Y será que un sentimiento se soltó, cortó una amarra invisible que lo mantenía amurado en mí y de golpe eso que pesaba en la glotis se hizo liviano. Respiré buscando sentirme sereno, dos o tres veces respiré, y finalmente sentí que si continuaba respirando así un rato más seguro vendría a mi boca esa plegaria verdadera. Pero el Esclavo Sexual apretó un botón de aire acondicionado o de ventilación o no sé de qué cosa destinada seguramente a la estúpida farándula y al tiempo que la cabina empezó a enfriarse, una cortinita de black-out descendió, con un sonido suave y constante, hasta amainar por completo el asedio del sol. Justo cuando el sol comenzaba a lastimarme los ojos, a llenármelos de artificiales pero felices lágrimas de realidad. Y fue entonces que sobrevino una melancólica luz como de patio interior o de galería, borrando toda posibilidad de dolor, para dejarme tan solo una amarga sed de palabras nobles en ese desierto impenitente que ya empezaba a sentir en mi garganta. Día de lágrimas aquel en que resurja del polvo para ser

juzgado

e

l

hombre.

Recostado en esa butaca comodísima a la que mi Alfredo bautizó “butacaca” en referencia al color *caqui diarreis estivalis* del cuero, cerré los ojos; sabía perfectamente que no iba a lograr dormir. De espaldas a Alfredo, el corazón me latía como un caballo desbocado, y cuando mi Esclavo Sexual dijo primero y luego repitió que la Ruta 8 no tenía sentido para ir a Rosario me incorporé de un golpe, onda Drácula levantándose del jonca apenas se esconde el sol, me sacudí el polvo maldito de las mangas y dije con voz de ultratumba:

—Los choferes con alma de esclavos sexuales no pueden ser entendidos por nadie. Por lo tanto no pueden entender a nadie —eso dije, y un poco más—. Por lo tanto suelen ser una especie de entidad manejadora de volante, tres pedales y palanquita —ese poco más dije. Y creo que un poco más también—. Por lo tanto usted vendría a ser menos que eso que dije en el por lo tanto anterior, ya que esta furgoneta de mierda tiene la caja automática.

—Disculpemé, don Gabriel —dijo el Esclavo Sexual—, no me ofenda a la limusina.

—Tiene razón, esta preciosura no tiene la culpa del orgullo con el cual usted lleva su fealdad —le dije—, aumente su precio y listo. Ruta 8. No vamos a ir a mi Rosario de entrada, tal vez ni vayamos a meternos en ella y la pasemos de largo, aún no lo sé. Hay amores que es mejor no tenerlos de amantes.

—So el filósofo nel planeta, Demencial —dijo mi Alfredo.

—Gracias, hermano —dije.

—Y disculpe si lo ofendí —dijo mi Esclavo Sexual.

—Olvidesé, usted dijo una verdad de todas maneras —dije—; y la verdad no ofende.

—La verda sí é fénder, Demencial —dijo Alfredo.

—“La verdad no ofende”, Alfredo, eso es lo que dice el refrán. ¿De dónde sacaste que es Fender?

—Vo pensá que no leo palabras-crita, tené cartel tu casa con guitarrita denchufe color colorada y rojo y dice, clarito le dice, “La verdá é Fender”.

—Es una publicidad de guitarras, Alfredo, Fender es una marca de guitarras.

—Ya sé, pero é mestáfora.

—No —dije.

—Lió sé que-é mestáfora —insistió.

No la seguí porque con Alfredo es difícil y a veces hasta imposible, y además porque me pareció que podría estar inventando una nueva forma de la metáfora. Supongo que habré cerrado

la conversación con un “sos genial”. Muchas veces se lo decía; pero lo importante, esta vez, es que dirigí mi energía al desclasado hijo de mil putas ex chofer actual Esclavo Sexual.

—Escuche, Esclavo Sexual —le dije—, no quiero ser autoritario aunque lo voy a ser, pero me gustaría darle mi explicación.

—No hace falta, don Gabriel.

—Obviamente que no hace falta y justamente porque no hace falta es que voy a dársela de todas maneras: el asunto es que hace menos de una hora el presidente que ahora tenemos, peronista como mi padre aunque no creo que tanto, pero peronista como puede, supongamos, además de la cuarentena que no vamos a respetar decretó que los paraguayos y los curepís del conurbano bonaerense, principalmente los de Avellaneda, principalmente los del Viaducto, o sea, este espécimen que ahora come queso como si volviera de la guerra y yo, no podemos circular por rutas nacionales de números impares. ¿Lo sabía?

—No, disculpe. Pero dígale a su amigo que el queso brie no se pela.

—Alfredo, dice el ex Alfredo, ex chofer, y desde ahora el Esclavo Sexual, que te comas el queso con cáscara.

—Cuchemé, Alfre, cácara nel cuartirolo no é pa coméle, é pan-ganiá la mosca. Le pegotea y tonce le mata faci-ilito.

—Dice mi amigo que al cuartirolo se lo pela —dije.

—Dígale que es brie, solo pongo quesos importados en el servicio —dijo mi Esclavo Sexual.

—Si mi amigo dice que es cuartirolo es cuartirolo, y si lo quiere comer pelado lo come pelado; y acá tengo plata para bancarme un abogado si los franceses deciden hacerme un juicio por pelar sus refinados quesos con olor a mierda.

—Usted manda —dijo mi Esclavo Sexual.

—Yo mando, de eso no hubo jamás ninguna duda —dije—. Entonces Ruta 8 hasta Pergamino, ahí lo vemos al Mono Álvarez y luego a Colón a verlo a don Blanco y luego a San Nicolás y finalmente si se cuadra, a Rosario. A puro cuartirolo francés sin cáscara.

—Prometí ser su esclavo sexual —dijo mi Esclavo Sexual.

Saqué un billete grande del bolsillo no porque me lo hubiese propuesto así sino porque solo llevábamos billetes grandes de moneda nacional y no tan nacional, y lo arrojé al asiento delantero a través de la humanitaria ventanilla separadora de clases y pandemias sociales. Alfredo me dio una sonrisa de pan y cuartirolo francés:

—Demencial —dijo—, ¿poqué le decí a-lálfre Ex Calvo Sexual?

—Porque en la época en que se le paraba el pito era pelado —dije.

—Lió le-entiendo bien entendí-íto Alfre, lió tengo ex señora sexual. Ni le veo a élia ni al nínio, y tonce liá ni le culeo.

—No le culea ahora, pero le culeó bien culeada antes, ¿no, Alfredo?

—Le recontra culié, Demencial, le dejaba mongólica.

—¿No se dice más mongólica, señor Alfredo? —dijo el ex Esclavo Sexual desde ahora el Ex Calvo Sexual.

—Alfredo, no se dice más mongólica, se dice mogólica, ¿entendés?

—Mongólico é poqué liegaron del Mongolia Mongol, aliá po la conchá-nel pato a liquiérda, Demencial.

—Cancha de pato.

—No, Demencial, conchá-nel pato.

—Entonces que así sea, seamos dos mongólicos y un Ex Calvo Sexual por la Ruta 8 desde esta ciudad de ratas que te retan hasta la Concha del Pato —dije. Luego agregué—: Hablando de cosas importantes: ¿dónde está la querida cocaína querido ex Esclavo Sexual de ahora en más Ex Calvo Sexual?

Como respuesta mi chofer detuvo la máquina y descendió en suelo lunar, sacó de un maletero al costado de la nave algo que enseguida se hizo evidente que era un críquet hidráulico y levantó la pesada mastodonte en un minuto. En otra nada nos había vuelto a bajar y pude verlo avanzar paquete en mano hacia el habitáculo del conductor nuevamente.

—Acá tiene unos cincuenta gramos —dijo.

—La vamos a pagar aparte —dije.

—Gracias, don Gabriel.

—De nada, señor Ex Calvo Sexual.

—Diez mil pesos los diez como atención para que olvide mis palabras pasadas, presentes y sobre todo futuras —dijo.

—¿Usted piensa insultarme? —le pregunté.

—No pienso, don Gabriel, temo —me contestó.

—Son cincuenta da-mil —dijo mi Alfredo.

—Dale sesenta, entonces —dije yo—; y después planteame un panorama de lo que nos queda.

—Tenemo filo pa mil personaje invitar, tranquilici, Demencial.

—Tenés razón, me puso nervioso este tipito —señalé al chofer.

—Y lamigo tulio del Tipito, el Guiligan ese rubión ¿ta re bien?, y el peludo ese del Mar del Plata, el Olivare ese.

—Se llaman Willi y Olivetti. Y Los Tipitos es la banda que tenían. ¿Pero qué tienen que ver ellos en todo esto?

—Vo dijite tipito, tipito é tipo maculino diminuto, ¿o no?

—Tenés razón, deben andar bien, a la vuelta los llamamos. Ahora pagale a este tipito por favor.

—Liá mimo. Con Alfre hicímo permiso trucho nun-papel del limusín —dijo mi Alfredo.

—¿Qué papel?

—Permiso trucho de circulación —dijo el Ex Calvo Sexual—, lo tenía ya preparado porque

sabía cómo venía la mano, al menos en Buenos Aires.

—¿Ya lo tenía?

—Afirmativo, don Gabriel —dijo el Ex Calvo Sexual—, soy un hombre precavido.

Me lo mostró: una mierda. Si presentábamos eso íbamos a ir presos de por vida.

—Muy bueno —dije.

—Die día nel cuartel del cuarentena dijo el president Albert.

—Alfredo, no funciona así el inglés, no es que le sacás la última letra a una palabra y le ponés una D o una T y ya es inglés.

—Alberto é Albert, dijite alier, ¿o no?

—En ese caso sí.

—¿Y presidente no é president?

—En este caso también.

—Tonce, ¿qué cosa le toy diciendo mal lió?

—La verdad, nada. Perdoname, tenés razón. ¿Para qué querés hablar inglés?

—Así prendo otroi-dióma, guaraní le hablo y pañol le hablo poco y poco le cribo. Inglé por palabra suelta le hablo, tonce sería tre cosa que le hablo.

—Sos un ejemplo de voluntad. Te lo juro, hermano —le dije.

Alfredo sonrió y se comió lo que le quedaba del queso, y luego se comió las cáscaras sueltas.

—¿Lo pelaste y ahora te comés las cáscaras?

—Pa no tirale, comida no se tira —me dijo.

Sobre una mesita desplegable que saqué del interior del apoyabrazos de mi butacaca y que estaba maliciosamente hecha de vidrio espejado, rompí una punta de la bolsa de harina colombiana. Armé un camino de una sola raya gruesa con la forma aproximada de la Ruta 8 hasta Pergamino y Colón y luego esa otra, la 188 hasta San Nicolás. Rutas pares: para ser consecuente con lo que le había dicho a mi Ex Calvo Sexual. Qué ganas de molestar a la gente que tenés, Gabriel, pensé. Marqué con tres montoncitos esos tres puntos que (se me ocurrió en ese momento) serían una parte de mi plan de ruta y como final dejé mucha merca acumulada en Rosario. Mucha, mucha. Supongo que en un homenaje inconsciente a los mal amados Cantero.

Aspiré en cinco tramos llegando más o menos a la altura de Fátima o más o menos por ahí. Mi cara en el espejo me pareció lacrimosa, pero los ojos de vidrio me devolvieron un semblante bello de leve beatitud. Pensé en Mozart componiendo la *Lacrimosa*, muerto antes de los treinta y cinco años, habiendo subido a la trama del universo una parte faltante, una parte imposible de crear por Dios. ¿Qué sos, Gabriel Arcángel? ¿Quién en verdad sos? Un grabado de una santa del centro profundo del Iluminismo es lo que vi en el espejo. Bien podía haber sido en otra vida la tenue Beatriz de Nazaret y haber escrito sus *Siete modos del amor*. Pero ni antes, ni ahora, ni

nunca después, hiciste algo semejante.

A la vez que me contemplaba pensaba más y más estupideces como esta, y me demoraba en levantar la cabeza, sentí que algo llegaba con la fuerza de un potro alzado, de una sudestada platense, de una certeza matemática propia de un científico cuadripléjico. Solté entonces el pedo más afinado de la Tierra Media. Un pedo de elfo heterosexual con el culo roto, una trompeta del cielo, eso solté. Alfredo aplaudió.

—Güena, Demencial —dijo, y tomó su raya hasta llegar a la zona de San Antonio de Areco, dejando devastadas Exaltación de la Cruz y Giles en su gran suspiro guaraní. Luego nos ofreció una respuesta estomacal que agradecí con otra y él otra y yo otra y otra… así hasta vaciar las garrafas.

Bajé mi ventanilla y vomité un poco, por suerte casi todo afuera. El Ex Calvo Sexual, que ya había subido a la autopista, subió también el vidrio divisor entre nuestro amplio living para seis personas y su habitáculo de piloto, para protegerse de nuestra guerra química.

—Estás podrido —le dije a mi amigo.

—Cuartirolo é que taba podrido, Demencial.

Alfredo bajó también su ventanilla y el aire fresco de ese día disipó la tormenta. Ataqué el frigobar y destapé una Corona y una petaca de ginebra. Alfredo hizo lo propio pero también atacó las otras hormitas de queso. Él podía tomar cocaína y comer, en realidad no existía químico alguno que le impidiera tragar comida. Abrió un queso que venía envasado al vacío y que era blando y estaba empapado en un suero desagradablemente blanquecino. El olor hizo que, inmediatamente, sintiera nostalgia de los gases de mi amigo.

—Éte ta ma podrido que vo, Demencial —me dijo.

Pero se lo comió; y luego abrió todos los otros quesos y unos pancitos de un hornito pequeño frente a su butacaca. Se hizo un sándwich con todos esos quesos juntos. Volví a asomar la cabeza y vomité un poco más.

—¿Por qué no los probás de a uno, Alfredo? —le dije—. Tal vez hasta les sientas el gusto y todo.

—Linventé lió: sanguche mío al cuarto queso —dijo.

—Dentro de un rato se va a llamar al cuarto pedo —respondí.

Hizo uno para mí, y como esa cocaína del cielo era tan buena y perversa, pude comer la mitad junto con tres botellitas más de la nueva cerveza con ginebra.

El Ex Calvo Sexual seguía aislado como si nuestros aires fueran peores que el coronavirus, pero no dije palabra. Al llegar a la avenida General Paz se hizo evidente que el hombre se había tomado a pecho eso de ir despacio. Yo estaba tan muerto de cansancio, de días y días y días, de vueltas y vueltas y vueltas, que nada me iba a levantar. Sentía tanta incomodidad en el cuerpo que se me hacía imposible eso mismo que el cansancio me hacía desear: dormir. Mi Alfredo me ofreció más droga pero no la acepté, le dije que mejor cerraba un rato los ojos.

—No te molesta que te dé la espalda, ¿no? —le dije.

—Larcángel é con sin espalda —me dijo.

Luego le golpeó la ventana al Ex Calvo Sexual y el Ex Calvo la bajó. Alfredo le ofreció droga y, disimuladamente, me quedé a esperar la respuesta de mi chofer.

—Alfre, ¿queré apirále? —dijo mi Alfredo.

—No, gracias, don Alfredo, yo manejo.

—Alfre, é que usté se siente en la ínferioridá má ínferió la persona humana, y no tiene que-así sentile, ¿vio? —dijo Alfredo tan humanamente que me vi obligado a hablar así, de ojos cerrados.

—Ex Calvo Sexual, mirá que yo te digo las cosas mitad en broma y mitad en serio al mismo tiempo —dije.

—Se hace difícil de este lado, don Gabriel.

—Don Gabriel las pelotas —dije, y abrí los ojos—, dejá de llamarme así. ¿Qué te pensás que soy, el hermano del Zorro?

—¿Cómo quiere que le diga?

—Don Demencial decime, o Demencial a secas.

—Ok. ¿Eso es la mitad en broma? —preguntó mi brillante Ex Calvo Sexual. Pero no respondí, porque no soporto perder.

Ya en la Panamericana el auto encaró a una velocidad bien baja. Por cortesía o reglamentación de la narcorremisería vip la velocidad aparecía indicada en el display de nuestra cabina. Decía: Usted circula a: 60 km/h, en este caso. Perfecto, pensé.

De golpe mi Alfredo se puso a gritar como un loco “¡Urgencia, urgencia!”, solo eso, pero a grito pelado.

—¿Qué te pasa, Alfredo? —grité por sobre sus gritos.

—Ne-esito cagále, Demencial —dijo, y era de no creer.

—¿Otra vez? Tenés el metabolismo del hombre nuclear.

—Estamos en la Panamericana —nos ilustró el Ex Calvo Sexual.

—Ne-esito cagále, Demencial, cuartirolo puro.

—Frene en la banquina, por favor —le ordené.

—Voy a tratar —dijo—, pero no es banquina.

—¿Quiere que se cague arriba del auto? Ponga la baliza, pare, levante el capó y simule un desperfecto o acá el desperfecto va a ser irremontable.

Y el Ex Calvo Sexual comenzó a frenar. Digo “comenzó” porque no terminaba nunca. En esa frenada eterna la limu habrá recorrido un tramo similar al que recorrería un avión en pista luego de haber aterrizado. Mi chofer era un buen tipo, pero también era un insufrible hijo de mil putas. Un hijo de mil putas de fiar, eso sí: hacía cerca de tres semanas que me guardaba una buena cantidad de dólares en una bandolera en algún lugar oculto en esa limu. A prueba de fuego, de policías y de mexicaneadores narcos: intocable e incorruptible, pero insufrible para frenar.

Acababa de descubrirlo.

Por fin se detuvo y Alfredo prácticamente se tiró del auto.

—Yo me voy a dormir —le dije a mi chofer—, va a tener que alcanzarle papel y luego, si es tan amable, en cualquier lugar paren a cargar nafta. Usted entiende a Alfredo cuando habla, ¿no?

—Perfectamente, don Gabriel.

—Y dale que dale con el hermano del Zorro. Despiérteme en un rato, y siga manejando así de despacio, por favor —le dije—, luego le cuento más del viaje.

Alfredo, de cuclillas en la banquina de la Panamericana. Ruidos de paloma en celo que le salen del culo. Gemidos de placer. Sonidos que comienzan con cada una de las vocales y se repiten variando la intensidad y la duración del orgasmo anal. Mi amigo goza de buena salud, es indudable. Pero el mundo no soporta a los seres reales, esos que comen mucho y beben mucho sin pedir permiso ni decir agua va y luego necesitan hacer cantidad de lo que vendría a ser su opuesto complementario. Y así es mi amigo: un hombre de los que se juegan la vida entera en un pase de dados, en un partido de fútbol dominguero, en las polleras de una mujer circunstancial. De hecho abandonó a toda su familia porque se enamoró de una prostituta con sida. Estuvo con ella hasta que ella murió. Pero lo que más admiro de Alfredo es que es capaz de agarrarse a las puñaladas en defensa de algún valor moral de tinte alcohólico del cual, al otro día, ni siquiera puede acordarse. Defecar es placentero, gemir es una de las máximas expresiones guturales de los placeres de la carne, de hecho las mujeres lo usan mucho para fingir amor. Y es muy efectivo, realmente. Así que lo esperé contento. Un rato considerable, mientras oía el dúo pasional de su garganta con sus vísceras: Pavarotti y Callas, *a te, o cara*. Gime y truena, truena y gime, amigo mío. Grita a los vientos esos tus placeres sinceros del ano. Reza un mantra guaraní, y cágate en todos los chamanes del mundo, para que el Señor atienda tu súplica sincera. *Oh, mi Arturo, Elvira mía*, canta amigo, porque el culo también es santo y santos son los siete modos del amor; modos que vienen de lo alto y a lo alto has de volver.

—Don Alfredo, ayudemé con don Gabriel —le dijo mi chofer a mi amigo.

—E quel Gabriel no quiere persona que amistá no tiene.

—Usted es un hermano del alma para el señor Gabriel, ¿no es así?

—Pra vocé tambéim.

—¿Eso es portugués, don Alfredo?

—Cuasi, é cómo personal, mi pueblo a vece habla. Pero ete é un viajale derecho porque doblale da lo mimo que irle derecho. Ruta 8, 9 o 10, da lo mismo. Eso dimpar Gabriel linventó nel momento, liá sabé como eli é. Y le paga lo que tenga usté que cobrále, paga siempre de má. Gabriel siempre paga de má. Pero el Gabriel no le repeta nile va repetá. Gabriel no tiene patrón ni jefe, nunca ni de chiquito eli acetó sas cosa.

—Eso bien lo sé, don Alfredo —dijo el Ex Calvo Sexual.

—Usté sabe lo que le pasó, ¿no cierto?

—Sí que lo sé, don Alfredo, lo que pasa es que una vez me lo dijo bien clarito: “A mí no me pasó nada de nada”, me dijo, y yo cerré la boca.

—Va do-sáño liá, Alfre, lió no la voy nombrar larmanita. Aunque eli ta meta dormi-íto. La-niña, como él decía, fue la-legría míma mismamente, la risa que tiña la morocha era no parar. De-lóco. ¿Usté conoce lai-tória esa de la primera risa délia?

—No. A ella tampoco la conocí —dijo el Ex Calvo Sexual.

—Le cuento bajito, pa no despertále al-mi Gabriel —dijo mi Alfredo—, é lis-tória de cuando en familia Gabriel, que todo taba triste, de lo muy mucho triste poqué lo habían perdido toíto por culpa del milico ditadura, el padre dijo que había nacido lorigen la-legría.

—¿El origen de la alegría?

—Mismito. Esa niña, que no podemo nombrale ni por ma quel-lesté dormidito nel pétalo de la rosa, hizo lo que voy contá alora neste momento.

—Cuénteme, don Alfredo.

—Don Ángel, padre del Gabriel, estaba meta trabajando nel taliér y el Gabriel y el Alejandro metá jugarle a-la niña en calie, vereda frente a frente, ¿taen-tendiendo?

—Perfectamente, don Alfredo, continúe.

Recostado, de espaldas a ellos, fingiendo dormir, escuché la historia que mi padre llamaba *El*

origen de la alegría en las palabras de Alfredo. En su voz, surfeando sobre las olas de esas construcciones gramaticales de mi amigo que siempre priorizaban la emotividad sobre el acierto, se profundizó mi desolación. Pero no lo interrumpí. Tan solo traté de despoblar mi mente de aquellas imágenes perdidas, de aquel recuerdo lejano que a veces se me hacía imposible diferenciar de un sueño, o de una escena imaginada por mi padre y dejada en el aire familiar como su única herencia, como si él hubiese sabido que ella se iba a ir detrás suyo, que nos iba a dejar tan tempranamente, de manera tan inverosímil. Escuché la historia que supuestamente había vivido, me sorprendió como si fuera algo nuevo. En un momento me pareció que él era perfectamente consciente de que yo fingía y de que lo estaba escuchando. Alfredo siempre se daba cuenta de mis cosas. Me amaba y supongo que nuestra conexión nacía de una idéntica concepción del amor: amar es dedicarle tu tiempo al otro, tenerlo en mente, estudiarlo en silencio, sin nombrar su nombre innombrable porque todos tenemos un nombre innombrable. Amar es esperar al que camina más lento, amar es postergarse en pos de que el otro no se postergue más. Y claro, lo único que me pasaba en ese viaje era lo único que me venía pasando en la vida de esos últimos años: yo pidiéndoles a los demás que se posterguen por mí. Y siempre ahí estaba Alfredo, aceptando sin cuestionar. Un lancero de a pie siguiendo a un jinete con el caballo desbocado.

Y será que un poco puedo fingir, pero hasta cierto límite. Y luego de ese límite, pasó que la ausencia tan descomunal como negada, su ausencia, la ausencia de ella, se manifestó y comenzó a ganar terreno y a desmoronar mi ánimo más allá de lo que en un principio había calculado. En un espacio tan reducido como el habitáculo de aquella limusina, desatender a la narración se hacía imposible. Entonces, simulando desperezarme y estar en duermevela, imitando casi a un zombi, me incorporé y tomé, de una de las butacacas frente a mí, la campera que Alfredo había traído de mi casa. Busqué, tanteando en el bolsillo, y encontré mi salvación. Fingí un bostezo y levanté la mano como alguien que, semidormido, saluda y vuelve al sueño. Volví a recostarme, y me puse de costado dándole nuevamente la espalda a mi amigo. Ya tenía la herramienta capaz de acallar, con una sola tecla, todas las voces murmuradoras del mundo exterior: mi walkman Sony a casete. Me calcé los auriculares y lo encendí.

Ese walkman era la prueba fehaciente para mí de que lo predestinado es real, o al menos de que la realidad se perfila hacia un predestino que uno decide seguir de manera consecuente o que abandona, y que los verdaderos milagros tienen una apariencia trivial y solo se manifiestan frente a los que no caminan por la vida distraídos.

Un año después de que tío Juan me lo hubiera regalado, se lo presté a mi amigo Beto. Sin saber que él tomaría esa decisión terrible, algo que jamás yo habría imaginado. El asunto es que Beto se había puesto de novio con mi prima Flavia, la más hermosa de toda la familia Reyes, y como Beto era un pibe muy celoso y de mecha corta, no con las mujeres sino con boludos que miran a las mujeres que van acompañadas de otros, le aconsejé que escuchara a Serú en el

walkman. Un casete que otro amigo me había regalado.

—Así no andás paranoiqueando miradas —le dije.

Una semana después Beto enfrentó a una formación del rápido a La Plata del Ferrocarril Roca. A pasos de la estación del Viaducto, cargado tan solo con una mochila vacía, la bandera de Arsenal como abrigo y mi walkman con ese mismo casete que aún hoy sigue puesto. Beto intentó destrozar un tren.

Celis fue quien juntó lo que quedó de su cuerpo. Celis: el bombero, héroe de mi infancia, que jamás fue policía, porque eso nos lo inventamos nosotros de fantasiosos nomás. El día de la muerte de Beto, cuando vi a Celis llorar, me di cuenta de que no era un ser de acero invencible y pude entender la dimensión de su grandeza. Celis, como Leo, y todos los Bomberos Voluntarios del Viaducto Sarandí, fueron y son personas simples, con familia, con trabajos, con miedos y dudas; pero que siempre están ahí, poniéndose de escudo entre la muerte y nosotros. Y la grandeza del hecho es que cualquiera podría hacerlo, pero son solo ellos los que, sin vueltas y sin excusas, todos los días de su vida, lo hacen; y lo hacen, y lo hacen. Eso es lo que entendí esa vez: la definición exacta de lo que es un héroe.

Celis encontró el walkman intacto, algo que aún me suena a imposible, y ahí mismo me lo devolvió. Semanas después yo me iba a enterar de que, en realidad, no me lo había “devuelto” ya que no tenía idea de que el walkman era mío y que yo se lo había prestado a Beto. Tardé casi un mes en animarme a aclararle el asunto. Y él me dijo que entonces el milagro era doble y me pidió que lo cuidara como la memoria viva de mi amigo, y que jamás hiciera sonar en él otro casete. Sin preguntarle nada, le di mi palabra. Una ventaja que teníamos los pibes de esa época era la de escuchar a las personas mayores.

Mantener esa promesa luego de más de treinta años es lo que me recuerda quién soy, de dónde vengo y de quién provengo. Yo soy madera tallada por gente de la cual aún no me hice digno. Yo soy un pequeño escombro de mi barrio, El Viaducto, y tal vez la posibilidad de hacer real el sueño de mi gente. Beto escuchaba *Viernes 3 am* cuando se enfrentó al convoy, ahí había quedado detenida la cinta. Por eso siempre salteo esa canción.

Caminaba hacia el bar cuando se detuvo pocos metros antes de la puerta. Un perro viejo se había echado sobre el colchón de hojas amontonadas por el viento; ahí, quieto, parecía no respirar. Beto se agachó y con un pedazo de corteza seca lo tanteó en la barriga. El perro estiró una pata y luego, lentamente, giró la cabeza: tenía los ojos de piedra. Le acarició el lomo y se levantó, sosteniéndose de la pared. “Dale Arsenal”, leyó en letras que le parecieron su letra, pintadas con aerosol rojo. Respiró profundo el aire frío, se acomodó la camisa y el pulóver adentro del pantalón y subió el cierre de la campera hasta el cuello. Empujó la puerta y entró.

El bar era un mostrador, algunos bancos altos, el billar y una mesa redonda donde cuatro hombres jugaban generala triple. La poca luz provenía de la calle, toda la que podía entrar a través de los vidrios mugrientos. Sobre la mesa se mezclaban los vasos a medio tomar, los cigarrillos, los dados que iban y venían, y las apuestas: fichas amontonadas en el centro.

—Qué hacés acá, pibe, ¿no deberías estar guardado vos? —lo saludó Ángel.

—Vine a despedirme, don Ángel, me voy.

El hombre dejó un dado sobre la mesa y metió los otros adentro del cubilete. Lo miró con desconfianza.

—Un as te va en segunda —otro jugador señaló una planilla escrita en lápiz: tres columnas de números ordenados de alguna manera.

—A mí también me gustaría irme a algún lugar —dijo Ángel, y encendió un cigarrillo con otro que hacía equilibrio en el borde de la mesa.

—¿Te anoto o no te anoto? —insistió el jugador.

Ángel hizo una seña, tomó un trago y con la mirada puesta en la mesa dijo algo a modo de despedida.

En la calle había empezado a llover. El perro parecía no tener fuerzas ni para resguardarse. Beto lo tomó de la cola y lo arrastró despacio hasta el rectángulo seco bajo el balcón de chapa de la casa de al lado. Sintió el viento en la cara y escuchó el silbato del tren detrás del murmullo de la avenida Mitre. Caminó pensando en lo que, días atrás, le había dicho el Ruso.

—Tres —le había dicho—, con tres estás al pelo. Si te tomás cuatro sos capaz de pelearte con un gorila.

Llegó a su casa y entró por la puerta del patio. Su madre no estaba. No quiso mirar demasiado, sintió que cualquier cosa podía hacerlo dudar, podría detenerlo. Tomó la mochila y metió el walkman y la bandera de Arsenal de Sarandí. Recordó a su amigo Gabriel, el hijo de Ángel, y se

lamentó por no haberle dado las gracias, por no tener el valor de decirle a un amigo cuánto significaba su amistad para él. Tomó la plancha de pastillas, las sacó todas y se las metió en la boca. Masticó y bajó el amasijo con agua. Celeste y rojo, pensó; y salió de la casa.

Tenía cuatro cuadras hasta la avenida Mitre y, después de cruzarla, unos metros más hasta la escalera del viaducto. Celeste y rojo, se le cruzó otra vez sin saber por qué. Solo los colores, los dos colores que estaban ahora en su mochila y caminó casi feliz por el descubrimiento de una idea: “Celeste y rojo todo junto atrás en la mochila”. El corazón se le aceleró tanto que casi no podía respirar. Como en un sueño, su cuerpo lo llevó a través de la tormenta, las calles vacías, las hojas de otoño bajo sus pies dormidos.

De pronto se encontró frente a la escalera de la estación sin recordar haber cruzado la avenida. Encendió el walkman y comenzó a subir los escalones de hormigón. La escalera que lleva a la estación Sarandí del Ferrocarril Roca: una isla de cemento entre dos vías.

Las piernas se le aflojaban y sentía la transpiración más helada que la lluvia. La música era apenas un susurro al oído. Subió el volumen y se concentró en la canción. Hablaba de alguien que se iba lejos, a otro país. Pensó en lo que sería vivir en otro país, en la serenidad y en la lejanía que parecían estar incluidas en esas palabras. Caminaba por el andén. Trataba de pensar en el fútbol, en alguna tarde de sábado guardada en su memoria, guardada solo ahí y que por eso estaba destinada a perderse para siempre. Recordó un gol cualquiera, tal vez inventó uno, un gol al Porvenir. Celeste y rojo todo junto atrás en la mochila, pensó, y sacó la bandera, se la ató al cuello, la vio agitarse en el viento. Subió más el volumen del walkman: “Los que no pueden más se van”, decía la canción. Entonces bajó a las vías y extendió los brazos, con los colores flotando en el aire, como un pájaro sereno, un ser invencible. El silbato del tren, el bulto enorme salido de entre las sombras. Los que no pueden más se van, se van. Eso decía ahora

l

a

canción.

De golpe sentí que, de seguir viajando sin sentido en medio de esa peste y con toda esa ferocidad comprimida en mi cabeza, nos iba a pasar algo terrible. Estuve a punto de frenar el auto y decirle a mi Alfredo y al Ex Calvo Sexual lo que en verdad me estaba pasando, lo que en verdad me había pasado. Nombrar el nombre de eso que había decidido ignorar, que tan solo había soltado frente a una extraña, en una gélida comisaría de barrio. Una montaña a punto de caerme en la cabeza, de dejarme sepultado como el hormigón de la casa en que nací, la casa *della morte*, que sepultara al bueno de mi abuelo Nunzio. Esa montaña amenazante seguía ganando peso, día tras día, y en ese momento apenas me concedía un mínimo espacio para respirar.

Estuve a nada de interrumpir el viaje cuando un pensamiento fugaz, tal vez narcótico y etílico, me devolvió la compostura y la calma: si dejaba de cuestionar mi mentira, si asumía el viaje y la búsqueda de esas mujeres como mi única y absoluta verdad, y seguía y seguía negando, podría resultar al final una negación afirmativa, y entonces tal vez lograra inventarle un final a todo eso, tal vez lograra convertir todo ese tiempo de negación en un camino hacia un nuevo presente, hacia el único presente habitable que un hombre como yo puede tener: un presente con sentido.

Atardecía y el Ex Calvo Sexual le dijo a Alfredo de parar en una YPF, cargar nafta, tomar café, comprar comida. Encendí el walkman y empezó a sonar *Noche de perros*. No era una casualidad, yo dejaba ubicada la cinta en ese lugar, ya que desde siempre sentí esa canción tan solo mía.

La había escuchado por primera vez el verano en que le di el primer beso a Linda, la madre de Christian, mi hijo mayor. Yo tenía dieciocho años y ella catorce, y nos quedamos hablando tanto tiempo en el pequeño parquecito que había frente a la casa de sus padres que se hizo de noche tarde. Sin dinero y ya sin tren donde poder viajar gratis, me volví caminando desde Wilde hasta El Viaducto, bien entrada la madrugada. Unas sesenta cuadras por calles oscuras y solitarias. La compañía fue ese casete, y esa canción ya que luego de ella la cinta, indefectiblemente, se enganchaba. *No estás solo si es que sabés que muy solo estás*, decía ahora la canción. *No estás ciego si no ves donde no hay nada*.

Gracias a haber conocido a Linda, a casarme con ella, fue que terminé por conocer La Rueda de Pascal: la ruleta. En Mar del Plata, durante una tardía luna de miel que el padre de ella nos había regalado ya que tenía un departamento ubicado a la maravillosa distancia, así mismo lo había dicho él, de ciento cincuenta metros del casino.

—Como si tuvieras la diversión en el patio trasero de tu casa —dijo el padre de Linda.

Yo tenía veintidós y ella diecisiete, y no teníamos casa. Su padre nos prestaba un departamento en las torres de Wilde. Estábamos felizmente casados y embarazados de cinco meses. Enamorados de verdad, como desde el primer día. Si bien yo consumía de tanto en tanto las mismas drogas de siempre, jamás se me había dado por el juego, pero al quedar el casino tan cerca del departamento y tener la posibilidad de destinar un poco de dinero a divertirme, me dije: ¿qué puede tener de malo probar? Y lo tuvo todo. De hecho fue letal.

Solo puedo decir en mi favor que mis intenciones realmente habían sido de sol y de playa. Y en mi contra que no tendría que haber aceptado el regalo que Plumita me iba a hacer un día antes del viaje. Estaba feliz por el viaje, exaltado porque además de la luna de miel el padre de Linda nos había regalado un Fiat Vivace 0 km que si bien no era el gran auto era un 0 km, y era solo nuestro. Durante una semana planeé el viaje para que todo nos saliera a la perfección, y un día antes me fui a la estación de servicio de siempre y controlé los fluidos del auto y les puse aire a las gomas como para la ruta. De paso le pregunté a Cachito de la sección de engrase por qué la caja era tan dura. Cachito la revisó y me dijo que era así.

—Es un auto barato, pibe, pero seguro —dijo—, la caja te va a sacar músculo pero no te va a dejar tirado.

Y fue ahí que apareció Plumita, uno de los pibes del barrio que ya andaba en las últimas. Era la época en que el sida arrasaba y arrasó a mis amigos de Avellaneda. El virus de los putos y de los faloperos que en un principio a nadie le importó demasiado. De hecho, en todos los hospitales a los que acompañé a mis amigos (y acompañé a muchos) los médicos nos atendían de puertas afuera. Casi no los tocaban y usaban esos guantes naranjas o amarillos propios del personal de la limpieza, no de los que juraron por Hipócrates. Abandonados por completo, muchos amigos murieron como perros, sin que sus familiares los visitaran, sin que nadie los tocara. Éramos faloperos o éramos putos, así decía la gente. ¿Para qué te metiste una aguja, eh? ¿Para qué te metiste una pija, eh? Mi fobia a las agujas y mi desprecio a los tatuajes me salvaron el cuero, porque muchos también se contagiaron por compartir la maquinita de tatuar.

El Plumita estaba transparente de flaco y me regaló el paquetito porque se iba a internar. Al tanteo nomás me di cuenta de que eran algo así como 25 gramos de merca. Se lo agradecí, le di un abrazo y sentí que abrazaba una parva de leña seca. Casi no quedaba nada de ese pibe hermoso que había sido, y llevaba poco más de seis meses enfermo.

—De la mejor, Locura —me dijo—, tomala toda y olvidate, yo no llego al pan dulce.

Volví al departamento pensando en hacer las cosas bien y se me ocurrió un plan brillante, el mismo plan brillante de siempre: dosificar. La merca y la plata. Pasé por una librería y compré lo necesario. Linda se había quedado a dormir en la casa de sus padres, en el barrio gráfico, a unas seis cuadras del complejo del departamento. Necesitaba una habitación con aire acondicionado. Era un febrero de mucho calor y ya tenía una panza enorme. Subí al departamento y separé el dinero para los quince días en quince sobres numerándolos día por día. Además de otros dos

sobres que decían “Gustos” y “Casino”.

Terminados los sobres del dinero abrí la merca: jamón del medio, pensé. Pellizqué un poquito porque no quería salir muy tarde al otro día y mucho menos quería que se me notara que había consumido. Linda me sacaba la ficha muy rápido. La repartí, en este caso, en quince papeles glasés plegados que había comprado esgrimiendo una justificación tan innecesaria como delatora.

—Es para hacer manualidades, si es que llueve —le había dicho a la librera.

—Claro —dijo ella—, manualidades. ¿Metalizados, no? —me preguntó.

Me habría gustado no ser drogadicto tan solo para borrarle la mueca irónica de la cara de rubia oxigenada que tenía la librera. “Manualidades”, creo que fue la primera y única vez que usé esa palabra en la vida, las cosas que uno puede decir en casos como estos son de no creer.

Aguanté una hora en el departamento sin saber qué hacer, y puesto que lo último que podía hacer era dormir, me puse a ver tele. No podía pensar en otra cosa: “Un toque más”, “un poquito”, y finalmente cedí. El poquito fue un poco, y un poco siempre alcanza pero jamás es suficiente.

—No pasa nada —me dije.

De los quince papeles ya me había aspirado cinco cuando me agarró, desvelado y paranoico, el amanecer y el calor. Llamé a Linda, que siempre que estábamos separados dormía con el teléfono a su lado, y le dije que salíamos más tarde, cuando bajara el sol.

—El auto no tiene aire —le dije. Y ella me dio la razón.

—¿Venís a comer a lo de mamá?

—No, descanso un poco más y voy a primera hora de la tarde.

Logré desenchufar el electro-oso hormiguero que tengo en la nariz, y aproveché para bajar y distribuir los diez papelitos restantes en zonas de difícil acceso del auto. Tiré dos adentro de cada puerta, entre el vidrio y el panel interior. Dos más adentro del baulcito, entre el tapizado y la chapa; uno lo dejé a mano entre los papeles del seguro, para el viaje, y los otros tres adentro del motor, pegados a la parte interna de la tapa del filtro de aire. Algo que demuestra a las claras que la supuesta lógica que te da la cocaína es en verdad una locura galopante.

Salimos a las siete de la tarde. Yo estaba bien, pero el problema de una embarazada es su vejiga, digo, uno de los problemas que en verdad no es un problema real, pero necesitan ir bastante seguido al baño. Yo soy viajero paciente, y viaje con quien viaje si necesita parar cien veces, yo paro. Supongo esto como una respuesta a la tortura a la cual nos sometía mi padre. Él podía hacer diez mil kilómetros sin mear ni comer ni dormir. Aún hoy odio a los que hacen eso.

En la primera YPF la esperé en el auto, no tomé nada del papelito de viaje porque me dio miedo de que ella llegara de pronto y me agarrase justo en actitud aspireitor. Y eso de querer y no poder, o poder pero mejor no querer, a un drogadicto lo llena de ansiedad, es casi lo mismo que haber consumido. Salimos de la YPF y a los pocos kilómetros la parada la propuse yo. La

excusa fue el calor. La realidad es que mi cabeza me estaba torturando, mi cabeza siempre fue esclava de mi nariz y yo siempre fui esclavo de mi cabeza. En Samborombón no aguanté más y salí de la ruta hacia otra estación de servicio.

Era una Shell, recién inaugurada, y en apariencia flamante. Ponernos a resguardo del aire acondicionado nos vino bien a los dos. Tomamos Coca-Cola, comimos algo y me mandé al baño con mi papel glasé. Pellizqué una vez y otra vez sobre el mingitorio, de espaldas a la puerta de entrada; pero no pude hacerlo bien temeroso de que alguien entrase y me viera, sobre todo un policía. No me había animado a entrar al único retrete por el olor. Pero finalmente no me quedó otra y entré: el monstruo estaba vivo, y además de dominar el espacio aéreo era también el dueño absoluto del inodoro. El muy sorete me miró y yo vomité al instante. Le di la espalda, abrí el papel y tomé todo lo que había en él, de una inhalada. Salí del retrete y en el lavabo no había agua. Me limpie la nariz con los dedos y evité mirarme al espejo. Se me va a notar, pensé. Pero Linda estaba cansada, tan cansada que ni energías debió de haber tenido para la pesquisa.

—Si podés nos bancamos un tirón largo, ¿dale? —le dije—, y si no hacemos noche en Dolores, conozco un lindo hotel.

—Yo te aviso, prefiero dormir en Mardel —dijo ella.

Pero yo, la aspiradora Reyes, estaba encendida, y no solo no pude pararla sino que apenas logré bajarle un punto la velocidad.

Lo que siguió fue demencial: no es casualidad que ese sea el apodo con el que me nombra mi Alfredo. Con la excusa de fallas en el auto paré mil veces en todos los lugares: talleres y estaciones de servicio, descansos y también en la ruta a oscuras sin balizas ni nada. Desarmé el filtro, desarmé las puertas y el baúl. Sin herramientas. Arrancando las cosas. Me quemé, me corté, me hice mil heridas leves, pero mil, y todo eso en menos de doscientos kilómetros. El recuerdo se me hace confuso y supongo que por mera supervivencia sicológica debo de haberlo reprimido, porque si pienso en qué excusa puede poner una persona para desarmar el panel interior de la puerta de un automóvil acusando una falla en el motor, me tiraría abajo de un tren.

Linda no dijo una sola palabra, y supongo que habrá sido la mayor desilusión de su vida ya que nunca jamás, ni en las peores peleas de separados, iba siquiera a nombrar un detalle de ese momento. Al fin de cuentas no nos quedó otra que hacer noche en Dolores.

Una vez en el hotel subimos a la habitación y ella se acostó. Yo bajé a intentar no sé qué, a escaparme supongo, a dejarla al menos un momento en paz. Junté los papelitos que quedaban, uno de los del filtro de aire había desaparecido, y armé del auto lo que pude y como pude: mal.

Llegamos a Mar del Plata al atardecer del día siguiente. Las puertas sin paneles con los sistemas de levantavidrios a la vista, la tapa del baúl desencajada, el capó mal cerrado y la ventanilla de mi lado subida y trabada con un destornillador como si el auto tuviera cien años. Linda, estoica, aparentemente sin darles importancia a esas cosas. Varias veces desde las distintas cabinas de las varias estaciones en las que me hizo parar y, anteriormente, desde el hotel

de Dolores, ella habló con su madre en un tono que me pareció de angustia. Pero habíamos llegado al fin, era lo que yo pensé. En el departamento Linda desconectó el teléfono del living y lo conectó en el cuarto principal enviándome un mensaje bien claro al cerrar la puerta. Yo seguí y seguí consumiendo, acostado en el cuarto contiguo hasta quedar petrificado primero y dormido después.

Al levantarme ella no estaba, ni ella ni su ropa ni nada. Tampoco una nota. Sin embargo no hacía falta para que yo me diera cuenta, desde el primer segundo, de que me había abandonado. Los sobres con dinero sí estaban, las llaves del departamento y las del auto y, por lo tanto, el auto también. Esperé hasta la noche como quien publica un edicto, y cuando fue evidente que se había vuelto a Buenos Aires agarré el sobre que decía Casino y fui a probar suerte a la ruleta.

Todo lo que pasó después es, por supuesto, igual a lo que les pasa al común de los jugadores compulsivos durante su vida activa y no vale la pena contarlo. Lo importante es que salvé el auto porque no estaba a mi nombre, salvé el departamento porque no estaba a mi nombre, pero no salvé dinero ni para comer una pizza, mucho menos para el combustible de vuelta. Lo único particularmente extraño es que no fui con todo el dinero de una vez, sino que caminé quince veces la cuadra y media que me separaba del casino para subir al departamento y llevarme el sobre siguiente. Gasté la plata sobre a sobre, consumiendo las dosis en orden y nombrando los días como si esos días ya hubiesen pasado. A veces me consuelo pensando que viajé al futuro, ya que recorrí quince días en tres o cuatro horas. Pero al único lugar que viajé es al infierno de la más cruda soledad. En el recuerdo se me hace claro que no fue conscientemente intencional, y supongo entonces que es lo más cerca que estuve de la locura. Si algo me aterra es la conciencia de que la locura real es tan ordenada y coherente en sí misma que se hace imposible saber cuál será el paso, o el acto, o el pensamiento, que vaya a terminar de hundirnos en ella para siempre. Tal vez nuestro pecado original no sea la inocente falta de Adán y Eva: un simple mordisco, una manzana prohibida. Tal vez hayamos heredado la locura de Abraham, que nunca detuvo el chuchillo, que apuñaló mil veces el corazón de su hijo, y que crio, sin saberlo, a ese estúpido cordero atrapado en un arbusto.

En un momento me quedé profundamente dormido. Abrí los ojos descansado y con una sensación injustificada de estar a salvo. Luego un poco se justificó: frente a mí una policía de la Bonaerense, que más buena no podía estar, igualita a Luisa Albinoni antes de la electrificación del subte, me observaba en silencio por la abertura de mi ventanilla que estaba con el vidrio por la mitad.

—Señor, por favor, bajesé tranquilo pero lo más rápido que pueda —me dijo la Albinoni con un leve aliento a fugazzetta.

—Lo que usted mande, oficiala —contesté. Bostecé y, lentamente, me dispuse a protagonizar

Los polipizzas quieren cias.

Unos treinta metros más adelante, Alfredo y el Ex Calvo Sexual hablaban con el que parecía estar a cargo del operativo. Le mostraban un papel, seguramente esa falsificación burda que me habían mostrado a mí. Desde la distancia pude ver cómo mi amigo, de lo duro que estaba, le ofrecía un montón de billetes directamente en la mano y cómo el milico los tapaba rápidamente con una carpeta o con un papel sin que pareciera afectarse mucho por el descuido. Miré hacia adentro de la limu y cerré la puerta: la mesita espejo estaba desplegada y tenía más talco que pliegue de luchador de sumo. Aparentemente Luisa Albinoni no la había visto, y si la había visto se hacía la desentendida.

—Lo voy a apuntar con la pistolita térmica a ver qué temperatura tiene —dijo ella.

—No me digas que sos travesti —dije yo, dando el puntapié inicial a una sucesión de seis desaciertos consecutivos.

—No se pase de la raya, señor.

—Ni un día me paso, ¿qué le vamos a hacer, oficiala? (Desacierto dos).

—Le repito, vaya despacio, soy un oficial de la policía bonaerense —me dijo.

—Ve, dijo “un”, no “una”. No se está incluyendo a usted misma. (Desacierto tres).

—Mirá que un castrado como vos podría ser la novia de todo el penal de Ezeiza.

—Si fue penal quiero el Telebin. (Desacierto cuatro).

—¿Sabes cómo se pasa de gato vivo a gato muerto? —dijo Luisa Albinoni, y acarició el matagato, el de verdad.

Me disculpé y ella, sin decir nada más, dio media vuelta y caminó hacia una camioneta. Se inclinó hacia adentro aparentemente para hablar con alguien. Alfredo y el Ex Calvo Sexual seguían hablando con el cana a cargo del operativo pistola. Los tres sonreían y ya nadie tenía plata ni papeles en las manos: todo bien, pensé.

Como salida de la nada, pero seguro de la camioneta de policía que yo había descuidado vigilar, ya tenía al lado a otra policía de la Bonaerense. Típico de estas películas: se había ido la flaca y venía la gorda. Si bien a mí me gustan más que nada las gordas, esta, particularmente, no me gustó ni un poco. Metía miedo de solo no mirarla. Era tan gorda que podía hacerme el juego de la policía buena y la policía mala ella sola.

—A ver, ¿usted es el canchero? —me preguntó.

—No, el canchero es el amigo de Alfredo. Alfredo es aquel —señalé como un cobarde a mi amigo. (Desacierto cinco).

—Cierre la boca y sáquese la camisa porque yo no tengo ni un gramo de la paciencia que le regaló mi compañera —me ordenó.

Me llamó la atención que ella, que pesaría ciento veinte kilos escurrida, se expresara justamente en gramos. Me propuse hacer valer mis derechos:

—De ninguna manera —dije—. Y no pido un abogado, pero si piensa violarme quiero un

beso, pero no suyo, quiero un beso de la Albinoni. (Desacierto seis).

Terminé de rodillas, esposado, con un brazo retorcido, la camisa arrancada de un tirón y todo el peso de las rodillas de la ley sobre mis omóplatos.

—¿A ver qué chiste se te ocurre ahora, pelotudo? —dijo la gorda—. ¿Violarte? Los gatos como vos a mí no me cogen.

Fue un comentario por demás sexista y por demás injusto con los gatos, pero, al menos en eso, estábamos de acuerdo. La enorme policía sacó una pistolita que me pareció de esas que una antigua ministra alcohólica había comprado para electrocutar médicos en el Hospital Posadas y que por suerte no llegaron a usarse ya que en esos días de pandemia estábamos necesitando a los médicos medianamente operativos. Me apuntó y cerré los ojos. No me dolió nada. Me apuntó varias veces moviendo el láser por mi cuerpo como si buscara un código de barras. Finalmente me dijo que mi temperatura estaba bien.

—No tenés fiebre —dijo—, por lo tanto tu estupidez no es una patología contagiosa.

Me levantó del piso como si levantara un papel y me quitó las esposas. Me dio los restos de mi camisa e intenté ponérmela tratando de que sintiera pena. Llegó Luisa Albinoni con unos formularios que firmé sin leer y con la boca cerrada.

—Se ve que te decidiste a hacer caso calladito, ¿no, Gabrielito? —dijo Luisa.

—La señora aquí presente me pidió las cosas con cortesía, y no pude más que ser condescendiente —dije, y les hice una reverencia.

—Debe ser difícil encontrar otro pelotudo como vos —dijo la gorda.

—Imposible, supongo —dijo Luisa Albinoni.

—¿Acaso no encienden nunca el televisor? —me defendí, y me sentí triunfador ya que este fue el fin de los desaciertos.

Miré mi reflejo en el vidrio de la ventanilla de la limu: parecía un Lou Ferrigno judío luego de haberse destransformado de Hulk a Ferrignovich.

—Métase en el auto porque una más y lo meto preso —dijo la gorda—, y con esa boca no va a durar un día en la cárcel.

—Usted usa mucho el verbo meter —dije, a punto de iniciar una nueva cadena de desaciertos.

—Ni una hora vas a durar —dijo la Albinoni.

Me metí. Y con los restos de mi camisa limpié el espejo y replegué la mesita. No había que tirar tanto de la cuerda porque se iba a cortar, y si bien era eso lo que yo buscaba no quería que sucediera antes de que llegásemos adonde debíamos llegar. Ya casi había oscurecido por completo y esperé unos minutos y volvieron los coimeros y se metieron en la limu y arrancamos en la noche rumbo al mar desconocido de la alegría que esperaba por nosotros.

—¿Vite qué güena taba la milica, Demencial?

—La que yo vi pesaba trescientos kilos y me retorció el brazo y me tomó la fiebre con un consolador infrarrojo mientras estaba arrodillada sobre mis espaldas.

—Seguro le delirate.

—Ah, ¿ahora estás del lado de la Bonaerense? Mirá vos —dije.

—No sea culiao, culiao, pero le conoco a tu mente de demente.

De vuelta en la ruta, el Ex Calvo Sexual manejaba serenamente. Ser tan hijo de puta y tan careta y tan imperturbable y tan imprescindible la verdad no le impedía ser también un excelente chofer.

—¿Cuánto gastamos en la cometa? —pregunté.

—Le di un dié mil pesos —dijo Alfredo.

—Estimado conductor, alias ex Esclavo Sexual alias Ex Calvo Sexual.

—Diga, señor Reyes.

—Señor Reyes.

—No entiendo.

—Usted me dijo que le diga señor Reyes.

—Por favor, don Gabriel.

—Paselé todos los gastos y ayude a mi amigo Alfredo a anotarlo todo. Decidí llevar una vida más ordenada —dije.

Alfredo escupió lo que fuera que estaba tomando y empezó a reírse con carcajadas tan fuertes y tan reales que primero el Ex Calvo Sexual y luego yo terminamos tentados y comenzamos a reírnos a la par de mi amigo. La risa se hizo tan incontrolable que en un momento tuvimos que parar en la banquina y bajarnos. Cuando nos estábamos calmando, una repentina carcajada del Ex Calvo Sexual hizo que él, tan seriecito que parecía, soltara un estruendo de ruidoso y seco pedo como la explosión de un petardo vencido; y otra vez empezó la risa, y terminó y empezó y terminó y empezó, y vuelta otra vez. Fueron más de quince minutos de descostillarnos a tal punto que a mí se me escapó un chorrito de pis.

—Basta, carajo, que me meo —dije.

—Liá te meá-te, Demencial, nel pantalón —dijo Alfredo y señaló un lamparón húmedo en mi entrepierna.

Y otra vez. Hasta que terminamos acostados boca arriba en el pasto húmedo, dejando salir los últimos estertores de ese Espíritu Santo que es la risa cuando es absurda, cuando te sobrepasa, te agota y te lleva a la calma total. Arriba, tan solo para nosotros tres, un hermoso manto negro dejaba ver un sinfín de estrellas. Y nos ganó el silencio, porque el silencio verdadero solo nace de la contemplación de lo extraordinario, y lo gana todo. Los tres hicimos la plancha en ese silencio lento, muy lento, que duró el tiempo exacto que puede durar la eternidad sin que un reloj la alcance para arruinarla. Por ese rato sentí que algo superior nos amparaba pero que a la vez nos confirmaba que éramos los tres olvidados más olvidados del universo, o al menos de la Ruta

Nacional número 8.

—¿Ustedes saben lo que es el nirvana? —pregunté.

—Para mí el nirvana es estar sin nerviosismo, como estoy ahora —dijo el Ex Calvo Sexual.

—Y si era felí el Nirvana, ¿pa qué sizo pelota nel rio?

—¿De quién hablás, Alfredo?

—Del Nirvana ese.

—Del cantante de Nirvana, Alfredo. Me parece que se pegó un tiro —dije.

—Primero, y despué sizo pelota nel río.

—Lo del río habrá sido un accidente. Al volarse los sesos se quedó ciego, se puso a caminar al pedo y se cayó, ¿ok? —dije, porque a veces el camino más sencillo con mi amigo es el de no intentar explicarle cosas que, en definitiva, importan un carajo.

—Locura la mente humanitaria, Demencial.

—Son los niños ricos que tienen tristeza, diría el filósofo Carlos Saúl, Alfredo. Ahora vamos, que acá en Capilla del Señor tenemos que hacer la primera parada en el puticlub. ¿Alguien tiene hora? ¿Alguien tiene hambre?

—Van a ser las 22:30, don Gabriel —dijo el ex Calvo Sexual, y se levantó.

—Si quedó algo en la limu picamos, tengo un hambre de elefante y no quiero encender la aspiradora con la panza vacía. Hay que ir por Capilla.

—¿Capilla del Monte? —preguntó el ex Calvo Sexual.

—¿Usted me ve cara de pelotudo busca OVNI? —reconozco que lo pregunté con cierta intolerancia—. Capilla del Señor, tiene que agarrar un poquito la 39, Ex Calvo.

—Impar —dijo él, y me miró por el retrovisor.

—Ahora me está cachando —dije yo.

—Sí. Conozco a dónde quiere ir señor Gabriel, perfectamente.

Volvimos al auto, arrancamos y me puse a comer restos de queso y pedacitos de pan que la locomotora Alfredo había dejado. Enseguida me llené y, directamente con la mano, pellizqué una buena cantidad del polvito blanco. La cocaína de mi chofer era en verdad muy buena.

Me sorprendió que mi chofer dijera que conocía un lugar, un lugar que para mí tan solo era un invento caprichoso de mi boca. Pero supuse que, siguiendo una ruta como la 39, antes o después del pueblo, un prostíbulo tenía que haber. Rosa, pensé.

—Rosa —dije—. La primera mujer que tenemos que ver se llama Rosa. Es una puta, más vale, pero tiene algo que necesito volver a ver.

—Pa eso ta la puta, Demencial, pa volverle a vele de nuevo.

—Es una morocha que se llama o se hace llamar Rosa.

—Le conoco. ¿Rulito largo rulado? ¿Tetona culona, lo divina así? La Rosa Ana, le conoco.

—¿Y cómo es que la conocés? —le pregunté, dado que, por supuesto, me la acababa de inventar.

—Poqué vinimo con el Matador.

—¿Qué Matador, Alfredo? Ahora sí que me estás volviendo loco.

—Tachero e la parrília, que tiña catarata nel ojo y no veía tre sorete. Si vo le pusíte Matador porque mataba sei Toro la noche una, sei botélia e Toro tinto.

—¿Y qué carajo hacían por acá desde La Paternal?

—Le agarramo derecho la autopista, qué sé lió, descavio. Liegamo al Manzanar pero daí nos-fueron por borracho los do.

—Está lleno de hippies, Alfredo.

—Na mierda el Manzanar ese, Demencial.

—Hay de todo, Alfredo, quedate tranquilo.

—¿Deberíamos preguntar en algún lado, don Gabriel? —dijo el ex Calvo Sexual entendiendo perfectamente que cada uno debía volver a ocupar el lugar que veníamos ocupando.

—Vo entrale al 39 y si ve camino tierra, agarrale y seguile, Alfre, lió te aviso. No le corrá, seguile normalito a la tierra bendita.

Mi Alfredo se puso a meter toda la mugre que habíamos generado en menos de ochenta kilómetros en una bolsa de plástico verde. Me di cuenta de que evitaba cruzarse con mi mirada de manera franca. Evitaba que el encuentro de nuestras miradas derrumbase todo mi plan antes de terminar de ser planeado, incluso antes siquiera de existir.

—Demencial, ¿poqué dicen cuarentena a cosa éta destár guarda-íto?

—Porque son cuarenta días —le dije.

—¿Y poqué é siempre cuarenta el día?

—A veces no son cuarenta días exactos pero supongo que quedó ese nombre por la Biblia.

—Santísima.

—Santísima.

—¿Y qué tiene que ve la Santísima?

—Cuarenta es un número importante para Dios. Mirá: hubo cuarenta días de lluvia en el tiempo de Noé. Moisés estuvo cuarenta días con Dios cuando recibió los mandamientos. Los judíos estuvieron cuarenta años en el desierto. Jesús ayunó y fue tentado por cuarenta días también en el desierto. Luego de resucitar estuvo cuarenta días apareciéndoseles a los discípulos antes de tomarse el palo al cielo. Un embarazo dura cuarenta semanas y nace una nueva vida. Cuarenta días es también la duración de preparación para la Pascua. El emperador le dio cuarenta días a Aladino para que rescatara a su hija o lo decapitaba. Y lo que es más importante aún, Alfredito, la canción de Michael Jackson dice: por cuarenta días y cuarenta noches ella lo estuvo mandando en cana. Y si todo eso fuera poco yo aprendí todo lo bueno, aprendí todo lo malo, sé del beso que se compra, sé del beso que se da, del amigo que es amigo siempre y cuando le convenga. Y sé que con mucha plata, uno vale mucho más.

—¿Iésa cual é?

—Las 40 —dije.

—Só una maquinaria é la memoria, Demencial, me guta mucho que-seámo hermano.

—A mí me gusta más, Alfredo, aunque a veces te ponés pesado como collar de melones.

—Como lefantito nel brazo.

De golpe una hilera de lamparitas en guirnalda rojas y verdes aparecieron al costado de la ruta metiéndose entre los arboles más allá de la banquina izquierda.

—Ahí, Demencial, mirá, ahí. Metete, Alfre.

El Ex Calvo Sexual se metió de una, doblando sobre la ruta sin más. Igualmente la ruta había estado desierta durante todo ese breve trayecto. Al entrar en el camino de tierra, levantamos una enorme nube de polvo.

—Ante que ná-a, tengo que darte una cosa importante, le encontré lió mismo personal. El rosario délia, lencontré nel piso de casa túlia —dijo Alfredo entre los bamboleos de la limu.

—El rosario de ella no puede ser.

—Puede que sea, sí señor.

Yo estaba seguro de que lo había tirado a la basura aquella misma tarde o una de esas tardes. El rosario de ella, como Alfredo lo llamaba, lo había armado yo mismo, mitad con un rosario de color rosa que alguien me había traído del Vaticano, y la otra mitad con lo que había sobrevivido de otro rosario que ella de pequeña y yo de adolescente habíamos hecho juntos para sus tareas de manualidades de la escuela primaria. De golpe ahí estaba: la palabra manualidades. Sonreí. Las palabras son traicioneras. Sobreviven el paso del tiempo, fingen hacerse fósiles en la memoria. Se tiran a dormir mil años bajo una montaña de días sin sentido, bajo una cordillera de distracción, bajo una noche serena. Y de golpe aparecen, fortuitas, ubicándose en el centro exacto de nuestra existencia; resignificando el contexto del pasado para asegurarnos la herida en eso que estamos viviendo ahora. “Manualidades”: ahí estuviste siempre, ahí estuvo siempre la niña que ella fue y ese niño-padre sustituto que fui yo. Alfredo me miraba:

—Otro día es que te doy —me dijo.

—Mejor, Alfredo —dije yo—. Solo quiero ir a hablar o a ver a esa chica, ¿cómo dijiste que se llamaba?

—Rosa Ana.

Las lamparitas siguieron por muchas cuadras, y por el estado del camino el Ex Calvo Sexual había bajado mucho más la velocidad. En un momento aceleró e inmediatamente frenó onda Ayrton Senna. Luego de unos segundos, el polvo nos alcanzó y nos cubrió por completo.

Esperamos. Esperamos bastante. Las luces que habíamos seguido terminaban en la copa de un árbol gigante simulando una corona de colores. Enseguida se nos acercó un tipo con una cabeza monumental; nunca en la vida había visto un tipo con semejante cabeza. Mucho menos con

semejante cabeza y portador de una cara más que de malo, de asesino serial, de homofóbico, pero de una fobia específica a los que somos casi homos porque no nos animamos a meternos cosas por el culo; y sobre todo tenía cara de odiar a los porteños y mucho más aún a los que no somos porteños pero lo parecemos. También pude intuir una cara de odiar a muerte de golpe de cabeza a los hombres que se visten juveniles a pesar de los cincuenta, reservando siempre un poquito de odio para los hombres que se visten acorde a su edad, y un mínimo de odio, por las dudas, a los hombres en general. Resumiendo: me di cuenta de que no existían muchas posibilidades de que le cayeran en gracia tres tipos que llegan en una limusina blanca y le llenan la casa de polvo; y que nomás al verlos se les nota lo medio falopa que están y que el otro medio es pura borrachera. De todo eso, más de culo, tenía cara el hidrocefálico. Y un tamaño de boxeador de peso completo. Pero como soy hombre de fe, quise creer que era una persona hospitalaria.

Bajé mi ventanilla y dije:

—Somos de mierda, señor, buenas noches; pero no somos porteños, y mucho menos actores de teatro.

—El putero está cerrado por la cuarentena —dijo desde alguna abertura en su cara y se dio vuelta: de espaldas daba un poco de tranquilidad.

—Buscamos a Rosa Ana, mi amigo le va a explicar, tal vez pueda abrir para nosotros; supongo que las chicas deben vivir acá, no veo que pase ningún subte hasta la ruta y además no es conveniente por el virus viajar en la hora pico —dije, y a esta altura ya queda bastante claro que mi principal problema es, fue y será, el de no cerrar la boca a tiempo.

Para todo esto Alfredo se había bajado de la limu y encaraba al tipo que de ahora en más voy a llamar “Espalda”. Le pegó un gritito corto que hizo que la bestia reparase en él. Lo alcanzó y se pusieron a hablar. Yo no llegaba a entender lo que Alfredo le decía y las frases cortas y extrañas que Espalda le contestaba. Hasta que me di cuenta de que hablaban guaraní.

—Estamos salvados, Ex Calvo Sexual —le dije a mi chofer.

—Si usted lo dice, don Gabriel.

—Otro que no le pone onda. Sí, yo lo digo: estamos salvados.

—Discupemé, don Gabriel —dijo el Ex Calvo Sexual—, hay mucha plata en la mochila y esto es una limusina, combinación suficiente para que, en un lugar así, nos descuarticen.

—Mirá la casa, es hermosa, ¿o no? —dije.

—Realmente, sí —dijo el Ex Calvo Sexual.

—Fumá, aunque está prohibido fumar en el transporte público, lo dije en sentido figurado, eh; fumá: tenemos al súper Arnaldo André; no pasa piel naranja, Ex Calvo.

Mi chofer no se rio en absoluto aunque el chiste me había parecido bastante ocurrente: eso de “no pasaba ni piel naranja”, pero bueno, vaya a saber uno si en el sindicato inexistente de estos choferes inexistentes les permiten reírse del gran sentido del humor del conurbano

avellanedense. Hay que entender, decía siempre mi madre. Mi Alfredo y Espalda terminaron de hablar. Espalda se metió en la casa mitad casa mitad putero y Alfredo en la limu.

—To bien, Demen, é mi compadre. La Rosa Ana se liama Rosana, y ta dentro, y tenemo otra sei minita, lió le dije que era pa culiale, decirle que vinimo a no culiale é raro, Demencial.

—Bien hecho —dijo el Ex Calvo Sexual—, tenemos mucha plata encima —agregó.

—Si queré fumá, Alfre —dijo mi Alfredo.

—Está prohibido en el transporte público —dije yo.

—E mestáfora, Demencial.

—Metáfora.

—¿Y lió que dije?

—Metástasis.

—Pero é mestáfora. Y vó, Alfre, si queré dejale la plata nel techo del limu, acá no pasa naranja.

—Piel naranja —dije yo.

—Linda la novela, le miré ata nel principio y depué un pelotudo e la parrilia dijo que la minita Raulito era tortiliera y que Narnaldo le comía poronga. Casi le hinco cuchilio.

—Son mentiras, Alfredo, la gente es una mierda y miente y acusa de degeneración sexual hasta a los gays —dije—. ¿Cuántos compadres tenés?

—Milión. Alfre, ¿la radio dice algo del fin que termina el mundo? El presi Critina debe tar enojada.

—Ni la encendí, Alfredo —dijo el Ex Calvo Sexual.

—No tenemos barbijos —dije yo.

—Y qué viru-viru vamo pegá cá nel campo —dijo Alfredo.

—Por el polvo, digo, soy alérgico.

—Demente só, Demencial, é lo único que só.

El lugar era perfecto, cálido, con la iluminación justa, amplio y limpio pero no limpísimo. Supongo que la expectativa tan baja con la cual entré habrá colaborado en mi apreciación. Porque antes de llegar tuve que caminar cien pasos en el polvo de la tierra seca, entre los cuzcos atemorizantes que ladraron cada uno de esos pasos. Pero lo peor fue la vista: en el terreno vecino había un gallinero repleto de esos animales tan repugnantes que son las gallinas y sus parientes cercanos que ni mierda sé cómo se llaman, patos, gansos, ñanducitos, toda esa variedad de bichos que caminan como Lázaros resucitados y picotean sin piedad cualquier cosa real o imaginaria; me repugnan. También tuve que saltar un zanjón enorme pensando en nada porque la palabra "ratas" se me vino a la cabeza y es una palabra que puede arruinarme la vida si dejo que se instale en mi frente. Mi fobia incluye todo lo que se parezca a una rata: desde un hámster, pasando por un cuis, un conejo, una ardilla, un carpincho, un cangurito bonsái y Nelson El Hombre Rata, ese chiquitito que Susana Giménez llevó a su programa *Hola Virola* y que una vez vi personalmente en Avellaneda, en el velatorio de no recuerdo quién. Ahora que lo pienso no tengo la más puta idea de qué hacía Nelson El Hombre Rata en un velatorio y en Avellaneda, pero ahí estaba. Yo ni me le acerqué, y casi me da un infarto cuando lo escuché llorar: emitía ese aterrador cri-cri de las bichas estas de mierda.

Alfredo conoce mis terrores y cuando tuvimos que cruzar el zanjón me hizo cerrar los ojos, me dio la mano y me guio.

—Cerrá lojo otra vé, que viene pasilio ocuro —me dijo después.

Es que tampoco puedo atravesar un espacio oscuro solo. Porque lleno esa oscuridad con ratas, con millones de ratas, y peligros reales que vienen desde el pasado, desde mi infancia. Ninguna de las mujeres que tuve al lado, ninguna, recordó jamás encender una luz cuando me dejaban un instante solo en un cuarto para ir al baño. Pasado el calvario, Alfredo me dijo que abriera los ojos y entendí el asunto.

—No había ningún pasillo oscuro, ¿no es así, Alfredo?

—Ni uno, Demencial —dijo y largó la carcajada.

El bar era más bien de lo nacional pero bastante equipado. Y hasta habían tapizado más de una docena de mesas y sillas en símil cuero rojo. Era muy raro que ese gusto fuese de Espalda. Tal vez había sido idea de una de las putas, tal vez de una madama. Indudablemente era el buen gusto de una mujer.

—Podemos pasar la noche acá, o si querés la cuarentena entera, Alfredo —le dije—, además

de la plata de la mochila tengo otra plata y tengo tarjetas para reventarlas bien reventadas.

—Ata-lóra arreglé do noche, siete mujere, bebida del nacional, morfi al placebo —me dijo.

—A placé, Alfredo.

—Por eso —dijo y me dio una bolsa de papel—. Acá tené plata pa propinar, mercancía y el rosario délia. Te conoco, Gabriel, te vas a borrar sol ito. Yo atiendo al Alfre, también. No le digá má eso de Ex Calvo Sexual, é doloroso.

—Acepto todo —dije—, pero cada uno llama al otro como quiere, ¿ok?

—Okikey. ¿Te digo la moneda que le arreglé?

—No, vos sos el ministro de Economía, nada de explicación: acción.

—Ese no quiero sele, el Pato Gay ese de do piza meno me dejó en calie pampa y la vía.

—No, Alfredo, nadie quiere ser como ese pelotudo. Ahora cambió todo.

—Le ganamo con la Critina.

—Y bueno. ¿Y te parece que la Cristina va a andar con ese Pato Gay?

—No, Demencial, élia é grande como fue la túlia y como fue la Evita. Pero la Rosana tespera nel mejor cuarto, tiene traba adentro como a vo te gusta, no traba traveti, trava manijita, andá. Ahorita te lievo Coca-Cola sodita y petaca la buena.

—Me conocés tanto, hermano mío.

—Te conoco tanto, hermano tulio, liá le avisé a mi compadre que a vó te atiendo lió solo, que no querestraño. Con metálico son todo güeno. Andá, puerta rosa.

Caminé hasta el final del salón donde un pasillo muy iluminado me llevaría a ella. No sabía con qué me iba a encontrar. Con la bolsa de papel marrón en la mano, como un niño que vuelve de hacer un mandado para su madre. Adentro de esa bolsa estaban todas las cosas en las que creo, desde la más profana de todas hasta la más santa y sagrada entre las santas y sagradas de mi vida. Me detuve frente a la puerta rosa. Había caminado decidido a entrar sin golpear, pero golpeé despacito. Alguien se movió adentro y sus pasos de taco se hicieron oír. Conté cinco tac-tac: al menos la habitación no debía ser minúscula. Ella iba a abrirme la puerta. Ella: una mujer específica y desconocida que yo mismo había ido a buscar. Sentí un suave “ya va, querido” y luego tres tac-tac-tac avanzar y detenerse frente a la puerta. El chirrido del picaporte y la puerta que se entornaba levemente sin llegar a abrirse lo suficiente como para verla, mucho menos como para darme lugar a entrar. Me quedé ahí en silencio, esperando que ella terminara de abrir, que apareciera. Pero no pasó nada. Ella no venía. En un momento me pareció que estaba ahí; pero nada. Los segundos pasaban en la plateada esfera de ningún reloj. Tic-tic, tac-tac. Finalmente la puerta se abrió del todo y entré.

Podría describir la maravilla de un ambiente ideal, también podría decir que ella era hermosa. Pero lo más importante es que, nomás verla, me olvidé por completo de todo: de lo que había ido a buscar, sin buscar nada, ahí. Me olvidé del lado oscuro de lo que llevaba en la bolsa que no era más que una parte mínima, cristalizada, de mi lado oscuro. Estaba ahí tan solo porque pretendía

ver en cualquier mujer a la que yo había perdido; pero, al mismo tiempo, quería dejar de pensar en ella. Quería eso: una viñeta en mi memoria que alcanzara para empezar a sufrir, para apropiarme de un dolor que me pertenecía y que por pura cobardía había condenado a la orfandad. Con decir que el cuarto era de un rosa apagado y triste a mi parecer, como si fuera una habitación construida en honor a una princesa muerta. Y eso me pareció bien ya que un putero siempre debe generar una leve tristeza.

Rosa Ana, en realidad Rosana, era una puta linda de cuarenta y cinco años bien conservados pero presentes. Daba la impresión de estar un poco cansada de ser puta, y un poco aburrida de no poder seguir siéndolo por culpa de la reclusión forzada de la cuarentena. Eso fue lo que leí en su mirada, pero esa misma noche me iba a dar cuenta de que había sido una lectura completamente errónea. Cerró la puerta tras de mí y, frente a mí, apagó su celular. Alta y consistente como era, de curvas extremas y marcadas en su cuerpo blanco y sin tatuajes, caminó en ropa interior sin que sus carnes firmes rebotaran ni un mínimo dentro del encaje y con elegancia de reina. Mejoró la iluminación con un tenue velador rosa, y el rosa triste de princesa muerta de las paredes mutó ante mis ojos en otro rosa ahora tal vez de niña consentida, o de adolescente aniñada, erótica y maliciosa. Me senté en la cama y ella se quedó parada, monumental, frente a mí.

—Así está mejor —dije.

—Poco puede hacer el rosa contra el negro horizonte del futuro, mi cielo —dijo ella.

—¿Por qué me decís mi cielo?

—Cortesía profesional, mi cielo.

—Se lo decís a todos, entonces.

—¿Y eso a vos en qué te excluye?

—Tenés razón, más bien me incluye, ¿no?

—Tampoco exageres, mi cielo —dijo, y me clavó esos ojos que no eran celestes, ni negros, ni almendra, ni miel, ni nada por el estilo, sino de un marrón común y corriente: hermosos ojos marrones comunes y corrientes.

Sonreí: si bien no esperaba encontrar una modelo en ese lugar, y mucho menos una modelo de buenos modales, lo que seguro no pensaba encontrar era una mujer tan atractiva y además inteligente, o al menos de diálogo inteligente. Ella arrimó una silla y se sentó de frente al respaldo onda película *Cabaret*: de piernas abiertas era, ahora sí, una mujer más que hermosa. De piernas abiertas todas las mujeres son hermosas.

—¿Sabés que no quiero sexo, no es cierto?

—¿Sexo decís? Qué anticuado.

—¿Y cómo debería decir?

—Coger.

—Viví mucho tiempo en la calle, no necesito hacerme el duro.

—Estás duro.

—Estaba, ya se me viene pasando.

—Calmate, bombón.

—Detesto a las mujeres que dicen bombón. ¿Me puedo ir?

—Quedate por favor, mi cielo —dijo y soltó una risita aniñada que me puso durísima la entrepierna.

—Mi cielo me gusta —dije.

—Se te puso dura, mi cielo.

—Pero no la vamos a usar, mucho menos si seguís en el papel de tu oficio.

—¿Y qué papel te gusta, mi cielo?

—A4, y que no sea reciclado ni reciclable —dije.

—Mirá, ayudémonos los dos, tomemos una buena cantidad de ese polvito que tenés ahí, en la bolsita.

—No te quería ofender —su carcajada ahora fue bien de puta profesional.

—Mirá que sos raro. Igualmente me dijo tu amigo que eras raro pero muy bueno.

—Ponele.

—¿Te puedo pedir un favor, mi cielo? ¿Podrías separar la basura para reciclaje y podrías usar papel reciclado?

—A partir de hoy lo hago, te doy mi palabra —dije sinceramente.

—¿Estabas esperando que una mujer te lo pidiera?

—Estaba esperando que una mujer real me lo pidiera.

—¿De verdad lo vas a hacer?

—Sí.

—Bueno, dale, pelá la droga antes de que desee casamiento y maternidad.

Suspiró, descolgó un espejo antiguo de marco de madera trabajado de tal forma que los trazos simulaban las ramas de un rosal enredadas donde, cada tanto, afloraba una pequeña rosa, y lo puso sobre la cama. Le di la bolsa de papel y la fue vaciando. Evité mirar lo que sacaba de ella. Se levantó, caminó hacia la puerta y descorrió una mampara de vidrio que yo no había visto al entrar, seguramente enceguecido por la ceguera que siempre me enceguece: el aburrimiento. Encendió una luz que delató un nuevo ambiente blanco, un baño. Escuché cómo abría una canilla y cómo el agua empezaba a acumularse en lo que evidentemente debía ser una bañadera. Salió cargando una pequeña mesa ratona de vidrio y patas metálicas, donde puso las petacas de distintos whiskies que había dejado sobre la cama luego de sacarlas de la bolsa. El espejo lo dejó en su lugar, la cocaína cerrada sobre el espejo. Volvió a meter el dinero en la bolsa.

—Ese dinero es todo para vos —le dije.

—Hablamos después del baño, primero te me bañás, ¿te parece, cachorrito?

Esa palabra no, pensé; pero no le dije nada. Ya estaba pareciendo demasiado moralista, o demasiado hinchapelotas, demasiado algo malo seguro. Hice como si ella no la hubiese

pronunciado, porque seguramente lo había hecho por pura casualidad, una palabra normalmente usada por las putas, todas las putas, cualquier puta, no dije ni *mu*. Comenzó a desvestirme y yo me dejé desvestir. La ayudé como ayudaba a mi madre cuando chico: poniendo el peso del cuerpo para el lado conveniente, permitiendo que la ropa saliera al primer tironcito de manos, de todas ellas, de ella otra vez, cada vez que ellas se convertían en una, la misma, la única, la que nunca más iba a estar a mi lado.

Caminé sin ropa hacia el baño blanco como una morsa gorda y cansada que llega a una gran masa de hielo polar para descansar un poco. El baño, sumido en un bloque de niebla, el ruido del agua burbujeando en el agua, la imagen de esa Venus de ruta mucho más bella que la de Botticelli por ser real, por ser alquilable, por poner su cuerpo al servicio de la humanidad. Venus madre, entonces madre putativa. Me metí en la bañadera. La morsa que yo figuraba se sintió feliz en el agua y entonces fui morsa feliz.

Me hundo y me doy cuenta de lo profunda y espaciosa que es la bañadera porque puedo estirarme sin llegar a tocar los extremos. Me sumerjo en agua tan caliente que apenas puedo aguantar. Siento que me baja la presión un poco más rápido de lo que habría sido perfecto. La sensación no es agradable pero sé que va a terminar por serlo y que cuando pase esta leve lipotimia voy a sentirme flotar. Tengo mucha experiencia en esto. Si la lipotimia fuese un oso polar yo podría defenderme de ella con un palo de dos o tres metros, le daría estocadas firmes en el hocico y la mantendría a distancia; ella no se acercaría a mí ni aun sabiendo que es más poderosa, que me aplastaría con solo darme una palmada. Mi Venus Rosa Ana Rosana sale del baño, la escucho borrar toda posibilidad de recuerdo tierno narigueteando como un oso hormiguero. Esa es la única ventaja de Botticelli: sus diosas no se mueven, no toman merca, no comen ni defecan, están pintadas como yo estoy pintado ahora.

—Las morsas no estamos hechas para escalar, ¿sabías? —digo.

—No te escucho, mi cielo, esperate un poquito —dice, luego viene al baño. Sin ropa interior ya. Por suerte no está totalmente depilada y me salva de tener que recordar esto como una película porno.

—¿Qué decías? —pregunta.

—Nada.

Pero lo pienso, querida, lo pienso: las morsas ya no tenemos playas amplias para descansar, entonces al llegar a un pleno abarrotado nos ponemos a escalar los peñascos de roca, muy altos, de cincuenta o cien metros. No fuimos hechas para escalar peñascos y al querer volver al mar, la visión del agua nos hace perder la perspectiva y caemos, nos rompemos el cuerpo, quedamos a la vera del mar agonizando días enteros, tal vez hasta una semana de agonía si no tenemos la suerte de que un monstruo nos adelante a la gracia.

—Sos raro de verdad, pero también te hacés el raro.

—Es culpa del cambio climático —dije—, nosotras las morsas no tenemos dónde mierda

apoyar el culo gordo. Y siempre terminamos hechas mierda.

—No estás gordo.

—Mierda no quiere decir que defecamos sin pudor delante de todos, eh. ¿Está claro?

—¿Por qué te sentís una morsa?

—Mierda quiere decir que nos partimos el cráneo y sale la mierda que tenemos en la cabeza y que hace falta para vivir al menos biológicamente.

—A mí me parecés muy lindo —dice ella y se mete suavemente en la bañadera. Mi submarino saca el periscopio afuera del agua.

—Mierda —digo.

—¿Cómo estás, papito, eh? —dice.

—Como estoy me voy a quedar —digo.

—Ya sé —dice, y me da miedo que sepa. Porque sabe de verdad, porque mi Alfredo suele usar a las putas para chicanearme—: vos perdiste a tu hermana menor y estás angustiado buscando no sé qué en no sé dónde, o sea acá, para aliviar tu dolor.

—Soy hijo único —digo—, lo que pasa es que escribo la biografía de un tipo por plata.

—¿Sos escritor?

—Sí, de biografías de un solo tipo, un tipo con plata que piensa que vale la pena hacer un libro con su vida, ya le escribí nueve, esta es la décima. Creo que esta va a ser la definitiva, me tiene cansado.

—Biografía se escribe una sola.

—¿Nunca viste distintas biografías de una misma persona? ¿No leés la revista *Simétricos*?

—Ni la conozco, y me parece que no existe, pero sí, claro que leí dos biografías de una misma persona, pero escritas por autores distintos. Mirá que soy leída, eh, no me vengas con cuentos.

—Si sos leída debería encantarte que te venga con cuentos.

—Los cuentos me gustan escritos, no cuando salen de la boca de un hombre, ahí me ponen mal, me ponen arisca.

—La nariz en acción te pone arisca, me parece.

Me tiró agua en la cara y no pude seguir hablando ya que por estar hablando el agua que me había tirado en la cara me entró en la boca y me ahogué. Tosí pero me reí, me caía muy bien Rosana alias Rosa Ana, alias La Venus de Reyes, alias mi Venus Rosa Ana Rosana.

—En boca de morsa cerrada no entran aguas —dijo, y era para cogerla hasta pasado mañana.

—Tenés razón —dije yo.

—Mejor te baño —dijo ella.

Empezó por enjabonarme los pies y las piernas hasta donde llegaba en esa posición. Luego avanzó un poco pasando sus piernas sobre las mías y me enjabonó la cabeza, el pecho y todo el frente de batalla, un frente que por suerte ya estaba en retirada. Abrazándome, siguió con el jabón por mi espalda, ahí mi cara quedó al costado de su cuello y pude olerla, olerla libre de

perfume, libre de mundo y de destierro, el olor de una diosa sin ligaduras. El pelo negro, húmedo de neblina de baño, le caía estirando los rizos hasta casi la mitad de la espalda. Pero lo más hermoso, sin dudas, era la línea de la clavícula, la perfecta línea desde la columna vertebral hasta el hombro: perfecta, expresando como pocas cosas que yo haya visto la obra de Dios. Sos la obra de Dios, pensé.

—Somos la obra de Dios —dije, y ella siguió en silencio.

Porque solo un gran constructor entiende así lo que es una estructura, pensé pero no dije. Una columna vertebral como centro autoportante, y el resto del mundo colgado de ella. Sencillez y maravilla, eso es lo que somos.

—Tu clavícula es perfecta —le dije.

—Mirá que de mi culo se dijeron cosas, de mi boca, quien la tuvo, seguro lleva tatuado un recuerdo, pero ¿de mi clavícula? —dijo ella.

—Es que yo sé que Dios existe.

—Y quién no sabe eso.

—Mucha gente.

—No la gente que vive acá conmigo, cachorrito.

Otra vez la palabra. Dos veces no es casualidad, dos veces nunca es casualidad. No tenía que contarle, no tenía que nombrarla. Andrea, entonces. Andrea no entra en esta historia, aunque Andrea entra siempre en todas las historias. Andrea. No iba a nombrársela, pensé. Andrea. No. Estaba ahí por otra cosa. Estaba ahí, en esa noche larga de pandemia, porque otra vez había fallado en todo, no puedo cuidar de mis mujeres, no logro salvarlas nunca porque están tan ocupadas queriéndome salvar a mí que se distraen de ellas mismas y se mueren. Y yo vuelvo a caer parado. Soy un gato que cae parado, por eso no me gustan los gatos. Me gustan los perros y tengo perros, bueno perras, tres, y ellas odian a los gatos tanto como yo. Aunque también tengo gatos, bueno gatas, tres, y ellas odian a los gatos tanto como yo.

—¿Sabés una cosa? —dije—, hablando con vos me di cuenta de que yo no voy a aspirar de ese polvo al menos esta noche. Así que te lo dejo. Me gustaría salir a tomar un whisky tranquilo. ¿Hay algún lugar con ventana? No quiero estar encerrado toda la noche, necesito aire.

—Acá atrás hay una galería semicerrada con todo lo necesario, tiene mesita y tiene mosquitero. Un lujo que pagué con mi propia plata.

—O sea, una galería privada tuya.

—Y ahora de los dos, mi cielo, ya son bienes gananciales —dijo y comenzó a reír—. Nos cambiamos y salimos, ¿dale?

Siguió riendo y las tremendas tetas se le sacudieron invitándome a volver arrepentido a la casita de mis viejos, bueno, de mi vieja en este caso. Volver a la especie de los mamíferos y dejar el complejo R para siempre. Pero no iba a hacerlo sencillamente porque al sexo mientras más se lo demora más bello se hace su incierto mundo por descubrir.

—No soy digno de vos, Rosana —le dije.

—No seas tonto, ¿querés?, la dignidad no existe —dijo y se paró, cuidándose bien de dejarme el pubis a milímetros de la cara.

Depilada en su lugar justo, su vello púbico suave y cortito me acarició la mejilla derecha con unas cosquillas que me hicieron temblar.

—Estás temblando, cachorrito —dijo.

—No me llames más así, por favor, tengo frío.

—¿Cómo te llamo?

—Gabriel.

—¿Gabito?

—Gabriel.

—¿Y de manera cariñosa?

—Gabriel.

—¿Se te rayó el disco?

—Bueno, esa manera tuya de decir mi cielo me gusta, suena genérica, suena que se lo decís a muchos pero no a todos, ya te lo dije creo.

—¿Te gusta ser un genérico?

—Sí, ¿por qué no? Pero estoy teniendo esta conversación con ella, que quede claro, no con vos —dije, señalé el objetivo con un cabeceo. Luego inhalé profundo y respiré ese aire de mar.

—Tu perfume es perfecto —le dije.

—Cuando quieras podes besarla, ella te ama.

Cerré los ojos y abracé con cuidado todo lo que la rodeaba y en principio mi cabeza quiso ensuciar el momento porque me vino el nombre de la Virgen, el nombre de la madre de Dios, a la que yo venero, a la cual siempre me acerco con tanta prudencia.

—¿Qué pasa, mi cielo? —me preguntó desde arriba la mujer.

—Es que pienso en María, la Virgen —le dije.

—Ella también es María Virgen, besala con cuidado, besala con todo tu corazón —dijo la mujer, y sin saber exactamente lo que iba a hacer me acerqué un poco más. Un poco nada más. Me detuve.

—María es mi madre —le dije.

—Entonces es tu madre también.

—Pero María es mi hija, mi hija también es María —le dije.

—Entonces es tu hija también; tu madre, tu hija y tu novia. ¿Tenés novia?

—No.

—¿Querés que yo sea tu novia?

—Es lo único que quiero —dije.

—Entonces ella es María, y también es tu novia.

—No me dejes, María —le dije, y ya no pude oír lo que la mujer de arriba me susurraba—. No me dejes, María —dije. Y me acerqué despacio, lo más despacio que pude hasta que mis labios tocaron sus labios. La mujer arriba gimió, o tal vez solo soltó un sollozo. Mis labios se llenaron de miles de diminutas hormigas, labios adormecidos de cocaína, salados de agua, que bajaba desde la mujer allá arriba. Lejos, allá arriba, la mujer hizo silencio. Y entonces el beso. El beso excelente. El beso de un sueño. De labios no abiertos ni cerrados, de lengua guardada, de leve humedal en otoño. De primera, de única y de última vez: un beso eterno que di. Un beso eterno le di. A la virgen madre, a la virgen novia, a la virgen hija. Porque eres hermosura y tan nueva y tan antigua, y porque tarde te amé. Y muy tarde me di cuenta de que estabas dentro de mí y que yo por fuera

t

e

buscaba.

Me levanté y me cubrí con la salida de baño. La diferencia entre el verdadero amor y el amor de utilería se puede sentir también en la suavidad de una toalla, la toalla de mi Venus Rosa Ana Rosana era pura caricia. Pasamos a la habitación rosa, nos secamos: me secó. Usó un secador de pelo para repasarme las axilas y los costados de las pelotas, esos que mal secados se laceran y terminan oliendo a sepultura. Yo no lo podía creer, tal vez no lo quería creer, nunca quiero creer. Nos vestimos y por encima de mi ropa me puse una bata de lamé pesada, un motivo de tigre, que ella había colgado en un perchero para mí. El dorado era ese típico amarillo oro del cobre, y lo oscuro una suave fibra de otro metal que no logré definir. Una bata que era evidentemente de uso personal.

—¿Sabés que el lamé está hecho de fibras metálicas? —le dije.

—Acá el negro es oro. Ouro Preto —dijo ella.

—Y el dorado es cobre: el oro de los eléctricos, diría mi padre. Mi difunto padre.

—¿Los eléctricos son las cosas que se enchufan?

—Mi padre llamaba así a los electricistas.

—Te queda tan linda, si fueras morocho serías mi Sandro —dijo ella.

—Soy rubión.

—¿Por qué le decís padre y no le decís papá? ¿Cómo se llamaba él?

—Ángel.

—Qué lindo nombre. Y vos sos solo Gabriel o tenés segundo nombre. Apellido tenés que tener.

—Reyes. Bueno, ese es mi apellido materno. El de él no lo uso.

—Gabriel Reyes.

—Gabriel Arcángel Reyes —dije—. Pero Arcángel no es para decir en voz alta, es para guardar en silencio, para recordarme un supuesto destino importante. Así dice mi madre, así es ella.

—¿Y cómo es?

—Igual que yo, exagerada —dije.

—Si mi mamá hubiese sido un poco más maternal, otra sería mi historia —dijo ella.

—Si la abuela tuviera huevos sería el abuelo —le contesté.

—No seas guarango conmigo, por favor.

—No fue mi intención, es un refrán judío —dije.

—¿Y qué tienen que ver los judíos?

—Soy judío —dije.

—El armamento lo tenés intacto.

—Es que soy un judío arrepentido, y me lo arreglé. Me quedó más chico.

—Tenés que parar un poco, las personas que no se privan nunca de hacer un chiste me parecen insoportables.

—Perdón.

—Me gustan mucho los tigres, ¿sabés? —dijo ella.

—A mí también, a menos que me encuentre con uno en los bosques de la noche.

—Está lleno de esos tigres afuera, pero me refiero al otro. Perdón, a los otros.

—Decís bien, no te corrijas: al otro, todos los tigres son el mismo tigre, el único tigre.

—Siempre me pareció extraño algo, pero a vos que sos inteligente te va a parecer una tontería —dijo.

—Yo no soy inteligente, no me llames así.

—Antes dijiste que te llamara como yo quisiera.

—No me corras con lo que te dije antes, por favor.

—Qué de prohibiciones, mi cielo.

—Tenés razón, decime lo que te parece extraño.

—Dios, ¿sabés? Yo creo en Él. Me lo recuerda siempre Julián.

—¿Quién es Julián?

—Ya vas a ver, no se puede todo en la misma noche, y apenas es la una de la madrugada. ¿Tenés hambre?

—Debe ser la una de la tarde, llegamos de madrugada.

—Dormiste un siglo, ¿no te diste cuenta?

—No puede ser.

—Te estoy mintiendo, cachorrito.

—No me mentís, ¿me dormí en el agua?

—Hace dos años te dormiste, ahora te dormiste y mañana te dormiste, también acá, en el agua, te dormiste: mirate las manos.

—No quiero.

—Miratelás, por favor, mi cielo.

—No sé ni dónde estoy.

—Pero yo sí sé dónde estamos, mi cielo, quedate tranquilo.

—Las mujeres son mentirosas.

—Más vale, ¿tenés hambre?

—No, no tengo hambre. Ni de comida ni de otra cosa.

—Hablaba de comida. Yo sí, tengo mucha hambre y mucho por alimentar —dijo y se agarró

las tetas.

Hizo una pausa breve, pensativa, y luego soltó una carcajada tan corta y chispeante como un chasquido de lengua.

—¿Podés creer que soy vegetariana? —dijo.

—Sí, puedo, los animales más robustos son vegetarianos —dije.

—Mirá que me dijeron muchas cosas, mi cielo, pero “animal robusto” hasta ahora… nunca nadie.

—No quise decirte “animal robusto”.

—No aclares. Soy vegetariana por otro motivo. A ver, adiviná.

—Por solidaria.

—Pensé que ibas a decir por compasión.

—No soy tan predecible, linda —dije.

—No sos nada predecible, lindo —dijo—. ¿Solidaria con quién, a ver?

—Con Julián. Que no sé quién es, ni qué es tuyo, pero lo que sí sé, y eso que solo lo nombraste, es que te guardarías de hacer cualquier cosa y te guardarías de decir cualquier opinión tan solo para no borrar ni un segundo su sonrisa.

—Es hermoso lo que dijiste.

—¿Cuál de todas las cosas hermosas que dije es la hermosa?

—La de recién, tarado, eso de cambiar mis cosas con tal de no borrarle la sonrisa a Julián.

—Ojo, es una frase que digo bastante seguido, pero sinceramente. O sea, no se me ocurrió ahora.

—¿Y eso qué importa? Y sobre todo, ¿qué sentido tiene decirlo cuando yo siento que lo que acabas de decirme es especial?

—Tenés razón, soy un careta y un soberbio, y además el amor me avergüenza. Y te juro que pongo la canción *Vuelve* de Ricky Martin o *Volver a empezar* de Alejandro Lerner, y lloro. Jamás se lo diría a nadie.

—Me lo estás diciendo a mí.

—Como un pedido de disculpas sincero, pero no se lo digas a nadie.

—Ay, Dios, los hombres no aflojan ni un poco. Ninguno, ni los buenos ni los malos, ni los jugosos ni los desabridos —dijo—. Voy a llevar unas cositas a la galería, para comer. Sí, por él me hice vegetariana. Por Julián sí, por mi angelito Julián que amaba a las vacas y a los terneritos.

—Si Julián llega a ser un perro me pinchás el globo —le dije.

—¿Cómo le voy a poner un nombre cristiano a un perro?

Se agachó y, del hueco entre el piso y la cama, sacó una enorme cuba de acrílico de esas que siempre quise comprar en Colombraro, un comercio de Boedo que es el único comercio que tiene una vidriera irresistible para mí. Vende todas cosas de acrílico, livianas y transparentes, y nunca compro ninguna porque no logro adivinar para qué carajo sirven, pero me gustan muchísimo.

Fue poniendo varias cosas sobre la cama, cerró el monumental táper y lo arrastró nuevamente al hueco de abajo. Metió las cosas en una bolsa y listo. Yo la miraba asombrado, sentado en la silla ex *Cabaret*, con las manos bajo mis piernas, como un niño de primaria. Yo puedo tener el mejor mueble del mundo, la mejor alacena de cocina, la mejor cocina del mundo, pero una mujer así, con solo una caja de plástico, convierte una habitación de prostíbulo en el hogar perfecto: un terreno propicio para la paz, la alegría y la crianza de los niños.

Se metió en el baño y comenzó a contarme sobre Julián mientras se arreglaba, lo sé, aunque solo podía ver su sombra tenue proyectada sobre la pared del cuarto. Salió con el halo de una estrella de cine, caminó hasta la cama, tomó la bolsa y me dijo que saliéramos.

—Vamos, mi cielo —dijo—, ya estoy lista.

Recién me daría cuenta de que llevaba tacos altos cuando cruzara las piernas, sentada sobre uno de los sillones de ratán de la galería.

Para llegar tuvimos que terminar de atravesar el pasillo que se hacía muy largo y se angostaba un poco en el final. Escuché perfectamente la voz del Ex Calvo Sexual, la risa de Alfredo, la voz de Espalda y las risas variadas de esas variadas mujeres que son siempre la misma risa de una misma mujer: la que a nadie le importa en lo más mínimo, la que todos olvidan al cruzar la puerta para irse, la que tan solo yo suelo amar eternamente: la prostituta.

Hacía frío ya en el pasillo y en la galería directamente estaba nevando pero sin nieve.

—No debería hacer tanto frío —dije.

—Sentate, tampoco es el Polo Norte —me dijo mi Venus Rosa Ana Rosana.

Sacó de la bolsa una frazada de viaje que en ningún momento me di cuenta de que había puesto ahí. Me cubrió y me sentí mejor. Luego preparó la mesa. En realidad puso las cosas que había en la bolsa, porque la mesa del juego de dos sillones de ratán ya estaba puesta. Tenía todo para dos personas: vasos, cubiertos, platos playos y platos hondos. También una jarra. Del estante de abajo de la mesa sacó una botella de vino tinto a medio tomar, que no tenía la etiqueta puesta. Con un pañuelo de seda que mojó en alcohol que también sacó del estante de abajo de la mesa, fajinó vasos, cubiertos y platos. Sirvió vino, dispuso el queso, las aceitunas negras, el pan y las nueces de pecán que había en la bolsa. Recién ahí se sentó.

—Una buena mujer que mantenga la casa limpia, una buena casa y platos lindos. Es lo que todo hombre debe tener, dice el Talmud —dije.

—¿Y eso qué es?

—Un libro.

—¿Y quién lo escribió? ¿El machista número uno?

—El abuelo judío de Hitler, creo.

—No seas mentiroso. Y no empieces con tantas bromas —dijo—. Ahora sí tengo frío.

—¿No tenías frío antes de poner la mesa?

—Sí, claro, pero primero lo primero, mi cielo —dijo, y se puso una ruana que estaba colgada

en la pared al lado de un sombrero mexicano. Entonces se largó a comer.

Digo “se largó” porque al minuto nomás lo suyo fue una verdadera carrera. Mi Venus Rosa Ana Rosana era dueña de una voracidad envidiable. Estuvo así más de cinco minutos, luego frenó, soltó un suspiro, largó otra carcajada-chasquido y dijo impune:

—Ahora sí puedo comer tranquila.

—¿Ahora?

—Sí, claro, ahora que me saqué la desesperación por comer puedo comer tranquila.

—Te parecés un montón —dije.

Sé perfectamente que sabía a quién me refería. Pero no dijo nada. En ese momento la hubiese besado, si hubiera parado de comer la habría besado. Pero mi Venus Rosa Ana Rosana seguía dándole al diente parejo, pero ya como en una carrera de regularidad, no de fórmula uno como al principio.

—Todo principio siempre es difícil, dice el Talmud —dije.

—Qué la tenés ahora con el abuelito de Hitler.

—Nada, me pareció que entraba justo en este momento.

—¿Justo con qué?

—Con lo que estoy pensando.

—Esperá a que termine de comer tranquila, eh —dijo.

La esperé. Y la esperé. Y la esperé. Respiraba el aire de campo, la galería en la parte trasera de la casa daba a una inmensidad negra.

—No falta tanto para la luna nueva —dije—, y la luna ya no está.

—La luna está, es solo el cielo cubierto —dijo ella.

—Ese es el nombre de un grupo de mierda que hace esa música de mierda que llaman “rumbia”.

—Cumbia —dijo ella—, ¿qué te tocás?

—El huevo izquierdo, esa palabra es yeta. Le tengo fobia.

—No seas amargado.

—Me esfuerzo mucho por serlo.

—Nueva luna.

—Mierda vieja.

—Salgamos de esta infructuosa conversación —dijo ella.

—Diálogo —dije yo.

—Es lo mismo.

—No, conversación es más profundo que diálogo. Y un género musical de gente de capacidades diferentes no alcanza para tema de conversación.

—Amargado —dijo. Y sin mediar nada más comenzó a contarme sobre Julián.

Lo había encontrado en un gallinero. No era un bebé, era un niño de más o menos siete años

cuando lo encontró, pero lo habían dejado en un gallinero, abandonado entre esos bichos apestosos. La única palabra que Julián decía era “pan”.

—Creo que también me dijo “dame pan”, pero no te lo puedo asegurar, mi cielo —me dijo mi Rosa Ana Rosana.

Averiguó quiénes eran los padres, y convenció a toda esa manga de brutos de que lo dejaran al cuidado de ella. Hasta les pagó un determinado dinero en dos o tres ocasiones. Me contó sobre las enfermedades que superó Julián con ella, y del cáncer que ella superó gracias a Julián. Habló mucho, serena y autosuficiente, el tercer rasgo que compartía con mi Julia.

—Son muchas las complicaciones que trae el síndrome de Down —dijo mi Rosa Ana Rosana.

Operaciones del corazón, de la columna, trabajo de fonoaudiología que hicieron juntos, el acompañamiento intensivo de una maestra particular para lograr que Julián terminara la escuela primaria en una primaria normal.

—Tengo el diplomita —dijo.

“Diplomita”, dijo, y luego habló de su suerte, de que siempre tuvo suerte, y de que seguía teniendo suerte. Y de que fue tanta la suerte de haber encontrado a Julián y de lo bien que él estaba ahora con ella para siempre.

—Acá conmigo —dijo, y cabeceó hacia su izquierda— y para siempre.

Pero ni siquiera pude ver algo, solo más campo. Espantoso campo.

—Si querés cuando amanezca lo visitamos. Hay que cruzar un montecito hasta un ombú nuevo. Pero ahora comé algo, y contame algo. Algo lindo. Contame cómo fue que diste el primer beso, o cómo conseguiste tu primera novia; debiste haber sido un pirata cachorro vos.

La menos que media luz que nos iluminaba no ocultó la tristeza que se había instalado en sus ojos y que le otorgaba un leve aspecto de cuervo oscuro y vengativo. Una tristeza resentida, ácida, de las que yo generalmente suelo masticar también. La miré: que olvidara por un rato el origen de su tristeza dependía ahora de mí, pero en mí, una pregunta se instalaba como un delirio en mi mente. Estaba a punto de cometer la estupidez de soltarla, pero logré contenerla por pudor y por respeto, esas virtudes que la mayoría de las buenas personas ponen en juego pero que yo suelo ignorar sin medir el dolor que pueda causarle al otro. Por eso no la solté. ¿Por qué estoy acá, mi Venus? ¿Por qué sobrevivo a todas mis muertes? ¿Por qué detesto mirarme al espejo, y estoy en medio de ese tironeo entre el amor y el odio a los que me dan una tregua amorosa? ¿Y por qué insisto si sé que el tironeo va a terminar desmembrándome? En definitiva, oh mi Venus Rosa Ana Rosana, hermosa mujer y madre del Julián del alba tras el montecito, si el que creó al cordero también creó al tigre, ¿por qué, en definitiva, me esfuerzo en odiarme tanto?

Antes de lanzarme de lleno a la historia de mi primer amor, empecé contándole un montón de tonterías, parloteos, chistes tontos, muy tontos, extremadamente tontos, pretendiendo sacarla de esa tristeza que de haber durado diez minutos más habría arrasado con las pocas ganas de vivir que yo venía juntando. Por fin rio, y su semblante retornó al paraíso perdido.

—Te hice reír, ¿viste? —le dije.

—No me río de tus chistes, me río de vos, del esfuerzo que hacés para que no exista la tristeza. No conozco a nadie tan infantil —me dijo—. Pero es verdad, me hiciste reír.

—Bueno, siempre hago reír a las mujeres.

—Y las harás llorar.

—Reír y llorar, soy el Luis Sandrini del amor heterosexual.

—Sos un loco.

—Soy Locomía.

—Dale, contame, tonto, contame sobre tu primer amor.

—Ahora te cuento.

—¿Está bien acá o querés entrar?

—Acá está bien. ¿Empiezo a contarte o no?

—Esperame, ya vuelvo.

Se levantó y entró a la casa dejándome solo frente a la inmensidad del campo. Mi única muralla era esa débil red mosquitera. El campo negro me miraba, era evidente que me miraba. Nunca había estado así frente a su inmensidad satánica. La naturaleza no me pone nervioso, pero el campo sí. El campo es la antinaturaleza, donde todos los animales son carnívoros y comerían seres humanos tan solo de no tener otra opción. En ese momento sentí que algo muy malo iba a pasarme, que algún espíritu feudal iba a mandarme al demonio de Tasmania o a un vampiro sátiro homosexual para que me violara antes de chuparme la sangre; y ese tenue mosquitero no iba a poder evitarlo. Lo terrible del vampiro sátiro homosexual es que seguro me chuparía la sangre directamente de las venas del pito, y eso tenía que ser dolorosísimo. Pero ella volvió rápido, con otra manta y un colchón inflable de dos plazas, una cosa debajo de cada brazo. El colchón, por supuesto, desinflado.

—Inflalo —me dijo—, ya vengo.

Y otra vez se fue. Hay mujeres que nunca se quedan quietas. Y otra vez yo arriesgando el culo, el pito y la sangre frente a la vida silvestre. Pero más rápido aún volvió, esta vez con dos almohadas, y otra manta.

—¿Y? No inflaste nada.

—No hay inflador.

—Vos sos el inflador, soplá, mi cielo.

Soplé y soplé y soplé y casi me muero. Casi me muero de verdad. Tan mal quedé que tuvo que terminar de inflarlo ella.

—Soy asmático —le dije.

—Sos espástico —contestó ella.

Corrimos el mueblerío sin levantar la mesa. Ella apagó la tenue luz y quedamos prácticamente a oscuras. Nos acostamos y por suerte el colchón tenía una especie de sobreonda canguro

artificial. Metidos los dos ahí más las frazaditas y frazadas que ella había traído nos moríamos de calor, tanto que nos fuimos sacando la ropa menos una remera cada uno. Lo hicimos sin salir del canguro artificial, sin destaparnos y a pura risa.

—Parece la danza de los torturados —dije.

—¿Y eso de dónde lo sacaste?

—Es el título de un libro que escribió un amigo.

—Me dijo tu amigo Alfredo que de verdad vos querés ser escritor.

—¿Hablaron cinco minutos y hablaron tantas cosas?

—Ventajas de ser una puta experta.

—Desventajas de tener un amigo falopero.

—Decime la verdad, dale, ¿escribís?

—Algunas cosas. A veces. Bueno, hace un tiempo que encontré algo que me gusta hacer, y eso es escribir. Pero ni siquiera empecé a hacerlo de verdad.

—Mirá que la hacés difícil, mi cielo, eh.

—Estoy hablando en serio. Tengo la historia, en parte la viví en parte no la viví; y tengo el título. Pero aún no anoté ni una sola palabra. Es eso, nada más, no es tan complicado aunque es un poco complicado, supongo.

—¿Cómo se llama la historia? ¿Se puede saber? —dijo ella y tuve que improvisar.

—El origen de la alegría —dije sacándolo de la galera. De la galera de Alfredo.

—Me parece lindo.

—Me parecés linda.

—Me parecés lindo.

Nos dimos un beso y nos abrazamos bien fuerte.

—Hacemeló, tesoro, por favor te lo pido —me dijo, y era pura actuación pero empezaba a dar resultado.

—Rogameló, sé guaranga, decime que no podes vivir sin mí.

—Por favor que no puedo vivir sin tu pijita, cogeme con esa pijita.

—¿Pijita?

—Con ese obelisco de Buenos Aires, meteme el obelisco —dijo.

—No soy porteño, soy de Avellaneda.

—¿Qué hay enorme en Avellaneda que me puedas meter? —dijo.

Pensé unos segundos. El coloso, el coloso de Néstor.

—El coloso, hay un enorme coloso —dije.

—Meteme el coso coloso.

—Enseguida, mamita —le dije.

Y mientras le agradecía y le pedía disculpas a la memoria de ese coloso querido, me puse sobre ella y ella me miró en la penumbra de una manera y con unos ojos y con una trompa que…

No me gusta entrar en detalles de esta índole, así que acá viene la elipsis. Solo voy a decir que me la recontra cogí. Más de dos horas me la cogí y me cuidé bien cuidado de ser yo el único forro, y de acabarle adentro de todos los lugares en donde me pidió que le acabase, adentro de todos los lugares en los cuales un hombre puede acabarle a una mujer.

—Mi cielo, estuvimos mal —dijo ella por fin.

—Y sí, sin forro y te acabé adentro. Tres veces te acabé.

—No, mi cielo, estuvimos mal en no usar barbijo. Hay una pandemia —dijo y empezó a matarse de la risa.

—Si quedás embarazada y es nena, le ponemos Corona.

—¿Y si es varón?

—V19, lo va a hacer popular en la escuela.

—Quedate tranquilo.

—¿Querés tomarme el pulso? Estoy de lo más tranquilo.

—Ahora contame de ese amor, tu primer amor, y si me quedo dormida seguí contándome; hay que seguir contando la historia cuando el otro se queda dormido, ¿sabías?

—Lo escuché alguna vez.

—Empezá, tu primera novia, tu primera vez.

—Fue la única vez en que una chica aceptó mi invitación a bailar en un asalto. Bueno, así llamábamos a los trece años cuando nos juntábamos a la tardecita hasta las primeras horas de la noche a tomar Coca-Cola, comer sanguchitos y bailar.

—Asalto, amor, sigue siendo lo mismo.

—Sí. Pero yo bailo como el culo, y además me da vergüenza bailar y además se me nota que no me gusta, y además bailar es de pelotudo. Y en esa época entre el remolino que tenía y la docena de verrugas alrededor de los labios era una extraña mezcla de Pan Triste y el Pájaro Loco.

—Es lindo bailar —dijo ella.

—No —dije.

—Sos tan divino —dijo ella, y creo que ahí nomás se quedó dormida.

La chica se llamaba Jazmín pero a decir verdad era más parecida a una magnolia. A un árbol de magnolias. Tal vez a un bosque entero de árboles de magnolias. Quiero decir que era enorme. No solo me llevaba una cabeza entera, sino que, sin exagerar, me triplicaba en peso. Jazmín además siempre estaba seria, como malhumorada, y metía un poco de miedo aunque nunca nadie la había visto enojada, ni discutir, ni pelear. Al encararla en el asalto de sexto grado, yo ya sabía que esa diferencia aseguraba el fracaso, y tan solo la había encarado porque era la última que me quedaba por encarar: todas las que hacían la plancha sentadas en los costados del living de la

casa de Alonso me habían rechazado. Había cinco chicas sentadas y todas las demás, unas diez o doce, estaban bailando con los respectivos pretendientes.

Hasta llegar a Jazmín mi diálogo con las otras cuatro había sido el siguiente:

—¿Querés bailar?

—Sí, pero con vos no.

Preferían no bailar a bailar conmigo. Ya estaba harto de la vanidad de esas pibas que solo querían bailar con los lindos, o con los mejores deportistas o, en último caso, con el dueño de la casa siempre y cuando la casa fuera linda. La casa de mi amigo Alonso era relinda, y él reunía también todas las otras cualidades, además de ser mi gran amigo. Faltaban cerca de diez años aún para que el poeta platense dijera que a las minas les gustan los payasos y la pasta de campeón, tan solo le faltó agregar que les gustan el poder, la propiedad privada y que no pueden vivir sin un lavarropas automático. Ahí habría completado el perfil femenino más común y corriente que existe. Evidentemente yo solo tenía posibilidades en la franja excepcional de las mujeres, algo que también entendería más tarde. La gorda Jazmín pertenecía a esa hermosa franja excepcional. La gorda Jazmín: así la llamábamos cruelmente mis amigos y yo.

—¿Querés bailar, Jazmín? —le dije, y ella la hizo recorta.

—Claro que sí —dijo.

—¿Pero conmigo?

—¿Con quién si no? —dijo, y me miró como si mirara a un marciano. Y con justa razón.

En esa época bailar los temas rápidos era un paso fundamental para llegar a los lentos que, a la vez, eran un paso fundamental para intentar llegar al beso. Y como, ya te dije, yo no sé bailar y prácticamente lo detesto, intentaba sacar solo cuando venían los lentos; táctica que tan solo me llevó a hacerme una injusta pero entendible fama de avivado. Y fue cuando sonó el primer lento que encaré a la fila de planchadoras que dijeron no, y por último a Jazmín que dijo sí. Sonaba un tema precioso, un tema que aún me gusta mucho, y que tal vez sea el lento que más calentaba a chicos y chicas por igual en esa época: *Estamos todos solos,* de Rita Coolidge. Dimos los primeros pasos y creo que ella estaba decidida a llevarme con delicadeza.

—Afuera empezó la lluvia —dijo la gorda Jazmín.

—Uh, qué cagada —dije yo—, me vine sin campera.

—Nada que ver, estúpido —dijo ella—, es lo que dice la canción, mi mamá es profesora de inglés.

—Ah —dije—, pensé que se había largado.

Fue el único diálogo que tuvimos y entonces se podría pensar que no hubo ningún tipo de conexión entre ella y yo. Pero los temas pasaban y pasaban y si bien no hablábamos, seguíamos ahí. A mí me dolía un poco la entrepierna porque desde el mismo momento en que la gorda Jazmín dijo que sí, yo estuve al palo sin descanso. Estaba por explotar y tenía miedo de pedirle permiso para ir al baño ya que ella podría aprovechar mi repentina fuga para volverse a su casa, o

mucho peor: para bailar con otro y entonces otro se tomaría los mates de la pava que yo había calentado. O mucho peor que peor: tal vez ella se diera cuenta de que, lejos de ir al baño a mear, yo había ido al baño a hacerme una paja relámpago que terminara con mi tormento genital. O mucho, muchísimo, muchísimo peor que peor que peor: que pensara que había ido al baño a cagar, y eso era la muerte, nadie le da un beso y mucho menos se pone de novio con un compañero que todos saben que fue a cagar en medio de un asalto. Me la aguanté. La gorda Jazmín bailaba y me miraba desde su enorme altura y a veces rozaba con su muslo de columna dórica mi pene entumecido y chasqueaba como diciendo "¡A vos te parece, asqueroso!". Y más dura se me ponía.

Bailar lentos con ella era como dirigir un enorme globo terráqueo hacia el lado que menos le costara al globo terráqueo. O como llevar una enorme palangana repleta de agua rodeándola con los brazos, apretándola contra el pecho, asustado, tratando de que no se derrame una sola gota de agua, atento a presentir el cambio de peso como consecuencia del bamboleo del agua. En un momento, desesperado por el silencio, le pregunté otra boludez.

—¿Vos qué trajiste, bebida o comida?

—Nada —dijo la gorda Jazmín—, me lo dejé en mi casa, acá todo se desperdicia. ¿Tenés hambre?

Y fue que esa vez la suerte estuvo de mi lado, porque sin tardar en responder me la jugué por la opción correcta. Era claro: una gorda tan gorda y tan angurrienta que no trae lo que prepararon en su casa para traer y se lo guarda para después tenía que ver con buenos ojos el hecho de que yo tuviera hambre. Tenía que ser así.

—Sí, mucha —le dije.

—Si querés vamos a mi casa, tengo la llave y mis papas duermen arriba. Comemos y vemos la tele en mi cuarto.

—¿Tenés tele solo tuya en tu pieza? —pregunté incrédulo.

—Se dice cuarto —dijo ella.

—Vamos —dije yo, y sentí cómo un chorrito chiquito de leche saltaba de la puntita de mi desesperado amigo.

Nos fuimos y en su casa pasó de todo. No me llevó al living, me llevó a su cuarto y me pidió que me sacara la ropa. Ella volvió en bombacha y corpiño y con un montón de comida. Era la única del grado que tenía tetas, y tenía muchas tetas. O sea dos, pero muy grandes. Ensalada rusa, matambre, pan y queso y jugo de naranja del bueno. Nos refregamos toda la comida por el cuerpo y nos chupamos. Me hizo acabar nueve veces. Tomó mi leche y yo la suya, untó mi leche en el pan y se metió y me metió ensalada rusa en la boca y en el culo. Nos reímos y me la cogí por los dos lados y por los dos lados ella ya tenía una enorme experiencia. A medida que hicimos o me hizo hacer tantas cosas que luego por muchos años no experimentaría nuevamente, ella iba siendo cada vez más hermosa. El sexo y el libertinaje de sus carnes y cómo me usaba, de la

manera en que me usaba, la hacían hermosa. Me dijo que ella entendía que yo quería acabar y acabar rápido, y eso no le molestaba. Y las contó.

—Nueve —me dijo la última vez que terminé.

Y luego intentamos la número diez que para mí se dio pero para ella no, porque no fue semen-semen lo que salió, sino una especie de agüita.

—Esto semen-semen no es —me dijo—, es solo líquido preseminal.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—Ustedes, los chicos, le dicen agüita: te acabo de vaciar los huevos. ¿Te gustó?

—Es lo más hermoso que me pasó en la vida —le dije.

—Solo quiero que te enamores de mí —me dijo—. ¿Estás enamorado de mí?

—Sí —dije—, estoy enamorado de vos, sos mi Jazmín.

Y lo estaba, y lo estuve. Unos meses hermosos lo estuve. Pero muy a su pesar mi relación con la gorda Jazmín también me iba a hacer descubrir que para la mayoría de las mujeres, aun para las cachorras, cuando vos, que nunca despertaste interés en ninguna, tenés dueña y te morís por ella y ella se muere por vos y solo quiere que te la cojas día y noche, empiezan a mirarte, empiezan a desearte, justo a vos a quien siempre habían rechazado. Y me miraron: una, dos, tres me miraron. Y piqué. Y le rompí el corazón a la hermosa Jazmín. Que era un jazmín de verdad, que era liviana en su enormidad, que era hermosísima en su voluptuosidad, que comía sin cubiertos, que me había convertido en comensal y comestible, que no sentía rechazo por lo que el cuerpo hace y tiene y segrega y expulsa, queriendo o sin querer. Que me olía como una cerda, que me imitaba a una cerda, que me pedía por favor que le susurrara al oído "qué gorda tan puta que sos". Algo que yo no me animaba a hacer. Ni una sola vez pude susurrarle algo así porque juro que la amaba, la amaba tanto que hasta la más mínima posibilidad de herirla me resultaba insoportable. Pero la lastimé, mucho la lastimé y de la peor manera, porque los juegos consentidos son juegos, pero los actos traicioneros, como el que yo cometí, esos son puñaladas por la espalda, puntazos helados en la carne trémula.

Fue con la más linda del grado, Angélica se llamaba, y era una soberbia y desagradable rubia de mierda. La estaba besando y manoseando en un rincón de las trastiendas del tren fantasma del Parque Domínico. Angélica misma me había invitado y, para darle bronca a su novio de séptimo grado, le contó lo que pensaba hacer conmigo y él se lo contó a Jazmín. En el frenesí de meterle mano y de casi desnudar a la más linda del grado no la vi venir, no la vi detenerse a observarlo todo. Cuando me di cuenta de que Jazmín nos estaba mirando, me quedé paralizado. Angélica, que nada tenía de ángel, se acomodó la bombacha, dijo algo que no recuerdo y salió corriendo. Jazmín se acercó y yo agaché la cabeza. Me pidió que la mirara. Tenía otra vez esa cara de desprecio o de enojo pero no de enojo violento, tampoco de indignación, tal vez, se me ocurre ahora, su cara fue de perplejidad y de tristeza.

—Perdón, Jazmín, soy un boludo —le dije.

—No, Gabriel, no sos un boludo —me dijo con un hilo de voz que terminó siendo una voz firme al final de la frase. Hizo una pausa y luego fue terminante—: sos un canalla.

Meses más tarde, por razones que no vienen al caso, yo tuve que dejar la escuela sin terminar el séptimo grado. Jazmín se mudó, no sé si sus padres se separaron o uno de ellos murió. Lo que sí sé es que pasó algo en su familia, algo grave, y ella se fue a vivir lejos, a San Juan, a la casa de su abuela materna.

Las luces del amor estuvieron apagadas mucho tiempo para mí, y cuando se encendieron iluminaron tan poco mi vida que de solo pensarlo ahora revivo la angustia de aquellas palabras que lejos de disolverse con el tiempo se fueron agrandando en cada fracaso de amor que viví, en cada desilusión merecida y no tanto. “Canalla” es una palabra muy dura cuando uno merecería llevarla tatuada en el pecho como una escarapela.

Como única redención por demás impotente y tal vez para sentir algo de dulzor en su recuerdo es que yo elegí al jazmín como mi flor preferida. También, muchísimo tiempo después, por boca de mi hermanita Julia, justo de ella, me iba a enterar de que los jazmines fueron siempre las flores preferidas de toda nuestra familia siciliana: de mi abuelo Nunzio, mi abuela Conchetina y mis dos tíos, Giovanni y Freddo. También mis hermanos Alejandro y Manuel prefieren el jazmín a cualquiera de todas las flores posibles. Y por supuesto, el jazmín fue la flor preferida de Julia, que fue a la vez la flor más real que perfumara la dura vida de

m

i

padre.

Me desperté cuando la luz del día asomaba pero aún no se veía el sol. Tengo que reconocer que, a esa hora, el campo me pareció hermoso. Metido en la bolsa, con un frío que para esos primeros días de abril era bastante raro, no podía ni siquiera acercarme a la idea de que afuera se gestaba la pandemia y crecía la paranoia. Tardé unos segundos largos en reparar que había dormido junto a mi Venus Rosa Ana Rosana y que no había amanecido con ella. O sea, que ella no estaba cuando yo desperté. El colchón se había desinflado por completo y una puntada gruesa me laceraba la espalda. Tanteé con los pies buscando mi ropa dentro del sobre de canguro y logré traer algo hacia mí. Me vestí ahí metido, y más o menos como pude: una media sí, otra no, y sin calzoncillos. Al buscar mis zapatillas encontré solo una y la puntada en la espalda tomó forma y figura categórica: había dormido sobre la otra zapatilla y seguramente eso había desinflado el colchón. A donde sea que vas, desgracias llevás, Gabriel, pensé y me levanté. Tampoco era para tanto.

Enrollaba las mantas cuando mi Venus Rosa Ana Rosana salió de la puerta, radiante como si hubiera descansado un siglo y arreglada como si también hubiese pasado otro siglo desde que se levantó. Llevaba una bandeja con libritos de grasa, tazas y una jarra de café.

—Buen día, mi cielo —dijo—, sentate y dejá eso, vamos a desayunar.

Nos sentamos y sirvió sin preguntar. A ella café con leche en polvo que había traído en unos sobrecitos que parecían de azúcar, y a mí café solo.

—Te lo dijo Alfredo, ¿no?

—¿Lo del café solo? Sí, aunque era fácil de suponer.

—No, eso no, lo de servirme el café sin pasar los tres cuartos de taza.

—No, mi cielo, eso es porque soy una mujer muy fina.

Y otra vez se alzó mi vela mayor. Es que todo estaba ahí: en ella; igual a la perdida, ella era todo poder y dulzura.

—Ayer te quedaste bien dormida, al final dije un nombre de mujer, ¿te acordás?

—Jazmín, claro —dijo mi Venus Rosa Ana Rosana.

Respiré aliviado: no había reparado en el nombre de ella. La miraba servir y sé que la miraba enamorado. Tuve que haberla mirado enamorado. ¿Cómo será mi mirada de enamorado? Pero no tenía que enamorarme y para eso tenía que irme lo más rápido posible de ese lugar imposible, de esa mujer improbable. Si yo entraba en su vida, si yo dejaba que ella entrara en mi vida, algo malo le iba a pasar, algo muy malo: tus mujeres se mueren, Gabriel, tus mujeres siempre se

mueren.

El resto del desayuno trascurrió en ese silencio cada vez más ruidoso que llega a ser ensordecedor del amanecer de la pampa. Terminamos y ella me dijo que vayamos.

—¿A dónde?

—¿Todavía querés?

—¿Qué cosa?

—Conocer a Julián.

—Claro, claro que sí —dije—, qué tonto soy a veces.

—¿A veces? Abrigate, tomá.

Me dio una ruana hermosa de pelo de guanaco o algo así, muy abrigada aunque con un olor raro, y un par de medias del mismo material pero crudo. Me puse las medias, me eché la ruana sobre los hombros y la crucé al frente con un nudo.

—Aunque las medias se mojen te van a seguir abrigando —me dijo.

Pero no llovía, estaba lejos de llover. El cielo era celeste como la bandera de la patria mía del sol nacida que me ha dado Dios. Así que, soberbiamente calentitos, salimos de la galería a campo traviesa. Ella adelante y yo detrás, siguiendo los vaivenes formidables de sus caderas sólidas y potentes que eran las caderas a las claras de su historia, y muy misteriosamente, las caderas de una mujer que no podía concebir, de una mujer injustamente infértil.

Llegamos al montecito y ella entró como venía en los yuyos que casi le llegaban a la cabeza y que a mí me tapaban la vista. Dijo algo que no escuché bien pero que me pareció tranquilizador. Yo tenía los pies húmedos por haber recogido todo el rocío del pasto, pero perfectamente calientes. Me empapé por completo la ruana y los pantalones, pero por suerte el sol ya se mostraba pleno y empezaba a revivir a los terrícolas. Salimos y vi a dónde me llevaba: un ombú pequeño pero tan ombú como el mayor de los mayores, y una tumba. El ombú es un árbol que nace bonsái: es perfecto desde siempre. Una réplica exacta de sí mismo en cada etapa de su vida. Es el único árbol que yo podría reconocer desde retoño, por esa característica de individuo que cada ejemplar tiene.

—Llegamos, por fin —dijo mi Venus Rosa Ana Rosana.

Tras el ombú había una puerta baja de hierro, y tras la puerta la tumba de Julián. La puerta estaba cerrada con candado pero no había ningún cerco perimetral, ni de hierro, ni de cemento, ni de alambre, ni de plantas: nada. Solo la puerta: de hierro forjado, grueso, que desprendía escamas de un óxido ocre y brillante. El forjador tuvo que haber sido un hombre de talento, ya que el trabajo era perfecto. No cualquier herrero podría retorcer barrotes de ese porte y lograr la simetría que yo tenía ante mis ojos; y mucho menos podría un forjador mediocre ir afinando en remolino el mismo hierro, y bifurcarlo una y otra vez a fin de construir las ramas de ese heroico rosal silvestre que terminaba por dar una sola rosa de pétalos hechos a martillo y yunque, soldados entre sí con punto imperceptible, en el exacto centro del rosal y de la portezuela. Daba

la sensación de un capullo reventón, tenue y frágil, deseoso de sol y de rocío. Me di cuenta de que el herrero y el carpintero que había hecho el marco del espejo de la habitación rosa de mi Venus Rosa Ana Rosana tenían que ser la misma persona.

—Es uno de los campos santos más bellos que yo haya visto —dije.

Lo dije sinceramente pero sonó trabado. Porque de golpe me había puesto rígido e inseguro como suelo ponerme frente a momentos en los que me importa tanto no cometer errores que puedan resultar dolorosos u ofensivos para la otra persona que fallo. Avancé hacia la tumba, y si ella no me detiene entraba al lugar sin usar la puerta.

—Para entrar hay que usar la puerta —dijo mi Venus Rosa Ana Rosana. Lo dijo sin enojo y sin un gramo de reproche moral, pero lo dijo de verdad.

—Perdoname, ni siquiera debí de haber avanzado sin tu invitación.

—No te disculpes, mi cielo, la invitación te la hice ayer, solo te lo digo porque es así: si no cruzás esta puerta, no entrás al lugar que te quiero mostrar, seguirías sin más caminando por el campo; la entrada a Julián es por acá.

—Te quiero advertir algo, y ojalá no te enojes —dije.

—Qué cosa, mi cielo.

—Si llegaras a tener el deseo de compartir una experiencia mística conmigo, tal vez termines defraudada.

Ella soltó su risa chasquido, sacó una llave de no sé dónde porque de golpe se la vi en la mano, y abrió el candado.

—Entrá por acá que ahora te explico —dijo.

Entré, entró y cerró la puertita sin el candado.

—Ahí está Julián: mi ángel.

No había foto ni era una tumba especial, era un monolito sencillo de cemento, sin nombre y sin fechas.

—Ahora no vas a sentir nada, claro, pero vas a ver cómo su nombre va a volver a tu mente en algún momento. Él fue mi hijo, Julián Moreno, y mi padre construyó esa puerta.

—Es increíble la puerta. También hizo el marco del espejo de rosas, ¿no?

—Sos observador, cachorrito —dijo—. Y este rosal y estas rosas son de aquel rosal que tanto lo inspiraba.

Mi Venus Rosa Ana Rosana cortó una rosa del rosal y la puso sobre el monolito. Luego se chupó el dedo índice.

—¿Es sangre tuya o de la rosa? —le pregunté.

—Un poco de cada una —dijo ella.

—Pero no pusiste fotos, ni fechas, ni nada.

—Tenía hidrocefalia, síndrome de Down, muchos males y mucho dolor, como ya te conté. La gente mira la foto de alguien así y siente pena. No entienden. Julián era quien sentía piedad por

nosotros. Y fechas, ¿para qué? ¿Qué fechas le pondrías a un amor eterno?

—Está bueno lo que decís, y lo digo sinceramente, pero yo no puedo mucho con estas cosas —dije porque me estaba sintiendo mal de verdad.

—Si estás acá, comiste, desayunaste, dormiste y ayer me cogiste, quiere decir que bien podés con estas cosas. El que murió es Julián; tal vez, a veces, sin darnos cuenta, el ego comanda no solo nuestras acciones, comanda también nuestros sentimientos. El protagonista de la muerte del otro es el otro.

Necesitaba irme de ahí. Ella, esa enorme mujer, mi Venus Rosa Ana Rosana, era tan digna de toda la belleza que desplegaba su alma y ese lugar que no merecía que yo no quisiera estar ni un segundo más en él. Le puse todo y aguanté.

—Vamos —dijo ella—, yo tampoco puedo estar mucho acá.

—Yo no dije nada.

—No hace falta decir nada, vamos que te explico lo de la puerta.

Salimos, cerró la puerta con candado y caminamos hacia la casa-burdel. El sol ahora estaba hermoso, y aunque ni las zapatillas ni el pasto se habían secado del todo, me sentía bien, sin frío, sin ningún malestar a causa de la humedad. Serían como mucho las ocho u ocho y media de la mañana. A pasos de llegar a la galería ella se detuvo, me enfrentó y me contó el porqué de la puerta, mirándome de una manera hermosa, didáctica y condescendiente. La puerta era la entrada al lugar que ella se había inventado y había inventado para Julián.

—Una escenografía para el teatro del alma —fue lo que me dijo finalmente.

Entonces, cualquiera que pasara por ahí, tan solo por pasar por ahí, podría sentarse en la tumba o bajo el ombú, podría romperla, escupirla; podría hacer lo que se le ocurriese, las peores o las más insignificantes cosas que uno se pueda imaginar.

—Aunque por acá son más comunes las peores, mi cielo —me dijo—, pero ahí no va a estar Julián, y entonces nadie va a poder profanar nada, ¿entendés?

—Perfectamente —le dije—: a Julián se llega cruzando la puerta que sin saberlo su abuelo forjó para él, para separar su descanso de la incansable maldad de este mundo de pandemias.

—Te comería a besos si no fueras tan feo —me dijo, y tras dar media vuelta continuó a paso de locomotora hacia la casa-burdel.

No fui tras ella hasta que se me perdió de vista. Me había dicho, en algún momento de la noche, que en esa casa ella estaba muy bien. Y que entre ella, que ya casi no trabajaba, las chicas y Espalda (aunque lo llamó por un nombre que le quedaba peor) habían formado una familia.

—Él y las chicas son todo lo que tengo, mi cielo —eso mismo me había dicho.

Luego de procesar mínimamente lo que había vivido, entré. Nomás en el pasillo escuché la risa de Alfredo, y su voz. Mi amigo siempre es el alma de las fiestas, siempre, aunque no haya

ninguna fiesta. Si hay algo hermoso entre todo lo hermoso que tiene mi amigo Alfredo es su alegría, su predisposición al festejo. No iba a tener que buscar a ninguna mujer para encontrar ese rasgo de ella en otra persona.

Alfredo era el dueño de la alegría también; otro tipo de alegría que, sin embargo, producía en mí la misma felicidad. En medio de un mundo repleto de personas que ahora desfilaban luciendo máscaras nuevas sobre las antiguas caretas de siempre, seres defraudados por la promesa de segura eternidad que hasta ayer ostentaban en las credenciales de medicina prepaga, justificando el egoísmo y el culto a la personalidad con frases como “yo tengo hijos” o “yo cuido a mi familia”. Vaciando con egoísmo las góndolas de los mercados, llevándose el doble o el triple de lo que en verdad se necesita para vivir. Ellos, los invencibles, estaban ahora jaqueados por una microvida, por una nada. Mis escuderos y yo solo les llevábamos una ventaja a todos esos actores de comedia burda, a ese circo de payasos tristes: nosotros teníamos muchos hijos muertos y el juicio final perdido desde el comienzo de nuestros tiempos. Porque anduvimos durmiendo en las tantas maldiciones de una vida sin rumbo, solo nosotros podíamos disfrutar el posible apocalipsis químico que se avecinaba; y sentarnos, sin nerviosismo, a presenciar el juicio de los otros.

Entré al salón. Espalda se levantó, me saludó con un cabezazo al aire y con un gesto les dio la orden a las chicas para que recogieran las cosas y se fueran. Solo se quedó la más jovencita que le estaba haciendo algo, una especie de masaje en el cuero cabelludo, al Ex Calvo Sexual.

—Alfredo, decime, ¿por qué el dueño me mira con esa cara? ¿Qué le hice?

—Cuchame, Demencial, ademá de que tóo el mundo tescuchó liamarle Espalda, ¿vo liciste la broma e la cabeza? ¿Le dijite cabezorudo? ¿O que podía matá de cabeza a uno que le diera?

—Puede ser, sí, creo que sí. ¿Viste la cabeza que tiene?

—Tené que pararle con cosas esa, Gabriel.

—Es una broma, Alfredo, ¿qué tiene de malo?

—Compadre tuvo jaulao cinco año por pelea leal mano a mano, le mató al tipo dun cabezazo nomá y seco le dejó.

—Siempre metiendo la pata yo, la puta madre —dije.

—Te digo de boca corazón, Gabriel, vo recién ni le conocé al personal y va haciendo un barrido, ni tre minuto pasa que la persona le conocé y le mandá ficha a paño entero todo. Y bueno, lembocá seguido.

—Ya me lo dijo Sergio, ¿te acordás?

—Sí. El Pipi, aliá en montaña gorila. Le metite la pata con el suegro.

—Ahora voy y le pido disculpas. ¿Cómo se llama?

—Carlo, pero liá lespliqué que vo so raro pero güeno y que raro no quiere decí ni puto ni cogeputo aunque me dijo quel no indicrimina.

Mientras Alfredo me hablaba, y como me dolía bastante la cabeza, yo miraba a la chica que le

hacía masajes a mi chofer sin entender qué cosa me llamaba la atención. A veces me sirve mirar un punto fijo como si fuera autista, me ayuda a tener una mayor concentración a la hora de escuchar a Alfredo. De golpe entendí lo que estaba mirando, lo que en verdad le estaban haciendo a mi chofer.

—Escuchame, Alfredito —dije—, al Ex Calvo Sexual lo están tiñendo. ¿Te diste cuenta?

—E parte del organigrama nuevo de viaje, lió y el otro Alfre vamo a seguir de rubiones, mañana hay baile y kermé de despedida e la pandemia.

—Si la pandemia recién empieza —dije.

—Gente así normalita maso meno, que despide la vida, poqué ahora é guardáse, Demencial, no son pelotudo.

—¿El dueño también se va a teñir?

—No, el Carlo e ma burrido que pedo e ginebra.

—Menos mal, íbamos a tener que pedir un camión cisterna de tintura.

—So demencia, Demencial, no se-tescape la broma delan-tel Carlo o vamo terminá cuetiao nel culo. ¿Tomamo güikicito pa festejá lotoño?

—Dale. ¿En qué fecha estamos Alfredo, ya fue 29 de marzo?

—Demencial, vo sabé bien qué fecha tamo.

—Sí, lo sé, y vos ya sabés lo que pasa, lo que me pasa, digo. Dejame actuar —dije. Alfredo resopló.

—Eta é la semana del sagrado Jesús cuando lortiba lo va mandá al frente y le crucifican por culpa de tóa la mierda mundial.

—Semana Santa. Pensar que hace dos días estábamos… —dije, y no pude terminar la frase.

De golpe sentí náuseas, náuseas feas y un mareo espantoso. Caminé hasta el ahora rubio Ex Calvo Sexual, me sostuve de su silla y logré que nadie se diera cuenta. Lo miré incrédulo, parecía uno de esos seres mutantes de Garchando por un Sueño.

—Escuchemé —le dije—. ¿El trato que hice con el otro chofer, con el morocho, sigue en pie?

—No, ese trato se acaba de caer, querido Gabriel —dijo el rubio Ex Calvo Sexual—, ahora soy un nuevo hermano y a la familia no se le cobra.

Mi Alfredo, que ya estaba al lado y con un whisky con hielo (sacado no sé de dónde a semejante velocidad), sonrió orgulloso.

—Me tiño lió y vamos a ser el dúo Alfre & Alfre, como esos Pedro & Pedro, solo que Afre & Alfre. ¿Entendé, Demencial?

—Primero, quedate tranquilo que es fácil de entender; y segundo, los otros eran Pedro & Pablo, Alfredo, no Pedro & Pedro —dije—. Decime qué fecha exacta de la Semana Santa es hoy, por favor.

El que habló, como poseído por Dionisio, fue mi chofer, el ahora rubio Ex Calvo Sexual:

—Lunes 8 de abril, 2020, Capilla del Señor, Buenos Aires, Argentina —dijo todo eso y luego

empezó a hacer ruiditos de radio, onda pip, pip, pip, y a matarse de risa.

—¿Qué le pasa a este, Alfredo?

—Ná, le metimo flore en manteca y media luna. Ta felí e la vida el Alfre.

Me senté porque otra vez me había venido la náusea. El mareo. Y un raro agotamiento, raro para alguien que, como yo, nunca se agota.

—¿Le sentí el bobo enfermo, Gabriel? —me preguntó Alfredo y me hizo reír.

—No te asustes —dije—, el bobo mío aguanta.

—Lió no tengo susto ni mierda —dijo.

—Bueno, preocupación, por algo me llamaste Gabriel, te conozco. No me pasa nada, Alfredo, solo que ahora veo que no se puede seguir esta ruta sin whisky y sin merca, y que yo también quiero teñirme de rubio los pelos que me quedan —le dije—. Dame un minuto y mientras tanto andá y traé las provisiones así me contás el plan y me contás también cómo fue que se me pasó la fecha, ¿te parece?

Mientras esperaba le pedí a la chica que teñía a mi chofer que me contara algo, que me dijera su nombre y su edad y me contara algo de su vida. Ella soltó una risita tan infantil que por un momento temí que fuera menor de edad. Aunque al trabajar ahí no había chance de algo así, no por Espalda, supongo, sino por mi Venus Rosa Ana Rosana.

Se llamaba Susana, tenía diecinueve años y era de un pueblo del interior del Paraguay. Era preciosa y en un momento pude ver que tenía la paleta izquierda amarronada y partida a la mitad. Sin embargo, ese detalle, que generalmente produce un efecto devastador en mí, no hacía mella alguna en su belleza. Dejé rápidamente de escucharla ya que su historia era la misma historia de siempre, la historia de todas las putas de siempre; más atractivo me resultó abandonarme al arrullo de su voz infantil pero moderada y cálida. Mi chofer seguía recontra puesto y se reía de todo y también de nada ya que en los silencios largos de la chica seguía soltando risa tras risa.

—Ya está, Alfredito —dijo por fin Susana, y el diminutivo convirtió la imagen de mi chofer en la de un sátiro pervertido teñido de rubio pero buena gente, buena gente.

—¿Me podrás teñir a mí? —le pregunté.

—No, don Gabriel, a usted solo lo toca la Rosana.

—¿Ella te lo dijo?

—Hay cosas que no hace falta que a una se las digan, ¿no le parece, don Gabriel? Una mujer puede desconocer muchas cosas, pero tiene claro su territorio y el territorio de las otras.

—Mejor explicado, imposible, doña Susana —dije, y ella soltó otra risita menor de edad.

—Lo acuesto a mi Alfredito y ya le aviso a ella, ya debe haber vuelto de hacer las compras —dijo. Mi chofer se levantó y los dos salieron del salón abrazados como novios borrachos. Él pura risa y ella risa de contagio: la pareja del año, pensé.

Se fueron hacia una de las seis habitaciones del cogedero a las cuales se entraba por unas aberturas sin puerta, veladas apenas por una cortina de tiritas plásticas de colores. La única

habitación apartada y con baño privado era la mía. Bueno, la nuestra, la de mi querida y mía: la nuestra.

Alfredo estaba tardando una eternidad y yo, además de meterme lo que me iba a meter, debía comer algo. La que volvió fue Susana.

—Hola —dijo.

—Hola —contesté—, pero creo que ya nos saludamos o vos comiste de la misma medialuna que mi chofer.

—No, don Gabriel, ji, ji, ¿cómo se le ocurre?

—Decía, nomás.

—Vine a acompañarlo a la casita de Rosi, allá van a estar más cómodos; el señor Alfredo ahora va, se tentó con mi prima Anita y están sacudiendo las sábanas, ¿vio?

—Eso es importante, por los ácaros —le contesté, pero no acusó recibo de entender la broma que además de mala era algo peor, anodina.

Susana me tomó de la mano y yo, nuevamente, salía del salón y atravesaba el pasillo hacia la galería, pero esta vez más allá de la galería y en sentido opuesto al santuario de Julián. Por un caminito de piedra blanca y plantas de esas pinchudas que se usan para ayudar a que no se junte el agua, llegamos a una cabaña de troncos onda casita de la bruja de Hansel y Gretel. No hizo falta golpear, la puerta estaba abierta y mi Venus Rosa Ana Rosana había salido a recibirme.

—Bienvenido —dijo—, esta es mi casa.

—Entonces con vos me caso, y acá me quedo —dije, con algo de verdad amarga en la broma obligada.

—Cazate primero esa bolsa y entrala —dijo ella.

Susana teen se rio, hizo un gesto de saludo con la mano y se fue. Yo tomé la bolsa que ni siquiera había visto antes y la entré. La cabaña era de un solo y gran ambiente con un apartado que supuse era el baño. Un sector como cocina, un sillón doble, uno single, una cama king size, una tele enorme y una alacena onda placar. Todo en madera pintada, excepto los sillones, que eran de hierro y tela gruesa y marrón.

—No parece tu casa —dije—, o al menos no imaginaba algo así. Ojo, me gusta, eh, perdón.

—Iban a ser cabañas de alquiler, hice tres, y luego me arrepentí —dijo—. No soportaría tener gente acá adentro. Yo me quedé con esta y dejé las otras para que compartan las chicas. Las tantas hectáreas son mías, la casa principal también, bueno, soy la dueña del lugar y del negocio. Tu nuevo amigo al que no le das tregua es mi empleado pero conviene que se haga pasar por el dueño. Este es un negocio de machos —concluyó, y soltó una leve carcajada metálica, de actriz que actuara de puta.

—Tomá mate —dije.

—No, tomemos vino y comamos la picada que vas a preparar. Buscá las cosas que paso al baño.

En eso llegó Alfredo, contento como perro suelto en carnicería.

—Le culié a la otra pendeja, Demencial. La tamo pasando mil quinientos mil de bien. ¿Y la Rosa Ana?

—En el baño, Alfredito —gritó ella sin mediar espacio de tiempo para que yo avivara a mi amigo—, y espero que seas bien generoso con las propinas, eh.

—Uh, la cagué —dijo Alfredo, después gritó—: sí, dejamo doble de lo que la maginación magina, mi Rosa.

—No pasa nada —le susurré a mi amigo—, preparame la picada, ¿dale?

—Dale —dijo, y puso la mochila millonaria arriba de la mesa.

—¿Estás desconfiando de alguien?

—Ni gancho, Demencial, pero no é güeno se tentar a ladrón docasión.

—Más vale —dije.

—Falopa acá é pa la hora, lo demá le tiene élia —señaló el baño con la cabeza—, le econdió: putero más falopa é pa ir preso. Preso élia y la minita y el compadre y medio mundo.

—Che, mirá que no me voy a teñir, eh. Era broma.

—Lió sí, si é que tenemo el tiempo entre culiada y culiada.

La dueña, ama y señora de mi lugar soñado salió como diosa que recién acaba de defecar desde su trono de oro: sin levantar la más mínima sospecha sobre la cagada que acababa de hacer, pero con ese brillo en los ojos que deja toda gran pérdida.

—La picada está en marcha, hay vino y pan en la mesa, solo resta una pregunta, tesoro mío —dije.

—Suelte nomás —dijo ella.

—¿Te molestaría si Alfredo me cuenta cómo piensa ayudarme a seguir este viaje, y te molestaría, además, si después de comer me drogo y emborracho lo suficiente como para volver al entusiasmo inicial de los quince años?

—Todo lo contrario, mi cielo, me ayudaría a no sentirme culpable porque pretendo hacer exactamente lo mismo.

—Entonces... si sonido anda… si luces andan… acción.

La comida fue de lo más divertida y especialmente feliz para mí porque volví a disfrutar del mejor de mis Alfredos. Mi Venus Rosa Ana Rosana comía fascinada con las cosas que nos contaba mi amigo, cosas que yo había oído alguna que otra vez y cosas que jamás le había escuchado. De cómo tan solo recuerda de los diez años en adelante: un orfanato en Encarnación donde no preguntó o bien preguntó pero no tenían mucha información sobre él. A ese orfanato lo había llevado la policía justamente a los diez años cuando salió de un coma de casi un año por un accidente o por una paliza que alguien le había dado; tampoco sabía bien los detalles de ese

asunto. Y entonces mi Venus Rosa Ana Rosana le hace la exacta propuesta que yo le hiciera en su momento: “Te acompaño a Encarnación y vemos los archivos del orfanato”. Y entonces él nos cuenta que dos años después de haber llegado a ese lugar, un interno, un pibe muy drogado o muy loco, incendió el edificio con todos adentro, con él mismo adentro ya que fue uno de los que murió. Los que lograron escapar, como el mismo Alfredo, quedaron en la calle.

Desde ahí tardó cinco años para tener un documento, y ese documento es un DNI argentino. Un amigo, un hermano de la vida le dice siempre Alfredo, de Posadas, se lo consiguió. Junto a ese hermano de la vida construyeron un bote con sus propias manos y madera de monte y se largaron a pescar y vender pescado. También paseaban turistas por los lugares santos y no tan santos de Posadas y Encarnación. Conseguían de todo en la triple frontera, desde armas y mujeres, pasando por todas las drogas que eran y son de uso popular. Alfredo contó y engordó algunas anécdotas de cómo y dónde fue creciendo y todas las historias eran lindas de oír, daban hambre, ganas de seguir oyendo y seguir sirviendo comida y comiendo y sirviendo vino y bebiendo, a eso me refiero: conectaban a uno con la vida.

A los veintitrés años se casó en Posadas con una posadeña linda pequeña flor que se cansó de meterle los cuernos; con ella tuvo una hija y un hijo. Algo, no sé qué cosa, pasó entre ella y un hombre del Chaco. Alfredo no sabe o no cuenta qué, pero el hombre le hizo un tajo a ella en la cara y Alfredo mató al hombre. Pagó nueve años en la cárcel. Jamás volvió a ver a sus hijos ni a aquella mujer, y por más que los buscó no pudo encontrarlos nunca. Supone que habrán cambiado nombres y apellidos y se habrán mudado de Posadas a vaya a saber uno dónde.

Mi Venus Rosa Ana Rosana tragaba salamín, queso, pan y aceitunas con los ojos fijos en Alfredo y casi sin parpadear, y hasta me parece que casi sin masticar. Tan solo me miraba cuando no entendía algo o se le escapaba un concepto a causa del habla de mi amigo. Y yo hacía de traductor soltando palabras guía. Alfredo pasó a lo que él llamaba “tatuajes de la vida” y que eran tan solo cicatrices. Nos mostró la mordedura de un yacaré en el muslo: una cicatriz monstruosa que siempre impresiona no solo a las mujeres sino que a mí también. Un impacto de bala en el centro del pecho que no le tocó ni la aorta ni el corazón, el enorme tajo de una caída donde al igual que en el cuento “Hombre muerto” de Horacio Quiroga se traspasó con el facón, y caminó así, con el facón atravesado para no desangrarse, hasta el hospital donde pudieron sanarlo. Nos mostró también la cicatriz de la salida donde el facón le reventara el riñón del lado derecho.

—De tocarme higadito lió era boleta, y no iba a podé escaviá nada —dijo.

Mi Venus Rosa Ana Rosana y yo asentimos.

—Son el uno para el otro —dijo ella, feliz.

—Lo tre somo luno pa lotro, señorita —dijo Alfredo.

Era tan atento mi amigo, tan amable al suavizar algunas de las cosas fortísimas que le habían pasado en la vida, tan pudoroso al referirse a asuntos eróticos, que hacía sus relatos aún más

eróticos de lo que en verdad él había vivido. Yo lo miraba y era más que evidente su ser paraguayo, pero él necesitaba la certeza, y soñaba muy seguido que su mamá estaba viva y que quería encontrarlo. Desde que yo lo conozco él junta plata y la pierde y la vuelve a juntar y la vuelve a perder, siempre en la ruleta, tratando de dar el batacazo para conseguir lo que calcula le dé un año sin trabajar, y con un auto y ese dinero él cree que va a encontrarla. Lo que no sabía en esos días de pandemia y que no quise decirle en ese momento porque la frontera estaba cerrada y su obsesión solo iba a hacer que intentara cruzar por las malas y que en consecuencia volvieran a meterlo preso, es que yo tenía en la bandolera que guardaba mi chofer mucho más dinero del que él podía gastar en más de un año, en mucho más, ya que había logrado vender la propiedad de mi antigua empresa antes de que todo este pandemonio se desatara y no había tocado ni un centavo de ese dinero.

La picada había desaparecido y la cara de hambre de Alfredo podía haber sido vista desde la Ruta 8 hasta por José Feliciano si es que anduviera de gira por los burdeles orilleros del conurbano bonaerense. Entonces mi hermosa reina se dio cuenta y soltó la frase tranquilizadora:

—El plato principal lo está terminando de servir Anita en mi cabaña vestidor —dijo.

—¿Tenés una cabaña entera de vestidor?

—Bueno, una cabañita que comparto con Anita y que es solo para la ropa, pero ya nos está quedando chica. Lo importante es que, cuando nos enamoramos, que no nos pasa muy seguido, les ofrecemos a nuestros hombres los zapatos que en otro amor usamos como única ropa para el amor. Y que ya no usaremos más.

—¿Querés decir que nos vas a regalar tus zapatos?

—¿Y quién te dijo que estamos enamoradas de ustedes? Pongan mesa para cuatro, y ya veremos qué pasa.

Nos pusimos manos a la obra, y Alfredo me preguntó si había pasado algo entre mi Rosa Venus Ana Rosana y yo, y le dije que algo, que un poco había pasado.

—¿Qué é lo que le pasa a tu mente demente, Demencial? ¿No queré má amor de mujer, amor de amorío?

—No sé cómo explicártelo, Alfredo.

—Eplicando.

—Tenés razón. ¿Vos sabés quién fue el monje ruso Rasputín?

—No, pero cura si é putín é peligroso pal niño.

—Rasputín era el apellido, Alfredo, no es que fuera gay, y gay no significa violador de niños.

—En cura padre sí, la malioria e la vece.

—Ponele.

—¿Como é el Putín ese a ver?

—Rasputín, Alfredo —dije—. Fue un monje medio o más que medio bruto, pero que por suerte o por poderes, yo no lo sé, ayudaba mucho al hijo de Alejandra, la mujer del zar ruso, la

nieta de la reina Victoria. Le paraba las hemorragias apretando en lugares o con imposición de manos. Ya sabés, como los chamanes de Misiones, igual.

—Élios le paran sangre a vaca cuando le pica vampiro —dijo Alfredo.

—Bueno, igual. Pero al pobre hijo de Alejandra le daban aspirinas y la aspirina licua la sangre y la hemorragia es peor. ¿Viste que cuando te dio el dengue no podíamos darte aspirina? Igual. Los médicos no lo sabían.

—Moquito del dengue má apirina y só boleta, Demencial, el médico sabe.

—Exacto. Pero antes no se daban cuenta. Dejame terminar.

—Le dejo, señor demente.

—El tipo para la historia es un demonio porque supuestamente se acostaba con todas las putas de Rusia. Como nosotros.

—Nunca les-tuvimo na Rusia, Demencial, ¿o les-tuvimo y no me dijite?

—¿Cómo vamos a estar en Rusia sin que te des cuenta, Alfredo?

—Y qué sé lió, le metemo tanta cosa en la narigona.

—Bueno, pará. En 1912, la policía lo empezó a seguir y anotaban todo lo que el monje hacía. Resultó que llevaba a las mujeres a su casa, o a un hotel, o a baños semipúblicos; a veces varias el mismo día, o al mismo tiempo. Pero lo que la policía vio es que el monje jamás tocó a ninguna de esas mujeres. Les pedía que se desnudaran y simplemente las miraba durante un rato o bien se echaba a su lado vestido. Quizás el propósito de esos encuentros fue el de resistir a la tentación, trascender lo carnal haciéndole frente. Rasputín les pagaba a las putas como un camino espiritual, una manera de ser más religioso. Eso es lo que creo yo.

—Ma loco que vo entoavía, Demencial.

—Sí. Es lo que intento hacer yo, aunque ayer con Rosana no lo logré. Y creo que me enamoré. Pero quiero que sea la última vez que me acuesto con una mujer que no sea mi esposa. ¿Entendés? Quiero saber si vos, mi mejor amigo, puede llegar a entenderme.

—Entenderle a tu mentalidá, Demencial, é medio imposible, tendría que ser locólogo, pero sí puedo repetate. Me parece que nombramo mucho el nombre no nombrable y tonce ese nombre ganó a todo.

—¿Arcángel, decís?

—Arcángel, digo.

—Este viaje puede ser nuestro último viaje, hermano —dije.

—Va-sair a lo de lo monje eso d'Azul para siempre, ¿no cierto? —dijo Alfredo mirándome con ojos de rayos X.

—No sé si a esta edad yo pueda; además tengo la responsabilidad de mi hijita María, de apenas tiene siete años. Pero tal vez, quién te dice, dentro de un tiempo, si no encuentro el amor verdadero de una mujer verdadera, me encierre para jamás ver a alguien en la vida, tan solo a esos pocos que somos nosotros.

—Mestás poniendo tristezón —dijo Alfredo—, y como viaje ni va por la mitá mejó cambiamo el tema, y cuando liegue día de pañuelo blanco depedimo al amigo; ahora le difrutamo, ¿okikey? —dijo.

—Ok —le respondí.

—Pero repeto, Gabriel Arcángel, repeto el habla del corazón que tené.

Terminamos de poner la mesa en silencio. En un cajón encontré un hermoso mantel de hilo con una guirnalda de rosas rosadas evidentemente bordadas a mano y lo tendí. Alfredo eligió las copas de vino y de agua con decisión y gran gusto. Estaban en un mueble cristalero y eran todas distintas, al menos no vi una repetida, y las que él escogió eran hermosas. No descuidó el detalle de poner posavasos y de frotar cada cubierto con una servilleta limpia que sacó de una cajonera empotrada sobre el horno eléctrico.

—¿Sabé, Demencial, que la Alita é virgen? —me dijo inaugurando otra vez la fantasía.

—Dos cosas, Alfredo: la primera es que trabaja en un puticlub y la segunda es que, según dijiste, te la volviste a coger hoy —dije—, lo que me trae una tercera cosa: ya te la cogiste ayer y supongo que más de una vez.

—Sí, Demencial, é virgen ante e que lió le coja.

Le iba a contestar pero entraron las chicas, Alita Anita y mi Venus Rosa Ana Rosana, y yo quedé mudo. No por miedo a que mi respuesta les resultase ofensiva, sino porque cada una traía una bandeja enorme en las manos y estaban vestidas tan solo con hermosas lencerías. También, pese al frío, estaban descalzas. Recién cuando fueron bajando los distintos tipos de ceviches y de comida peruana pude ver que había dos pares de zapatos de taco alto servidos con camarones secos, guacamole, pulpo y nachos. Alfredo tenía la mandíbula a la altura de las rodillas, su Alita Anita era realmente una niña, una ninfa hermosísima, y pude entender por qué ese mono degenerado no paraba de cogérsela desde que habíamos llegado.

—Servidos están los dos hombres dueños de estas dos mujeres —dijo mi Venus Rosa Ana Rosana—, el que rescató mi corazón, y el que desvirgó a mi protegida —Alfredo me miró triunfal—. Espero que sepan valorarnos y cuidarnos hasta que el aburrimiento nos separe.

Los zapatos parecían finos y debían serlo. No porque los zapatos finos de mujer me parezcan finos (los zapatos de mujer son un espejismo que solo ellas pueden ver), pero estos espejismos debieron haber costado un dineral. Cuando terminé el pulpo de mi zapato izquierdo y pude ver la marca lo comprobé. Jimmy Choo, un asiático bien avivado: un zapato de mierda tejido en hilos gruesos de oro verdadero, era fácil de notar que no había nada falso en él excepto la comodidad de calzárselos, supongo.

—Cada zapato de estos cuesta lo que gana un jubilado en un lustro —dije—, y vos los acabás de estropear.

—Los zapatos no valen nada, querido —dijo mi Venus Rosa Ana Rosana—, pero comprarlos hoy debe andar en los tres mil dólares el par. Solo los uso para caminar en el campo cuando

llueve, o para servirles comida a mis enamorados. De paso desprecio a las estúpidas que ven arte en un par de zapatos.

—Sos increíble.

—Élias do son lo incríble, Demencial.

Servimos vino y comimos. Servimos todo el vino y comimos todos los platos. Las besamos en la mesa y las cogimos cada uno en uno de los sillones que estaban contra la ventana. Me intimidó la manera de coger de Alfredo, era una máquina de perforación petrolera, la pendeja habrá acabado una vez por cada empujón. Recostado sobre mi amor, le dije que era fascinante y que tenía toda la razón del mundo en hacer lo que hacía.

—No hay arte en el artesano, hay artesanía —me dijo, y yo cada vez estaba más entregado.

—Lo mismo que en la cocina —dije—. Ningún chef italiano cocina mejor que lo que cocinaba mi abuela.

—Y seguro no se sentía una artista, ¿no? —dijo ella.

—Creo que ni siquiera se sentía mi abuela.

—Me hacés reír —dijo, y rio, y volví al ataque.

De golpe la voz de Alfredo fue un tornado:

—Meno mal que no iba culiáte ma minita, eh —dijo.

—¿Cómo es eso? —preguntó mi Venus Rosa Ana Rosana.

—Sos el último amor carnal de mi vida —le contesté y seguí.

Exhausto, le pregunté a mi Venus Rosa Ana Rosana cómo hacía para solventar esos gustos ya que no me parecía que su puticlub en un lugar tan alejado diera tanto. Ella me dijo que me sorprendería de las visitas que recibe, y que además era la única heredera de un megaempresario inventor de la fécula de maíz.

—La Maizena pero que no se llama Maizena.

Que había nacido en un pueblo llamado Caridad y que al morir su marido vendió la empresa en algunos millones de dólares. Más tarde se enamoró de un cliente de su padre el forjador. El tipo era dueño de algunas hectáreas en Capilla del Señor. Se mudó con él a este pueblo, “pueblo choto”, dijo ella. Y una noche, sin que él se diera cuenta, lo siguió hasta este prostíbulo.

A partir de ahí no solo lo dejó, sino que diseñó una venganza perfecta. Decidió comprar el prostíbulo para humillarlo.

—Y también hacerme puta —dijo.

—Yo conocí a una mujer que hizo lo mismo pero con su padre.

—¿Cómo se llamaba?

—Andrea.

—Andrea.

—¿Cuántas hectáreas tenés? —le pregunté.

—No seas guarango, ¿querés?

—Tenés razón.

—Muchísimas, y las estoy dejando hacerse monte. No hay absolutamente nada sembrado más allá de la huerta de la que comemos nosotras y los animales que necesitamos nosotras.

—¿Y quién los cuida?

—Nadie, están salvajes por ahí, hay que ir buscando huevos, cazando chanchos, no sé, eso no es de mi interés.

No podía más, nadie podría más frente a una mujer así porque las mujeres así no existen. Le pedí a Alfredo que parara de coger porque ya era incómodo verlo y oírlo, y dije que me gustaría ir a algún lado, hacer una salida.

—Alfredo me había hablado de una kermés en el centro del pueblo, supongo que es lo único que podemos hacer por acá —dije.

—No es solo una kermés —dijo la niña desflorada por el cavernícola, Alita Anita—, hay juegos por plata o por diversión y hay un enorme salón de baile armado en una carpa.

—Qué bueno —dije.

—El grupo es de unas amigas mías, y hacen cumbia de género —dijo Alita.

—¿Y eso con qué se corta? —dije yo.

—No seas machirulo —dijo mi Venus Rosa Ana Rosana—, es cumbia con temática gay. Cuatro chicas que hacen canciones de amor entre chicas.

—Pero baile no va a haber, si está prohibido todo, hasta lo que haré de cualquier modo —dije —. Es un tema de Pedro & Pedro.

—Se hace igual, es la despedida del mundo organizada por la sociedad de fomento ya que el presidente, un gordo cliente de años, está poseído por la idea del apocalipsis, además de ser un gorila recalcitrante.

—A bailar cumbia lesbiana, entonces —dije.

—¿Y como é bailale ese lebiano?

—Es cumbia, Alfredo, el grupo se llama Somos Damas Pero Nada es Gratis —dijo Alita Anita.

—¿Tan güena la mina, Demencial?

—No sé, Alfredo, igual no te van a dar pelota, ¿sabés lo que quiere decir lesbiana?

—Ma vale, é que son flaquita flaquita.

—Eso sería *livianas*, Alfredo. Lesbianas quiere decir que son mujeres que tienen sexo con mujeres nada más —dije—. Y capaz que hasta nos putean por ser hombres.

—Nada que ver —dijo la dueña de mi corazón—, son rebuena onda las chicas, y aceptan a cualquiera que las apoye.

—Si se dejan apoyar, ahí estaremos —dije.

—Sos tonto, eh.

—¿Y cómo é la cumbia esa, la letra esa, lebiana? —preguntó Alfredo.

—Una mierda como cualquier otra cumbia pero en vez de *Ay Andrea te gusta la pi* le cambian el órgano sexual y listo.

—A Andrea le guta la *con* —cantó Alfredo.

—Ponele —dije.

—Ponele —dijo mi Venus Rosa Ana Rosana—, ¿acaso tiene algo de malo?

—En lo más mínimo, mi amor, excepto que seguro ensayan sin metrónomo.

—Na é malo si da gusto al-otro y a vo da lo-mismo.

—Ahora sos San Agustín, Alfredo —dije.

—Entonces saquen ahora ese polvito del amor, que capaz que me los como a los dos juntos —dijo mi Venus Rosa Ana Rosana.

—Néver in la láif, mi rosa, donde Gabriel mira con ese ojo, lió aparto la pata daí.

Cuando todos estábamos riéndonos se escucharon golpes lejanos pero decididamente violentos en la puerta de la casa-burdel. Luego el timbre, insistente, que también sonó como un timbre de patio de escuela en la cabaña en la que estábamos. Alfredo con la bolsa de merca en la mano, a punto de darla vuelta en el espejo.

—Ni se te ocurra —le dije—, esto suena raro.

—É timbre, Demencial.

—Gabriel tiene razón, no es solo timbre, Alfredo —dijo Alita Anita.

Mi Venus Rosa Ana Rosana nos pidió silencio y le pidió a Anita que nos llevara al lugar seguro, que ella iba por el chofer y nos los mandaba. Salió de la cabaña. Anita nos apuró, cargó en una bolsa, sucios como estaban, los cubiertos que podrían delatar nuestra presencia, haciendo de cuenta de que habían comido solo ellas dos. Pude manotear el par de Jymmy Choo que confirmaba que el corazón de mi amada, bastante patona por cierto, era mío.

Salimos también de la cabaña y Anita nos condujo hasta el fondo de la propiedad, más de cincuenta metros contra una pared antigua y semidestruida de ladrillos de adobe donde estaban los restos de la cabina de un avión bastante grandes y a su costado un galpón enorme. Entramos al galpón por una pequeña puerta lateral y adentro, en la casi oscuridad ya que el galpón tenía pocas ventanas y además los vidrios pintados de tiza, vimos con Alfredo una locura de automóviles antiguos, carros, carretas y demás cosas de campo, también una avioneta entera aunque claramente inservible.

—Yo acá no me quedo —dije.

—Es legal, son cosas de la herencia de Rosi —dijo Alita Anita.

—Está bien, pero acá hay ratas de seguro —dije.

—Ni una solita —dijo ella—, le doy mi palabra, don Gabriel.

—Yo vi moverse alguna cosa negra, bastante grande.

—Son nuestros gatos, hay muchos, más de veinte para mantener el lugar libre de alimañas. Igual usted va a lugar bien seguro.

—Gracias —dije yo.

—Gracia po lo que me toca a-mí, Alita —dijo Alfredo.

—Vos no tenés problema con la oscuridad, metete adentro de uno de los autos, usted venga, Gabriel —dijo Alita.

Me llevó al fondo del galpón esquivando chatarra tras chatarra. No se nos cruzó ni un gato ni una rata ni un mosquito en todo el trayecto y ya contra la pared del fondo Anita levantó una puerta trampa del suelo y bajó por una escalera. Encendió la luz y me llamó. La escalera en caracol tendría unos treinta escalones y nos fue como metiendo en un pozo hasta una puerta de hierro con un candado de combinación.

—Es 0000 la combinación —dijo Alita Anita y lo abrió. Bajó ella y encendió la luz.

—Es nuestra cava —dijo—, usted ponga el candado de adentro apenas cierre la puerta.

Era una cava hermosa, limpia y superamplia. Casi una bodega pequeña por el tamaño. De estantes de varillas de hierro y cemento pintado. Las paredes en dos tonos de gris, un poco más oscuro hasta la mitad y bien clarito de ahí para arriba. Luz de tubo, y un escritorio con lámpara y elementos de cata al fondo.

—Quédese acá, acuérdese de poner el candado. 0000 —repitió —. El aire es bien limpio, ¿vio? La ventilación al exterior es buena y segura.

—Acá me quedo —dije. Alita Anita volvió a la superficie y yo puse el candado.

Tardaron más de una hora en venir a buscarme, pero me la pasé comiendo salamín y tomando vino, casi dos botellas de un vino blanco sin etiqueta que resultó increíble. Cuando golpearon la puerta onda Carlitos Balá, me di cuenta de que era mi Venus Rosa Ana Rosana y de que todo estaba bien.

Ya en el living de la casa-burdel, todos reunidos, nos contaron los pormenores. Los polis buscaban a tres tipos en una limusina que tenían un permiso trucho de circulación, o sea nosotros, y sospecharon que estarían en este lugar. Espalda no les negó nada, les dijo que habíamos estado ahí, que habíamos dejado la limu porque se había descompuesto y que ellos nos habían prestado la Ford Bronco para volver hasta Buenos Aires y contratar un remolque capaz de cargar al mamotreto. Los canas no creyeron nada pero tampoco necesitaban creer, se llevaron una buena moneda y un buen argumento para darles a sus superiores. Le dieron a Espalda veinticuatro horas para que la cosa se resuelva.

—Que la cosa se resuelva es que se vayan mañana a más tardar —dijo mi Venus Rosa Ana Rosana.

—¿Y la cumbia lebiana? —preguntó Alfredo.

—El año que viene —dije yo.

—Hoy todos a dormir sin pareja, y no en esta casa, en una cabaña, ¿está bien? —dijo Espalda

y mi Venus Rosa Ana Rosana me guiñó un ojo.

—Sí, y las chicas acá para entretener a los polis por si vuelven —dijo.

—Por supuesto —dije yo—. ¿Están de acuerdo? —les pregunté a mis Sanchos.

—Lo que usted diga, Gabriel —dijo el rubio.

—Lo que vo le diga, Demen —dijo el otro.

Espalda se retiró con todas las chicas y Ex Calvo Sexual y su aire de Sting del subdesarrollo junto a mi Alfredo a la cabaña del fondo.

—Vos quedate conmigo, tonto, que acá mando yo —dijo mi Venus Rosa Ana Rosana.

Me llevó a la habitación rosa, se desvistió, me quitó mis zapatos Jimmy Choo de las manos y se los puso así como estaban, sucios de comida. Se sentó en la cama, sacó de la bolsa de papel la merca y la volcó sobre la mesa.

—También hay un rosario acá —me dijo.

—Es para la tumba de Julián, quería regalártelo —dije.

Lo colgó del clavo en donde había estado colgado el espejo de rosas, luego volvió a sentarse e hizo unas veinte rayas de coca.

—Nosotros no tenemos pensado dormir, ¿no es cierto? —dijo.

Se quitó el vestido de lana que llevaba puesto. No traía ropa interior, y me puso una pastilla de menta en la boca.

—Te diste cuenta cuál es mi verdadero nombre, ¿no es cierto? —me preguntó, y la pregunta me desconcertó un poco.

—Calzás más de cuarenta y tenés nuez de Adán, no me digas que también te llamás Alfredo —dije.

—No seas estúpido, ¿querés? Soy una de las Marías que besaste la otra noche —dijo.

Y sin preguntarme nada ni pedirme nada, sin hablar siquiera ni respirar sobre mi boca, me montó; me aplastó con sus pechos y comenzó a sacudirse suavemente como un preludio al huracán de sexo que estaba dispuesta, sin más, a desatar sobre mí. Yo apenas alcancé a decir un monosílabo que pudo haber sido un sí, una autorización al uso de mi cuerpo. Lo seguro es que la dejé seguir, y lo más seguro es que en mi corazón latía ya otra sangre, algo completamente diferente a lo que había sentido durante toda la vida.

Oh Dios de mi alabanza, no permanezcas callado, porque la boca del malvado y la boca del engañador se han abierto sobre mí. Han hablado de mí con lengua mentirosa, con palabras de odio me han rodeado, y pelearon contra mí

sin

causa

alguna.

—Si un globo se vuela, ¿se va al cielo de los globos?
—No sé, hija, pero puede ser.
—Y si no se va al cielo, ¿a dónde se va?
—A ninguna parte supongo.
—Ninguna parte no es un lugar para irse.
—¿A vos se te voló un globo? ¿Querés que te compre otro?
—A mí no se me vuelan los globos, papá, yo me los ato a la muñeca.
—Sos muy inteligente, querida.
—Mamá dice que soy muy viva, ¿sabías?
—Mamá tiene toda la razón, María, sos la persona más viva que conozco.

Salimos a eso del mediodía de la casa-burdel, despedidos como si fuéramos los paisanos que vuelven a la Argentina después de visitar a sus familias nunca antes vistas en las montañas de Sicilia. Pañuelo blanco no faltó porque mi Venus Rosa Ana Rosana ahora María la más mía la lejana agitó el suyo de la misma manera que lo hiciera Claudia Cardinale despidiendo al Fitzcarraldo de su corazón que partía hacia una aventura imposible, o tal vez hacia un espectacular fracaso como única posibilidad de belleza.

El camino de tierra estaba lo suficientemente húmedo como para que la limu no levantara polvo; bajé la ventanilla y me asomé para gritarle:

—Adío, Claudia, Adío.

—¿A la final se liama Claudia la Rosana, Demencial?

—*Alla fine maría é come si chiama l'amore che ora mi dice addio* —dije.

—¿É italiano eso no? Mira que só la internacional, Demencial, eh.

—La que todos los pueblos necesitan, Alfred, y jamás tendrán porque son una manga de cagones.

Me di vuelta para una mirada final a través de la luneta trasera, la cara de culo celoso de la enorme cabeza de Espalda estaba en primer plano, pero también Alita Anita y las otras chicas nos saludaban. Mi Venus Rosa Ana Rosana le dio un beso en la cabeza a una de las chicas más chicas y ahí me di cuenta de que ella seguía adoptando niñas y que por eso tenía ese lugar. Estúpido yo, estúpido que no me quedo, pensé en ese momento. Estúpido yo que nunca me quedo, pienso ahora en todo momento.

Le pedí a mi chofer que encendiera la radio: el presidente anunciaba que la cuarentena se iba a extender obligatoriamente hasta el lunes posterior a la Semana Santa. La redención me concedía una prórroga. Los peronistas siempre salvamos las papas, diría mi padre. ¿Qué papas?, le contestaría mi madre, si ni papas hay para comer.

Alfredo destapó dos cervezas. Le dije que no quería y me miró.

—Vo no le tomate droga casi, no, Demencial.

—Tomé poca, o casi nada. Necesito un whisky, no cerveza, hermano. Es lo único que quiero tomar, whisky nacional y popular.

—Tóo lo que tiága benevolencia me pone felí, Gabriel.

Ya en la Ruta 8 nuevamente, camino a nuestro segundo punto cardinal, Alfredo me explicó mi propio plan.

—No tené niún planificable, Demencial —dijo—. Lió sí: vamo a Pergamino, pasamo a comele la pizza del Mono y depué le damo ata el Colón; ahí le saludamo a don Blanco que nos traía siempre lo lechone murtecito, ¿tamo okikey?

—Estamos ok —dije.

—Muertecito lo lechone é, no el don Blanco bendito.

—Entendí, Alfredo.

—De ahí volvemo pa tra y vamo a buscale la ruta 188 y le damo derecho ata San Nicolá, ahí paramo porque ahí tengo paisano amigo con librería linda, te va a gustar. Y tenemos la piba que vo queré, esa que le conocé bien aunque nunca le viste en la vida.

No le respondí. Tan solo le hice un gesto afirmativo con la cabeza. Alfredo siempre superaba las expectativas que yo pudiera poner en él, y que las superara era un alivio enorme para mí, para mi alma, digo; para mi conciencia.

Desplegó la mesita y se peinó unas rayas. Aspiró y luego limpió. Desenroscó una botella de un Criadores especial hecho para el 50º aniversario de la marca. La gente que dice saber tomar whisky toma licores de quince años o más, licores que hasta el que no sabe tomar podría fingir entender. Pero un blend argentino de pocos años nada más como el que yo ahora dejaba vagar por el buche de mi boca es solo para entendidos, para bebedores reales.

—Es muy bueno este whisky —dije—, dame unas gotitas de agua mineral, ¿hay gotero?

—Más bien que hay y con agua francesa helada y bendita —dijo el otro Alfredo, el rubio, ex Esclavo Sexual alias el Ex Calvo Sexual.

Lo miré bien, la tintura le había caído un poco por la nuca, además no es que tenía solamente teñido el pelo, tenía teñido el cuero cabelludo también.

—Escuchemé Alfredo el rubio —le dije al Ex Calvo Sexual—, le tiñeron toda la cabeza, parece que tiene puesto el casco de Mario Bros.

—Se va a ir con los sucesivos lavados, hermano mío —me contestó, y eso me puso en alerta. Evidentemente estaba manejando aún bajo los efectos de las flores de las ninfas.

—¿Usted está bien, don Alfredo? —le pregunté.

—Perfectamente —dijo—, y al whisky solo se le ponen doce gotas de agua mineral pura y bendita por medida, querido Gabriel.

Miré a mi Alfredo y mi Alfredo me hizo señas reveladoras dándose leves golpecitos en la nariz.

—Ah —dije, y me tranquilicé.

—Acá le tené —dijo reprimiendo una risa y alcanzándome una botellita de agua.

—Bendecida por Francisco cuando era Bergoglio —dijo el otro Alfredo, el rubio.

—¿Y usted dice que la bendición vale igual?

—Vale —dijo, y giró la cabeza buscando mirarme.

—Mantenele al frente la visión del ojo, Alfre —le dijo mi Alfredo.

—Dios nos ampare —agregué, y le puse doce gotas meticulosas a una medida doble de ese hermoso Criadores 50 años. Eso bajó el alcohol a su lugar justo y lo convirtió en un licor de más de diez o más de quince años y lo bebí como un beduino bebe el agua del primer oasis que encuentra. Y repetí. Y repetí. Y quedé perfecto.

—¿Cuánta plata hay, Alfredo? —pregunté.

—¿Queré comprale a la fábrica, Demen?

—No, quiero que no nos falte nada.

—Tenemo tu much, Demencial, dólare y criólio, hay de toíto acá.

—Siempre tengo suerte, ¿o no, caballeros? —dije declamando exageradamente.

—Afortunado en el juego… —dijo el otro Alfredo, el rubio, y el comentario me dejó mal. Pensé en un amor que por esos días se me hacía imposible, o al menos se me hacía esquivo. Ella se llamaba Silvia, pero parecía no tener una estrella para mí, o al menos su estrella aún no aparecía en mi cielo.

—Lo sé, queridos, desafortunado en el amor —dije.

Alfre & Alfre no respondieron. Ni siquiera respiraron fuerte, ni un bufido ni un suspiro leve: nada. En un momento el otro Alfredo tiró un rebaje de la secuencial que puso al límite las vueltas del motor de la limu.

—¿Qué quiere decir usted con ese rebaje? —pregunté.

—Nada, Gabriel, no quise decir nada, fue un desacierto nomás.

—¿Y vos no decís nada, Alfredo? —le pregunté a mi amigo con cierto malestar.

—¿Cuál é la verdadera verdá deste viajále y viajále, Gabriel?

—Separarnos, hermano, al final te comprás un auto, me organizás lo que me queda si es que algo me queda, y te vas a Encarnación en cuanto abran el paso. Te hace falta para empezar de nuevo y con una buena mujer que te acompañe al menos como amiga, tenemos que encontrar a esa mujer también.

—Eso no va a ser fácil —dijo el rubio.

—Hombre de poca fe —dije yo.

—Siáy vida y é bendita hay eperanza na panza —dijo mi Alfredo.

—Pero si no hay amor de nada sirven esas dos virtudes, mis queridos Alfre & Alfre, y las palabras son campanas que resuenan en el aire, nada más que eso son.

Los dejé mudos, a los dos, al menos un rato. Eso era bueno. La una de la tarde nos encontraba con un cielo que ahora se había encapotado de un gris espeso y por lo tanto amable. No se decidía a llover aunque en los distintos horizontes pampeanos los chubascos se podían ver con claridad, pinceladas grises hechas a pistolete que bajaban de las nubes hacia la tierra bruna. Si alguien nos estuviera observando desde el horizonte, nosotros seríamos el horizonte para ese alguien: un horizonte donde algo estaría a punto de pasar aunque en apariencia no pasara nada.

—Me gustaría contarles una historia —dije por fin— que no va a llegar al final, pero les

advierto que cuando yo necesite llegar al final de esa historia que les quiero contar, tal vez ustedes ya no vayan a estar conmigo.

—Le parecé al Mostra Damu, Demencial —dijo Alfredo.

—Nada que ver —dije.

De golpe el rubio aminoró la marcha y subió un puente, tomó todo el giro como para agarrar un camino lateral pero se detuvo ahí nomás, en la banquina.

—¿Pasa algo? —pregunté.

—Demencial —dijo mi Alfredo—, no le entendé quete viajale y viajale cambió, ya no é viajale al zurdo nomá.

—Absurdo, Alfredo —dije.

—Querido Gabriel, paré para escuchar mejor su historia. Y compartir yo también un whiskicito, pero solo eso, porque lo otro me pone agitado por demás —dijo mi rubio chofer.

—Ni le sabé, Demen, la hitoria que tiene el Alfre pa contarte a nosotro do —dijo mi Alfredo.

—¿Y vos, Alfredo? —le pregunté a mi Alfredo.

—Veinte mil milione le tengo di toria —dijo.

—¿Una que sea para mí?

—Tamién le tengo.

—Pero empiece usted, Gabriel, que va a ser lindo escuchar historias con esta lluvia brava que se viene —dijo el rubio—, más lindo que manejar a través de ella.

—La persona más indescifrable que yo conocí en mi vida nació en El Viaducto, a cuadras de la cancha del Arse, y se llamaba Tatú. Bueno, le decíamos Tatú; porque más vale que habrá tenido otro nombre: un nombre verdadero es lo que quiero decir. Pero por más que nos hayamos criado juntos, y que hayamos compartido amigos, algunos años de escuela, partidos de fútbol, fiestas y cervezas esquineras, no logro recordar siquiera una sílaba cierta que me ayude a deducir ese nombre.

—¿Má indesinflable que lió, Demencial?

—Indesinflable no, Alfredo, in-des-ci-fra-ble.

—O sea, que no le podés sacar la ficha con facilidad, Alfredito —dijo el rubio, y me rescató de la desesperación.

—Exacto —dije—, supongo que más, Alfredo. Vos sos claro como el agua, solo que a veces, cuando hablás, cuesta un poco entenderte; pero lo que tenés en la cabeza es claro y es lo que siempre te sale por la boca.

Mi Alfredo suspiró y sirvió los tres vasos. Le pasó uno al otro Alfredo por la ventanita baja de la cabina, se acomodó en la butacaca y cuando estábamos a punto de brindar la lluvia pasó haciendo un ruido de bordeadora de césped sobre el techo de la limusina, y luego de ese veloz trac-trac, nos ocultó bajo una piadosa cortina de agua dulce.

Tatú pasó por la vida de muchos fingiendo ser tan solo un cuerpo tatuado, alguien nacido con destino de fantasma, de sombra o de silueta; pero brilló muchas veces. Solo que brilló a escondidas de la mirada de los otros. En mi vida en particular brilló al menos en dos precisos momentos: el día de su ingenuidad frente al hecho de mandar una carta por correo, y el otro frente a lo que me pasó con ella y que aún no sé cómo nombrar porque no tiene nombre.

Tatú tenía pocos lugares en el cuerpo sin tatuar y siempre proyectaba hacerse un tatuaje nuevo. Esa era la razón por la cual nunca tuvo suerte a la hora de conseguir trabajo. Sin embargo nunca pareció faltarle nada. No supe hasta el día ese en que conocí su casa, un rato antes de ir a conocerla en realidad, que era huérfano de padre y madre. Que había sido criado por su abuela: una modista del barrio muy conocida que, antes de que Tatú terminara la primaria, se había quedado ciega y al no poder trabajar más desapareció en el interior de su casa y nadie volvió a saber de ella.

Andábamos por los diecisiete años, sin ganas de estudiar pero ansiosos por conseguir trabajo, y mal que mal casi todos conseguíamos alguno. Una changa de un día, una changa de dos, y hasta a veces un trabajo fijo; siempre temporal, eso sí, pero mejor pago. Tratábamos de evitar la construcción ya que es un laburo muy duro y muy mal pago para los que no sabíamos nada más que cargar baldes. Cadete, pinche de almacén, mandadero, ese tipo de cosas era lo que buscábamos. Todos y cada uno de nosotros intentamos infructuosamente meter en una de esas vacantes a Tatú. Le avisábamos que llegara puntual y él llegaba puntual, limpio y siempre bien vestido y él iba limpio y bien vestido. Pero nunca consiguió un trabajo.

—Es como si estuviera marcado, loco —nos dijo una vez, en la esquina donde parábamos.

—Y sí, boludo —le dijo mi hermano Alejandro—. ¿No te das cuenta?

A Tatú no le gustaba que le dijeran boludo; es más, no le gustaban las malas palabras en general y en ninguna circunstancia. Lo ponían mal. Él hablaba siempre correctamente, con educación y en un tono suave. Pero su ingenuidad a veces era tal que lograba poner irascible a cualquiera. Por acumulación supongo. Y con eso de parecer estar marcado había logrado ir más allá del surrealismo. “Es como si estuviera marcado, loco”, y todo él era un tatuaje. Alejandro le pidió perdón y la cosa no pasó a mayores. Yo lo miraba y no lo podía creer. Siempre lo miraba y no lo podía creer.

Antes de cumplir los quince años ya casi no le quedaba piel por conquistar. Hasta el Rafta estaba podrido, y eso que Tatú era su mejor cliente. Tenía tatuajes en todo el cuello y una parte importante de la cara. Media cabeza (la media cabeza rapada) y media nariz. No recuerdo qué tipo de tatuajes eran porque mirarlo mareaba. Todos en el mismo tono de azul birome Bic que se usaba por aquel tiempo. Sin riesgo podría asegurar la espada y la serpiente, por supuesto los cinco puntos de maten a la yuta. La Virgen de Luján, Cristo versión Pão de Azúcar, un dragón bastante bien hecho, algunas frases de Charly y de Luca y dos palabras en letras mayúsculas

estilo calitecno de secundaria industrial: ABUELA MARCELA, así juntas. Cosa que siempre lo obligaba a aclarar que su abuela no se llamaba Marcela, sino que eran los nombres de las dos mujeres que él amaba, así decía él; aunque abuela no es ningún nombre de mujer.

—¿Por qué directamente no te metés en un barril de tinta, Tatú? —le dijo una vez Sarlanga—, te pintás entero y entonces te imaginás cada día un tatuaje distinto.

Por supuesto que el comentario era un descanso: una válvula de escape de los pelotas infladas de escuchar a Tatú hablar y hablar y hablar siempre de tatuarse. Tatú se rio un instante, pero después se quedó pensativo. Sarlanga y yo nos miramos y nos dimos cuenta de que al parecer realmente estaba considerando la idea, no sé, no es que yo lo pueda asegurar pero en ese momento me sentí obligado a aclararle el panorama.

—Mirá que es joda, Tatú —le dije—, si te tapás los poros te podés morir. La piel necesita respirar.

—La mía respira tinta, Locura —me contestó. Locura era mi apodo por aquellos tiempos, no tan distante del Demencial de los días de pandemia.

Sarlanga era de la barra de los más grandes y a Tatú lo quería como a un hijo. Había conocido a los padres en Montoneros, durante el entrenamiento militar. Y fue él quien me contó lo de Villa Elisa. Le dieron duro y no quedó casi nadie. A Sarlanga lo había salvado el Correntino, uno de los jefes jóvenes que era pintor y al que los milicos le tenía terror porque era sabido que tiraba con las dos manos.

Me siento un estúpido al pensar en que no se me ocurrió, durante aquella conversación, preguntarle a Sarlanga los nombres de todos ellos. Después apareció el sida y se llevó a la mayoría de la barra de los grandes, incluyendo a este hermoso amigo.

Pero antes de esa muerte Tatú iba a conocer la cárcel, y hasta la cárcel Sarlanga se ocupó de estar con él y con su abuela en cada uno de esos días. Les llevaba comida, les arreglaba cosas, no sé. Una casa que solo Sarlanga conocía pero que todo el mundo sabía que estaba desmantelada. Era normal que Tatú se paseara por todo Avellaneda vendiendo las cosas que le extirpaba a la casa. Primero fueron objetos y adornos, luego muebles chicos, luego medianos y grandes; y finalmente la casa en sí: griferías, sanitarios, cortinas, puertas, ventanas, frentes de placar, marcos, garrafas, estufas, todo. Lo vendía y luego convertía ese dinero en un nuevo tatuaje. El último tatuaje fue la palabra Marcela. Se lo hizo al otro día de haberse enamorado.

Se enamoró de la manera más increíble que alguien pueda imaginar: el día en que la vio cogiendo con un pibe al que había ido a venderle unos ladrillos refractarios del desarme de la parrilla de su casa. Me contó que, boca arriba, mientras el Hernán se sacudía, la Marcela lo saludó con la mano y le hizo el gesto de que aguantara ahí.

—Y cómo es ese gesto, Tatú —le pregunté.

—Vos sabés, locura —me dijo.

Después de eso empezaron a escaparse a tomar vino de la costa a La Saladita, y estaban

siempre juntos, en la tribuna de Arsenal. Tatú me iba a contar luego que la Marcela le contaba cómo era en la cama cada uno de los pibes que estaban en la hinchada, ya que ella había estado con todos y los conocía muy bien.

—Se las sabe todas, Locura —y le contó que estaban los indiferentes pero también los amables y abundaban los que, según él, se habían enamorado consciente o inconscientemente de la Marcela. Ninguno como él, ninguno antes de haber tenido sexo con ella y mirándola tenerlo con otro, en eso él era el único.

—Sos único y por eso te amo, Tatú —me dijo él que le había dicho ella.

Yo le aconsejé que no anduviera contando eso. Por las cargadas, y por el bien de la Marcela. Tatú por suerte me entendió y todo ese asunto quedó tan solo entre nosotros. Luego de esa vez pasaron más de tres meses en los que Tatú ni siquiera la nombró una vez. Hasta esa vez, la vez en que me pidió escribir la carta.

—Es hermosa, Locura —me dijo de la nada, en la esquina de siempre.

—¿Quién?

—La Marcela, ¿quién va a ser? Me tenés que ayudar a escribirle una carta de amor.

—¿Yo?

—Vos hacés canciones rebuenas, Locura, tenés que ser vos —me dijo.

Le dije que sí, ¿qué otra cosa podía decirle? Y me invitó a su casa. Yo hacía canciones sin instrumento, hacía letras y les ponía melodías y se las cantaba a mis amigos, en esa época el único que tenía guitarra era el Chino, y venía al barrio solo los fines de semana. El flaco Sarlanga me advirtió que era muy probable que no me convidara ni un solo mate e incluso que se olvidara de lo que habíamos ido a hacer y que hasta podía ignorar mi presencia. Que no me pusiera mal.

—Es un divino y es mi amigo —le dije.

—Pero mirá que “raro” es poco, te lo aviso —me contestó él.

Y raro fue poco: Tatú logró desconcertarme tanto ese día que en menos de cinco minutos yo ya no entendía nada: llegué, golpeé, salió, entramos y Tatú se puso a buscar algo. Encontró en el fondo de una caja de cartón tamaño TV de tubo un vaso de vidrio marrón onda Durax, le metió yerba que sacó de un papel de diario doblado y cebó un mate con agua salida directamente de la canilla. Agua sin calentar, agua sin enfriar. Ni mate ni tereré: nada, y levantó el vaso mugriento como invitándome a un brindis.

Hasta ahí me pareció simpático y se correspondía con esa manera extraterrestre que él tenía de hacer las cosas. Además el mate es algo que a mí poco me interesa, de hecho me parece repugnante. Amén de eso, lo que no voy a olvidar jamás mientras viva es lo que viviríamos instantes después. Tomó un lápiz de la misma caja y un pedazo de papel:

—Dictame —me dijo—, pero mirá que yo también sé cómo se empieza una carta.

Trazó una línea en la parte superior de la hoja y, usándola como renglón, escribió exactamente esto: “abia huna vez huno que amaba a una mujer”.

—¿Está bien o no está bien, Locura? —me preguntó, sonrió, y se puso a hacer un dibujito aparentemente a la espera de mi dictado.

Me quedé mirando la frase. Si bien todos mis amigos apenas leían y tenían faltas de ortografía delirantes, me pareció increíble que Tatú hubiese puesto la H que la frase tenía que tener pero en las palabras “una” y “uno”.

—Sos el rey de los hunos, Tatú, y la Marcela la reina: los hijos de Atila —le dije, pero él ya estaba en otra, ya se había desconectado de mí y del mundo y estaba a toda máquina bocetando lo que sería, supuse, el próximo tatuaje que pensaba hacerse.

Tatú casi no volvió a prestarme atención aquella tarde. Sin embargo, en media hora le escribí la carta de amor a la Marcela, no como si yo fuera Tatú, sino diciendo que yo era Gabriel y que Tatú me dictaba. Le puse que tenía lindos ojos, que su voz era dulce como el canto del cabecita negra (el pájaro que más le gustaba a Tatú), y que darle un beso era lo más parecido en el mundo a un gol del Arse. Metí la carta en el sobre que yo mismo había llevado, se la di y Tatú, sin siquiera leerla, la guardó.

—Si se la mandás por correo va a ser más romántico —le dije, y fue entonces que apareció la abuela.

Él, inmerso en el diseño de un animal fantástico que me pareció de su invención, una especie de perro dragón volador, no se dio cuenta de eso. Y por más que dije “Tatú, tu abuela”, ni siquiera me respondió. La mujer, ciega y blanca como un fantasma, caminaba con las dos manos hacia adelante como si estuviera sonámbula, pero moviendo los deditos frenéticamente de la misma manera en que lo hacía Oliver Hardy en *El Gordo y el Flaco*. Parecía una especie de mago sonámbulo en bata de abuela echándole los fluidos magnéticos a cosas que no estaban. Tratando de hacerlas aparecer. Pero no fue hasta que vi ese gesto de la abuela que tomé conciencia de la dimensión de los faltantes. Sencillamente faltaba todo. Yo había entrado por una puerta de calle existente, claro; pero después, sin poner atención, había atravesado tan solo aberturas en la pared: agujeros rectangulares sin puertas y sin marcos. Me puse a observar el ambiente en el que estábamos: todas las aberturas eran lo mismo: agujeros sin ventanas ni marcos de ventana, las cortinas eran arpilleras aseguradas directamente a la pared con clavos. La abuela de Tatú caminaba de esa manera e iba repitiendo como una letanía tristísima:

—¿Acá no había una puerta, mijito?

—No, abuela —decía Tatú.

—¿Acá no estaba la mesada? ¿Y la mesa extensible, mijito?

—Ahí nunca hubo nada, abuela —decía Tatú sin levantar la voz ni la vista del diseño.

Respiré y vi alejarse a ese fantasma que trataba angustiosamente de tocar algo de lo que ella pensaba había existido y que más vale que había existido, tal vez no solo por el objeto en sí, sino porque necesitaba comprobar que ella también había existido. Me levanté del banquito en que estaba sentado y la seguí unos pasos con los pies y otros pasos con la mirada. Entonces logré ver

la casa en su totalidad: sin puertas, sin muebles, sin heladera ni cocina, sin pileta donde lavar o lavarse. Los pisos revelaban haber tenido cerámicos que fueron arrancados, lo mismo que las paredes delataban la ausencia de muebles con rectángulos de pintura más limpios que el resto, sombras como de Hiroshima, siluetas tristes donde hubo vida alguna vez. Solo un calentador eléctrico y una canilla con un balde debajo. Sentí la descarga del baño y la abuela que decía:

—Acá había una pileta para las manos, mijito, estoy segura. ¿Dónde está, dónde está?

Tatú no le contestó; se levantó y fue en busca de su abuela y la llevó a uno de los cuartos contiguos donde escuché como le pedía, amablemente, que durmiese un rato, que ya se iba a acordar de que ahí nunca hubo nada.

Sin embargo, lejos de ser maldad, era locura absoluta. Esa locura que viene de la desesperación y que las personas llaman, estúpidamente, negación. Porque Tatú era cariñoso con su abuela, la cuidaba. Esa tarde calentó una comida que tenía guardada en una olla tapada, la sirvió en un plato limpio y con una cuchara limpia y una servilleta inmaculada de algodón escocés le dio de comer a su abuela. Pude verlo ya que, como dije, no existían las puertas, digamos que lo vi de medio perfil, pero eso me alcanzó para sentir el amor con el cual la alimentaba. Le decía cosas a media voz, le limpiaba la boca luego de cada cucharada. Finalmente la dejó dormida y volvió al baño y descargó nuevamente la cisterna.

—Las cosas se fueron antes que ella, Locura —me dijo Tatú—, luego de ella me voy a ir yo.

—No pasa nada Tatú, acordate de mandar la carta, me tengo que ir —le dije.

La imagen de esa anciana perdida en la oscuridad me llenó de una angustia que jamás había sentido y ya en la calle me largué a llorar. Llegué a mi casa y se lo conté a mi hermano Alejandro.

—Yo lo vi varias veces —me dijo.

—¿Habías entrado antes? No lo sabía.

—Varias veces con Sarlanga. No es maldad, Gavilán —me dijo mi hermano—, es una locura galopante, una manera de lo más rara de aguantar lo que le tocó en suerte.

—En mala suerte, dirás —dije.

—En suerte, hermano —dijo Alejandro—, en nuestro caso es lo mismo.

Pasó una semana hasta que volví a ver a Tatú. Como si nada se apareció en la esquina y me dijo que había leído la carta y le había gustado mucho, así que cerró el sobre y lo tiró en el buzón. Yo estaba con Alejandro y el Rata.

—Recién lo tiré, en el buzón de Acha y Belgrano —dijo.

—¿Pusiste bien la dirección? —le preguntó Alejandro.

—¿Y la estampilla, no? —pregunté yo.

—Le puse “Para la Marcela” y listo —dijo Tatú y sonrió. Alejandro se la agarró conmigo.

—¿No le explicaste cómo era la cosa, boludo?

—¿Qué le iba a explicar? Eso lo sabe hasta el caballo de la Vascongada.

—Porque es un caballo, pero este es un burro, ¿entendés?

—Un burro del planeta Tatú —dijo el Rata, y era verdad.

El operativo que tuvimos que hacer es la última cosa simpática que recuerdo de mi amigo, después iba a venir la tragedia, la cárcel, la muerte en vida en la cual hoy está sumergido y de la que nunca va a salir, bueno, una vez más iba a salir, para iluminar de verdad mi noche más oscura.

Pero esa noche, la de la carta, a las doce en punto le robamos la Rastrojero a mi viejo y con una cadena de remolcar arrancamos el buzón de Acha y Belgrano de cuajo. Un vecino salió a los gritos y del cagazo seguimos por la avenida Belgrano, que en ese entonces era angosta y empedrada, haciendo rebotar la mole de fundición y sacando chispas como los autitos chocadores del parque. Alejandro al volante y yo al lado, Tatú y el Rata en la caja gritando, vaya a saber uno por qué, ¡Perón-Perón qué grande sos!

Logramos meter el buzón en una vieja fábrica de vidrios abandonada, a pocas cuadras de donde lo habíamos arrancado. Ahí, con la ayuda de una linterna, vaciamos el buzón y buscamos la carta. Metimos nuevamente las otras dentro y con un esfuerzo descomunal instalamos el buzón en su nueva esquina de Belgrano e Independencia, al lado del otro. El cartero no iba a dudar en abrirlo. Pasamos por la casa de la Marcela, comprobamos la dirección, la escribimos en el frente del sobre y pegamos tres estampillas que yo había sacado de mi álbum de filatelia y que debían ser más que suficientes. En el remitente pusimos solo Tatú.

La odisea dio resultado y se formó una de las parejas más duraderas de las que yo recuerde. Eran perfectos, Tatú solo tenía ojos para ella y ella le echaba el ojo a todo el mundo pero a él no le importaba en absoluto.

—Es que la Marcela tiene la idea fija —me dijo una tarde.

Jamás le escuché decir un juicio al respecto. Tatú era de lo más desprejuiciado e inocente y amoroso. Bueno, lo sigue siendo. Y lo que tal vez les cuente más adelante es lo que mejor podría hablar de eso.

El asunto es que Tatú finalmente consigue un trabajo de parrillero en una parrilla en Varela. Pensaba cobrar el primer mes y decirle a la Marcela de ir a vivir juntos a su casa ahora blanqueada de cal. Pero una tarde, camino a la avenida Mitre a tomarse El Halcón, alguien que yo no conocía, que dicen que no era del barrio pero con el que Tatú, evidentemente, tenía algún tipo de relación, lo levantó en la camioneta diciéndole que lo alcanzaba hasta el Cruce. Tatú subió sin pensarlo, porque ¿quién pensaría algo así, no?: era tan solo un envión. El tipo era un gil de la hinchada del Rojo, de esos que están en el fútbol o en la política tan solo por el dinero. Llegando a Mitre y Calchaquí el tipo frena, le dice a Tatú que espere, saca un 38 corto de la guantera y se mete al fondo de un terreno baldío. Tatú escucha aullidos de animales y gritos de personas, luego escucha varios disparos. Baja y entra al baldío. En el fondo hay unos veinte perros y gatos atados a argollas de hierro empotradas en la pared medianera de atrás. Seis están

muertos. Lo que sigue lo imagino porque lo imagino a Tatú capaz de hacer justicia sin pestañear; hijo de quienes era hijo, la cobardía estaba lejos de ser un gen de su sangre. El tipo le dice si quiere probar y le ofrece el arma. Con el tipo hay otros dos, aparentemente desconocidos para Tatú.

—Quedan tres balas —le dice el tipo—, tirale a lo que quieras.

Tatú asiente, y usa los tres tiros. Mata a los tres matadores que estaban parados ahí. Un tiro limpio en la frente de cada uno, un tiro indoloro y eficaz desde quince centímetros de distancia y con la velocidad de un rayo. Sale y camina más de sesenta cuadras salpicado de sangre y de fragmentos de materia gris hasta Luján y Mitre. Se mete en la 4ª de Avellaneda y se sienta a esperar su turno al costado de las personas que están ahí por alguna denuncia o por algún trámite burocrático. En un principio los canas ni se percatan de que tiene un revólver en la mano hasta que uno lo ve.

—¿Que pasó, Tatú? —le pregunta, porque lo conoce, todos los conocían.

—Maté a tres personas —dice Tatú y entrega el arma.

Marcela ahora vive sola en la casa de Tatú. Lo visita cada vez menos, y dice que él no tiene pensado salir de la cárcel. En todo este tiempo que lleva preso solo una vez más iba a gestionar un permiso especial y fue para ir a un funeral. Un permiso que nos costó mucho conseguir, y que le costara una condena adicional porque hubo que disfrazarlo de fuga. Ya saben, hay cosas que el dinero compra y otras que no. En ese funeral es cuando yo lo veo por última vez, pero de eso no puedo hablar por ahora. De eso tal vez hable después: al final de todo este viaje. O tal vez no hable nunca. Porque no tengo manera de nombrarlo, porque lo que iba a velarse en ese funeral, al menos para mí, es lo que no tiene nombre.

Faltaba poco más de medio viaje para que yo pudiera hablar de eso, de la última noche en que vi a Tatú, en la entrada del cementerio. Alfre & Alfre no preguntaron nada y nos quedamos ahí, bajo la lluvia que en ese momento ensordecía al mundo y le había bajado el telón frente al alma de mi exclusivo auditorio a la historia que yo acababa de contar. Pensé que mi Alfredo iba a insistir en que le cuente el final y que yo iba a tener que confesarle que podría más adelante darle un cierre, pero no sería exactamente un final ya que mi amigo seguía en la cárcel y tal vez hasta moriría en la cárcel. Y los que mueren en la cárcel no encuentran un final, los que mueren en la cárcel fueron sepultados vivos y por lo tanto seguirán vivos en cualquier sepultura a la que se los traslade, sin consuelo, sin descanso.

Retomamos por la colectora a menos de cien kilómetros hasta Pergamino, y ya no tuve que pedirle a mi chofer que fuera despacio. Por cuenta propia él no superaba los 60 km/h, dejando pasar hasta a las bicicletas aunque en realidad jamás nos pasó ninguna bicicleta. Mi Alfredo dormía con la boca abierta y el escape libre. Bajé un poco mi ventanilla: mi amigo era un proceso

digestivo continuo.

—Deberías equipar esta limusina con laxantes también, alias Otro Alfredo alias El Rubio alias Ex Calvo Sexual —le dije a mi chofer.

—Debería —contestó él por el parlantito intercomunicador.

—¿No te intriga saber lo último que pasó con Tatú?

—Claro que sí, Gabriel; pero como ya dije…

—Menos pregunta Dios y perdona, ¿no? —dije.

—Exacto.

En el bolsillo de la camisa de jean de mi Alfredo comenzó a vibrar mi teléfono celular. Lo tomé sin despertarlo pero dejé que la llamada se agotara sin atender.

La lluvia había amainado y el chofer volanteó en una entrada a la ruta haciendo rugir en el rebaje el motor de tres litros de aquella frágil muñeca del olvido y del placer que era la limu. Estábamos otra vez en vena.

—Tenemos que llegar a comer las pizzas del Mono, hay que llegar mañana justo cuando esté derretido el queso y antes de que se enfríe.

—Una carrera de regularidad —dijo el otro Alfredo.

—Exactamente. Con noche en hotel incluida —dije.

Mi Alfredo se desperezó un poco, abrió los ojos, estiró los brazos y las piernas y se descalzó sin usar las manos para apoyar los pies, decididamente olorosos, en la butacaca de enfrente. Hizo todo esto sin dejar de vaciar su garrafa estomacal. El resultado fue el de un vagón de subterráneo parisino repleto de parisinos, todos con la panza llena de queso, a eso las cinco de la tarde, luego de una ardua jornada laboral: repugnante.

—¿Vo liá le avisate, Demen? —dijo mi Alfredo.

—¿A quién? —dije y usé el comando universal de mi butacaca para bajar las dos ventanillas.

—Mono y Monito Álvare son lo do grandote que trajite la parrília, ¿no? A vé si en el mente de mi mentalidá le confundo.

—Sí, el más grandote es Monito.

—Si Monito é le mans grandote, ¿poqué le pusite Monito?

—Alfredo, o bien Le Mans es un atado de cigarrillos o bien la carrera que dura veinticuatro horas en la república de la Torre Eiffel a la cual me venís haciendo acordar con tus gases. Querrás decir “el más” grandote —dije.

—Sabés bien lo que quiero decile cuando le digo la cosa, Demencial —dijo mi Alfredo y tenía razón.

—Le puse Monito al Monito porque es el hermano menor, y le puse Mono al Mono porque es el hermano mayor. Y aunque el Mono no haya pegado el estirón que pegó el Monito, vaya a saber uno cuándo y dónde, sigue siendo el mayor. Además de ser un ser humano difícilmente comparable. Ojo que al Monito lo quiero igual, eh, por más Monito que sea.

El teléfono volvió a vibrar y esta vez atendí.

—Hola, hola, acá Gabriel A. Reyes, ¿con quién tengo el gusto?

—Soy Anabella, ¿tendría cinco minutos para mí?

—No.

El teléfono volvió a sonar.

—Hola —dije.

—Hola, señor, se cortó, soy Anabella, ¿tendría cinco minutos para mí?

—Claro, Ana Bela. Pero no se cortó, corté yo porque pensé que era Betty la Fea. Y a las feas ni cabida, ¿viste?

—No diga eso, señor —dijo Anabella y soltó una risita irritante que en el acto me propuse borrar de su cara telefónica.

—¿Se acaba de reír de mí, señorita? —dije lo más claro y lento que pude y corté.

En menos de un minuto el teléfono volvió a vibrar. Mi Alfredo leía una revista de esas de sala de espera y el rubio chofer manejaba despacio, porque una cortina de lluvia volvió a alcanzarnos, serena y silenciosa. Como si estuviésemos viajando por un interminable lavadero automático que nos rociaba con una fina y blanca espuma, donde los autos que nos pasaban a derecha e izquierda fueran los rodillos multicolores de esa bellísima máquina de eterna pulcritud.

—Hola —dije.

—¿Gabriel Reyes?

—Sí, se cae de maduro —dije.

—No entiendo.

—Se cae de maduro, en este país, quiere decir que se sobreentiende; no es una frase referida a la política internacional yanqui. ¿Sos venezolana, no?

—Sí, si usted supiera lo que pasa en mi país.

—Apenas sé lo que pasa en el mío, querida, lo que sé de tu país es que no se cansa de exportar gorilas. Tienen más gorilas que el Congo, ¿no?

—No, señor, en Venezuela solo hay micos pequeños —dijo ella.

—¿De qué parte de Venezuela sos?

—De Maracaibo.

—Como el cantante ese de Lanús que se drogó en lo de Susana Giménez, mirá vos.

—¿Cuál, señor? No entiendo.

—El que parece un hobbit, el tipo dice ser de Maracaibo aunque nació en Lanús.

—¿Montaner?

—Creo que sí, yo al único extranjero que escucho es a ese asesino de Freud.

—¿A cuál, señor?

—A Mahler.

—¿Y ese quién es?

—Alguien insignificante.

—Pobre.

—Y la droga es jodida, viste. Y cuidado que lo mismo le puede pasar al hobbit este de Lanús del Este.

—Montaner no es un hobbit, señor.

—Pero se droga.

—Montaner no se droga, señor.

—Mi amigo Alfredo tampoco —dije, y lo vi terminar de liquidarse la raya del lateral derecho del Maracaná.

La comunicación se fue por un instante pero sin cortarse del todo. En segundos volvió a su plenitud.

—¿Tiene cinco minuticos para mí?

—Claro, pero si también usted los tiene para mí.

—Claro que los tengo, señor Gabriel.

—¿Primero yo o primera usted? —pregunté amablemente.

—Usted —dijo la muchacha inmigrante.

—El asunto es el siguiente: cuando íbamos al mar y nos bañábamos, y hablo de cuando mi hermano Alejandro y yo éramos niños, mi madre no nos dejaba subir con el short mojado al camión de papá. O bien ponía una toalla o bien nos dejaba expuestos al cancerígeno sol hasta que estuviésemos completamente secos.

—¿Y por qué no le cambiaba el pantalón cortico y listo?

—Porque evidentemente ella también era cortica y listo. Pero el asunto es que ahora, mi amigo el gasista y yo estamos volviendo de Mar del Plata completamente secos pero nada que ver con el asiento del auto, ¿entiende? “El asiento del auto” decía mi madre, aunque nunca tuvimos auto sino camión pero, para el caso, supongo que es lo mismo: un asiento es un asiento y es más importante que el culo que se sienta, eso lo sabe cualquier madre. “Ponete un rato al sol así te quedás seco, Gabito”, decía mi madre y recién ahora me vengo a enterar de que la mejor manera de secarse no es exponerse al cancerígeno sol sino pasar un rato por el casino de Mar del Plata.

—Bueno, empiezo de nuevo, señor Gabriel, soy Anabella del BBVA y póngase contento porque usted ha ganado una cámara digital sumergible, o sea a prueba de agua, por ejemplo ahora se encuentra viajando hacia Pergamino, ¿no es así?

—En realidad estoy yendo a Rosario por Ruta 8, ¿y usted cómo lo sabe?

Busqué la ubicación en el GPS del celular y la apagué. Alfredo estaba otra vez de adormidera aunque seguíamos con las ventanillas bajas; es el único ser humano que conozco que puede dormir con tres gramos de coca encima y las ventanillas bajas mientras afuera llueve y la limusina viaja a sesenta kilómetros por hora.

¿Cómo saben todo el tiempo estas telefonistas de dónde venís adónde vas que te gustaría

comer si estás seco o no de vientre? La nube, tenía que estar mirando desde la nube. Saqué la cabeza y busqué en el cielo aún tormentoso a la muchacha de mis recientes tormentos, pero había demasiadas nubes con demasiadas muchachas atormentadoras y la mía, la más hija de puta de todas, podía estar espiándome desde cualquiera de ellas.

—Como le dije, para hacerse de la cámara tiene que dejar su cuenta en cero. Su cuenta presenta 50 mil pesos por fuera del acuerdo de 20 mil pesos que usted tiene. Por lo tanto el descubierto total asciende a 70 mil pesos.

—Desciende, en todo caso, ya que es un descubierto.

—Como quiera, señor Gabriel, como desee llamarlo; pero solo nos importa que cubra hasta quedar adentro del acuerdo. ¿Lo podrá hacer a la brevedad?

—O sea, ¿necesitás cincuenta lucas para darme de premio una cámara que como mucho vale cinco y las tengo que poner ahora?

—Con que *ponga* eso para nosotros es suficiente —dijo Anabella.

—Muy bien, ahora veamos esto: supongo que si no me acuerdo que tenía un acuerdo no puedo estar por fuera de ese acuerdo que no recuerdo y con el cual no concuerdo. Es como esa canción pelotuda de Los Orozco, ¿viste?

—¿Me lo podría simplificar, señor Gabriel? —dijo la muchacha inmigrante y me dio pena. No parecía ser una mala piba, solo un poco carnera hija de re mil putas, pero nada, nada más que tristeza y quietud. Proseguí argumentando:

—Si no firmé ningún acuerdo solo hay un desacuerdo del cual no pienso hacerme cargo, ¿ahora entendés, Mariela?

—Anabella, señor Gabriel, el acuerdo es automático, el descubierto en su cuenta corriente es automático, y usted hizo cheques.

—Cheques que pensaba que irían a rebotar y que ustedes pagaron por irresponsables. ¿Usted sabe lo que es un cheque sin fondo?

—Sí, lo sé, señor.

—Es como el papel que Hitler le firmó al pajero de Chamberlain. Chamberlain lo agitaba contento al bajar del avión y en la Babaria Hitler se limpiaba bien el culo con el otro original. Yo quería imitar a Hitler, solo en este sentido, y ustedes me cagaron.

—Lo que usted intentó hacer es ilegal.

—¡Bien!, se ve que se te destapó la oclusión.

—No me ofenda, no hace falta.

—Tu llamada tampoco hace falta y es a priori más ofensiva que tu aneurisma pero me estoy conteniendo.

—Es mi trabajo —dijo.

—¿Me responderías una sola pregunta? —le pregunté.

—Depende —dijo Anabella.

—¿Estás buena?, ¿tenés buen culo?

—Usted es un machista insolente.

—Estás mejorando, pero estarás acostumbrada, supongo.

—A qué, señor.

—Acostumbrada a que los babosos te tiren los perros, ¿querés que te pase a buscar? ¿Estás cerca? ¿Sos tetona?

—Estoy en la capital y no se pase de la raya.

—¿Ves? Ya me dijiste dónde estás y además confirmaste que sos linda. Sos la segunda linda en esta semana que me dice que no me pase de la raya, y no me estoy pasando ni un miligramo, te lo juro.

—¿Cómo sabe que soy o no soy linda solo hablando por teléfono?

—Es que yo mucho no discrimino; si hacés pis sentada ya está. Es el optimismo que heredé de papá, bueno, de mi padre, ya que está muerto y es morboso decirle *papá* a un muerto.

—Resumiendo, señor Gabriel, porque ya es un impertinente y un estúpido, o cubre la cuenta o tendremos que informarle al Central —dijo y cortó.

Mientras pensaba que podían informarle a mi querido Rosario Central que yo era un estafador, una máquina en el teléfono me preguntó si quería hacer una encuesta de satisfacción y le dije que sí apretando el uno. La máquina me pasó con otra máquina que era la misma máquina con la misma voz pero que decía otras cosas aunque siempre refiriéndose a números: es increíble cómo insisten en hacer la vida insoportable. La calificación era para evaluar la atención recibida y tenía que ser de 1 a 5. A mi querida Anabella le di 5 en todos. Lamenté que la máquina no preguntase *¿cómo imaginó su culo*?, porque también le hubiese puesto la máxima calificación. Anabella había jugado un buen segundo tiempo como volante defensiva, y yo no quería ser expulsado de ese club de mis amores, sobre todo antes de verlo al menos una vez salir del túnel.

Quiero verte salir del túnel al menos una vez Central de mi alma, pensé. Ya que muchas veces te vi entrando en él, bueno, en otro túnel, un túnel de oscuridad, mientras una multitud de gente hermosa se sentía desaparecer. Cuánta tristeza cargan en los hombros aquellos que sembraron un sueño y que, al no llegar a cosecharlo, se preguntan hasta dónde habría remontado ese barrilete de haber confiado más, de haberle soltado más el piolín. Porque el sueño fue modesto y ser modesto es pecado. Y no hay pecado peor que soñar con la gloria mientras vivís el alivio de haberte refugiado

en

un

empate.

Mi enfermedad es una especie de corto circuito en el cerebro que, al aparecer, me hace pensar cosas que nada tienen que ver con la circunstancia precisa del momento que estoy viviendo. Lo hace de manera intermitente, sin aviso, sin manifestar ningún síntoma previo. Me pasé toda la vida atento a reprimir esas palabras que vienen y vienen y vienen de esa electricidad, sobre todo cuando está en la fase descendente de la sinusoide, cuando está por desaparecer. Y no hablo de inconsciente, es otra cosa. Son demonios que no puedo mantener en su lámpara y que amén de angustiarme le arrojan mi angustia al mundo, que poco le importa y nada percibe ese esputo, pero que por oficio lo convierte en mi propio pantano de problemas sentimentales y jurídicos, sobre todo jurídicos. El inconsciente, al lado de estos demonios de los cuales hablo, es solo verborragia incontenida, verborragia de labios para afuera y hay que desconfiar de eso porque la única verborragia que importa es la de labios para adentro, o la del culo.

Si le hiciéramos más caso al culo y lo mantuviéramos satisfecho y pleno introduciéndole premios levemente acolchados o texturados (según el deseo y según el culo) él hubiese sabido qué hacer para ignorar los consejos del único órgano humano que junta mierda que jamás expulsa: el cerebro. De haber escuchado más al culo que a mi cerebro, jamás hubiera tenido que soportar una película de Woody Allen o, lo que sería peor aún, un concierto de King Crimson. El culo es el primer lugar donde la verdad asoma, cuando asoma, por bolo duro que sea.

Pero el prestigio es del cerebro. Por ejemplo un gran matemático, o un gran ajedrecista, hablará siempre desde el cerebro, pero jamás desde el culo. Y es el culo el que aguanta sentado horas tras horas tratando de respirar y de darle acolchada comodidad al cuerpo aburrido de estos seres perversos. Y lo hace a riesgo de convertirse en una blanca y repugnante medusa celulítica.

Pero lo bueno es que algunas personas con mi enfermedad (conozco al menos dos más), en algún momento de nuestras vidas, al menos le hacemos caso al culo de los otros: al de esos que suelen tenerlo insatisfecho y que suelen confundirlo con su cerebro y que por lo tanto se manifiesta muy a pesar de ellos mismos. Estos seres creen tener un cerebro certero, y no saben que, en realidad, han nacido con dos culos, un culo resentido, y el otro deseoso de amar pero completamente insatisfecho. Dos ejemplos claros serían los/las “consejeros” (personas mayoritariamente varones) y el otro las/los acompañantes terapéuticos (personas mayoritariamente mujeres). Estos pelotudes, generalmente empleades del Estado o de fundaciones subvencionadas por el Estado, son ignorantes de su esencia culiántrica, y mientras creen hablar en serio, lo que en verdad hacen es lanzar estruendosos flatos como si fueran

brillantes consejos por las bocas de sus cerebros resentidos. Solo cuando se sientan al inodoro son capaces de mandar por la cloaca verdades absolutas. Los lugares que habitan estos seres suelen tener nombres de índole *Renacer, Vida y Salud, Alegría de estar en el Camino, Familia Grande, Volver a la Vida*, etc., etc., etc. Si alguno se llama *Volver a los 17,* cuidado, porque puede ser una fachada para proteger pedófilos. La verdad es que si yo tuviera una fundación para exprimir drogadictos le pondría *La familia es peor que la falopa*, en cuya dinámica refutaría a todos los sicólogos y aconsejaría las drogas a cualquier relación sexual y mucho más a cualquier almuerzo en familia. Pero de tener un amigo en problemas lo metería en alguna institución con cualquier título inspirado en letras de Alejandro Lerner. Aguantar eso sería verdaderamente renacer.

Los consejos que el cerebrito amigable de estos tipos depositan en los padecientes de mi enfermedad suelen ser del tipo: “Levántate temprano”, “Come sano”, “No te drogues”, “Reza por las noches”, “Pide cosas buenas”, “Ten cuidado con las cosas que le pides a tu Dios”, “No seas avaro”, “No seas perezoso”, “Vístete bien”, “Muéstrate pulcro y educado aunque no lo seas”. Cosas así, en español de España. Una lengua que bien podría llamarse *mierdol*. Pero hay un consejo que ellos nunca dan, porque lo tienen atravesado en el culo y como precisamente es un consejo del culo, no lo toman en cuenta y lo constipan confinándolo a la oscura sala de espera de sus rectos. El consejo más efectivo que podrían darnos y que saldría de sus culos sería: “No te drogues, querido. Mira mi cara y mi fracaso y verás entonces lo que la droga le hace a una persona”. Y chau pinela.

Lo bueno es que Dios al menos marcó a la mitad masculina de estos seres. Los castigó con un gusto paupérrimo que les hace tener mirada de mentón alto y estudiar generalmente sicología no lacaniana para dar clases a legos distraídos. En el ciento por ciento de los casos estos hombres caminan por la vida repartiendo con generoso orgullo el paquete putrefacto de su enorme ignorancia.

Dicho esto es importante volver al viaje.

Alfredo, mi Alfredo, se despertó seguramente por el ruido de la grava del camino de entrada a una nueva YPF. Había refrescado y yo le había levantado el vidrio de su ventanilla. El día estaba en su apogeo de nubes grises intentando dar paso a un sol demasiado débil para romperlas hasta ese momento.

—Dormime la mona, Demencial.

—Un poco, te vino bien.

—¿Tamo parándole?

—A cargar nafta, lástima que el mamotreto este no anda a gas, si no con los tuyos seguíamos derecho.

—Soñé taba nel-infierno, Demencial —dijo—. Ne-écito acé númer chú. ¿E-ninglé Mokoí se dice chú, no?

—Se dice shit —dije.

—¿Te cordá lo número?

—Peteí, mokoí, mbohapy, irundy —dije en mal guaraní—. Hasta ahí, hermano.

—Lo bien le pronúnciate, Demencial, orgúlio que siento.

La limu se detuvo y bajamos. Mi chofer y yo rodeamos los surtidores hasta el bar: un desierto con una soguita en la entrada para que nadie de los nadie de afuera, o sea, el resto del mundo, pudiera pasar. Al menos tenía personal: una chica y un chico. Ella, de pelo largo y rubio y lacio, parecía una muñequita Barbie pero de fabricación nacional: linda pero muy flaca y mal armada. Pasaba el lampazo de espaldas a mí.

—Señorita, señorita —la llamé—, se dio vuelta y me di cuenta de que era un hombre.

—Disculpe —dije—, pensé que eras una mujer.

—Soy una mujer —me dijo con voz gruesa, levantó el balde y se metió en el interior de lo que supuse la cocina.

Del mismo lugar salió otra chica, muy linda, también rubia; y detrás de ella un chico de más o menos la misma edad, grandote, también rubio. Veintipico los dos.

—Hola —dije—, ¿se puede tomar algo adentro?

—No —dijo ella—, y tampoco los puedo atender si están así.

Me di cuenta de que mi rubio chofer y yo no teníamos los barbijos puestos.

—Vaya a buscar tres barbijos, Alfredo, por favor —le pedí.

—Ya lo solucionamos, disculpame —le dije a la chica—. Mientras tanto, ¿te puedo pedir tres cafés dobles y 24 medialunas? Me estoy cagando de frío acá afuera.

—De hecho los acaba de pedir. ¿Pero no son dos personas?

—Los cagados de frío sí, el otro también debe estar cagado, pero no de risa.

—No sea maleducado —dijo el muchacho grandote y rubio que se había puesto a limpiar el mostrador, aunque ya estaba limpio, pasándole un trapo de dudosa pulcritud. El resultado fue poco afortunado para el mostrador.

—Le ruego que no discutamos, por favor —dije—; vengo de una larga discusión telefónica, estoy agotado. ¿Es su mujer la chica?

—Es mi hermana.

—Pero además de su hermana, ¿es su mujer? —dije porque a veces no puedo parar ni un segundo.

—¿Usted quiere que salga y le rompa la cara?

—Puede ser, pero por favor esperemos al barbijo, y mientras tanto me preparás el pedido. Repito, por favor.

—Yo se lo preparo —dijo la chica y me mostró la sonrisa que la boca del muchacho me había

negado.

—¿Cuál es tu nombre, linda? —pregunté.

—Sara —dijo ella.

—Ah, bueno, ¿te das cuenta, querido? —le dije al muchacho—. Si te llegás a llamar Abrán estoy en lo cierto.

—¿En lo cierto de qué?, ¿me quiere explicar?

—El patriarca Abraham, Abrán para los amigos, se casó con Sara, está en la Biblia, y Sara era su hermana.

—Esa barbaridad no puede estar en la Biblia.

—Seguro sos evangélico, ¿no?

—Claro que lo soy. ¿Cómo sabe eso?

—Porque es la única religión que no acepta el incesto o la pedofilia. Ojo, no te enojes, acordate de poner la otra mejilla.

—La primera mejilla ya la puse, y creo que la segunda también, yo que usted no sigo arriesgando.

—Ok, lo dejamos para el viaje de mi próxima muerte. No te preocupes —dije.

—Todos los raros paran acá —le dijo el pibe a Sara, pero ella se estaba riendo.

Llegó mi Alfredo y le pedí que se encargara de armar un desayuno al aire libre.

—¿Tas loco nel marote?, hace mil grado abajo nel cero —me dijo.

—No seas exagerado. Averiguá un buen hotel en Pergamino, vamos a quedarnos la noche ahí, seguro.

—Déso quería te hablá, Demen. La minita le vemo mañana medio día hay que hacé noche liá en los pergaminos.

—Por eso digo. Si yo soy el que está inventando este viaje, ¿me dejás que te explique mi invento?

—Parale con la metáfora que toy medio duro nel vientre.

—Primero no dije ninguna mestáfora y segundo las metáforas no son queso parmesano, no secan de vientre.

—A mí cuando le hablá la mestáfora me seca, Demencial.

Me fui sin responderle, lo último que quería era que me escucharan disentir sobre el vientre de mi amigo y mucho menos sobre la dureza de su producto.

El cielo, que intentaba despejarse un poco, auguraba más y más jornadas de pandemia y soledad. Habiendo fracasado en la charla con Sara y su hermano Abrán, me alejé del bar de la YPF hasta una de las mesas en el parque trasero con la intención de tomar mi café y, con suerte, ver parcialmente la puesta de sol campera. Lo que no tenía, justamente, era campera, y me estaba cagando de frío. Pero ahí llegaba mi rubio chofer, un poco menos rubio por la mala calidad de la tintura, con mi campera en la mano.

—Ahora con campera puedo ver la puesta de sol campera —le dije.

—Necesita que lo deje solo, ¿no es así, Gabriel?

—Es lo que necesito, estimado otro Alfredo —le dije.

Se fue, volvió con mi café y una docena de medialunas (evidentemente mi Alfredo había reforzado el pedido a tres docenas), las dejó sobre la mesa de piedra y me dio un almohadón para no helarme el culo.

—Gracias, me podría agarrar cistitis —dije.

Ahí estaba yo, ahí estuve yo, un tiempo considerablemente largo, comiendo medialunas y pensando en la Biblia, en la verdadera locura de Abraham, esa locura que me tuvo siempre tan obsesionado: la locura judía por excelencia. Un gran tipo el patriarca, pero un tipo raro. Ya había tenido un hijo antes que Isaac, con una esclava, al que le puso Ismael. La propuesta del trío la había hecho Sara, quien en verdad era su hermana por parte de padre y a la vez su mujer, pero como ella quedó embarazada luego de la menopausia gracias a que Dios todo lo puede, cuando nació Isaac, Sara le pidió a Abrán que desterrara al hijo de la esclava, por una cuestión de herencia supongo, y el santo patriarca, no sin dolor, mandó al pobre Ismael con su madre y un sándwich de pastrón y pepino y una cantimplora de agua al desierto, sin más, siendo Ismael apenas un niño. Y eso que lo quería mucho, no quiero imaginar lo que les haría Abrán a los enemigos. Bueno, es solo mirar un rato lo que pasa en Palestina. No sé. La gente de Medio Oriente siempre estuvo medio loca: judíos, musulmanes, católicos, hinduistas, todos son un poco peligrosos, me parece. Y cuando uno piensa a qué precio cuidan a su familia, yo digo que prefiero ser el hijo de la sirvienta y vagar por el desierto. Abraham habrá sido un buen hombre, sin dudas, y Sara una hermosa *baleboste*, pero a decir verdad, frente al delirio que tenían los dos, todo eso, a mí, me vale bosta.

La puesta de sol me fue negada por más nubes densas, de esas de vuelo bajo y pesado que aparecen siempre de la nada. *Sono nuvole fredde*, hubiese dicho mi abuela siciliana. O tal vez lo habría dicho en siciliano. Pero no recuerdo su lengua más que en la inflexión opaca de las vocales. Sé muy bien, porque ella me lo dijo, que era mucho más antigua que el italiano y que derivaba directo del latín.

Me di cuenta de que estaba sentado sobre un almohadón de una de las butacacas justo en el ecuador de mi viaje, en esa Semana Santa que nadie estaba considerando por miedo a esa especie nueva de gripe porcina. Supuse que, de ahora en más, la palabra “porcina” podría definir para siempre a la humanidad. Siempre terminamos transformándonos en cerdos. Porque eso somos: un raza de curepís traicioneros, no de pobres víboras.

Una perra se me acercó. La acaricié. Tenía la piel como una calle empedrada. Eran decenas de garrapatas, tal vez cientos, y de lejos se podía ver cómo la estaban enfermando a mi perra. Mi perra, así lo pensé luego de la caricia empedrada. Los perros, y específicamente las perras, son ángeles de Dios, los únicos ángeles de la guarda reales, y pensar que Demis Roussos se las

comía. Hijo de puta.

Me quedaban seis medialunas y se las bajé rociándolas con un poco de café caliente. Mi perra se acercó y las devoró. Luego volvió a alejarse de mí, cosa que hablaba muy bien de ella. Al menos se iba comida y hasta las tetas de cafeína. Tal vez se volviera un tanto irascible y mordiera a alguien. Cuando la noche se hizo inminente, mis amigos se acercaron y me di cuenta de que se abría una nueva oportunidad, una enorme oportunidad. Mi perra se había detenido a la vera de la ruta, dispuesta a cruzar cuando estuviera segura. Casi no pasaban autos por ese lado ya que no era la ruta principal, pero ella se mostraba inteligente y cauta al esperar un poco más, al tomarse las cosas con calma. Le silbé, dio media vuelta y me clavó esa mirada misericorde que solo tienen los ojos de los perros, de las perras entiéndase bien.

—Vení, Hariel —le dije—, vamos a casa.

—Si le gritá Ariel no va vení, Demencial, é na mujercita —dijo mi Alfredo.

—Si se lo decís con H viene. Hariel, decilo con H, Alfredo, es un nombre de mujer, o mucho mejor, de ángel mujer: Altar del Creador de la tierra y el sol, eso significa.

—La sabé toda, Demencial, só el libro gordo del pete.

—De Petete, Alfredo. Era pingüinito creo, un poco introvertido porque de niño había sido abusado por el titiritero.

—Hay que matale a titiritero —dijo Alfredo.

—Los titiriteros son peores que los payasos.

—¿Poqué Demencial?

—No sé, porque peor que alguien tienen que ser, ¿o no?

Me puse de rodillas y volví a silbarle a mi perra; le rogué que viniera hacia mí juntando las manos como en un rezo. Y vino. Mis amigos estaban a mi lado y eso era bueno. Yo de rodillas y ellos parados, de lanceros.

—Por favor, llevémosla con nosotros, amigos, se los ruego, busquemos un médico para ella porque es ella uno de los médicos que yo vine a buscar. ¿Será un problema?

—Ningún problema, señor Gabriel —dijo el otro Alfredo.

—Ni el má mínimo, Arcángel —dijo mi Alfredo.

Y los cuatro subimos a la limusina. En realidad los tres y ella que accedió a compartir el aire viciado de nuestros pulmones: Hariel antigua que osaste domesticarnos un día, para que podamos sobrevivir y llegar hasta acá para al fin autoaniquilarnos. Perros, perros, perros: perras del mundo vengan a mí por favor que la vida me azota como un huracán de carne muerta sobre todas las ilusiones que tuve alguna

vez.

Las veterinarias eran dos, en realidad eran un par: evidentemente mellizas, cuarentonas y casi idénticas. Una soberbiamente hermosa y la otra, que seguro había sido engendrada por el espermatozoide rezagado, no había recibido ni uno de los tantos dones que ostentaba su hermana.

—¿Son gemelas? —pregunté.

—Mellizas —dijo la linda.

—Parecen soldadoras con esas máscaras —dije—. ¿Mellizas y veterinarias?

—La veterinaria soy yo —dijo la fea—, ella es mi ayudante. Y a los animales los pone nerviosos si uno se tapa la cara con un barbijo.

Asentí con la cabeza pero no la miré para no darle una esperanza falsa a su pobre corazón.

—Pero vos sos la mayor, bueno, la que nació primero, ¿no? —le dije a la linda.

—¿Cómo te diste cuenta? —me dijo.

Nomás me tuteó pensé en lo siguiente: me tutea otra vez y me la cojo una vez, me tutea dos veces y me la cojo dos veces, me tutea tres me la cojo del derecho y del revés, y me tutea cuatro y… bueno, no me da el cuero para tanto.

En ningún momento se me cruzó la idea de cogerme a la hermana.

—Intuición femenina —dije.

La fea chistó, evidentemente enojada, ya que para eso yo había hecho el comentario. Pude oler que odiaba a los hombres como yo: falocéntricos y pelotudos; se le notaba a flor de piel. Me miró en silencio unos segundos y luego sacudió la cabeza.

—Con eso no se juega —dijo por fin—, y póngase esto —me alcanzó una máscara transparente envuelta en un celofán, evidentemente nueva.

—¿Con qué cosa no se juega? —le pregunté.

—Con el género.

—No juego, me siento mujer. Voy a cambiar mi nombre en el documento antes de casarme, pero antes de casarme debería encontrar a una mujer que me acepte como esta mujer que soy. Y ese tipo de mujeres, tan preciadas para mí, en general no soportan estar ni un minuto a menos de tres metros de mi persona. O sea, soy para ellas una biología perniciosa, invasiva y parásita, algo así como uno de nuestros virus que están tan de moda.

—Sos muy gracioso, de verdad te lo digo, y muy ocurrente —dijo la linda—. ¿Sos de Buenos Aires?

—Casi, del Viaducto.

—¿Y eso dónde queda? —preguntó la fea.

—Avellaneda Soho —dije—, deberían conocer.

—Nosotras somos nacidas y criadas acá, en Arrecifes —dijo la linda.

—Sería Arrecifes Soja.

—Claro —dijo y se rio alindándose un poco más al reírse—. ¿Qué necesitás?

—Adopté a una perra unos kilómetros más abajo, está llena de alimañas. La quiero curar y quedármela.

—Y castrarla —dijo la fea.

—No castro a mis animalas —dije—, tengo dos gatas y dos perras en Buenos Aires sin castrar.

—Entonces sos un irresponsable —dijo la fea.

—Pero no un castrador —dije.

—¿Usted no sabe que hay sida de gatos? —dijo.

—El sida, en mi caso, es una tradición familiar —dije. La linda me miró preocupada. No fue muy acertado de mi parte. La palabra sida espanta a cualquier mujer a menos que seas representante de algún laboratorio médico.

—Una tradición que aún no heredé —dije, y su cara empeoró. Cerrá la boca ya, Gabriel, pensé.

—Peor estarían en la calle, Carmen, no seas fundamentalista —le dijo la linda a su hermana.

—Mi perrita está afuera, con mis amigos los Alfred, se llama Hariel, con H —dije.

—Como mi ángel de la guarda —dijo ella, y tuve la impresión de que me estaba devolviendo mis jugadas con otra de mejor calidad.

—¿Cómo sabés cuál es tu ángel de la guarda?

—Si naciste entre el 1 y el 6 de junio, Hariel es tu ángel; es un querubín. ¿Sabés lo que significa?

—Sí, lo sé, yo nací el 1 de junio, del 70.

—Entonces tenemos el mismo ángel —dijo la linda, la fea chistó y el mástil de mi bandera se puso firme para festejar el 20 de junio, aunque no compartiésemos ángel con la bandera argentina al menos compartíamos junio, y mi mástil se estaba beneficiando de eso.

—¿Usted vino en ese coche fúnebre? —preguntó la fea señalando la limu que podía verse tras la ventana, afeándose un poco más al fruncir la nariz.

—Sí, claro. En verdad es una limu, pero ahora que la miro bien es más parecida a un coche fúnebre que a uno de placer, ¿no?

—Los coches fúnebres no son blancos —dijo la linda.

—Cómo que no —le contesté—, ¿nunca viste a un par de recién casados en limusina?

Se rio otra vez. Estaba acertando, si seguía así, sereno y parejo por el camino del payaso Piñón Fijo, iba a conocer el olor de su bombacha sucia.

—¿Usted habla en serio alguna vez? —dijo la fea.

—Cuando me descuido, o cuando no puedo evitarlo.

—Bueno, traiga de una vez a la perra, somos dos personas ocupadas.

La fea dijo esa frase y se fue: lo había logrado. A veces me cuesta menos, a veces me cuesta más, pero soy un profesional a la hora de espantar feas.

—Un limoncito tu hermana, eh —dije.

—No seas malo —dijo la linda.

—Ella es la mala.

—Los tipos extrovertidos la enojan, nuestro padre era así, nunca podías lograr que hablara en serio.

—¿Así que sos de Géminis?

—No, no. Soy de Tauro.

—Dijiste junio.

—Te mentí.

—Me di cuenta en el momento.

—No te diste cuenta nunca.

—Tauro, Tauro, a ver: equilibrados y audaces, aunque cautos a la hora de utilizar recursos. Austeros, de corazón flexible, no muy abiertos pero suelen superarse permanentemente.

—Sos muy gracioso, y te sale muy bien, eh —dijo y volvió a reírse—, pero avisá que la traigan que se va a hacer tarde.

—No entiendo.

—A tu perrita.

—Sí, claro —dije, pero mi cabeza se quedó pensando en su boca. Imaginándola repetir “tu perrita, tu perrita” guau, guau.

—¿Te pasa algo? —me preguntó.

—No, nada. Me tildé.

Tomé el minihandy de mi bolsillo ya que habíamos decidido volver a usarlos, y le di un toque a Alfredo.

—Alfredo, ¿me copiás? Traéme a la bestia, cambio.

—La Hariel está meta cagando, Demencial, cambio.

—Debe salir al tío —dije—, que termine y traéla, cambio —agregué y miré a mi hermosa veterinaria.

—Hagamos la ficha mientras tanto —dijo ella—. ¿Nombre?

—Hariel.

—Apellido.

—Reyes.

—¿Edad?

—Incierta.

—Raza.

—Ovejera berga.

—Y eso, ¿qué ocurrencia es, a ver?

—Bueno, es que tan solo por un pelito no fue ovejera belga. Bueno, unos pelitos blancos que tiene en el pecho.

—Sos tremendo.

—Soy.

—Bueno, quién es el dueño, o el responsable del animal.

—Ahora yo.

—¿Cuál es tu nombre completo?

—Gabriel Arcángel Reyes.

—¿De verdad? Qué lindo nombre.

—Bueno, Arcángel no es para nombrar, según mi madre, pero en este viaje al centro de la noche lo estoy usando bastante.

—Los nombres son para nombrar, justamente.

—Sos la segunda mujer que me lo dice.

—¿Estado civil?

—Estoy pensando cuál sería el acertado.

—¿Y eso?, ¿el acertado para qué?

—Para dar con el que te interese más, el que me permita conocerte.

Me miró seria pero sin enojo aparente. Fue una casualidad el hecho de haber dicho el sinónimo bíblico de coger. Ni siquiera entiendo cómo esa palabra salvadora vino a mi boca porque a mi mente no vino. De la misma manera en que dije “conocer” pude haber dicho “coger” por ese motivo ya explorado de que no controlo totalmente lo que sale de mi boca. Y puede que mi boca termine ofendiendo sin que yo pretenda hacerlo. De haber dicho “coger”, sin dudas la habría ofendido.

—¿Sabías que en la Biblia conocer es sinónimo de tener sexo?

—No, ni idea —dije—, ¿cómo se te va a ocurrir que te quiero coger?

Ahí estás, Gabriel, enterito. Esperé la tarjeta roja pero ella no dijo nada, y tampoco fingió no haberlo oído. El otro Alfredo, el rubio destiñendo, entró con Hariel.

—Hariii —grité, y la perra empezó a saltar y a girar la cola como si fueran las aspas de un ventilador—. Ella es tu veterinaria y se llama…

—Julia —dijo la linda.

La miré, si era una broma estaba cerca de pasarse de la raya. Alguna de mis mujeres despechadas estaba jugándome una broma pesada, era más que claro. Seguro la habían llamado a la veterinaria fea y la fea culpándome a mí de su injusta fealdad me estaba tratando de herir con una patada en la zona baja. Miré a mi chofer buscando el origen de esa broma macabra.

—Vos no te llamás así —dije.

—Bueno, me dicen Juli pero más vale que me llamo…

—No quiero que digas tu nombre, ¿puede ser?

—Estás hablando en broma otra vez.

—No me gustan las bromas —dije.

—Ok —dijo ella cambiando el humor al cambio de mi humor. Alzó a Hariel y la puso sobre una camilla de acero.

Lo llamé a mi amigo por handy:

—Alfredo, cambio, ¿me copiás?, cambio.

—Demen, Demen, cambio afuera.

—¿Vos le dijiste a la veterinaria linda que se cambie el nombre?, cambio.

—Tá é la cabeza, Demencial, ni le vi, ni la fea ni la linda le vi, cambio —dijo mi Alfredo.

—Decime una cosa, a ver: si no las viste, ¿cómo sabés que una es fea, eh?, cambio.

—Si me clará la linda é que hay otra la fulera; te conoco, Demencial. Me cambio afuera. Perame ratito.

—Cambio y fuera no. Eso se dice para no hablar más, Alfredo; cambio.

—Me cambio afuera é poque me toi cambiando nel limu pero del lado dafuéra, Demencial, pa podé entrale al hospital mejó vestido, cambio.

—Esto no es un hospital, cambio.

—¿Y qué é lo que é, tonce?, cambio.

—Bueno, una especie de hospital, cambio, vení rápido, cambio, rápido, cambio.

—No diga “cambio” si le seguí hablando, Demencial, cambio.

De no quererlo tanto lo habría matado esa misma noche. Lo habría ahogado en alquitrán o le habría envenenado la sopa o el queso o la merca. Algo que lo haga sufrir mucho por ser tan difícil de hacer sufrir. Pero lo quiero tanto, tanto.

Puteaba por dentro cuando entró la fea. Hice de cuenta que los minutos anteriores no habían sucedido y solo observé a las veterinarias trabajar. A “la veterinaria”, o sea, a la fea, trabajar. Trataba a mi Hariel de una manera tan dulce que me conmovió hasta las lágrimas pero sin lágrimas. La fea, cuando sacaba garrapatas con tanto amor, se hacía menos y menos fea al principio y linda y más y más linda al final. Tanto que en un momento la habría llevado al altar, aunque con miedo de que en la noche la carroza volviera a ser calabaza. Con un rociador primero y una especie de pistola de calor después hacía que las alimañas se soltasen y entonces Hariel a veces con un gemidito, entre dolor y placer, se lo agradecía.

—Sos una mujer bellísima cuando hacés tu trabajo —le dije a la fea. La linda me miró.

—¿Y cuando no lo hago? —preguntó seria.

—Hasta ahora solo te vi haciendo tu trabajo, si querés una tarde salimos a tomar algo y te cuento.

—Te agradezco el cumplido pero los hombres que juegan a muchas bandas no me atraen.

—Te agradezco la sinceridad —le dije. Una frase pelotuda que uso para que las mujeres confirmen lo pelotudo que soy.

Seguí mirándola y pensé que si tan solo tuviera culo, algún tipo de culo, un mínimo de culo, tal vez… Pero no había nada más que alma en ese cuerpo. Y esa alma tan hermosa arrojaba cada alimaña que lograba soltar en una bandeja con un líquido que olía claramente a formol y luego le acariciaba la cabeza a mi perrita y le decía "muy bien, muy bien, sos una perra hermosa" cada vez, así unas treinta veces hasta que la bandejita estuvo repleta de garrapatas muertas.

—Por hoy ya está. Ahora dale un antibiótico y un baño en seco, Julita, y listo. Las vacunas mañana, es mucho sufrimiento por un día —dijo la ex fea.

—Dale —dijo la linda.

La ex fea agarró la trompa de mi Hariel y le limpió con una toallita humedecida una enorme lagaña del ojo izquierdo. Luego me miró.

—Tiene suerte, es un maravilloso ejemplar —me dijo.

—Gracias, es que salí a mi madre —le contesté.

—Hablaba de la perra —dijo la ex fea afeándose otra vez. O sea: dijo la fea. Se sacó los guantes, se lavó las manos y salió por la puerta trasera del consultorio.

—¿Así que pensás que mi hermana es fea? —dijo la linda.

—Yo no dije eso —me defendí.

—Estoy hablando con Hariel, es una conversación entre mujer y animala.

—Está bien, pero que quede claro que yo solo dije "la linda".

—Lo que queda claro, Harielita, es que decir *la linda* implica pensar *la fea*. Ahora vienen dos pinchacitos, no me vayas a morder.

—Ella no muerde —dije.

—Ahora te hablaba a vos —me dijo.

A esa altura, o en veinte minutos, yo iba a querer casarme con ella. Llevar al altar a su hermana pero cambiar de opinión frente al cura y casarme con ella. Si no fuera que en menos de un fin de semana, seguro, iba a querer divorciarme; y a la media hora de ese divorcio ella me odiaría para siempre.

—¿Te casarías conmigo? —le pregunté.

—¿Le hablás a Hariel o me hablás a mí?

—A vos —dije.

—Me casé hace un mes y él se cogió a la secretaria en la fiesta, borracho, en el baño, se dieron cuenta todos. Me casé y me separé el mismo día.

—Tenés que vengarte. Tenés que cogerme a mí y mandarle la filmación —dije.

—Dale —dijo—, en la limusina, y me hacés de todo.

La miré y no pude sostenerle la mirada más que unos pocos segundos: ella estaba hablando en

serio. Primero me sentí raro, casi excitado por la idea, pero esa excitación me duró menos, mucho menos que su mirada sostenida.

Entró mi Alfredo vestido con pantalón de jean blanco inmaculado y un saco de lino también blanco inmaculado sobre una camisa celeste, peinado a lo lamida de vaca, duro como las manos de Mano de Piedra Durán. Parecía un galán de Bollywood drogado con la cocaína del éxito esperando a los amigos que el oro le produjo. La linda lo miró iluminada.

—Buen día señora y señore —dijo mi Alfredo—, ¿me presentá la dama, Gavilán?

—Ella es la veterinaria fea —dije—. Y él es Alfredo, alias Kuhmar.

—Lió liá dejé de fumar señorita —dijo mi Alfredo—, y si élia é la fulera cómo será la que ta güena, mamita.

—Kuhmar es un galán de Bollywood, Alfredo, era broma —dije.

—Usted es un caballero muy elegante —le dijo la linda a mi Alfredo y él se agrandó.

Le silbé a la perra. La perra bajó. Y le dije a mi amigo que la sacara a tomar aire.

—Los dejo a sola señora y señore, a mi amigo no le guta que le relojeen la ascienda —dijo Alfredo en su nueva modalidad galán y salió con mi Hariel de la veterinaria.

—Te dijo vaca.

—Es una manera de hablar —dijo ella.

—Decime cuánto debo, y no me tomes en serio, me hago el langa y no me da el cuero.

—Gracias, eso me gusta.

—¿Que me haga el langa y no me dé el cuero?

—No, que lo reconozcas. Se nota que en el fondo sos un hombre hermoso, cobarde para el amor, pero si una te lleva de la mano por esa oscuridad previa al amor, por ese pasillo lleno de fantasmas y de monstruos que no existen, al final, darías la medida.

—No voy a hablar —dije.

—Tenía mi nombre, ¿no es cierto?

—No.

—Llamá al monstruo —dijo.

—No.

—¿Quién es? —me preguntó.

—Nadie.

—¿Es o fue?

—Es.

—Está bien, pero mi nombre es Julia. Te guste o no.

Me dio una libreta donde además de las vacunas para Hariel figuraba su número de teléfono envuelto en un corazón. Y la J tachada con una X afuera del corazón.

—¿Qué significa la J tachada? —le pregunté.

—Nada, tan solo que no quiero incomodarte.

—Hay personas que son como Dios: viento alado que no se toca —le dije—, que no se nombra.

—¿Y qué querés decir con eso?

—Nada, le hablaba a mi perra.

—Si tu perra salió con tu amigo el caballero.

—Los dos son caballeros.

—Con el caballero antiguo.

—Los dos son caballeros antiguos.

—Con el que ya sabés.

—Ah. Le hablaba mentalmente —dije y ella chistó molesta.

Es que soy fastidioso. Muy fastidioso. Sos fastidioso, Gabriel. Muy fastidioso, Gabriel. “É que soi haartante” me había dicho una hermosa chica cordobesa en una bailanta en mis tiempos de bailantas cordobesas. Y yo, que quería intimar con ese hermoso cuerpo amarronado, que de tan mal gusto con el cual su dueña lo había vestido me tenía sobreexcitado (las mujeres de mal gusto al vestirse me sobrecalientan), le dije: “No mi amor, no sos hartante, sos divina”, y ella me aclaró los tantos: “No, nero”, me dijo, “Vo soi-haartante”.

—Te juro que le hablo mentalmente a mi perra —le dije a mi hermosa veterinaria tratando de suavizar el efecto al repetir la frase.

—Como Miguel a su perro.

—¿Qué Miguel?

—Un juez que conversa mentalmente con su perro, lo trae acá a bañar y a cortarse las uñas.

—¿El perro al tal Miguel?

—No, querido, el tal Miguel al perro —dijo—, y estoy un poco cansada ya, perdoname que no pueda seguirte.

—Lo sé, es que a veces no puedo parar —dije.

—Ahora andate —me dijo.

—Me estoy yendo —le contesté.

—Llamame.

—Tal vez.

—Me encanta.

—¿Qué cosa?

—Esa canción

—Ah.

El hotel elegido por Alfredo se llamaba El Americano y según él estaba a una cuadra de la Peatonal Comercial de Pergamino. Los habitantes de las ciudades chicas aman las calles peatonales. Y la verdad es que esas calles, que en las grandes ciudades se convierten en una cloaca infesta, en las ciudades chicas, al menos durante las noches tibias de verano, son agradables. Durante el día dan ganas de cortarse las venas con un folleto de Monsanto. Pero de noche no está mal ver caminar a las familias sin la preocupación del paso de los autos, sin más embotellamiento que el que se forma alrededor de la plaza principal. Los hombres con suéter a los hombros, las mujeres más adelante arriando niños, mirando vidrieras del tipo "Todito para la familia". El optimismo invade el aire, la palabra "Patria" se hace grande en la panza y dan muchas ganas de eructar un "Viva" alto y fuerte. Nunca voy a entender por qué a ningún psiquiatra se le ocurrió tratar la depresión o la bipolaridad de sus pacientes con el plasma de estos hombres. En este hermoso país que es mi tierra, la Argentina, se suicidan más de quince personas por día, y el promedio de suicidas por habitante está bastante por encima de la tasa nominal mundial. Y pensar que tenemos la solución en las venas de los jefes de familia que pasean los domingos a la tarde por las peatonales de nuestras pequeñas ciudades. Porque el secreto tiene que estar en la sangre. Me resulta impensable que luego de esos paseos pedestres por esas calles peatonales el hombre de la casa espere a cenar, atienda sus obligaciones maritales y, cuando la familia duerme, abra las llaves del gas y termine con todo el infierno grande de su pueblo chico. Es lo que cualquier ser humano normal haría, pero él no lo hace, condenándose a repetir, en tan solo siete días más, otro paseo peatonal. Si bien se sabe que no todos en esas ciudades gozan de gas natural, lo más probable es que sean una biología superior: la raza de los Agros es evidentemente superior. El problema es que esta raza está siendo contaminada por todos los porteños progresistas que se van a vivir al campo con el argumento de que "los chicos se crían mejor". Un argumento verdadero, porque es verdad que en el campo los chicos se crían mejor, también los pollos y los terneros, las gallinas, los caballos, las ovejas, etc., se crían mejor, digo yo. Pero si fuera solo criar. El asunto es para qué carajo criar determinado animalito, tanto sea pollo o niño-niña-niñe-ñoño. En mi barrio teníamos un amigo al que el padre llamaba "budín de pan", porque lo había hecho por no tirar la leche. Y si bien es cierto que en la ciudad los chicos contraen vicios, esos vicios, al menos, suelen ser reales: cocaína, marihuana, playstation, candombe uruguayo. En el campo, lejos de estar exentas de contraer vicios, las crías contraen vicios de invento dudosamente progresista: familia, propiedad, asado, vuelta al perro, rugby,

taba, doma y baile folclórico al amparo de un cantor enloquecido de patria y de vino tinto. Según un filósofo muy querido, se convierten en soretes: hombres y mujeres que no tienen más tierra que la de sus macetas, pero prefieren que le vaya mejor al oligarca que al peón. Mejor no hablar de ciertas cosas.

Estacionamos en la puerta de El Americano y el que bajó a hablar fue mi Alfredo. Si teníamos suerte seguro que ahí también trabajaba un compadre suyo. Entró como un rayo y salió bastante rápido en relación. Era claro que traía un "no" como respuesta.

—É el impenetrable la gorda, Demencial —fueron sus palabras exactas de nuevo en la limu.

Si bien ofreció pagar doble por nuestra Hariel eso no modificó en nada la posición de entereza moral de la recepcionista frente a la salud pública.

—La minita dice que le conoce una perrera pa que le haga guardería —dijo mi Alfredo.

—Dejame a mí —dije—, vos bajá a la Hariel a que pasee un poco, y usted querido chofer oxigenado deme una vuelta manzana y deténgase bien en la puerta. Tal vez si me ve bajar de la limu se impresione. Luego vaya buscando dónde estacionar.

Mi Hariel dormía hermosa en una de las butacacas, y me propuse hacer valer sus derechos por darle tanta belleza a este mundo de seres espantados. La acaricié y ella suspiró.

—El hotel tiene estacionamiento —dijo el otro Alfredo.

—Pero nuestra bella nave no entra en cualquier playón, además merece que la laven y le revisen los fluidos. Es una más de nosotros —dije, y mi chofer no pudo disimular su cara de rubio emoticón teñido.

Mi Alfredo, sin embargo, me miró con cara de "si bajás a hablar seguro la vas a cagar", pero yo estaba sereno, con cero intenciones de cagarla.

En la mismísima puerta, a la vista segura de la recepción, bajé de la limu y me puse un bozal nuevo. Caminé los pasos hasta la entrada como si fuera el dueño del futuro Sheraton de Pergamino: con todo el peso del gran pene sicológico de un capitán de la industria, es lo que intento decir. La entrada al hotel era antigua pero aún tenía cierto esplendor. De lejos nomás vi la cara de pocos amigos con barbijo que tenía la gorda. No era solo una mujer gorda, era una mujer enorme como dos montañas enormes.

—Hola —dije.

—Hola —dijo ella—. Qué lindo debe ser viajar en limusina.

—Está invitada cuando quiera, las butacas son fuertes y amplias —dije, sin darme cuenta de que estaba haciendo referencia al sobrepeso de ella.

—Gracias —dijo ella—, pero si viene a insistir por el perro no gaste aliento.

—Perra.

—¿Cómo dice?

—Digo que mi Hariel es una perra, no un perro.

—Ah, para el caso es lo mismo.

—Hablemos del caso, por favor —le dije—. Y no pienses mal de mí, belleza pergaminense, soy un caballero.

—Gracias, y disculpe pero no puedo aceptar animales, es por la salud pública.

—Lo sé, y sin embargo vine a insistir, y aunque el no sea inamovible, cosa que nunca es del todo así, permítame, al menos, darle mis argumentos. ¿Tiene cinco minutos?

—Claro, caballero, como verá, con este asunto de la pandemia estamos casi sin gente.

—¿Casi?

—Casi.

En ese momento me vi tentado de arruinarla pero al menos, en ese momento, no lo hice. Lo primero que se me vino a la cabeza fue que el CASI es un club de rugby de San Isidro donde los Puccio secuestraban gente para cobrar guita y viajar a Miami a comprarse dos multijugueras o a Disneylandia a sacarse la foto con el pato millonario o con el ratoncito fascista. Y lo segundo que se me vino a la cabeza fue indicarle que el barbijo no se usaba como ella lo estaba usando: tapando la boca pero no la nariz. Me contuve, y eso fue comenzar la batalla ganando, o al menos no comenzar matando a uno de mi propio equipo, como suelo hacer siempre.

—Usted conoce a los hermanos Álvarez, son grandes jugadores de básquet de esta ciudad.

—No —dijo la mujer montaña.

—Mono y Monito Álvarez, son dueños de las pizzerías Tomasso en alusión al tomate y a la masa, creo yo: *Tomasso, Te amaso, Te amazzo.* ¿Se entiende?

—No.

—Yo tampoco, pero bueno. También puede ser por Tomasolo porque cuando el Mono arranca a abrir latas, según mi amigo Alfredo, no lo para nadie. Pero no es por egoísmo, ojo, es porque hay que disfrutar. El Mono te da lo que le pidas, los dos son generosos creo, pero me inclino más por el Mono, ya que lo conozco más, deben ser los hermanos más generosos de Pergamino. Usted seguro los conoce.

—No.

—La perrita es de ellos dos, la encontré en la ruta, debe de hacer meses que anda perdida, creo que el Mono le habló de dejar las harinas y ella se asustó un poco.

—Lo entiendo, señor, pero no puede quedarse acá con un perro.

—Perra.

—Ya hablamos de que para el caso es lo mismo.

—Pero no lo es, si usted fuera varón en vez de tan bella mujer no estaría yo con tantas ganas de quedarme en este hotel.

Después de decir esto reparé en que la gordura de la mujer, por más montañosa que fuera, no era un estado regular de su cuerpo. Sus brazos gordos redondos, su distancia del mostrador para cuidarse de no apretar tanto una panza que asomaba varios centímetros por encima, hablaban de un estado de gracia, seguramente de eso, no solo de grasa.

—Disculpe —agregué—, no había notado su estado feliz. No tuve intenciones de ser grosero.

—¿Qué estado feliz? —dijo la mujer y mi castillo de naipes o de cajas de pizzas se me vino al suelo.

—Nada —dije.

—¿Usted cree que estoy embarazada? ¡Ay, Dios!

—No —dije—, cómo voy a pensar algo así.

—¿Usted me dice entonces que estoy gorda?

—No —dije—, me refería a su inflexibilidad. Ojo, moral, ya que la imagino laxa como una gacela.

Creo que la mujer no entendió el uso de la palabra “laxa”, pero no me retracté y resultó que por suerte no pensó que yo me refería a laxante.

—Mire, ¿cuál es su gracia?

—Gabriel —dije.

—Mire, señor Gabriel, de alguna manera extraña usted acaba de hacerme un cumplido, ya que tengo cincuenta y nueve años y me confundió con una joven y feliz embarazada. Así que estoy dispuesta a llegar a un acuerdo.

Si bien lo de joven y feliz corrió por cuenta y parte tan solo de ella, aproveché la sonrisa que luego fue una breve carcajada de la mujer y lo intenté de nuevo, pero esta vez a fondo.

—Alquilo dos habitaciones por dos o tres noches pero pago dos veces el valor de cada una de ellas y no exijo factura, pero con perra incluida.

—Por adelantado —dijo la ahora hermosa montaña mujer.

—Sin drama, ya mismo —dije—, pero la perra tiene pensión completa y me la sacan a pasear.

—Pero entra y sale por la puerta de servicio —dijo ella.

—Hecho.

—Hecho.

Saqué un fajo nada menor del bolsillo y lo puse arriba del mostrador.

—Si sobra algo me lo da cuando me voy.

La mujer montaña se quedó con boca abierta y de golpe un ruido estruendoso sonó en su panza.

—¿Fue usted? —pregunté.

—¿Qué cosa? —dijo ella levemente sonrojada.

—Nada, ¿podría hacerle otra pregunta del estilo inicial de mis preguntas?

—¡Cómo no!

—¿Al señor Blanco, de Colón, lo conoce? Viene seguido a Pergamino, es el que trae los lechones en el portaequipajes de un Fiat 600 blanco; pero ojo que Blanco es su apellido. Un hombre consecuente.

—No.

—Entonces nuestros posibles amigos en común de Facebook se me agotaron. Aunque don Blanco no creo que tenga Facebook.

—Señor, usted es raro pero es tan amable, quiero que su estadía sea agradable.

—No me confunda —dije, y ella se encendió.

—Ay, Dios, usted es un loco lindo de Buenos Aires —me dijo.

—Duermo con la puerta sin llave.

—Tenga cuidado, hay muchos hombres violados por hacer eso.

—No tomo medicación alguna pero garantizo un rendimiento óptimo en cualquier terreno —dije.

—Ay, ay, dele, déjese de embromar y vaya por sus cosas y sus amigos.

—Mire que si Mahoma no va a la montaña… —dije sin intención de que montaña se refiriera justamente a ella; solo lo dije así porque así dice el refrán: interruptus, como si fuera una zamba cantada por Los Chalchaleros.

Salí a la calle y la limu no estaba, pero estaba mi Alfredo: solo, meando contra un auto.

—Lió también necesitaba cambiale el fluido —dijo.

—Y yo —dije, y pelé chaucha y palito.

Nos instalamos. Mi perra y yo en un cuarto y los dos Alfredos en otro. Ya tarde y abarrotados de cansancio nos dejamos caer en las más que aceptables camas de El Americano. Habré dormido dos o tres horas hasta que, en plena madrugada, mi montaña vino a mí. Sentí primero una presencia en el cuarto y luego cómo esa presencia acariciaba a mi Hariel y sin llegar a abrir los ojos del todo una marea de carne y encajes femeninos me ahogó con sus tetas primero, con su vagina después y finalmente con su enorme culo al punto de que casi termino hiperventilando. Pero salí adelante y remé; remé como un esclavo de galeón portugués hasta alcanzar la orilla de unas enaguas enormes color champán, para descorchar a la enorme damajuana de todos los licores prohibidos y brindar, brindar y brindar; y volver a brindar, hasta quedar borracho de la espuma sagrada de la vida.

A la mañana siguiente me desperté sereno, y bastante tarde. No tenía reloj y pude ver que mi hermosa Hariel no estaba. Tratando de saber la hora busqué un reloj o un teléfono, pero no había tal cosa a la que aferrarse. Por nada del mundo iba a encender el televisor. Seguramente el drama de alguno de la farándula con covid positivo iba a ocupar la pantalla. *Se fuerza la máquina de noche y de día y el cantante con los músicos.*… se llenan de guita, pensé.

Golpearon a la puerta y dije “pase” y mi montaña entró con una bandeja en la mano: tostadas, medialunas, manteca, mermelada, miel, café y leche. Jugo de naranja. Le entré a todo como gallego a la gaita. Y cada vez que me atoraba ella suspiraba de amor y largaba una leve risita. En una de las risitas se le escapó un poquito de viento por suerte sin perfumar. Pero me hice el desentendido ya que eso es amar: hacerse el desentendido frente a los accidentes del ser amado.

—Ayer fui violado pero no quiero hacer la denuncia, quiero la reconstrucción del hecho —le

dije.

Ella se rio y la panza y las tetas se le movieron como en una película de Fellini. Se me paró y se la saqué por la bragueta. Siempre uso calzoncillos con braguetas por si las moscas o por si las gordas, en este caso.

—No se habla con la boca llena, Gabriel.

—Ayer tuve la boca llena toda la noche.

—Ay, basta, que ahora estoy en función encargada, amante soy por las noche —me dijo mi Mountain Bike. Así "por las noche", y esa omisión que anunciaba la dulce melodía del habla rosarina me calentó más y ahora sí canté una melodía para el recuerdo.

—Aaa-mada, amante —canté—, aaa-mada, amante.

—Usted es un loco y un caballero, y un puerquito también. La perrita está de paseo en el parque, la mandé con mi mejor empleado.

—Oink-oink —dije.

—Puerquito —dijo ella.

—Oink-oink —repetí, y mi montaña se fue contenta.

Luego de desayunar tomé la tarjeta de mi veterinaria y bajé. En el ascensor me crucé con mi Alfredo y el rubio Otro Alfredo, que también terminaban de desayunar. Mi amigo me dio el celular y le pedí también el handy. Le dije que por las dudas mantuviera el suyo encendido. Equipado con todo salí a la puerta. Me alcanzó el rubio Alfredo que había vuelto a bajar, seguramente por si yo necesitaba algo.

—Suba tranquilo —le dije—, tengo que hacer unas llamadas.

—Hágalo desde la limu —me dijo y me dio las llaves—, hace frío y está desabrigado, Gabriel.

Tomé las llaves, salí y me metí en la limu. Abrí una petaca de whisky y la bebí de un trago. Tomé la libreta sanitaria de Hariel y marqué el número encerrado en el corazón.

—Hola —dijo ella.

—Hola.

—Sí, ¿Gabriel Reyes?

—Sí.

—Empezamos bien positivos al menos.

—Sí.

—¿Vas a decir otra cosa?

—Sí.

—Me hacés reír.

—No es mi intención, son tus preguntas las que tienen la culpa.

—A ver eso.

—Me llevan indefectiblemente a un monosílabo.

—¿Sos escritor?

—No, pero me gustaría. Bueno, a veces lo intento. Hace un tiempo, desde que murió mi padre, llevo unas cosas anotadas, pero no te llamo por eso.

—¿Lo extrañás?

—¿A quién?

—A tu padre, ¿a quién va a ser?

—No, nada que ver.

—¿Qué se te ocurre conmigo?

—Decime a vos qué se te ocurre con vos.

—Que me cojas en la limusina, grabarlo y mandarle el video a él.

—Me lo imaginaba.

—No te lo imaginabas, te lo dije en el consultorio.

—Sí.

—Otra vez el monosílabo. Decime una cosa: ¿vos querés cogerme o no? Nunca me cogieron por atrás, nunca se lo permití ni a él ni a nadie. Te doy eso, hacemos lo que quieras.

—¿Qué buscás?

—Humillarme, para humillarlo a él.

—¿Y yo qué, qué vendría a ser?

—Vos nada: ¿rol de verdugo, rol de carne?

—Suena a comida china.

—Pero no lo es.

—Es algo peor, es algo horrible.

—No exageres, no seas antiguo.

—Me gustaría haber nacido en el siglo diecinueve si eso te da una idea.

—Dale, ¿tenés miedo de que te salga mal el rol?

—Me sale bien, de eso tengo miedo, de cómo quedo yo después. Me sale tan bien que es lo único que fui, lo único que soy, excepto con ellas.

—¿Quiénes son ellas?

—Andrea es una, y a la otra no la voy a nombrar porque fui yo quien la nombró el día en que la trajeron a casa.

—Una hija.

—No hablemos, no la nombro porque es la que ahora no tiene nombre, y punto.

—¿Final?

—No. Punto y aparte.

—Hagamos lo que te digo.

—No voy a hacer eso; me dan ganas de hacerlo, pero él lo va a volver en tu contra, si viraliza el video en este pueblo, cosa fácil de hacer, te cagás la vida y se la cagás a tu hermana.

—No sé, estoy cansada de este pueblo de mierda.

—Las que dicen eso van a Buenos Aires y terminan de prostitutas.

—Sos una bestia, ¿nadie te lo dijo?

—Entonces no expreses sentimientos tan berretas.

—Ok, chau.

—Esperá, dame el número de ese hombre, del juez y su perro que habla.

—El perro no habla: él recibe el habla del perro de una manera rara o mística, no sé. O usa al perro como excusa para decir cosas serias, cosas verdaderas, él no es como vos. Se llama Miguel y también es escritor, escribió un libro hermoso.

—Tengo la leve sospecha de saber quién es.

—El libro se llama *El museo*…

—*De los sueños* —la interrumpí.

—Sí, ¿cómo sabés?

—Porque lo leí, el tipo es un genio, ¿qué hace acá con un perro que habla? ¿Puso un circo?

—¿Otra vez? Lo del perro es una metáfora. Es juez retirado y hace un tiempo emprendió la búsqueda de algo o de alguien hacia el Uritorco. Pero no OVNIS ni energías ancestrales, ni todo ese chamuyo. Sino algo verdadero, o a alguien verdadero. Volviendo de ahí se varó acá con el perro, hace tres años ya que vive en un contenedor de esos reciclados como casa.

—Pasame el número y decime el nombre del perro.

—El perro tampoco tiene nombre.

—¿Tampoco?

—Al igual que la muerte de tu hija.

—No era mi hija. No es, quiero decir.

—Miguel no tiene whatsapp, y es reacio a la gente.

—¿Qué edad tiene mi Hariel para vos?

—Más de seis y menos de diez.

—¿Si se la llevo a Miguel, su perro la podrá embarazar?

—Generalmente tiene que ser en territorio de la hembra.

—Pero si el perro es del Miguel supongo debe ser un perro que no la pone nunca. Un perro perdedor.

—El tema es si se deja ella.

—Se va a dejar, yo le hablo.

—Si vos le hablás seguro se deja.

—Pero ella no me ve solo como un rol de carne.

—Sos más lindo, corazón.

—Quiero aclararte algo: las personas me aburren, las mujeres generalmente más rápido que los hombres, pero las que me dicen corazón o la nueva moda que robaron de las abuelas, esas de las que reniegan, el tan mentado “sos más lindo”, me pone directamente ofensivo.

—No seas duro.

—¿Más lindo que qué, que quién? Las boludas hablan así.

—No soy una boluda.

—No hables como una boluda entonces.

—Ok.

—Y no se te ocurra decirme bombón, porque puede ser que cause mi suicidio.

—Te estás poniendo denso.

—Soy denso.

—Te paso el número.

—Dale.

—Chau.

—Chau.

—No me interesa verte nunca más.

Mientras mis amigos y mi Hariel descansaban, solo, desde la tranquilidad de la limu, llamé a Miguel S.

—Hola, ¿Miguel S.?

—No.

Me quedé desconcertado unos quince minutos. Revisé el número y volví a llamar.

—Hola, ¿Miguel S.?

—Tampoco.

(Lo mismo que antes.)

—Hola, ¿Miguel S.?

—Lo están velando.

(Otra vez.)

—Hola, Miguel S., si no me contestás bien voy a buscarte y mato al perro que habla —dije de un tirón en la cuarta llamada.

—Ni tenés arma ni el perro habla.

—¿Usted es Miguel?

—Hasta hace un rato no lo era, pero de tanto llamar me convenciste.

—Habla Gabriel Reyes, leí su libro y me pareció extraordinario. Estoy en Pergamino, en el hotel El Americano, bueno, estoy en la limusina que me trajo hasta acá.

—¿Se vino hasta acá, en medio de la pandemia, para llamarme por teléfono desde una limusina?

—Sí —otra vez los monosílabos.

—Supongo que para no llamar la atención, ¿no? O es un millonario excéntrico o es un sicario

excéntrico.

—Ninguna de las tres cosas.

—De las dos.

—Tampoco vine hasta acá precisamente a llamarlo por teléfono. Encontré una perra llena de garrapatas y pulgas y flaca y todo eso que arruina a los perros, pero ella es una Hariel magnífica, una reina Hariel, una diosa que nunca flaqueó en su dignidad, ¿me entiende?

—Lo entiendo, conozco esa clase de perros.

—Use el inclusivo, Miguel.

—No me rompas las pelotas.

—Ok, fui a lo de las gemelas de oro, bueno, una de oro, la otra...

—No me gustan las personas ofensivas, y mucho menos me gustan los hombres que ofenden a las mujeres —me interrumpió a tiempo.

—Era una broma, disculpe —dije.

—Una broma de mal gusto.

—El único gusto que tengo.

—Esa broma sí que me gusta.

—No fue una broma.

—Mejor.

—¿Podríamos vernos?

—Estamos en cuarentena.

—Voy con la limusina blanca.

—Debería tener una ambulancia, desde acá hasta Buenos Aires o hasta Río Cuarto está plagado de controles, por eso varé acá.

—Según la veterinaria usted varó acá hace más de tres años.

—Cómo pasa el tiempo, ¿no?

—Ahora usted me está cargando.

—Voy a verlo yo, esperemé mañana por la mañana.

—Traiga al perro. ¿Cómo se llama?

—No tiene nombre. Espere que le pregunto si quiere ir. Dice que puede ser, tal vez pueda montarse a su Hariel.

—De eso también se trata, si ella se deja, su perro la pone y los hijos que hablan son míos y los mudos, suyos.

—Los hijos nunca son mudos, son sordos.

—¿Usted tiene hijos?

—No.

—Bueno.

—A las siete estoy ahí —dijo.

—¿No es muy temprano?

—No.

—Bueno.

Subí ensimismado a mi habitación. Quería conservar esa sensación de optimismo y alegría que me daba la idea de conocer a un escritor verdadero, y para eso no debía cruzarme con nadie. Encontrarme con un hombre que había escrito un libro extraordinario era un privilegio. Había comprado su libro en París, en francés, tan solo porque en el estante estaba junto a una novela de Haroldo Conti y era de la misma editorial. No entiendo ni una gota de francés ni me esforzaría por entenderlo ya que me parece un idioma exagerado y cacofónico. Pero lo compré tan solo porque si la misma editorial editaba a Haroldo Conti tenían que tener un gusto refinado. Y si tenían un gusto refinado y lo editaban a este Miguel, este Miguel debe ser bueno, pensé. Luego lo conseguí en Buenos Aires y *El museo de los sueños* se convirtió en el disparador que hizo que yo me decidiera a escribir, en secreto para el mundo, en secreto a veces hasta para mí mismo. Pero lo más extraño de todo fue enterarme de que los franceses descubrieron a Conti porque Conti está nombrado en el libro de Miguel S.

Luego de esa mañana, durante ese día y esa tarde y esa noche, los Alfre & Alfre y yo casi no nos cruzamos. Mi Alfredo sabía muy bien que yo necesito soledad cada tanto, o bastante seguido a decir verdad. Y sabe cuándo y cuánto y también qué tipo de soledad necesito. Antes de dormir mi amigo me trajo una vianda completa y a mi perra bañada y feliz. Abrigada con una especie de suetercito encantador.

—Le mandé tijereta a mi pulóve, Demencial —me dijo mi Alfredo.

—Sos la mejor persona del mundo —le dije.

—Ese so vo, Gabriel —dijo mi Alfredo.

—¿Por qué no ladra, Alfredo? Mueve la cola y se echa pero no ladra.

—Noay ni nadie pa ladrale, ni ladrone ni nadie que lespante, Gabriel, ¿pa qué ladrale a-láire?

—¿Y si se muere?

—Muertecita y líto, muertecita y felí, Arcángel. Ese no é ni problema, problema é como élia vivía ante. E-nesta hora vive sin mal, vive mejó.

—¿Tenés encima el cuaderno mío? ¿El cuaderno del ángel? —le pregunté.

—Le lievo conmigo al interió y esterió como vo me pedíte por toda la vida munda.

—¿Inmunda querés decir?

—Del mundo todo, quiero te decir.

—Gracias, Alfredo, este es el día en que lo necesito.

—Lió sé poqué liemaste a escritó. Ahí nel jonca mesita la lú es que dejé cuaderno sagrado angelíto el mundo infantil túlio, Gabriel.

Dormir junto a mi Hariel fue hermoso. Impregnada de un desinfectante que olía a lavanda, con el sonido leve de su respiración y sus temblores pequeños y repentinos me dieron ganas de amar al mundo nuevamente. Era como tener una niña otra vez en mis brazos. Puede sonar extraño pero era mi niña, el alma niña de mi Julia niña, metida en la cama; tapada y feliz. Serena al saber que yo estaba ahí para arreglarlo todo. Sentí su alivio y suspiré. Me di cuenta de que, en esa estación de servicio, estuve a punto de dejarla en la calle, de no entender lo que venía hacia mí. Pensar que en determinados momentos puedo estar tan distraído, tan alejado de las cosas que verdaderamente importan, me angustia. Por suerte ella estaba ahora ahí, seguramente soñando con las cruces repletas de costillares o con carnicerías abiertas de noche al hambre de los perros. Las llagas del Dios Hijo de Dios solo pueden ser lamidas por perros vagabundos, pensé. Dios, de no ser un ombú, seguro debe ser un perro vagabundo. Pero dejé que ese delirio se diluyera, tampoco se trataba de pensar una estupidez tras otra sin parar.

Me desperté con ella lamiéndome la cara y el teléfono de la habitación taladrándome la cabeza. Un teléfono que yo no había visto pero que tenía que estar por ahí. No era un taladro de dolor: literalmente, con cada ring, mi cabeza vibraba como el terreno próximo a un volcán a punto de entrar en erupción. Finalmente lo encontré, era mi handy que vibraba bajo la almohada. Escuché tres golpes en la puerta seguidos de los respectivos “Señor Gabriel, señor Gabriel” de mi montaña violadora. Me asusté, pensé que venía a buscar a mi deprimido chorizo bombón y que yo podía morir aplastado por esa maquinaria sexual que era mi Moutain Bike. Me levanté de un salto, me vestí, y al apurarme a buscar las zapatillas me di el dedo chiquito del pie derecho contra la pata de la cama. Una pata de caño cuadrado. Pegué un grito que fue la culminación de lo que mi Cogedora Mountain Bike estaba esperando ya que giró el picaporte y entró.

—¿Está bien, Gabriel? —me preguntó, y que no me tuteara habló a las claras de que no venía con la libido encendida y que, de alguna manera, yo estaba a salvo. Rengo pero a salvo.

—¿A quién carajo se le ocurre una pata de hierro cuadrado para una cama?, ¿nunca se dieron el dedo chiquito contra la pata de una cama? Tienen que ser redondas —grité—, redondas.

—Hace media hora que un señor con su perro está sentado en el bar, le dije que no se podía entrar con animales y él me dijo que entendía pero igualmente entró con el perro. Me parece que habla con el perro.

—¿Cuánta gente tenés hospedada en el hotel? —le pregunté.

—Solamente ustedes.

—¿El dueño o dueña puede venir hoy?

—Imposible, viven en Buenos Aires.

Me puse las medias y me calcé sin cubrirme la herida. El dedo me sangraba un poco. Con la misma camisa de ayer, un buzo y el poncho de mi abuelo Reyes me sentí listo y triunfador.

Saqué el primer billete que encontré, uno de mil, y se lo di a mi montaña.

—Esto es para que tus empleados no nos rompan las pelotas, en media hora este hombre con su perro-hombre se van, ¿ok?

—Bueno, ¿pero para mí qué hay? —dijo Mountain en relación con otra cosa.

—A la noche, de madrugada, lo que quieras, linda —le dije.

Y no era broma, esa montaña de carne carnívora me calentaba de verdad.

—Bajá, y servile de todo, hasta el coñac bueno que te di, o lo que él te pida: decile que ya bajo. ¿Ya bajaron mis amigos?

—Sí, ya bajaron.

Me recompuse del dolor, saqué dos billetes más de mil y se los di a ella.

—Esto es para vos solita —le dije.

Traté de sacar a Hariel ya que mis gritos y la furtiva entrada de mi Mountain Bike la habían atrincherado bajo la cama.

—Vení, Hariel, vamos abajo a conocer nuevos amigos.

La perra me gruñó. Cerré los ojos y dije bajito:

—Por favor no me muerdas, Hariel, no me muerdas aunque me lo merezco por armarte semejante escándalo. No me muerdas, Hariel.

Fui acercando mi mano despacio, acostado boca abajo con la cara contra el piso, completamente vulnerable a una mordida si Hariel decidía atacarme. Pero no lo hizo. Nomás mi mano tocó el frío de su hocico ella me lamió y lanzó esos quejiditos de miedo, sumisión y amor que solo las grandes perras saben lanzar. Salió de abajo de la cama arrastrándose. Era una perra mediana pero de buen porte. No tenía correa, ni nada con qué llevarla, así que la alcé. Con ella en brazos y pesada como era, tomé del cajón de la mesa de luz el cuaderno que le quería mostrar a Miguel y salí del cuarto. Al entrar al bar el grito de mi amigo Alfredo no se hizo esperar.

—Que revivan lo-novio —gritó, y el otro Alfredo aplaudió.

Ahí estaban también Miguel S. y su perro ya entrando en la locura del dúo más mentado que pudo haber caminado aquella ruta del oeste: Alfre & Alfre.

Bajé a mi Hariel y el perro de Miguel S. se le fue encima y los dos empezaron a olfatearse los culos y a mover las colas. Enseguida él la quiso montar pero Hariel lo sacó como rata por tirante.

—Empezamos bien, Miguel, soy Gabriel, mucho gusto —dije, y el hombre se puso de pie: un turco enorme con cara de bueno. Me estrechó la mano con fuerza, medio que me la estrujó.

El otro Alfredo ya nada rubio bajó medialunas y leche tibia en unos cuencos y los perros devoraron todo.

—Pregúntele a su perro si quiere subir al cuarto a ver si se le da con mi perra —le dije y me senté.

El perro ladró: me ladró, tres veces. Me quedé helado.

—Dice que más vale, que ella no es Marilyn Monroe pero que está bien.

—¿Y él qué se piensa, Brad Pitt? —dije, y el perro le ladró a Miguel, cinco veces.

—Tiene razón, ¿qué querés que le diga? —le dijo Miguel al perro.

—¿Qué dijo? —pregunté.

—Nada, básicamente. Aunque también algunas cosas.

—Dígame todo lo que dijo, por favor, Miguel.

—Que tenés razón.

Les pedí a mis escuderos que llevaran a los tortolitos a mi habitación y que se quedaran cerca, en la otra habitación, a cuidarlos.

—Esperen a que pase algo y me avisan —les dije.

—Okikey, Demencial —dijo mi Alfredo.

—Okikey, Gabriel —dijo el otro Alfredo.

—Y llévenles más leche y pongan buena luz y algo de música. Hagan algo carajo que el único que labura acá soy yo —grité, y los dos perros me ladraron y los Alfre & Alfre se mataron de risa.

Solo con Miguel S., le recordé el arreglo.

—Los que hablan son míos —dije.

—No puedo con nada —me dijo.

—Bueno, era broma, me los quedo todos —dije.

—Vos no venís por el perro, ni siquiera creés que el perro hable —dijo—. Entonces, ¿qué?

—Yo lo admiro, Miguel, usted escribió un gran libro, un libro que me acompañó. ¿Existe Helena? ¿Existe la belleza del pecho amputado?

—¿Vos qué pensás?

—Que sí, que desde que usted la escribió existe.

—Entonces existe para vos y para mí.

—Para los tres: usted, Helena y yo.

—Helena no existe, Gabriel.

—Entonces nunca la voy a poder encontrar.

—Cada vez que abras ese libro la vas a encontrar.

—Cada vez que alguien abra el libro también la va a encontrar, no solo yo.

—No, cada vez que vos abras el libro vos la vas a encontrar, los otros encuentran otra cosa, a otra mujer, cada uno encuentra lo que teme buscar.

—Necesito escribir una historia, Miguel.

—Sos escritor.

—No, no me malentienda, no soy escritor: necesito escribir una historia.

—Esa necesidad la tienen solo los escritores.

—Bueno, supongamos que me gustaría serlo. ¿Le puedo contar la historia?

—Está bien, pero con whisky o con coñac.

—Tengo un Napoleón treinta años, está esperando por nosotros.

—Tres mil dólares.

—Se queda corto.

—Treinta años y dos horas.

—No entiendo, Miguel.

—Dos horas es lo que nos va a durar desde que lo abramos, con ese coñac contame las historias que quieras.

—En dos horas.

—En dos horas.

Le hice una seña a mi Mountain Bike que nos miraba atenta para el picoteo y le pedí la botella. También le pedí que le avisara a mi Alfredo que encendiera el handy pero que no se comunicara hasta que yo lo hiciera, que necesitaba estar tranquilo. La trajo y la muy turra se quedó ahí paradita sacudiendo las tetas al ritmo de, ¿puedo servirles de algo más?

—Se me ocurre un mar de posibilidades —dijo Miguel S. y sentí unos celos furiosos. Todos quieren mi montaña, pensé.

—No —dije—, dejanos solos, te veo a la noche.

Le di tres billetes de mil para lo que eventualmente necesitara y por fin mi montaña se fue.

—¿Es tu pareja?

—Solo en la desesperación de la madrugada.

—Sos muy afortunado, Gabriel.

—No comparto mi fortuna con nadie.

—Entiendo.

—Todo el tiempo sacás dinero y se lo das a la gente.

—Todo el tiempo.

—No tiene nada que ver con la generosidad, ¿no es cierto?

—Es casi lo opuesto.

—A ver, la historia.

—Esperá que sirvo.

—Lo hago yo. La copa bien caliente, hay que darle un minuto más al agua.

—Un minuto más. Sí, ¿qué pasará en el cuarto?

—Lo que tenga que pasar, eso y ninguna otra cosa más.

—Darle un minuto más al agua caliente, claro, Miguel, lo entiendo, lo entiendo perfectamente.

—La historia es la historia de una mujer hermosa, una pelirroja fuego que trabajaba o decía trabajar de prostituta en los bares que estaban (y aún están con otros nombres, y tal vez otros dueños, pero siempre con los mismos mezquinos intereses) alrededor del cementerio de la Recoleta, allá en esa capital que usted ya sabe, Miguel, fue siempre extranjera. Una bruja del cielo que conocí gracias a un amigo de la infancia, un chico muy pobre, más pobre de lo que yo

era, más pobre de lo que todos éramos allá en el Viaducto de mi Avellaneda natal. Él se llamaba Carlón y el nombre de ella jamás lo supimos. Le decíamos El Ángel del Bar, aunque el único que creyó que ella era realmente un ángel fue el Carlón.

—Seguí —dijo Miguel.

—Hace unos cinco años yo vi morir al Carlón, y a la vez falsifiqué o encontré al ángel para siempre. Al Ángel del Bar. Porque lo que vi, mezclado con lo que hice el día de esa muerte, es lo que no me deja descansar. Le diría sin miedo a exagerar que me está volviendo loco, de una manera que podría volver loco a cualquiera, Miguel.

—Ver morir a alguien hermoso podría alterar la razón de cualquiera —dijo Miguel S., tomó el coñac y se sirvió más.

—Morir tal vez no sea la palabra. Lo vi irse hacia un lugar mejor, un lugar al que solo sus ojos podían ver desde este lado, porque él siempre tuvo ojos que podían ver más allá. Pero lo que me trastorna es el falso ángel, porque se vuelve, porque se volvió un ángel de verdad. Alguien que era igual, exactamente igual a lo que ella fue hace cuarenta años, como si ni un mes hubiese pasado, como si eso sobre lo cual no puedo ni me atrevo a pensar como verdad fuera la única verdad que existe en el universo. Alguien igual pero que nada tenía que ver con nuestro pasado, alguien que recibió un pago a cambio de actuar, de ser lo que no era pero que terminó por serlo, Miguel, ¿me entiende?

—Un poco —dijo Miguel—, lo suficiente, creo.

—Pero usted está ahora en mi camino, y nuestros perros tratando de copular allá arriba, en un hermoso cuarto con dos de mis guardianes a la espera. Los perros saben, los perros son siempre el mismo perro. Parten de uno para seguir siendo eternos, y si se quedan más de la cuenta es por piedad, no por necesidad ni deseo. Los perros están hechos de la materia de los sueños o de la de los recuerdos, que son sin duda la misma materia. La muerte es un invento de esta decepcionante raza que somos. Los seres humanos somos los únicos responsables de que la muerte exista.

—Está bien, Gabriel —dijo Miguel—, lo que usted dice está muy bien. Tome el coñac y cuénteme toda la historia. El coñac está muy bueno.

—Es un Napoleón, Miguel.

—Ya me dijo.

—Treinta años.

—Ya me dijo.

—Errante en las sombras.

—Con este coñac no hay Waterloo que importe.

—Ni Napoleón que aguante.

—Siga, Gabriel, por favor.

—Vendíamos jazmines para el Turco. En realidad, mi amigo Carlón laburaba para el Turco y yo, los fines de semana, con algo más de diez años y una enorme necesidad en mi casa, lo

ayudaba y trataba de ganarme unos pesos. El problema era que los jazmines hay que venderlos o venderlos porque se ponen rancios enseguida, y cuando huelen fuerte ya nadie los quiere, nadie los compra. Y a decir verdad no nos llegaban recién cortados, llegaban en lo último de sus posibilidades. El Turco compraba en el Mercado de Flores lo que se saldaba o lo que prácticamente se consideraba marchito y nos lo daba a nosotros para vender. Pero no íbamos a comisión, sino que él nos fiaba obligatoriamente esos jazmines y había que pagarlos vendiéramos o no. Era la condición implícita, era así porque así era el Turco. Los fines de semana a veces eran buenos, a veces malos y a veces muy malos. No eran pocas las veces en que se acumulaba deuda. Cada tanto el Turco la perdonaba, pero muy cada tanto. Otras veces se hacía el bueno porque uno de nuestros amigos tenía una madre o una hermana que facilitaban el camino al perdón. Ya sabe. Las tripas se nos retorcían y aún éramos unos pibes. Hasta que apareció ella, la pelirroja, el Ángel del Bar; y empezó noche a noche a comprarnos todos los jazmines que tuviéramos para vender. Un ángel en todo el sentido de la palabra: alta y roja como el fuego, y con la personalidad de una guerrera del cielo. Por eso el Carlón dice, o decía, perdón, que era un ángel real. También que una vez le vio las alas. También me dijo que yo, algún día, iba a tener que escribir su historia. Yo siempre escribí canciones, y las cantaba sin instrumentos porque no tenía, más vale. Por eso mis amigos suponían que yo era capaz de escribir una historia, de que soy capaz. Aún lo creen.

—Usted es el que no lo cree, ¿no, Gabriel?

—Ya sabe, Miguel, o supone.

—Ninguna de las dos cosas.

—Escuche, hace un tiempo largo ya recibí un cuaderno dentro de un sobre oficio que decía “Para Locura”, así me llamaban de pibe en el barrio. Fue cuando la muerte de Carlón que otro amigo me lo dio. Adentro del sobre estaba el diario del ángel, escrito por el que acabábamos de enterrar, y destinado a mí. Es el cuaderno que quiero mostrarle, Miguel. Lo primero escrito es una carta, en las hojas mismas del cuaderno, sin arrancar, sin intenciones aparentes de querer ser enviada. Mis amigos siempre me dan estas cosas. No soy escritor pero hago que mis amigos escriban. Una risa, ¿no lo cree?

—Lo creo —dijo Miguel.

—Este es el cuaderno de Carlón —le dije, le alcancé el cuaderno y serví al tope su copa de coñac—. Lo llamó *El diario de los días del Ángel* y la historia se completó con el encuentro y con la muerte que recién mencioné. La historia que me gustaría escribir es la de un ángel creando, sobre la muerte del ser amado, a otro ángel. Eso es lo que me gustaría escribir, aunque suene pretencioso.

Miguel abrió el cuaderno, me miró.

—¿Leo?

—Lea.

Querido amigo:

Hacía más o menos dos meses que estábamos trabajando para el Turco, y yo tenía cada vez menos ganas de todo eso, pero pensaba en mis hermanas, en que crecían demasiado rápido y en que algo podía pasar con La Bestia. Tenía que tener plata en el bolsillo y pensé que estaba ahorrando. Me creí como un tonto esos números en el cuaderno del Turco y, lo que fue peor, le creí al Turco. Que él era nuestro mejor banco, que era mejor que nuestro padre, mejor que un santo. Ya sabés.

En esos días me costaba mucho pensar con claridad. Vos estabas vendiendo en la avenida con el Polaco y yo estaba solo, entre las mesas de las veredas empedradas, en el parquecito. Había salido media hora antes, y no llegué a vender nada que ese auto enorme, el plateado de vidrios oscuros, se paró frente a mí. El vidrio se bajó solo y apareció la cara de un tipo joven. Yo no miré directo, ya sabés cómo era yo, bueno, como sigo siendo: tímido para mirar y para alzar la voz. Y además el contacto con los ojos del otro, en la calle, cuando sos apenas un proyecto de hombre, no es muy conveniente que digamos. El tipo me preguntó mi nombre y el precio de las flores, yo tenía jazmines y rosas. No llegué a contestar que giró la cabeza y escuchó a quien tenía al lado. Lo escuché decir que sí, tres veces lo escuché. La tercera dijo "sí, está bien". Volvió a mirarme y me dijo que me las compraba todas. Se estiró y abrió la puerta trasera; me dijo que pusiera las flores en el asiento. Imaginate: dudé, y se me habrá notado en la cara. El tipo también dudó, claro, él sabía que sus intenciones eran buenas y habrá pensado "este pibe es un tarado". Pasaron unos segundos más, se abrió la puerta del acompañante y bajó ella. La vi primero por encima del techo, por eso será que la recuerdo alta, muy alta, es gracioso eso, como una gigante pelirroja. Después fue el pelo, suelto, abundante y largo hasta debajo de la cintura. Pero por sobre todo, rojo. Rojo de verdad, no de peluquería, rojo de bruja, rojo de siempre, rojo antiguo, no puedo encontrar una palabra para el color rojo del pelo del Ángel del Bar. Bueno, vos la viste al menos una vez, aunque el pelo nunca tuvo el exacto color de esa primera vez. Caminó hasta mí y se agachó.

—Levantá la mirada, chiquito —me dijo.

Y a partir de ahí siempre me iba a decir así: chiquito. ¿Te dije alguna vez que así me llamaba mi madre? La miré, y entonces sus ojos completaron todo. No porque fueran celestes, sino porque eran distintos: uno distinto del otro es lo que quiero decir: uno perfecto y el otro perfecto pero que no hacían pareja, no hacían un par. Así, Locura, como suena, perfectamente único cada ojo. Pedazos de cielo futuro, dos pedazos de cielos futuros distintos. Yo me vi en uno y al otro lo vi vacío y no supe en ese momento lo que estaba mirando. No le pregunté nada pero me quedé con la mirada fija en el ojo vacío, me hundí en él.

Por un momento pensé que ella podía entender mal mi mirada, y volví a bajar la cabeza. Otra

vez. Tantas veces. Ella no dijo nada, me la levantó con suavidad, con la punta de los dedos. Tomó la plata de la mano del tipo joven y me la dio. Entonces me besó. Nunca antes me había besado una mujer más que mi madre. Pero de la manera en que el Ángel me besó, cerrando los ojos y sin contener la respiración, no. Pude sentir un poquito de aire tibio saliendo de su nariz a mi mejilla, un soplo de algo más que aire, de algo definitivamente distinto al aire.

Lo que siguió después es lo que vos viviste: todas esas noches en que nos compró todas las flores, todas las caricias, todos esos tipos raros que ella mandaba sin mandonear. Hasta que pasó lo del Turco, y ella supo dónde estaba encerrado y me sacó, y lo que sabés, lo que todos saben: al Turco que se lo traga la tierra y entonces viene la despedida de ella, y esas palabras que me dijo. Te las habré dicho mil veces, ¿no?, esas palabras que algo deben tener que ver con el celeste vacío. Esas palabras con las cuales tiene que terminar la historial del Ángel del Bar, mi historia con ella, la historia que, no me preguntes cómo lo sé, pero lo sé, solo vos podés llegar a escribir.

Si estás leyendo esto es porque yo me fui con los otros, y no estoy en este mundo para buscarla. Sé que aún está por ahí. Lo sé porque lo sé. El Ángel está, ella está, y necesito que le preguntes si los pájaros sin nido que fueron mis hermanas, y los pájaros silvestres que somos y que fuimos nosotros, vamos a dejar nuestras huellas al menos en las nubes. Porque me angustia pensar que no dejo ninguna huella, Locura, Gabriel querido. Y sé que en su momento va a angustiarte más a vos que ahora a mí. También decile tu nombre, tu nombre completo. Pronunciale a ella ese nombre, y te va a decir lo que hacer.

En definitiva, querido Gabriel, ¿qué es un ángel, Arcángel? Decime. ¿Quién es un ángel? ¿Cómo es un ángel? ¿Son todos iguales? ¿Te preguntaste eso alguna vez, hermano? ¿Vos también lo sos? Yo antes solo me preguntaba lo obvio, lo que se preguntan hasta los que no intentan pensar, los seguros de todo, o los que tienen todo porque nacieron con todo. La pregunta más estúpida es si existen o no, una pregunta que se hacen los que nunca vieron un ángel, o, lo que es peor, los que nunca se dieron cuenta de que vieron un ángel. No te sientas mal por estar entre esa gente o haciéndote pasar por uno de ellos, tenías que mantener la imagen para sobrevivir. Un camuflaje para la intemperie. Pero eso es a la vez lo que te condena a seguir y seguir en ella hasta tu muerte. Y entonces te mata antes de que te mate la muerte. La puerta hacia la misericordia es ancha pero baja. Agachá la cabeza, querido hermano, para no seguir golpeándote cada vez que intentes entrar en ella. En lo celeste de ese ojo cabía la otra pérdida, y ese ojo-cielo era celeste porque la pérdida era la de otro Ángel.

Vos pensaste siempre que podías arreglarlo todo. Pero no todo tiene arreglo hermano, no todo lo tiene.

Miguel cerró el cuaderno y su mirada se perdió más allá de mi cuerpo, lo atravesó, o lo ignoró atómicamente, molecularmente. Tomé el handy.

—Alfredo, ¿me copiás?

—Demencial, le recontra culearon a la-Ariel, tan meta dormidito lo dó. Vamo dejales-acá y no vamo con Lalfre a compra morfi, cambio afuera.

—Comprá para hacer un buen asado, contá a nuestros perros y contá doble a la encargada porque debe comer como un V8 naftero, cambio.

—Okikey, okikey, cambio afuera.

Miguel tomaba coñac y hojeaba ahora el cuaderno. Cada tanto levantaba la vista y me miraba y se rascaba la parte de atrás de la cabeza. Un rato, pasó páginas para atrás y para adelante.

—Te debés preguntar cómo es que le entiendo a mi Alfredo, ¿no? —le dije.

—No, me maravillaba del amor que ese hombre siente por vos, tenés suerte, Gabriel.

—Tengo suerte.

—El cuaderno está lleno de intriga y de amor también, pero si no la buscás a ella, o si no inventás que la buscás y la encontrás, no vas a poder escribir el cuento que querés escribir. Supongo que querés escribir esa historia.

—Sí, quiero escribir la historia del Ángel del Bar luego de haber escrito una historia para la cual no te necesito.

—¿O sea que ya sabés cómo escribir? —dijo Miguel.

—No, solo sé cómo escribir "esa" historia porque se la escuché a mi Alfredo en la limusina mientras me hacía el dormido. Al Ángel ya la encontré. De eso es de lo que quiero hablarte: la encontré pero tengo miedo de que eso que creo sea una tontería.

—Pero volvé al Ángel. ¿Por qué del bar?

—Porque según Carlón fue en el bar La Jirafa donde le vio las alas.

—¿Entonces?

—Siento que haberla conocido, haber encontrado a una chica idéntica luego, haber vivido lo que viví, y, sobre todo, haber recibido este cuaderno, me hace responsable de que la historia exista. Porque es sagrado todo eso, hasta el invento es sagrado. Nunca lo que yo escriba va a ser tan bello como lo fue mi amigo, y como lo fue ella. El ángel que se prostituía en la calle y compraba todas las flores a los pibes para mandarlos temprano a casa.

—Es problema moral, entonces. Nada menos, Gabriel, nada menos. Contame lo que falta. Quién es la chica que encontraste, no entiendo.

—Yo iba en mi moto; a mil por hora por la Juan B. Justo porque mi amigo se moría y me habían avisado que quería verme, él me había mandado llamar. Te hablo de veinte años atrás, al menos. Yo estaba cansado de perder, y sin embargo las pérdidas no iban a parar, eso lo sé ahora. No podía acusar el golpe de que mi amigo se iba. Casi no lo había ido a visitar.

El sida se había llevado a más de la mitad de los míos, y el espectáculo, repetido y nefasto, de ver a esas radiografías de piel y hueso, a esos esqueletos vivientes, me retorcía las tripas. No quería verlo justo él, el más valioso de todos nosotros, en ese estado. Pesaba apenas treinta kilos

y ya no se parecía en nada a sí mismo. Por eso había dejado de visitarlo hacía meses ya. Y ahí estaba yo, a mil en mi moto hacia ese llamado, cuando la vi a ella, al Ángel; a una mujer idéntica al Ángel es lo que quiero decir. Yo iba por el centro de la avenida, por la doble línea amarilla, y clavé los frenos, más el de atrás que el de adelante, no compensé bien, derrapé, las cubiertas chirriaron pero no me caí, sé controlar una moto, bueno, cuando es controlable. La derrapada hizo que ella me mirara, que todos los que estaban ahí me miraran. Y pude ver su cara de frente. Más de veinte años después, pero igual, ¿entendés, Miguel? Subí a la vereda y me bajé de la moto. Sin casco, Miguel; a mil y sin casco. Ese era yo. Volví a mirarla y entonces no dudé: era el Ángel del Bar. O al menos tenía que ser la hija del Ángel del Bar porque era idéntica, tan perfectamente roja y poderosa. Imaginate que me di cuenta desde la moto a veinte metros de distancia, a 120 kilómetros por hora y con los ojos empañados de esas lágrimas que trae el viento y también de esas que el viento se lleva.

—Ahí aparece un poco el escritor —dijo Miguel.

—Pero esperá que te sigo contando. Sentí. La encaré, se asustó, le dije que no se asustara. Sos el Ángel del Bar, le digo. Y ella me mira. ¿Qué cosa?, dice. Ella nos dijo que vivía cerca de esta plaza, le digo. Bueno, ella que sos vos. Vos nos lo dijiste hace muchos años, más de veinte. Soy Locura, Gabriel, el amigo del Carlón. Yo tengo veinte años, señor, me dice ella. La muchacha está pálida pero yo no aflojo en las palabras, no la dejo reaccionar y sigo: le cuento que mi amigo está ya intubado, que resistía con la esperanza de verla otra vez, de que le leyera la fábula esa del barco que se va, de las huellas que nunca dejan los pájaros en las nubes. Yo tenía el libro que ella le regaló a Carlón en la mochila, porque cuando él me mandó llamar había pedido que se lo lleve, que yo se lo leyera antes de morir. Entonces, preocupado porque ella se fuera, incluso saliera corriendo, saco el libro y se lo muestro. Ella sigue cauta y rígida, pero se nota que la emociona tener ese libro hecho a mano, ese ejemplar único de esa historia única. Único porque es un libro armado de manera casera, tipeado en máquina de escribir, con dibujos en birome de colores, en Bics variadas, que el mismo Ángel hizo. Ese libro no te lo puedo mostrar, Miguel, porque fue cremado con Carlón, junto a Carlón. Entonces ella me mira: roja, roja, pelirroja. Me confundís con otra persona, me dice. No te confundo con otra persona. Y tengo un dinero en esta mochila que es para vos, para aclararte la memoria, para que recuerdes quién sos. Es un dinero que llevo un tiempo juntando. No es poco dinero, de hecho es mucho dinero, le digo. ¿Dinero para qué?, pregunta ella. Dinero para la memoria, digo yo. Solo te pido a cambio que le leas la fábula que está en este libro a mi amigo que se muere. Se muere en el Hospital Álvarez, son unas cuadras nada más. Solo que leas y te pago adelantado, te pago ahora. Le doy la mochila, ella la toma, le tiemblan las manos. El cierre está semiabierto y ella mira el interior: el sueldo que podría ganar, con mucha suerte, en un año. Un dinero juntado entre todos, dinero bueno y malo. Dinero es solo dinero, Miguel. Ella no me devuelve la mochila y es ese el momento en que le invento el ángel a mi amigo. Pero no es en verdad un invento. Y mucho menos una creación. Yo

solo había frenado la moto y había dicho “es ella”, tiene que ser ella, no queda otra que sea ella. Decidí que sea ella, es lo que quiero decir. ¿Entendés, Miguel? Mañana temprano, en la puerta del hospital, le digo, y agrego: ojalá no sea tarde. De todos modos el dinero ya es tuyo. Y confío en que va a ir tanto como confío en que no va a ir. Yo sigo hasta el hospital. A ver a mi amigo: transparente estaba. Le digo que acabo de dar con ella, y que ella es un ángel de verdad, que no envejeció, que está idéntica. Le miento más, bastante más, Miguel. Y llega la mañana y a él lo encuentra en coma. Lo habían inducido al coma. Vuelvo a salir y ella estaba ahí, en la puerta del Álvarez, temprano, tempranísimo. El libro en su mano. La acompaño y ella entra en la habitación pero yo me quedo afuera.

—¿Y entonces? —me pregunta Miguel, o creo entender que me pregunta, o necesito que me pregunte.

—Entonces Carlón muere con un ángel, Miguel. No sé si el Ángel del Bar, pero con un ángel, un Taxi-Ángel, pero un ángel. Yo espero afuera, pero en un momento entiendo que pasó el tiempo necesario y entro despacito. Ella está sentada en el inodoro, ahí en el baño contiguo, apenas iluminada por la luz del velador, sin haber encendido la luz del baño. Miro la cama, la miro a ella que me mira. Tuve que ir y alcanzarle un trozo de papel, y ayudarla a subirse la bombacha y acomodarse la falda, la pollera. Falda le diría mi amigo Carlón que siempre se esforzaba por hablar fino. Es ella, el ángel contratado, la que luego me cuenta la escena, esa escena que no pude ver y que tal vez sea la que al menos, como un cuento o como lo que fuese, necesito entender, y por eso necesito escribir: escribir para entender. Quiero escribir para que todas las muertes del mundo se mueran de una vez, Miguel. Para eso. Ya sé que da vergüenza ajena, pero o escribo para eso o sigo de gira metiéndome mierda, tomándome hasta el agua de los floreros.

—Nada menos —dijo Miguel.

—No pido más, nada más.

Ella finge ser la hija de un ángel y le lee al hombre que bien podría ser un niño y que ya, en coma, no va a recobrar la conciencia hasta un instante antes de su muerte. Ella lee y el hombre se le figura una niña ya que a ella también le han robado una madre. Trata de recordarse una actriz pero la duda es lo que reina y sostenerse en esa duda es la fe de los que heredarán la tierra. ¿Dónde escuchó o dónde leyó antes estas palabras? No entiende por qué hay tanto rencor en su corazón. Le pidieron algo hermoso, insistieron en pagarle un dinero importante, un dinero imposible que va a ayudarla, que es lo que la va a sacar adelante. Ese dinero es su mañana. Mañana. No hay mañana, piensa. Está ahí, frente a un hombre joven aunque menos joven que ella. Un hombre inconsciente que muere. Y ella hace lo que le encargaron hacer, y lo hace con responsabilidad. Con amor, porque ¿qué es el amor sino tiempo y responsabilidad? Lee y la fábula habla de un hombre que ha decidido caminar, un peregrino que eligió la pobreza, que teme que el infierno exista y el cielo no le abra sus puertas si no hace lo suficiente durante su vida. Si no hace algo verdadero de ella. La fábula es tan corriente a sus ojos pero son sus ojos los que en realidad no pueden ver lo que hay que ver, lo que está ahí para ser develado. No sabe que sus ojos fueron hechos para mirar niños, para contar estrellas. Ella no sabe que ya es un ángel; aún ni lo sospecha. Porque solo piensa en que recibió dinero, y supone eso un acto mezquino, impuro, desleal. No entiende. Mira al ser tendido en la cama y siente que él es su alma, su alma hundida en el barro. Su alma marginada, y aún no se da cuenta de que es esta la única verdad posible, la única verdad real: alguien lee y alguien muere en un mismo lugar y al mismo tiempo. Un lugar limpio, digno y aislado del mundo exterior, y por lo tanto perfecto. La vida es perfecta en ese cuarto ahora.

Lee y siente un mareo, se afloja. Es una lipotimia leve. Está dejando atrás a su ser anterior, está llevando su cuerpo hacia el cuerpo angelical, pasando de crisálida a mariposa. Lee la fábula y entonces lo recuerda, o lo entiende. No hay actuación posible ni dinero que pague el precio de esta repetición ancestral. De este universo mil veces repetido, mil veces diferente, mil veces único. Porque habrán sido decenas de miles de veces las que las madres leyeron esta misma fábula y nunca antes se había puesto a pensar en ello, en absoluto. Su madre fue de carne y hueso, su madre que fue abandono, que fue indiferencia, también en una época leyó esta fábula; decenas de veces esta misma historia de barco y de pájaros que se van. “Ángel para vos demonio para mí”, piensa ella y cierra el libro y levanta la vista.

El hombre conectado a un respirador es incapaz de escuchar, y ella no puede ver al niño en él.

Mucho menos puede ver un ángel y un milagro de flores frías. Nada de esto tiene sentido porque piensa que aceptó con la secreta esperanza de encontrar una respuesta personal, no de ayudar, y sin embargo ahora ayuda a la humanidad entera. Casi logra sentirlo en la piel, en la panza. Casi puede entender a su madre, y está a punto de poder perdonarla. “No hay camino que nos lleve a la verdad si esperamos tan solo el beneficio”, lee. Esto que dice el libro está bien, piensa. Pero no tiene sentido hablarle a la inconsciencia del hombre. No tiene sentido amar la lectura de lo que le ha hecho tanto daño. Entonces su cuerpo rechaza esa fe que estaba por forjar. Con la glotis apretada en las muelas se levanta, abre la puerta del baño y, sin encender la luz, acomoda el asiento del inodoro; se sube la pollera, se baja la bombacha y se sienta. Necesita orinar, pero no puede. Se acaricia las rodillas: su madre se lo había enseñado, su madre de verdad le enseñó a acariciarse las rodillas para aflojarse en el baño y soltar. Respira. Orina y a la vez se cubre la cara con las manos. El llanto que llora es ese que se ha demorado mucho en llorar. Ella llora con las manos sobre la cara, inclinada sobre sus piernas, justo cuando algo se descompensa, silenciosamente, en el cuerpo del hombre tendido, del niño solo, y el hombre y el niño mueren. Pero ella no los ve morir.

Y lo que no pasa, porque es lo que debería pasar, es que en un esfuerzo sobrehumano el hombre retoma la conciencia, y deslizándose sobre un tobogán de morfina abre los ojos para ver a la mujer que llora en el baño. Apenas iluminada por las luces indirectas de los focos que entran por la ventana, la leve lámpara de lectura al pie de la cama, y los verdes monitores de los aparatos médicos que edifican una catedral de luz para ese ángel que él ve llorar. El aire huele a jazmines frescos, y el hombre hermoso, el niño hermoso, con la mirada seca, sin lágrimas con que humedecer los ojos, reconoce su fe intacta y niega el espejismo. No va a jugar con algo tan íntimo, con algo sagrado. Cierra los ojos y los vuelve a abrir, tres veces, y ahí está ella, cada vez: su ángel, el Ángel del Bar, el ángel de todos a los que les rompieron la infancia, el ángel de los que tan solo conocieron el dolor, la mentira y el abuso, de los que no conocieron más que el miedo y la desconfianza. El ángel de los que como él se amparan a sí mismos, sin ley, sin religión, sin pronóstico, sin destino. Trata de levantar una mano pero no puede, intenta hablar pero tiene un tubo en la garganta y tan solo logra que un susurro suave y gutural, cálido y herido, salga de su pecho y se pierda en la distancia que abisma entre los dos. Todo esto es lo que no pasa, y ahora entonces lo que no dice:

—Algunos pájaros dejan sus huellas en las nubes —no dice.

Y entonces sí muere. Digno se muere, como tendrían que morir todos los que no nacieron nunca, y por

eso

son

eternos.

Los dos Alfredos hicieron el asado más espectacular del mundo. Había de todo y todo perfecto. Lo que más nos gustó al perro de Miguel y a mí fue el costillar de cerdo con limón y mostaza. Aunque estaba tan borracho como yo, o tal vez casi, Miguel comió como si no viera carne en meses y casi no conversó porque rara vez tuvo el buche vacío. Fue ahí que escuché la voz de su perro, clarita como el vino blanco que estábamos tomando.

—Te hace pasar vergüenza —me dijo el perro de Miguel.

—¿Me estás hablando? —le pregunté y me di cuenta de que lo hacía mentalmente.

—Sí, mentalmente, para que este muerto de hambre no se ponga celoso.

—Espero que la hayas embarazado y que tus hijos también hablen.

—Mirá que no pienso pasarte un mango, eh, de última lo mangueás a Miguel.

—Mirá el hambre que tiene, ¿qué querés que le manguee?

—Tenés razón —me dijo el perro de Miguel. Fue lo último que dijo.

La tarde se pasó entre vinos y siestas en la propia silla y más vinos y más siestas en la propia silla. Y en un momento desperté en mi habitación, con mi perra Hariel al lado. No tenía ni el asomo de la idea de cómo había llegado hasta ahí. Me sentía aún borracho y helado en medio de la madrugada helada. Ubiqué el celular y traté de comunicarme con Miguel. “No llegué a despedirme” era la frase que pensaba decirle, una frase estúpida, que no podía reemplazar el “gracias, te voy a extrañar, hermano”, que el pudor masculino o la estupidez testicular jamás me habrían permitido pronunciar.

—Prefiero que me rompan el culo a ser puto —decía mi abuelo el anarquista. Y yo ni siquiera me reía. Tardé mucho en entender cómo él me sobraba siempre.

Luego de dos llamadas fallidas apagué el celular. Me dormí y recién me desperté cuando el sol se mostraba ya pleno en la ventana que daba al horizonte, ese sol onírico que suele lucir la tierra antes de desperezarse. No me di cuenta en un principio, y cuando me di cuenta no me sorprendió ni me entristeció demasiado. Tan solo me levanté, descalzo y sin vestir, para darme una cachetada de agua fría en la cara y volver con los ojos bien abiertos a mirar el sueño eterno de mi ángel. Realmente parecía dormida, plácidamente dormida. No quise tocarla, tan solo me quedé mirándola un rato bastante largo hasta que ese sol desapareció de la ventana y calentó la habitación hasta el punto en que dejé de temblar de frío. Hariel, mi perra ángel, se convirtió entonces en la segunda mujer de las tres que yo había salido a buscar. Y si bien el viaje había comenzado como un capricho, como una impertinencia u otro de mis tantos actos de impunidad,

ahora empezaba a dejar un tendal de amor sobre el camino recorrido. Sobre el perfume del desinfectante y el de aquellas sábanas limpias descansaba una habitante del cielo.

Salí de la habitación en el aire rojo de ese ensueño de sol y siesta eterna, y golpeé suavemente la puerta de mi amigo Alfredo. Estaba despierto, los dos estaban despiertos.

—¿La viste? —preguntó mi Alfredo.

—Un poco.

—¿Te sustaste?

—No, para nada, hermano.

—Otra ve de nuevo —agregó mi Alfredo, pero no le respondí.

No era momento para la epifanía, ni para correspondencias forzadas entre un hecho y otro hecho, no quería una adivinanza ni un milagro barato como la clarividencia o la más mínima revelación o despedida del espíritu de Hariel. Hariel era una perra, el ángel más sagrado de la creación, una trotamundo, el alma y la carne eran en ella la misma esencia sagrada. Uno de los sueños de Dios que vino a ponerles fin a las pesadillas de la Tierra. La muerte plena y total le quedaba bien, la hacía hermosa. Ya no había intemperie posible que pudiera herirla. Su descanso eterno era la nota que completaba la sinfonía de haber sido la descendiente pura de aquella loba que de sus tetas hizo un imperio, luego de haber domesticado al mono miles de años atrás, decenas de miles de años atrás. Y que fingió ser ella la domesticada por voluntad propia, por misericordia, para guiarnos de vuelta al reino de los cielos.

—Fue después del acto —dijo el otro Alfredo.

—¿Qué cosa, Alfredo? —le pregunté.

—Hariel se murió apenitas terminó el acto con el otro perro, Gabriel —aclaró el hombre—, la dejamos ahí, a su lado, porque olía a limpio y a salud.

—¿Y la perra que yo vi en el asado, Alfredo?

—¿A mí también me está llamando Alfredo, Gabriel? —dijo mi chofer.

—Sí.

—Gracias.

—La otra perra.

—¿Qué perra, Gabriel?

—Ni una canina, Arcángel —dijo mi Alfredo—. Solo tuvite con el perro del Miguel del S., y nosotro, y Miguel del S. y la gorda la receción. Y no comite náa, borracho tabas muy mucho, creo lió.

—Masticabas, te lo sacabas de la boca y se lo dabas al perro de Miguel, le pedías perdón a cada rato, muchas veces.

—¿Me estás tuteando, querido otro Alfredo? —dije.

—Sí —dijo y me sacó una sonrisa—. ¿Le parece mal o prefiere como antes?

—No me parece mal, pero prefiero como antes —dije.

—Okikey, Gabriel.

Les pedí por favor que se encargasen de todo. Que buscaran un lugar bajo un sauce, mucha madera para que podamos cremarla por completo y que suba más rápido y para que yo no piense que está en un lugar a mano de las ratas o los escarabajos o caranchos.

—No quiero pensar en eso, ya estuvo ahí ella, ahora es libre, ¿no es cierto? —dije.

—Mano y pata libre —dijo Alfredo.

—Libre, sí señor —dijo el otro Alfredo.

Me quedé solo en la habitación de los Alfredos mientras ellos se encargaban de Hariel. El tiempo que pasó lo sentí como mucho tiempo; y pensé esa parva enorme de pensamientos que se fabrican solos cuando uno intenta no pensar, o lo que es mucho peor, pensar en nada. Por fin tocaron a la puerta del cuarto.

—Pase —dije.

—Etá todo lito, Gabriel —dijo la voz de mi Alfredo apenas asomado a la puerta.

—¿Ya la cremaron?

—No entodavía, pensamo que tal ve vos le queré encender la pira —dijo y continuó con algunas frases más en perfecto español, la primera y única vez que yo iba a escuchar a mi Alfredo un español perfecto.

Fue por eso que me di cuenta de que mi Alfredo estaba leyendo las palabras de un papel. Unas palabras que seguramente habían acordado decir entre los dos Alfredos. Que mi Alfredo hubiese tenido la sensibilidad de entender que, en esa ocasión, las palabras debían ser cuidadas, que debido a ello se las hiciera escribir por su amigo, mi nuevo amigo, el otro Alfredo, me hicieron flaquear y no pude contener unos lagrimones de vieja. Esos que nunca puedo contener. Y luego la risa al darme cuenta del esfuerzo inicial de mi amigo por esconder el hecho de estar leyendo, cosa que se le hizo imposible debido a que tenía que buscar luz moviendo y haciendo sonar varias veces el papel. Me hizo reír primero, y luego me hizo sentir bien, muy bien. Le dije que me cambiaba, me lavaba las manos y la cara y, en quince minutos, estaba listo para hacer lo que agradezco haber hecho.

Encendí la pira y los dos Alfredos se repartieron la lectura del resto de las palabras emotivas que juntos habrían compuesto. Y ella, mi Hariel, transmutada en humo alado y gris, ascendió completa hacia el celeste del día. No hubo milagro más que el milagro de los peinados y los botones. Los vi pero tardé bastante en entender la belleza de la visión. Mis dos amigos, ese dúo hermoso de Alfred y Alfred, se habían peinado a la gomina y con raya al costado. También se habían abrochado todos los botones de la camisa, hasta el último, el de más arriba del cuello. Mi Alfredo cogoteaba como perro con la correa muy justa. Pero resistió estoico y no se desabrochó el botón. Entonces me di cuenta de que mi otro Alfredo tenía una pequeña plantita en una maceta que apenas ocupaba la palma de su mano izquierda. La sostenía como quien sostiene la eucaristía antes de comulgarla: con la mano derecha debajo en señal de extremo cuidado.

—Es para señalar el lugar —me dijo. Y el fuego encontró su cauce: el cause de la vida siempre.

Volvimos al hotel y mi Alfredo le preguntó a mi montaña cogedora cuánto se debía por la madera, ya que era madera para construir una cabaña o un galpón, mucha madera, buena madera. Mi montaña cogedora, al borde de las lágrimas, hizo señas de que nada. Un poco por amor, supongo, pero estoy seguro que otro poco por su evidente habilidad comercial ya que se había dado cuenta de que yo pago mucho más cuando menos me cobran.

El asunto nos había agotado y, olvidados del alcohol, de la comida y de las drogas, nos metimos en las habitaciones. Le pedí a mi Alfredo que me nutriera un poco de esas cosas de frigobar pero que quería estar solo; y que cada uno de ellos se quedase donde quisiera pero que a la hora de dormir lo hiciéramos con las puertas de las habitaciones entreabiertas. Así, tal vez, pudiésemos decirnos frases de puerta en puerta.

—¿Y lo hand-movi, Gabriel? —me dijo mi Alfredo.

—Hoy estamos de duelo; todo apagado, por favor —dije.

—Okikey —dijo mi Alfredo y fue a buscar mi pedido.

Tardó como una hora. Supuse que había ido a ver y remover los restos de Hariel. Y supuse bien, ya que me los trajo en una cajita de cartón, fabricada por él al parecer. Y también me trajo de todo para comer: dos hamburguesas, papas fritas chips, una porción enorme de flan mixto, chocolates, tres latas de Coca-Cola, tres de cerveza, un vino de media botella y cinco petacas de whisky. Todo en una canasta de mimbre onda primer premio de la rifa familiar de la escuela número 10 Ricardo Gutiérrez del Viaducto.

—¿Son las cenizas de ella de verdad? —pregunté cuando me dio la cajita.

—Son zinzas del fogata, Gabriel, es lo simbólico no é ma que-eso del simbolimo.

—Claro, gracias.

—¿Sabé poqué le tardé? ¿Sabé la tele quien motraba?

—Decime, Alfredo.

—Al-oco ese del cepilio del diente, personaje ese letricista.

—¿De verdad? ¿Y por qué?

—É bombero, ¿vo sabía qués bombero? Salvó minita de morí quemada la casa, en Morón. Qué cara e loco tiene, eh.

—Casi lo mato —le dije.

—Casi le matá o te mata eli, é fortachón el demencial ese, Demencial.

—Sí, pero me volví loco.

—Demencial, podemos quedarno el dúo de lo Alfre un ratito con vo, le dije al Alfre que encontrá a la Hariel fue milagro, y él me contó una cosa de su abuelo padre de su padre que leplicó lo que era de verdad milagro, y el tipo no creía en Diosito Padre Hijo Espíritu. Me gutaría que vo le oigá.

—¿Querés que me lo cuente?

—Sí.

—¿Y cuenta bien una historia?

—Trambólicamente.

—Esta vez sí que no te la entendí, amigo, ¿qué dijiste?

—Quiere decí sopilante, del mejor, la inventó el Miguel Yeison la palabra.

—¿Michael Jackson?

—Sí, linventó.

—Esa sí que está buena, Alfredo. Mirá, mejor voy yo al cuarto de ustedes, me acuesto, me tapo, y Alfredo chofer me cuenta el cuento. ¿Hay tres camas, sí?

—Sí. Criaturita so vo pa nosotros, Demencial.

—Criaturita, sí —dije.

—Lió dije misma cosa.

—Che, ¿de verdad sacaron al loco ese en la tele?

—Verdá verdadera, ponele que-entoavía debe tar ahí.

—Mañana nos vamos Alfredo, nos vamos a Colón y sin titubear volvemos para buscar la ruta a San Nicolás.

—Como vo quierá Demen, como vo quierá. Pero tuve revisando y alguno pueblo le están cerrando por el viru. Parece que dacá pa delante ruta vas-tar podrida, hay que escapale con otro permiso pal lado del provincial 188. Ahí no controla niel-loro. Al menos a el Santo Nicolá y al librería de mi comadre liegámo.

—Lástima, hermano, quería ver a don Blanco. Pero bueno, lo que sea, hay que llegar a Rosario. Ruta provincial 188, entonces. Y ahora dejame solo, en un rato voy y me cuentan eso de los milagros, coman algo porque hasta ahora el único milagro real es que no te dio una úlcera con tanta merca y escabio en la panza vacía.

—Tené el razonamiento, Demencial.

—La razón, Alfredo.

—Lo que digo, Demencial.

—Ahora miro un rato la tele, al loco del cepillo de dientes bombero —dije.

—Bombero loco —dijo Alfredo.

—Tenés razón —dije yo—: bombero loco.

Encendí el televisor y ahí estaba: el loco del cepillo de dientes, una persona que metí en mi casa y que realmente me asustó. Lo miraba en la tele, sentado en el umbral de una casa

parcialmente incendiada, rodeado de gente y de lejos nomás se notaba que tenía la tapa de cilindros mal sellada.

Desde lo que me había pasado, antes de la gira descomunal prepandemia, y de este posterior viaje, yo había organizado un grupo de lectura al que le había puesto por nombre Ella. Aprovechando cierta popularidad que mi blog de lector me había dado entre muchos visitantes, se me ocurrió la posibilidad de salir de ese ostracismo al que siempre tiendo. La gente se juntó enseguida y tuve que armar dos grupos Ella. Lo raro es que nunca nadie me preguntó el porqué de tal nombre, y de preguntármelo yo tenía en claro qué contestar: “Por el cuento de Onetti, más vale”.

El desde este momento bautizado Bombero Loco y yo tuvimos el primer problema antes de que él entrara a mi casa. Tocó el timbre de mi puerta veinte minutos antes del horario acordado. En casa de una persona como yo eso es un acto de una absoluta inconsciencia. Si bien ese fue su error, no tuvo la culpa en el hecho de que yo, desde dos noches atrás, me había estado drogando y emborrachando bastante, y apenas entendía ya el sentido del día. Mucho menos podía entender en qué momento de mi narcotizada vida se me había ocurrido armar un grupo de lectura. Igualmente había logrado pegar un ojo durante tres o cuatro horas, el problema era que no había logrado pegar el otro ojo y estaba un poco nervioso tirando a muy nervioso, tirando a enloquecido. Entonces suena la alarma media hora antes de la reunión, despego el ojo que había logrado pegar y me levanto. Muy acalambrado, busco una banana para comer porque también podría ser para no comer y metérmela en el culo, pero en este caso era para hacer como hacen los tenistas después de drogarse dos días seguidos y haber pegado un solo ojo: recuperar el potasio. El potasio es un elemento importante para evitar calambres, aunque también debería hacer ejercicio, vivir más cerca de la naturaleza, más cerca de mis hijos, con alguien que me cuide y en una relación estable; es lo que dijo el último médico que consulté: el quinto médico al que dejé hablando solo por pelotudo.

Entonces suena el timbre y yo campaneo el reloj de la cocina pero no logro leer la hora ya que un día, en afán de hacerme el Andy Warhol, con el objetivo de cogerme a una de las minas sensibles de esas que entran a mi casa con el objetivo de compartir un sentimiento común y que rara vez están buenas, le había sacado las agujas de la hora y del minutero dejando solo la del segundero, para intentar “vivir cada segundo como un continuo presente”. Claro, además del objetivo genital, hay que sumarle que lo hice en otro de esos momentos de euforia narcótica, momentos en los cuales yo vendería la obra completa de Faulkner para comprar un libro de Osho, no sé cuál, tal vez ese en el que cuenta su transformación de Sigarca a Osho.

—Hola, ¿quién mierda es? —grité.

Y al no oír respuesta alguna, ya que los hijos de puta son consecuentes con su hijaputez, atravesé la casa y abrí la ventanita de vidrio de la puerta. Ahí estaba, un desconocido, quién carajo, quién mierda, un pedazo de ser que no tiene otra cosa que hacer que tocar el timbre en

esta noche tan oscura justo unos minutos antes de anochecer y que se haga aún más oscura, y justo a mí que solo pienso en ella. Y ella no está, pero no como esa canción de orfanato para viejos que se cagan encima, sino que ella no está de verdad. No está para siempre.

—¿Vos sos Gabriel Reyes, el del grupo de lectura Ella? —dijo entonces el cuervito de Poe.

—Never more —contesté.

—Jaja, leí el poema, ¿es la lectura de hoy en Ella?

—Sí, pero Ella no está, se fue al cementerio, fue a visitarse a sí misma y no va a volver al menos esta noche.

Creo que dije todo eso en algún orden desconocido de la gramática española querido rey, perdón, perdón, perdón.

—Soy el chico que estudia astrofísica, el que empezaba hoy en el grupo de lectura Ella. Leí el cuento de Carver que usted le propuso al grupo —dijo al menos sin tutearme.

—¿Y por qué no decís tu nombre? ¿Te ocultás de la ley? Acabo de llamar al 911.

Pero enseguida me desdije, tampoco era para tanto:

—No me hagas caso, jamás llamaría al 911 ni por el toque de un astrofísico cómplice de la NASA y que a esta altura debería saber bien que vivimos en un lote plano y estacionario que flota en un mar de pelotudos anónimos.

—Llegué veinte minutos antes —dijo.

—Me di cuenta, Albert, el tema es que vos no te diste cuenta de que veinte minutos antes en mi vida es la diferencia entre el éxito comercial y lo que estás viendo ahora.

—¿Estabas leyendo? —me preguntó.

Lo miré. Pensé que era un pibe tierno, peladito al ras, con ojitos de huevo a lo Francescoli, y que en ese momento podría haberle metido, o hincado, como diría mi Alfredo, un tenedor libre en el medio de la glotis y dejarlo ir al hospital en Uber. En el asiento delantero, más vale, para que no se enojen los tacheros gorilas amigos de la Justicia cuando justo les conviene, enemigos de Perón y de Cristina.

—Estaba por hacer caca, que es muy difícil en estos momentos para mí ya que acabo de hacerme una vaginoplastia, pero no para reemplazar el irremplazable pene, sino en reemplazo del ano, y estaba por hacer la primera cacona vaginal de la historia de la humanidad. ¿Querés transmitirlo en directo por amateur puto tevé?

Cerré la ventanita de un golpe:

—El grupo es a las 20, si no viene ninguna mujer que esté buena no se hace —dije sin verle el rostro que acababa de cortarle.

Me metí en la bañadera, cambié la dirección del agua de ducha a canilla de abajo, me lave las partes y salí.

—La puta madre —grité—, ¿por qué carajo me dejaste solo en este valle de lágrimas ajenas?, estos llorones de mierda parecen escritores uruguayos, ¿qué mierda hacen en Buenos Aires? ¿Por

qué no van al grupo de lectura del Conde de Lautréamont?

—Basta, Gabriel, basta de decir cosas hirientes que te hieren.

—¿Sos vos? ¿Sos vos?

—Soy yo, sí. Si a vos te gustan los escritores uruguayos.

—Sí, me gustan. Y Carlos María es mi amigo, y lo quiero.

—¿Y Nelson?

—Sí, ese es mi hermano, y escribió *Resaca* justo para mí. Aunque me robó el título de mi biografía.

— ¿Por qué hablás así? ¿No te das cuenta lo que hacés?

—Perdón.

—No pidas perdón.

—Siento vergüenza de lo que dije.

—La vergüenza no existe, Arcángel.

—Sos vos, lo sé. Nadie más en el mundo me dice Arcángel a secas, bueno, Andrea, pero Andrea no está, como vos que no estás y por lo tanto las dos están todo el tiempo. Por eso escucho tu voz, por eso te escucho decir Arcángel a secas aunque tengo las bolas mojadas y por lo tanto no secas, tenés que ser vos.

—¿Ves a lo que me refiero, Arcángel?

—¿A qué, hermana, a qué, hermanita, a qué, hormiguita viajera? No entiendo.

—A que te ponés maleducado.

—Escatológico, hermanita.

—Maleducado, y a mí no me gusta porque así te vas a hundir más.

—¿Más quiere decir que ya estoy hundido? ¿Qué tiene de malo la palabra bolas?

—Nada y todo. Y no estás hundido, te estás queriendo hundir, por eso tratás mal a los demás.

—Los demás me tratan mal, dicen infamias de mí y soy más bueno que alguien, seguro más bueno que alguien soy. Y más lindo que alguno también.

—Arcángel, el chico tocó timbre antes porque está entusiasmado, como cualquiera puede estarlo. Tolerá un poco el dolor, bañate bien, querido; yo voy a descansar un rato.

—¿Un rato?, no me mientas, hormiguita, ¿qué rato ni rato? Pará. Por algo le dicen “descanso eterno”. Hola. Hola. Bueno.

Abrí la ducha de arriba. O sea, la ducha. Yo solo me baño cuando una mujer me lo pide. No me gusta el agua. Mucho menos me gustan las piscinas, no quiero que me entre en las orejas el agua que a otro y a otra le acaba de enjuagar el culo. Me duché de todas maneras. Fueron menos de tres minutos pero que lograron despejarme. Sin embargo no podía todavía acomodar los sentimientos de esa conversación fantasmal entre ella, exactamente ella, perfectamente ella, y yo, cuando volvió a sonar el timbre. Terminé de secarme, miré el mismo reloj sin agujas para ser consecuente en eso de repetir los mismos errores buscando resultados diferentes, cosa que a

veces me sucede, muy de vez en cuando, pero no tan lejanamente como habría de esperar una persona normal.

Una persona normal. Pensé en eso mientras trataba de hacer eterna mi llegada a la puerta de calle. Normal. Para mí una persona normal es lo mismo que lo que para todo el mundo es una persona normal. Alguien que va a trabajar a una empresa en la cual, en breve tiempo, le van a ofrecer el retiro voluntario, y que al momento de cobrar un fangote de guita en vez de viajar por el vasto mundo o gastarlo en putas, falopa y alcohol, va a seguir el consejo de su mejor amigo, ese que se coge a su mujer cuando él no está, y va a poner un "negocio". Un maxikiosco 24 hs que lo tenga bien ocupado para poder seguir bombeando sin problema la vagina de su mujer, y para terminar de perderlo todo de la manera más humillante. El maxikiosko se va a llamar Mi Esperanza, que es lo que nunca se pierde. Para todo lo demás existe Mastercard.

Volviendo: me puse unas bermudas de jean sin calzoncillos y descalzo y en cueros fui a abrir la puerta. Era él.

—Son las ocho, ¿puedo pasar?

Lo miré, buscando la mínima gozada. De haberla visto en su cara pálida lo habría ajusticiado ahí mismo, pero el tipo realmente lo decía con respeto. Y ahí me tendría que haber dado cuenta de que era un perverso respetuoso que guarda un rencor inconsciente y un arma asesina en algún lugar de su ropa impecable. La cosa era evidente, ya sé, ya sé, pero no la vi.

Lo hice pasar. Le pedí que esperara en el sector en el cual nos reunimos ya que yo iba a terminar de cambiarme, me dijo que no había drama. Es un ambiente bastante amplio de mi casa en el cual están la biblioteca grande, otra biblioteca mucho más pequeña de libros que estoy leyendo en el tiempo que corre, un piano de cuarto de cola como tapando la biblioteca y evitando el acercamiento de las personas que roban mi colección de piedras y algún que otro casco de la F1 en miniatura de una colección que jamás termino de completar. En cuanto volví no vi al tipo en el lugar en el cual lo había dejado. De golpe entra desde el hall trayendo en las manos un retrato de Roberto Arlt, regalo de un amigo, que está en un lugar especial del altar destinado a la memoria de todos mis muertos, altar donde está el retrato verdadero de Andrea ensangrentada, altar donde aún no está el retrato de ella. Porque ya voy a tener tiempo de hacerlo si total abundan los muertos queridos y mucho más los queridos por morir; o mejor dicho, lo que más abunda en mi vida son los muertos que no murieron aún: o mejor que mejor: esta vida abunda de muerte y la muerte no se reafirma en los muertos que mata sino en la cara de los futuros matados que ha dejado respirando tan solo para sufrir y vivir sin muerto. Me enredé. Creo. No sé. No me importa.

Lo miro fijo.

—Este tipo es un capo —dice entonces el futuro Bombero Loco, retrato en mano.

—Sacaste el cuadro de un altar, un altar sagrado —le digo (y me es necesario abandonar este presente circunstancial y volver al pretérito desde el cual voy a tener una mayor perspectiva):

—¿Creés en la Navidad? —me preguntó.

—Hasta este instante creía.

—¿En qué crees?

—En el infierno —le dije, y recién en ese momento me di cuenta de que, al responderle, me estaba dejando vencer por él: le respondía en vez de asesinarlo—. Universo, una fuerza universal, eso creo yo, interminable y cada vez más abarrotada de boludos e hijos de puta y si no querés sumarte a la lista que un día empezó y jamás va a terminar, te aconsejo que pongas ese cuadro en el lugar exacto en el que lo encontraste.

—Sí, cómo no, disculpemé profesor —me dijo.

Profesor, me dijo profesor, ¿oíste eso, hormiguita?, ¿te das cuenta de que tengo que recurrir a la violencia? Este tipo seguro que les canta canciones de Spinetta a los hijos de sus atormentadas novias maestras jardineras. ¿Te das cuenta hormiguita de que es un hijo de puta? Mejor me voy a la cocina, hago de cuenta que me preparo algo calentito ya que estoy calentito casi asesinito.

Me voy a la cocina pero él insiste y grita, no muy fuerte pero claramente grita.

—Che, ¿vivís con tu hermana?

—Sí, ahora viene. Está arriba.

—La casa esta es enorme, ¿no?, ¿tiene piso arriba?

—Sí, pero ella está muy arriba, en el piso más alto, ¿entendés?

—Ah, sí, lo leí en tu Facebook, perdón, está muerta, ¿no?

Vuelvo de la cocina hecho una tromba y digo:

—Sentate y cerrá el culo por favor que ya llegan los demás.

Y vuelta a la cocina a calentarme lo calentito: está muerta, está muerta, está muerta, desde la cocina pude oír cómo insistía con la palabrita “muerta” aunque no podía ser, no escuchaba la otra parte de la frase. Debió ser el eco de mi cabeza hueca. La voz del hijo de un millón de putas al cuadrado que yo tenía ahora frente a mí o para decirlo mejor en la cocina o sea no tan en el frente ya que él no estaba en la cocina pero que para el caso es lo mismo se me estaba instalando como un virus en la cabeza. Violencia, sí, del latín *violentia* (esto lo aprendí de la película *Gladiador*, de un afiche). Volví para clavarle algo en un órgano vital pero no pude o perdí el impulso al pasar por el baño en donde ella me había hablado hacía nomás un instante. Lo miré fijo tratando de poner cara de asesino.

—Perdóneme, sé que no le gusta, pero permitime decirte que lo siento mucho, Gabriel.

¿Qué contestarle? ¿Sabés que no me gusta pero igualmente lo decís? ¿Decís “permitime decirte” y lo largás de una sin que te diga si te lo permito o no? ¿Qué es lo que sentís? ¿Qué? La vas a sentir cuando te diga lo que pienso de la bosta que seguro escribiste sobre el cuento de Carver que mandé leer en vez de mandar cagar. Vas a opinar sobre Carver y cuando yo te diga lo que pienso de tu opinión bostera, porque ya me di cuenta de que hacés yoga, y sé que sos budista, hijo de mil putas, y sé que saludás con una reverencia a los profesores de alguna de esas

mierdas orientales confundiendo a los chinos con los japoneses, y sé que la muerte no te lleva ya que ella deja a las personas como vos acá en la tierra para cagarnos esta vida, vida que está cagada desde un principio porque apenas llegamos nos dan la cachetada en el culo y nos cagamos encima. Y podría seguir, no por inteligencia, sino por la simple condición de que no puedo parar cuando arranco.

—Por favor —le dije por fin—, si me vas a tutear tuteame siempre, ¿está bien?

Sonó el timbre salvador: mis otras participantes, a quienes tanto yo quería y a quienes tanto necesitaba en ese momento, venían al rescate. No podía rajarlo porque yo cobraba setecientos pesos la clase inicial y quería sacarle la plata. El futuro Bombero Loco dice entonces que tiene un grado de celiaquía. Por suerte yo estaba consumiendo cocaína y eso hacía que cuando bajaba, y de manija total, me metiera tanto alimento repleto de TACC que mis reservas federales de tejido adiposo habían crecido considerablemente. No soporto a los pseudocelíacos. Al celíaco real lo respeto si es de respetar, y esto es en el diez por ciento de los casos como en toda la soberana humanidad. Pero al que me dice que tiene “un grado” de celiaquía o simplemente que cada vez menos tolera las harinas y sobre todo si usa la palabra en plural y dice “harinas” en vez de “harina”, me pongo tan intolerante que me voy transformando en la Siberia del Trigo Candeal y genero y fabrico intensamente ese elemento químico gaseoso que tratará de eliminarlo de mi vista para siempre.

Pero el tipo este estaba ahí. Y llegan todos y hacen la compra en el chino y viene la lectura y la ronda de opiniones y entonces pasa lo peor. El futuro Bombero Loco levanta la mano y dice que trajo algo propio y que nos lo quiere leer.

—No es taller literario —le digo.

—Pero me gustaría leerlo —dice él.

Y yo, vencido, no encuentro respuesta.

La lectura es abominable, es como si Pie Grande hubiera decidido ser bailarín clásico: son sucesiones de pasos desafortunados que todo lo pisotean, eructos de materia fecal impresos sobre una delicada hoja blanca. Por ejemplo, a la mujer que ama le dice: “Lo que me cojo”; no “la”, sino “lo”. Y ahí mi cabeza se desata, mis oídos se desenchufan, y lo dejo terminar sin terminar de oírlo. La cara de las participantes del grupo es indescriptible.

—¿Qué te pareció? —pregunta.

No “les”, sino “te”. Y yo se lo digo.

—Me pareció un texto repugnante que no entra en ningún parámetro de la diversidad sexual tan libre de estos tiempos de extraordinaria revolución feminista. El texto demuestra a las claras que podemos ser mil cosas con respecto al género y a la sexualidad porque lo que es en otros aspectos podemos ser una sola cosa: los otarios de la clase dominante, los chupapijas de la patronal, los reyes de la gansada en un mundo donde triunfan los imitadores de Elvis, los cantautores de mierda, los escritores de optimismos espiritualosos y los cineastas duros que

muestran muerte y violación, sexo y droga, y lo único que se privan de mostrar es una mínima pizca de algún tipo de talento. —Eso dije.

En medio de la escupida de veneno, un vómito me sube por la garganta. Pero lo dejo en el buche y logro saborearlo un rato largo antes de volver a tragarlo.

—Gracias, profesor —dice el hijo de puta futuro Bombero Loco y ya no lo corrijo porque estoy vencido, y entonces él no sabe, no puede saber, nunca va a entender en realidad, este odio que crece dentro de mí y que nada tiene que ver con él, porque él no tiene la culpa de todas las cosas que pasan, que me pasan. Apenas descolgó un cuadro, apenas dijo "profesor", apenas dijo la palabra "muerta", apenas rozó tu nombre o el nombre de ella aunque cuando digo ella o vos me refiero a la misma persona. No. Yo comí un poco más de la cuenta antes de llevar la comida a casa. Yo me distraje durante ese falso crup. Y un segundo más y no la contabas, y aunque ahora no la contás, querida hormiguita viajera, habría sido peor, me habría privado de cuarenta años tuyos, los cuarenta años que te tuve, pero cuarenta años no es nada es febril la mirada errante en las sombras te busca y te nombra. ¿Yo te busco y él te nombra?

—Él casi me nombra, Gabriel —dice ella—, casi.

—¿Estás llorando, hormiguita? No, por favor, ¿otra vez te hago llorar?, ¿qué hice, yo?, ¿qué hago?

—¿Me habla a mí, profesor? —dice él.

¿Sabés profesor de qué soy yo?, pienso pero no le digo. Aunque tendría que habérselo dicho y tal vez se lo voy a decir, se lo estoy diciendo, mucho después, ahora, cuando Dios suelte el primer jinete del Apocalipsis, el que ya soltó, y yo vaya a hacer este viaje, este mismo viaje que hago, y logre llegar hasta el final, contra viento y marea, un viaje a contravención, un viaje real a la irrealidad, un viaje al centro de esta noche tan oscura.

—No hagan críticas —digo, entonces—, todo esto es en vano.

—¿Puedo ir al baño, profesor? —dice él, vencedor.

—Sí, hijo —le digo—, ve al baño pero por favor no hagas el número dos en mi casa.

—No, de ninguna manera haría eso, profesor.

Y eso debió haber sido suficiente para que yo me diera cuenta de que el futuro Bombero Loco tramaba algo, de que algo maligno iba a hacer. Y nomás fue, entró y se demoró más de lo corriente, las entrañas me lo anticiparon. Salió del baño y vi algo nuevo en su sonrisa, una especie de brillo malicioso, y lo confirmé: acá hay gato encerrado, pensé. Y de haber estado ya en mi amada Rosario con mis queridos rosarinos podría ver eso como normal. En Rosario gato encerrado es gato adobado y el domingo, cuando ya se le fue la catinga, con tomate y rúcula y parmesano: gato morfado. Es riquísimo el gato a la parrilla, soy el más rosarino del mundo en eso.

Pero en ese momento no pude identificar lo que había sentido al verlo salir del baño. Todo siguió con tranquilidad y hubo otras lecturas, otros análisis, y yo terminé, cobré la cuota, la gente

se fue. Llamé al puntero, me drogué, desenchufé y bloqueé internet y me metí en el baño a pensar en voz alta con la ilusión de escucharla de nuevo.

—¿Estás acá?, ¿cómo te puedo nombrar sin decirte el nombre?

—Como vos prefieras, Arcángel.

—¿Será un delirio de la droga y del alcohol escuchar tu voz?

—Es probable, hermanito.

—No, no lo es: sos vos.

—No, sos vos.

—¿Por qué solo hablás en el baño?

—Es que suena lindo, yo siempre pensaba en el baño, entre los azulejos que vos me regalaste.

—Tenés que ser vos, hormiguita, nadie haría algo tan descabellado.

—Tenés razón, soy una loca.

—Sos, ¿viste?, nada de eras.

—Bueno, está bien, Arcángel, como quieras.

—No voy a llamarlo "el hijo de puta" para que vos no te enojes, ¿ok? ¿Qué hizo este tipo en el baño? Número dos no hizo, fue poco el tiempo y me daría cuenta enseguida. Para número uno fue demasiado tiempo, o sea: tardó poco para el número dos y mucho para el número uno. Salió sonriente, ¿qué hay en mi baño de distinto?

—Todo, mi Arcángel, como cada día, o cada momento. No tenés ningún orden particular, ni en el baño ni en ningún otro lugar de la casa.

—Ni en la vida, ¿no?

—Tampoco, pero en la vida fuiste mi Arcángel.

—Vos la luz de mis ojos, ahora no hay luz, ¿todavía tenés ojos?

—No te metas en ese lugar.

—¿Por qué no?

—No me metas en ese lugar.

—Bueno.

—Están los otros chicos también.

—Chiques, hormiguita.

—Basta, Gabriel. Tus hijos, a tus hijos me refiero.

—Christian y Bruno son hombres ya.

—Está María con su fervor acuariano.

—Fervor acuariano, sí.

—María, Arcángel.

—María del Rosario, hormiguita.

—Mi Arcángel.

—Soy, ¿no es cierto que aún lo soy?

—El chico ese no hizo nada, solo quería tu aprobación, solo quiere tu aprobación.

—Si no soy nadie.

—Lo que escribís en tu blog alcanza y sobra para que algunos, no tan pocos, te vean, mi cielo. Vos conocés tu destino, solo que no te animás a dar el paso.

—Desde ese día.

—Desde ese día.

—No puedo. Todos dependen de mí, siempre dependieron de mí. Ya sabés, desde chico. Es un peso pesado todo eso, pero hasta acá lo cargué, ¿no? Solito lo cargué, ¿no?

—Solito mi Arcángel.

—Arcángel es más que ángel.

—Es distinto. No te metas eso en la nariz, no me gusta.

—Él siempre va a ser más que yo, ¿no, hormiguita?

—Distinto, dejá esa memoria en paz.

—La ley del Ángel no debería regir al Arcángel.

—La ley de la ferocidad es la única que no debería regir sobre nadie.

—La ley de la ferocidad, sí. Está lejos de ser una ley.

—No es el más fuerte el que me asusta, el que siempre me asustó es el más feroz.

—¿Soy yo?

—...

—Hola.

—...

—¿Soy yo el que te asustó siempre? ¿Soy yo más feroz de lo que fuera él? Hormiguita, ¿podrás responder?

Tiré la cocaína que me quedaba, tomé lo poco de la botella que me quedaba, entre fantasmas y dolores estomacales producto del mal origen de mi medicamento: un origen despreciable peor que mi enfermedad. El impulso de un llanto fuerte me abordó tres o cuatro veces. Transpiré, resistí, y no lloré nunca. La soledad en la noche, si todo esto se soporta sobre el pecho no deja de tener un resto de dulzura, un sabor residual de azúcar quemada, de caramelos partidos entre los restos de las muelas partidas. El bruxismo boliviano trae el dulce sabor de la sangre que brota del manantial de las encías. Eso, eso.

De golpe comencé a bajar, y fui quedando en un estado alfa o en un nirvana sin la necesidad de la voz melosa de una profesora de yoga ni su hermoso culo que uno no puede mirar porque sería sacrificado o quemado en la hoguera por mirar culos que se agachan y se abren a diez centímetros de tus ojos. Hundido, me dispuse a repetir el mantra de una canción de cuna hasta el amanecer sin remedio y sin rencor. Pasaron horas sin ver, sin pensar, sin hacer nada, dormir era imposible. La noche es larga cuando la medicación es absurda. La noche es eterna cuando el que desmiente su estado de angustia genera una angustia artificial, paralela a la real, con tal de no

mirar de frente lo que tiene que mirar de frente porque no nació con ojos capaces de tal fin pero tampoco nació con anteojeras. Tiene ojos para los defectos ajenos, tiene ojos para la estupidez cotidiana, para las partes erógenas de las mujeres reales e imaginarias, pero no para guiarse en la oscuridad. En vez de eso camina hacia el muerto en la muerte muriendo a cada paso. Y de frente a una fosa sin fondo visible, canta y canta y canta pero no logra ver nada porque nada es el todo que lo rodea.

La semana pasó entrando y saliendo del baño, hablándole al fantasma de ella, o hablándole a mi fantasma de ella, pero no me respondió ni una vez. Casi no pude dar con la voz de mi hormiguita viajera y supongo que fue a causa del bajo consumo de sustancias. Llamé por teléfono a las participantes del grupo preguntándoles qué pensaban del incidente. Lo extraño fue que la mayoría respondió lo mismo: "¿Cuál incidente?". Estaban tan solo enojadas por esa cuestión de género, porque el texto era a las claras machista. Ninguna pudo ver que el peligro era aún mayor que unas simples páginas machistas, que unas páginas descalificadoras de la mujer, de la mujer del Bombero Loco, en verdad, ya que en él no había ninguna conceptualización, tan solo una anécdota mal narrada, desprovista de eso que hay que tener y que muy pocos tienen: literatura.

Yo estaba seguro de que en el baño había pasado algo raro, y estaba decidido a comprobarlo. Ideé una trampa sencilla y la misma tarde de la siguiente reunión la dejé bien tendida. También me ocupé de estar entero. Sin sueño ni resaca, nada del bajón de haber abandonado un día antes los hábitos malsanos. Me sentía bien. Bueno, una manera de decir. Llegaron todos, pasamos a la lectura de "El nadador", de John Cheever, y luego el futuro Bombero Loco me pide nuevamente ir al baño.

—Dejame ver que no falte papel ni nada —le digo.

La verdad es que quería revisar si la trampa que le había puesto estaba en su lugar. Me encerré en el baño, volví a repasar la pileta con una rejilla, a secar el jabón y a oler la toalla azul oscuro que delataría una posible mancha de semen o virtual escupida. Todo estaba en su lugar y salí del baño.

—Está todo bien —le dije—, pasá tranquilo.

El ser en cuestión pasa y yo me quedo esperando afuera. Hago como que me voy, más vale, exagerando el ruido de los pasos que doy en el mismo lugar, lo mismo que les hago a mis perras antes de salir para sorprenderlas en el acto de robarles la comida a las gatas. Los otros participantes (las otras) me miraban caminar en el lugar y hacer la seña de silencio de la foto esa de los hospitales, la de la enfermera esa que es igual a Tita Merello y que yo siempre pensé que realmente era Tita Merello. Se rieron: están acostumbradas a que haga este tipo de cosas.

Mientras esperaba a que el futuro Bombero Loco hiciera lo que Dios sabía que estaba

haciendo pensé en las piernas de Tita Merello, yo me había masturbado muchas veces pensando en las piernas de Tita Merello, también con el culito de Mirtha Migral en esas películas de teléfono blanco. Las imaginaba fiesteras y faloperas a más no poder. A Mirtha la imaginaba sado y perversa, cosa que se comprobó luego de su muerte antes de la etapa de momificación de su cuerpo y resurrección de su carne en un ritual del tipo López Riega a Perón pero que en ella dio resultado, para mal del pueblo, y la pusieron a morfar con la gente y a conspirar a favor de los masones-sionistas-jesuitas dueños de la voluntad de los habitantes de esta torta frita llamada Tierra. Pero qué pajas, Señor, qué pajas me había hecho yo con la única de las hermanas Migral que sigue joven.

De golpe la luz del baño se apagó pero el movimiento adentro continuaba. Yo no podía ver lo que él hacía porque los cuatro vidrios de la puerta son bien esmerilados, y al apagarse la luz de adentro quedé un poco en evidencia: seguro el futuro Bombero Loco podía ver mi silueta. No me quedó otra que actuar y actué rápido. Golpeé la puerta.

—¿Te falta mucho, papá?, me estoy meando —dije— (Qué estarás haciendo en lo oscuro, hijo de un millón de reventadas putas, fue lo que no dije.)

No contestó pero abrió la puerta. Sonreía, y el olor a dentífrico llegó hasta mi nariz delatando su canallada. Entonces se lo digo:

—Esperame un segundo —le digo.

Te acabo de cagar, excrementito, pienso y no le digo y entro al baño iluminando mi razón agradeciendo a mis tripas por ayudarme a negar la cabeza progresista que hace al mundo un mundo peor.

—Me usaste el cepillo de dientes, ¿no?

—No, profesor, tengo el mío —me dice y su blancura facial repentina delata la lipotimia que a su vez delata la falsedad de todos los hijos de puta del mundo.

—Mostrameló.

—No me haga hacer eso delante de las chicas, profesor —me dice.

—No soy ningún profesor, soy solo un anciano senil, odontólogo y bastante asesino. Mostrame el cepillo de dientes o decime la verdad porque si me mentís te voy a tener que cagar a trompadas y como soy adicto y bipolar voy a terminar de pegarte cuando tu cabeza sea una morcilla por dentro y no haya cirugía reparadora de mierda que logre que vuelvas a escribir la bosta que escribís para toda la alegría de la gente —todo eso le digo. Tal vez más. Tal vez de peor manera.

—Lo tuyo es discriminación y violencia —dijo.

—Mostrame tu cepillo de dientes y te vas al Inadi tranquilo.

—No puedo hacer una cosa así —me dice.

—Porque no tenés cepillo de dientes, ¿no es cierto?

—Porque no lo tengo acá.

Y en ese momento escucho la voz de ella pero la desoigo.

—Con vos no hablo, hormiguita —le digo—, yo soy el mayor, no es algo que les incumba a mis fantasmas que además fueron hermanas menores —digo.

Lo digo muy fuerte y los otros participantes, las otras participantes, que seguían los acontecimientos con atención, mantienen un silencio sepulcral. Dos se acaban de parar. Una acaba de decir “chicas, me voy”.

—Me estás usando el cepillo de dientes, ¿no? —repito.

—Sí, disculpe, profesor, no puedo evitarlo.

—Bueno, pagame dos meses y andate a tu casa, yo no puedo seguir en estas condiciones de desamparo, no puedo olvidar ni perdonar, no puedo comer ni ayunar, no puedo beber ni abstenerme, no puedo más que no llorar y no llorar en este valle de lágrimas y eso si pudiera no llorar, tan solo si yo pudiera no llorar al menos sería algo porque llorar puedo menos que no llorar, ¿entendés? —todo eso le dije, y me di cuenta de que al terminar se habían ido todas, dejándome a solas con el enemigo. Y será que la hormiguita se enojó mucho porque desde ese día no pude volver a oírla ni una vez más. Y al no poder oírla fue que decidí salir a buscarla, salir a armarla por ahí y entonces vino la gran gira en torno a sus fechas, y este viaje, y el casino y el cero y la limu y el invento de las tres mujeres públicas.

Tal vez sin darme cuenta esa noche empezaba a entender que tenía que dejar de pelear aquellas batallas antiguas, y comenzar a librar las que tenía por delante.

Apagué el televisor tratando de olvidarme del Bombero Loco. Me levanté de la cama y aunque no hacía frío sentí el aire levemente helado que entraba por la puerta entreabierta de mi habitación. No podía imaginar la hora. Fui a cerrar la puerta, pero me tentó salir y espiar la habitación de mis amigos.

—¿Están dormidos? —susurré por la puerta entreabierta.

El ronquido de leonera de Alfredo fue una respuesta más que contundente.

—Yo estoy despierto —dijo la clara voz del otro Alfredo justo cuando yo emprendía la retirada.

—¿Cómo podés dormir con este otro roncando? —le pregunté.

—No puedo, por eso estoy despierto —me contestó—. ¿Vino a que le cuente mi historia?

—No.

—Bueno, el asunto es que la gente ve milagros todo el tiempo pero no se da cuenta. Y los que dicen ver cosas extraordinarias están mintiendo, o son hijos del demonio.

—¿Me puedo sentar en la cama? —le pregunté.

—No. Escuche ahí parado.

—Bueno.

—Yo soy judío. Los judíos creemos que en el Jardín del Edén hay un Árbol de la Vida, un Árbol de las Almas, que florece y cada flor es un alma nueva. Las almas luego caen en el Guf, una habitación en el palacio de Elohim: el "Tesoro de las almas". El Arcángel Gabriel llega a ese tesoro y se lleva a la Tierra a la primera alma que entra en su mano. Entonces Lailah, el Ángel de la Concepción (una mujer anterior a Eva, una mujer de carne y hueso, nada sumisa por cierto), vela por el embrión hasta que nace. El Árbol de las Almas ya produjo todas las almas que existen. Cuando la última alma descienda, el mundo llegará a su fin. Según el Talmud, el Mesías no vendrá hasta que el Guf se vacíe de todas sus almas. Pero mientras que los gorriones canten habrá almas, ya que ellos las pueden ver descender desde el cielo a la Tierra.

—Siga, por favor —le dije, ya sentado.

—Está bien. Pero si conoce o escuchó alguna vez la historia que le voy a contar, mucho mejor, y no me interrumpa: las historias que uno cuenta deben ser siempre las mismas, eso lo sabe cualquiera.

Si bien estaba bastante oscuro pude ver cómo ese hombre, mi chofer, me miraba. Encendió un cigarrillo y el fulgor de la brasa, al pitar, se le reflejó en los ojos, haciéndolo parecer un demonio. Exhaló y el aire se llenó de un agradable olor a tabaco mentolado. Entonces me contó una historia que aún no puedo entender que ese hombre haya atesorado de tal manera, que haya llevado por la vida para traerla hasta mí, y pasarme el peso de su virtud en una noche de hotel en Pergamino, a orillas de ninguna parte.

—Me sentía en rebeldía con mi madre y me había hecho bautizar como católico —comenzó mi chofer—, y hasta había confirmado mi nueva fe y la profesaba. Al fin y al cabo Jesucristo era judío, era un judío marginal igual que yo lo soy.

—Un judío marginal —dije.

—Haga silencio, Gabriel.

—Bueno.

—El asunto es que yo estaba un poco fanatizado, tanto que quería meterme para cura y fue por eso que mi abuelo prácticamente obligó a mi madre a que nos fuésemos a vivir con él. Yo nunca conocí y luego nunca quise conocer a mi padre. Y mudarnos con mi abuelo fue una suerte ya que enseguida mi madre se enfermó de cáncer, un cáncer raro en la sangre, y murió un año después. Luego de su muerte comencé a acompañar a mi abuelo a todos los recitales en donde él era presentado como una celebridad porque era escritor de letras de tango. Tal vez su abuelo Reyes, el cantor, haya cantado alguna de las letras de mi abuelo. En esos lugares era donde ganábamos el sustento. Él leía poemas, yo pasaba el sombrero, y vendíamos letras fotocopiadas y armadas en libro con tapa de cartón y cola de carpintero. Hacíamos juntos esos libros, en casa, y él me contaba cosas. Muchas veces para olvidarnos de que en la mesa había casi nada. Me hablaba sobre todo del anarquismo, y del peligro que era la Iglesia y sobre todo los curas jesuitas y los judíos sionistas, para este mundo. Pero con el tiempo, al ver que mi fe se hacía fuerte más allá de

todo argumento, comenzó a respetarme, y dejó de intentar persuadirme. Yo nunca se lo pedí. Solo escuchaba, a veces con tristeza, sus opiniones categóricas, y se ve que esa tristeza se me notaba.

—¿Dijo categóricas?

—Así dije —dijo mi chofer—, categóricas. Haga silencio.

—Bueno.

—Ante esas opiniones yo me quedaba en silencio, así éramos los chicos antes y no estaba nada mal. Escuchemé, Gabriel, hace poco mi nieta se enojó conmigo por un tema, un tema controversial, de esos que no son aconsejables en la mesa de los domingos. Y me dijo que yo no había escuchado su posición. ¿Qué posición puede tener un chico o una chica que no sabe aún lo que es la calle, que jamás salió a trabajar? Yo le pedí disculpas y le pedí que me diera su posición respecto del tema. Por supuesto era tan solo una postura, más vale: se notaba claramente que jamás se había detenido en nuestro tema de conversación hasta ese momento.

—Hay que entender —dije.

—Por favor no hable —me dijo.

—Bueno.

—Hay que aguantar, la mayoría de las veces, pero como diría nuestro Alfredo: “volviendo a volver”: un domingo en el que, milagrosamente, teníamos tres cajas de ravioles para nosotros solos, algo inusual, ravioles de Los Abuelos, ahí en La Paternal, cerca de donde usted vive. O sea, teníamos tres cajas de los mejores ravioles. O sea, una caja y media de ravioles para cada uno. Mi abuelo estaba cocinando una salsa que volteaba paredes del perfume a ajo, con aceitunitas negras, tomates al natural y de conserva, y una botella de caramañola. Mi abuelo me daba vino y me decía que el vino de la casa no emborrachaba. Pero yo terminaba con un Zamba Quipildor que ni le cuento. Entonces, cuando mi abuelo me convida el pancito mojado en salsa es que golpean a la puerta y los oigo conversar. Me quedé petrificado y aun soplando el pan. Mi abuelo me cabeceó para que fuera a abrir. Y fui y era lo que yo sospechaba: tres amigos, un guitarrista, un cantor y otro poeta, que se ve que nacieron con un olfato especial porque nomás uno pone algo a la parrilla o ajo en la sartén llaman a la puerta. El guitarrista traía la guitarra, claro, pero la otra mano libre, y sin mediar aviso me saca el pan de punta roja y se lo traga. Entraron todos, y mi cara de desagrado fue puesta adrede, y la mantuve con vigor, porque me dio mucha bronca ya que el proyecto era llenarme hasta reventar y ahora me iba a quedar con hambre. Otra vez. Otro día. Mi abuelo se dio cuenta, me dijo que pusiera más platos en la mesa, más vasos, y que sirviera vino y fuera a comprar un kilo más de pan. No hace falta, dijo el poeta, me dieron en la panadería. Y levantó una bolsa que tenía en el piso con pan y con facturas. Las facturas eran de ayer pero el pan era del día. Ojo, Gabriel, que eso no era algo vergonzoso, antes se acostumbraba comprar facturas de ayer a precio regalado y se les daba un golpecito de horno. Yo no cambié mi cara, y mi abuelo me llevó aparte y me preguntó qué me pasaba. Nada, le dije,

¿qué me va a pasar? La panza también se llena con pan y con conversación, dijo mi abuelo. La mía no, le contesté. Era la primera vez que yo le hablaba así a mi abuelo, yo lo amaba, pero estaba enojado. Él me miró y me dijo: La tuya más que ninguna, porque sos cristiano. Comimos, y la verdad es que no me quedé con tanta hambre como había pensado. Y la pasé muy bien con los amigos de mi abuelo porque todos eran divertidos y eran muy buena gente. Estaban en las malas, estimado Gabriel. Bueno, fueron tipos, artistas, que nacieron, vivieron y murieron siempre en las malas, solo eso. Los artistas antes no eran bancados por el gobierno como ahora. Son llorones ahora, nada más. Cuando terminó la tarde ellos lavaron todo, y nos dejaron el resto del pan y las facturas. Mi abuelo me miró en ese momento, me miró serio, y yo agaché la cabeza: me sentía un poco avergonzado. Usted sabe. ¿Te diste cuenta, Alfredito?, me dijo mi abuelo. Este asunto de los ravioles fue un milagro. Sí, le dije yo, alcanzaron de milagro. Igual al milagro de los panes y de los peces en el sermón ese de la montaña, me dijo mi abuelo. Me quedé pensativo, en verdad me hice el pensativo. Yo no me daba cuenta de nada. Pero al no estar ya enojado, estaba de corazón abierto, y entonces fue que mi abuelo, ese día, me explicó lo que verdaderamente es un milagro, la verdadera forma en la que opera Dios entre los hombres. ¿La quiere oír, Gabriel?

—¿Tengo alternativa?

—Claro, puede decir que no.

—Sí la quiero oír –dije.

—Bueno —siguió mi chofer en su penumbra y frente a mi parálisis por asombro—. Mi abuelo me hizo sentar en el patio. Y luego se sentó él, frente a mí, respaldo de silla al pecho, ya sabe.

—¿Ya sé qué?

—Ya sabe lo que sabe, Gabriel. Bueno. Sentados los dos me dijo: escuchame, querido Alfredito. ¿Cuántas personas pensás que lo seguían a Jesús, si era un anarquista como yo y un marginal como nosotros? No sé cuántos, abuelo, ¿cien?, dije por arriesgar un número. Lo que dice la Biblia es un número que seguro creció de boca en boca, un número agrandado para la época pero que ya es chico de por sí. No llegarían a treinta, Alfredito, me dijo mi abuelo. Pero ponele treinta más los apóstoles, ponele, ¿cincuenta personas? O el doble. ¿Cien personas?, y agregale un cero a los panes y a los peces, tendría treinta peces y veinte panes. Porque era la comida para él y los apóstoles. Y entonces, ¿qué fue lo que hizo en esa montaña el tal Jesús?. Un milagro famoso, abuelo, le contesté. Los alzó y los multiplicó. Él era, Él Es, el Hijo de Dios, podía y puede hacer lo que quisiera, agregué. ¿Y pensás que Dios mandaría a la Tierra a sufrir las peores torturas y humillaciones que jamás alguien haya sufrido para hacer un truco tan barato, un truco que le vi hacer cien veces a Hudini? Un truco que de tan vulgar no dejara ninguna enseñanza, que dejara solo la envidia de lo que nosotros no podemos hacer. Tenés razón, abuelo. No creo, dije. ¿Pero entonces cuál fue el milagro?, le pregunté como pude ya que la conversación me había entristecido. El milagro fue que los cortó chiquitos, dijo mi abuelo. Repartir lo que no

se tiene, eso es un milagro. Y después los chamuyó con el sermón ese de la montaña. Que no está nada mal, eh, te lo digo yo que la sé lunga. Eso fue lo que dijo mi abuelo, Gabriel.

Esperé en silencio. En verdad esperé mudo. Me paré en el frío y la oscuridad, y llegué a ver cómo este hombre que era mi chofer hacía tanto tiempo y al cual nunca le había dirigido mi respeto y mi atención, daba la última pitada y luego, sin más, sin decir siquiera buenas noches, se perdía bajo el cobijo de las mantas.

—Una hermana, eso me gustaría.

—Y quién te dice… muchas opciones no hay, ¿qué nombre le pondrías, Gabriel?

—Julia, por Julio César, papá dice que fue el hombre más valiente de la historia.

—Pero no lo fue, Gabriel.

—No, mamá, el más valiente fue Jesús.

—Claro.

—Pero Jesusa es horrible.

—Y Julia es hermoso.

—Julia es el nombre más hermoso del mundo.

Antes del viaje, el cero y la pandemia, yo pensaba que pasar noviembre iba a ser bastante milagroso de seguir viviendo como yo estaba viviendo. Todo aquel año posterior al diciembre en donde pasó lo que se me hace tan difícil de afirmar como un hecho pero que pasó, yo estuve caminando sin vara y sin red, por una cuerda extremadamente floja. No precisamente por el consumo de drogas, que al menos no estaba tan fuera de control, sino por mí mismo, más vale. Gabriel Arcángel Reyes en caída libre. Gabriel Arcángel Reyes en picada a la mexicana. Gabriel Arcángel Reyes: un hombre con la facultad de hacer lo opuesto a aquello que lo conduzca a su propio bienestar, un hombre con la pretensión de tentar a Dios, con una ferocidad sin control dirigida a todas partes e incapaz de aguantar el karma que ese modo de vida conlleva.

Ese año, el anterior al viaje que narro, me la pasé de mujer en mujer, en una carrera desesperada; tratando de no dejar espacios de soledad; no días ni horas ni minutos, sino espacios: mi casa siempre llena de gente a la que, muchas veces, casi ni conocía. Organizando lecturas, pequeños conciertos aprovechando un piano que me habían regalado y que sonaba muy bien, degustación de vinos, de marihuana, de cocaína. También, durante todo un enero le presté mi casa a Mariana que, junto con su amiga Carla, trabajaban de putas. A veces también traían a otras dos que yo no conocía, pero que no se quedaron a vivir, sino que usaron uno de los cuartos circunstancialmente, cuando tenían algún fato. Yo mismo me encargué de cobrar y administrar ese fugaz burdel, hasta que una vecina nos denunció a la policía. Una vecina que siempre está enojada porque se va achicando de tamaño a causa de una enfermedad autoinmune llamada “el síndrome del sorete” nos denunció por violencia familiar.

El día en que la policía nos tocó timbre, y que por suerte abrí, Mariana y su amiga tenían el día libre y estábamos tirados sobre los colchones que se usaban para trabajar, mirábamos en la computadora *El Dorado*, una película de cowboys, de esas con John Wayne y Robert Mitchum. En realidad, solamente yo la miraba porque ellas habían empezado a jugar y se estaban dando cariño de hermanas libidinosas porno. La tarde gris caía sobre la puerta de hierro y vidrios esmerilados de la entrada. Me levanté, salí del cuarto y me detuve a metros de esa puerta, en silencio. Refugiado en la penumbra del hall pude ver dos figuras en la calle que no dejaban duda de ser dos policías, una mujer y un hombre. Como había dejado abierta la puerta del cuarto, también pude ver a Mariana con la cabeza entre las piernas de su amiga, que se retorcía como una lombriz partida al medio.

—Gabriel Reyes, es la policía, abra por favor —dijo la voz femenina de la ley.

Quieto ahí, vi cómo pasaron varios minutos, y luego vi cómo las figuras desaparecían detrás del vidrio esmerilado. Sin embargo, lejos de reaccionar, me quedé bastante tiempo parado en el mismo sitio. Recuerdo aquel silencio como algo absoluto, algo demasiado noble, algo irreal. No sé cuánto tiempo me habré quedado parado a metros de la puerta, pero de golpe la tarde se cerraba. No se me ocurría qué hacer. Estaba sobre una línea. Estaba parado cerca de una línea. ¿Una línea? La situación era tan real que me resultaba insoportable. Miré nuevamente hacia la entrada. Entonces vi aparecer tras el vidrio a las dos siluetas. Sonó un timbre corto. Sonó un timbre largo. Retrocedí unos pasos, cerré la puerta del cuarto y fui a abrirle a la policía. Los fuertes gemidos de placer de Mariana debían escucharse desde la mismísima comisaría, donde fuera que esta se encontrase. Cuando abrí, la policía mujer escuchó y se metió, sin más, unos pasos adentro de la casa.

—¿Esto es un privado? —preguntó.

—Justamente, es propiedad privada y usted entró sin una orden y yo vi un montón de películas norteamericanas y también vi la serie *Disputas*, que fue muy deprimente, pero en la cual aprendí mucho sobre mis derechos de puta —dije.

La policía me esposó, y fui nuevamente reducido a despojo social momentáneo, pero ya que luego en este viaje iba a experimentar el mismo juego, mantuve frente a esta primera policía mi sonrisa Kolinos. Mientras el otro policía cuidaba que me quedara de rodillas, ella se metió en el cuarto. Habló con Mariana y con Carla, y cuando terminó hubo un silencio apenas atravesado por las voces de la película:

—Estás dispuesto a cabalgar de nuevo, Mississippi —decía John Wayne.

—Por las colinas de la luna y hasta los valles oscuros de la noche —aseguró Mississippi.

Todo se aclaró en el día y salí en libertad, pero tuvimos que disolver el negocio. Cuando volví a casa, la vecina, junto con un escrache que incluía a dos vecinas y un vecino más con el mismo síndrome, me dijo que era un asqueroso. Me lo dijo con sus dos perritos salchichas con suéter ladrándome en los talones, hasta que no aguanté más y le di un taquito en la trompa a uno. El chicharrón humano me calzó de cros y la miré con lástima: nadie se coge a esta mujer achicharrada, pensé, no le agregues dolor al dolor que ya tiene esta gran serie de desaciertos biológicos que es tu vecina, Gabriel, me dije. Aunque pensándolo bien, tal vez ella se había cansado de tanto coger, ¿por qué no?: siempre hay un roto para una chicharrona. Y entonces cansada ya de la vida real, con el síndrome del sorete y la menopausia a cuestas, se casó con un distraído. Pero no se casó solo para no coger más, como hace todo el mundo, sino que se casó para que el otro tampoco coja.

—Sos la perra del hortelano, ¿no? —le dije.

—¿Y eso con qué se come? —dijo ella.

—Es de Lope de Vega, el perro es el que no come ni deja comer, como vos —le dije—: no cogés ni dejás coger.

—Callate, retrasado mental —dijo ella y se metió en su casa.

Debo reconocer que el hecho de haberse comprado esos dos perros salchicha fue un intento de volver a la fe del falo, una fe sabia que ninguna mujer debería abandonar del todo, mucho menos luego de la menopausia. Pero era evidente que el intento tampoco resultó suficiente. Luego de descubrir los placeres ocultos en el número 911, la chicharrona también denunció al mecánico de enfrente por dejar autos en la calle, a los vecinos linderos a mi casa por cocinar y vender comidas sin habilitación y a los chinos de al lado por desenchufar las heladeras de los helados. La denuncia de los helados no estuvo del todo mal porque pude entender por qué los bombones Sei-Tu, que vendían esos chinos, cambiaban tanto de forma de un día para el otro, y por qué los Patalín parecían haber sufrido las secuelas de la polio. También entendí los tremendos retorcijones que me daban después de comerlos. Lo extraño es que igual los seguía comiendo, y el colmo de todo es que, tras la denuncia, cuando las heladeras se mantuvieron alertas y los helados mantuvieron su forma original y dejaron de darme retorcijones, no los comí más.

Es que así andaba yo por esos días: vacío de amor, tratando de colmar de cuerpos, y voces y ruidos, y helados agrios, el enorme silencio que habían dejado en mi vida las únicas dos mujeres que me habían hecho conocer a pleno la tranquilidad. Porque solo en presencia de ellas me sentí alguna vez sereno. Solo gracias a ellas pude olvidarme de la constante derrota que era mi vida y de que esa derrota me llevaba indefectiblemente a estar amarrado al corazón de cualquier mujer. A su culo, para ser más exacto.

Cualquier día de ese año de mi vida puede ser un ejemplo perfecto de la mezquina estupidez en la cual se hunde un tipo como yo al no tener nada concreto a lo cual dedicarse. Y fue entonces que decidí el viaje: este viaje. Sin decidirlo de manera propiamente dicha. Más bien identifiqué otro tipo de retorcijón tripero, uno producto de una pulsión interior. Bueno, los gases también son producto de una pulsión interior, pero este retorcijón digamos era el producto de una electricidad del alma que me estaba haciendo bailar la danza de los condenados a la silla eléctrica. Y que luego entendí como una instrucción: la instrucción de levantar campamento y moverme, alejarme. Ir contra todo, contra natura, contra un enorme mal mayor que mi mal. Y el cero y la pandemia llegaron a un mismo tiempo para darme lo que enseguida vi como el contexto perfecto, como la oportunidad indicada para desmedir mi desmedida. El cero que se hizo extenso a la derecha de mi billetera; y la octava pandemia a la que llamaron covid que puso un semáforo en rojo para el mundo entero, semáforo que yo crucé sin mirar a los costados y con el acelerador a fondo. La ruleta y la pandemia, dos maravillas generadas por esta hermosa humanidad, que tuvo la extraordinaria idea de reproducirse a lo Roger Rabbit y en respuesta al supuesto peligro de la intemperie apiñarnos como sardinas en lata, construyendo enormes ciudades con arroyos podridos y ríos subterráneos de mierda y sangre y semen para después echarle la culpa a Dios de que una especie de Arturito CV19 nos penetre de muerte a todos por igual. Y como solución al problema que trajo la solución anterior se nos ocurrió aislarnos dentro de la lata de sardinas,

dejando el espacio de una sardina entre sardina y sardina: brillante. Por algo nuestros científicos estudiaron tanto. La orden de los gobernantes del mundo fue quedarse quieto, quedarse en casa, pero yo sentí el imperativo categórico de escapar. Supe, o supuse, siempre visceralmente, que si no me solidarizaba con todos mis males, alentándolos a seguir, a ser autosuficientes, jamás iba a librarme de ellos. Debía convertirlos en virtudes, en motores, en deseo. Eso entendí, o eso decidí, y ese amparo y esa posibilidad se iban a presentar luego de que el cero se convirtiera en el todo y yo entendiera que podía ser el adicto perfecto.

Entendí entonces, meses antes de la gira suicida, el cero, la pandemia y el viaje, que la transformación tenía que venir por el lado menos explorado de mi vida: el sueño. Tratamiento de sueño entonces, pensé. Y dormí. Dormí mucho. Dormí más de lo que podía dormir. Sin pastillas. Sin alcohol. Sin cocaína.

Me obligué a dormir. Quince días seguidos sin trabajar. Dormí más allá de lo necesario. Luego más allá de lo que jamás ha dormido alguien que habitualmente duerme más de lo necesario. Y seguí y seguí agregando minutos de verdadero sueño al sueño sin abrir ventanas, sin atender llamados, sin comer más que galletitas sin sal o pan desabrido onda maná que bajó del cielo en la fiesta judía de la vecina de al lado y que le sobró porque el maná es una mierda y la vecina judía de al lado prefiere el pancho con salchicha ahumada como cualquier vecina judía de al lado normal preferiría.

Lo que descubrí fue algo fascinante: si se logra dormir y dormir y dormir y dormir, uno empieza a segregar una endorfina desconocida por la ciencia. Y con mucha cantidad de esa endorfina segregada se puede lograr sintetizar un pequeño infierno personal de la exacta medida del lugar en el cual uno se acueste. Ese aposento, en mi caso el sillón de la sala principal de mi casa, fue la cánula que suministró la droga que sinteticé por tanto y tanto dormir. Me acerqué a la muerte sin entrar en ella, y por eso bauticé a mi sillón El Sarcófago: un nuevo modelo para la posteridad, para que se metan el Chester en el culo.

El adicto perfecto no es el que consume sustancias externas, sino el que genera en su cuerpo las sustancias que su cuerpo necesita consumir. El adicto perfecto no consume: se consume. Lo descubrí por casualidad, creyéndome deprimido en un primer momento o simplemente triste; sin hacer caso a la estupidez de los demás que me decían: “Permitite la tristeza”. Lo habré escuchado de cincuenta personas, al menos cinco veces por persona, lo que da un total de doscientas cincuenta veces. Al principio, cuando alguien me decía una cosa semejante, ni siquiera contestaba. Pero rápidamente la ferocidad que hay en mí, parte de la enfermedad y parte de la cura de mis dolencias, esa misma que algunos psiquiatras distraídos quisieron combatir o al menos “aplacar” y que es un aspecto esencial de mi adaptación al medio violento en el cual nacemos, nos criamos y vivimos, empezó a salir, trayéndome problemas y soluciones, dejándome, indefectiblemente, cada vez más solo, felizmente solo, incitándome a volver y volver y volver al sueño y generar mi nueva droga oniricosintetizada que terminó por arrasar con mi

voluntad, con mi percepción de lo cotidiano, del adentro, del afuera, y luego de mostrarme, como dije, el rostro impenitente de la muerte me dejó tirado al borde de la locura.

Fue peor que haber consumido todo lo que consumí en la vida. Digo peor porque fue más peligroso. Durante todo ese tiempo dormí completamente vestido, con zapatillas y con el cinturón puesto. Al final la hebilla me produjo una herida nada superficial y bastante molesta debajo del ombligo. Al punto de llegar a tener ahí una marca que muchas veces se hace ranura y expulsa un poco de agua avinagrada o de pus. Estuve tentado de creer, a causa del agua avinagrada, que se trataba de un estigma un poco corrido de lugar. El estigma del lanzazo al costado pero hecho por un romano borracho. Y pensar en eso por momentos me conmovía realmente. El sabor avinagrado del que hablo para nada es un sabor pestilente, de hecho es por demás agradable y hasta diría que delicioso, y eso me hizo pensar en el estigma. Porque el vinagre que le dieron a Jesús no fue para nada el vinagre que nosotros usamos para marchitar las ensaladas, era una especie de mosto sabroso y muy apreciado por los romanos que lo tenían ahí como una bebida personal. Y Jesús, según Juan, lo bebió como mandaban las viejas escrituras. No lo escupió como dice Hollywood. Tal vez el romano que se lo dio sabía, o creía como otros, que eso iba a acelerar su muerte, o tal vez solo se apiadó de ese hombre destrozado, tratado de la manera más aberrante, violenta e injusta, colgando de una cruz o un madero según quien crea, como un cordero al asador, asándose en el fuego que destilaban los ojos impúdicos de los que se quedaron ahí gozando el espectáculo. Pienso en él y no entiendo qué hago yo, qué hice yo, para no ver y abrazar la cruz. Hace dos mil años que vivo indiferente, ciego de ceguera, orgullosamente ignorante de lo que representa el hecho de que por medio de su sacrificio se abriera, de una vez y para siempre, la puerta de la misericordia. Y finalmente volví a drogarme.

Pero fue a razón de ese intento de cura o doping de sueño que me decidí a escribir algo. El 5 de diciembre, un año después de esa muerte que intento nombrar, un año antes del viaje y la pandemia que intento contar, saqué un pasaje de avión a Córdoba con la intención de visitar a un amigo y escritor genial y desquiciado. Pero una semana antes del vuelo empecé a sentir miedo de morir en un avión. Y si debía morir en un avión, debía ser absuelto, más vale. Necesitaba confesarme y fui a ver a la Santa Rita en busca de una cura para mi estigma. El cura de ese barrio de Floresta tiene una especie de beatitud, algo por encima de la mezquindad humana que siempre me atrajo. Entré y le mostré la marca que la hebilla del cinturón me había dejado bajo el ombligo.

—Es un estigma hebillero, padre —dije.

—¿Villero? —preguntó el cura.

—No, padre, hebillero: una herida que no se cura aunque para dormir cambie de cinturón.

—¿Y si duerme sin cinturón? —preguntó el cura.

—¿Cómo me pide eso? ¿No ve que llevo el cinturón de un dios?

—Bueno, persígnate, hijo, primero lo primero —dijo el cura tras la rejita y yo lo hice.

—Te persignaste con la izquierda, hijo, ¿sos zurdo?

—No, padre, soy de Perón y Cristina, de Evita y de Néstor. En ese orden.

—Me refiero a las manos, hijo, no hay que persignarse con la izquierda —dijo el cura.

—Tampoco hay que chuparles el pito a los niños —dije yo.

—Me parece que lo que has dicho es un poco ofensivo, hijo —dijo el cura.

—Pero es peor chuparles el pito a los niños —dije.

—Sin dudas, hijo —dijo.

—Soy un falopero de mierda masturbador de mí mismo; o sea: pajero-alcohólico-hiriente. Odio a los jesuitas y a los sionistas y soy mal hermano, mal amigo y mal hijo. Además garché con dos travestis y una vez tuve una fantasía con el culito de una gallina cuando la vi picotear maíz o comer gusanos, no recuerdo bien.

—¿Por qué hablás de esta manera? ¿Qué te pasa, hijo? ¿Querés que yo me sienta incómodo?

—Digamé, padre, de poder elegir entre comer maíz y comer gusanos, ¿qué elegiría usted?

—El maíz, claro está, pero no soy una gallina.

—¿No es un cura gallina?

—Sabes bien que no, hijo, lo sabes muy bien; varias veces te he confesado en este mismo lugar.

—Soy el gusano comestible, y a la vez gusano come hombres.

—No se dice así, hijo.

—¿Cómo se dice, padre?

—Antropófago.

—¿Si me como antropólogos no soy antropologomorfo?

—De ninguna manera, hijo; no hables mal que te hace mal.

—Mi única oportunidad de belleza, padre, son estos soberbios destellos de vulgaridad.

—Eso es lindo, ¿usted escribe?

—Es de Oscar Wilde, padre.

—Un gran hombre.

—Y una gran mujer, también.

—¿Y por qué no? Yo te conozco, ¿no es cierto?

—Sí, padre, usted ya me conoce. Me lo dijo recién.

—Yo también odio a los jesuitas.

—¿Usted, padre?

—Masones de mierda.

—Padre.

—Enemigos de Perón.

—Padre.

—Paredón, paredón…

—Padre… nuestro que estás en el cielo…

—Amén, hijo, y no me rompas más las pelotas. Comulgá cuando quieras, sin confesión. Esto es un reverendo quilombo.

—Siempre un religioso en el medio.

—No entiendo, hijo.

—Un reverendo, dijo usted.

—Sos muy gracioso.

Durante todos esos días antes de volar volví y me confesé cada día con el mismo cura, para que él tuviese la posterior razón al decir que yo ya me había confesado varias veces con él. Cada vez que fui me presenté con un nombre diferente, solo para molestar. De darse cuenta el cura, no dijo nada; y de haber dicho algo yo ya tenía en claro lo que le iba a contestar, le iba a decir que estaba poseído por Legión: “Il mio nome è Legione” es lo que, literalmente, pensaba decirle. Pero, finalmente, mis deseos de molestar se diluyeron en la atenta amabilidad del sacerdote y su fina y humilde inteligencia.

Llegó el día del vuelo, y luego de ninguna demora en Aeroparque, aterricé en Córdoba. Con una máquina de escribir eléctrica, que escribía o imprimía solo en papel de fax, sin tinta, regalo de otro de los ángeles caídos que siempre me rodean. Porque antes de todo este derrotero de ruta y limusina yo intenté escribir. Lo intenté seriamente y no resultó, pero lejos de desalentarme me dio una batalla real contra la cual luchar, una batalla verdadera. En la misma funda de la máquina tiré algunos apuntes que ya tenía. Notas sobre la muerte de mi padre escritas en la máquina de tinta roja de mi abuelo Reyes. Pero al leerlas siempre me pasaba que sentía que esa escritura no tenía nada que ver con lo que yo buscaba, que no servía para entenderme, es lo que quiero decir. Entenderme, no curarme, no calmarme, no enmudecerme en palabras impresas y mucho menos volver amable y civilizado mi dolor, ese con el cual aún no podía conectar. La idea de que escribir es compartir el dolor con otra persona me repugnaba y aún me sigue repugnando. ¿Qué otra persona, Gabriel? Si hacía mucho tiempo ya que la gente se había vuelto cyber-yuta, como decía mi hermanito Manuel. Y con la pandemia eso iba a empeorar, aunque en ese momento yo no pudiera imaginarlo, o si bien podía imaginarlo jamás habría imaginado el contexto de una pandemia. Hombres y mujeres marcadores compulsivos del 911: colaboracionistas.

Bajé en la gorilidocta y ahí me estaba esperando mi hermano del alma, como siempre. Sergio venía a recibirme semisonriente y solitario para llevarme directo a las montañas del olvido. Un lugar igual de derechoso que Buenos Aires, pero al menos con muchísima menos densidad de gente, menos fascistas por metro cuadrado. En su casa, en un cuarto que solo comparto con el lavarropas y que da directamente al parquecito de la propiedad, yo me sentí más de una vez un hombre feliz. Y en las alcohólicas conversaciones que teníamos, diurnas y nocturnas, yo me

encontraba con la única persona en este mundo que entiende mi retorcido sentido del humor. Pienso que a él le pasará lo mismo conmigo aunque nunca se lo pregunté.

En su casa, con esa máquina de escribir en papel de fax, escribí al menos diez páginas por día de algo que me pareció, desde el primer momento, verdadero y valioso. Durante diez días más de cien páginas, que fueron una especie de organización de mi brutalidad interior y que me llenaron de optimismo. Me hicieron sentir que podía tener una posibilidad real como escritor. Pero aún no lograba encontrar el contexto adecuado donde meter esas bolsas de gatos que estaba tecleando sin parar. Hasta que el sol serrano me dio la solución. Una tarde, borracho, se me ocurrió desplegar todo lo escrito sobre una mesa al aire libre en el parquecito de Sergio para intentar descifrar un orden. Luego de más y más vino, me dieron ganas de una siesta y me fui a dormir sin imaginar el milagro que iba a ocurrir después, la clara señal que me decía que dejara todo como estaba, que algo peor o mejor, según se lo mirara, estaba por venir. Algo peor para el mundo pero mejor para mí, era lo que yo ni siquiera podía imaginar. Recuerdo que en esas páginas yo hablaba del hecho que no me atrevo aún a considerar como un hecho, y lo hacía de frente y sin pudores. Pero al levantarme de la siesta, si bien las páginas seguían ahí, no quedaba ni una sola letra legible. Había desaparecido todo lo escrito como si estuviera viviendo una película de Indiana Jones con los cazadores de la poronga de cristal.

—El sol —dijo Sergio.

—Dios —dije yo.

—El papel de fax al sol —dijo Sergio.

—Papel fotosensible.

—Papel vampiro —dijo Sergio.

—Anti Dios —dije yo.

En este punto ya era evidente que los dos, pese a la dormidita, seguíamos borrachos.

—Es una señal de que no escriba más. Era un texto sobre Luna, María del Rosario y el estudio genético.

—Lo importante es que María está bien —dijo Sergio.

—Eso es lo importante —dije yo.

Luego hubo un largo silencio, y un viento providencial levantó las hojas de fax vacías de palabras y las hizo danzar en el aire.

—Qué lindo —dije yo.

—Parecés el boludo de *Belleza americana* —dijo Sergio.

—Je, je —dije yo.

Las hojas se fueron y seguimos dormitando de sentados, ahí los dos. Rato largo tras rato largo.

—¿Cuántos años tiene ya?

—Seis.

—Siempre que me pasa cualquier cosa repito que mis hijas están bien, ahora tenés una hija —

dijo Sergio.

—Y sigo teniendo dos hijos más.

—Y seguís sin animarte a ser escritor.

—Es que ahora tengo una hija.

—Los milagros existen.

—Sí.

—Nunca entendiste a Luna, ¿o al final la entendiste? —preguntó Sergio.

—Creo que al final la entendí.

—Te asustaste con el embarazo, te asustaste con el estudio, te asustaste con el matrimonio.

—Podrías haberlo resumido en “te asustaste” y listo.

—Es para que no me tildes de minimalista.

—Minimaa-lista —le dije en mal cordobés.

—Mínima lista de daños es lo que nosotros deberíamos hacer —dijo Sergio.

—Te juro que el que le hizo el estudio era igual a Romay, el de la televisión.

—No jures.

—No te juro.

—Amén —dijo mi amigo.

—Amén —dije yo, y continuamos bebiendo

e

n

paz.

Volviendo a Pergamino: dejamos el hotel y fuimos a visitar al Mono. Lo encontramos solo en la fábrica, preocupado y tomando cerveza. Al vernos su alegría fue tal que su semblante se iluminó. Me abrazó fuerte y se abrazó con mis amigos, aun con mi chofer al cual no conocía. Hizo andar un pequeño horno de tres pizzas que tenía en su oficina y dimos la vuelta por la fábrica. Todo lo que el Mono había construido me asombró por lo efectivo. Una cadena de producción pensada desde la nada: el Mono y los buenos socios y amigos que lo acompañaban. Me puse contento porque la empresa de un hombre cuando habla del hombre es una buena empresa, y eso es lo que vi.

—Esto es hermoso, Mono —le dije.

—Te veo bien, Gabriel —me dijo el Mono. Y me di cuenta de que, sin quererlo, yo llevaba más de un día sin cocaína.

—Supongo que gracias al viaje —dije.

—Ya sé, hermano, que estás siendo irónico, pero me parece que el viaje va a terminar por hacerte bien, por sorprenderte.

—Ojalá.

—Lo que pasó no tiene arreglo ni consuelo —dijo el Mono, directo y con sinceridad.

—Tu sinceridad campesina.

—Asesina, ¿no?

—No, para nada —dije yo—, acompaña.

Le pregunté por Monito y resultó que andaba de viaje por Colombia. Y entiéndase la respuesta como literal, sin metáfora, ya que Monito es un deportista que no se droga, y había quedado trabado en la pandemia aeroportuaria. Volvimos y comimos y tomamos Brahma a lo bestia. El otro Alfredo se cuidó y tomó solo Pepsi-Cola. Tenía que manejar hasta San Nicolás y de un tirón. Tuvimos que poner tres pizzas más ya que mi Alfredo al comer la primera porción se convirtió en el doble de riesgo de Donatello, el tortugo de las Tortugas Ninjas, ese que dicen las malas lenguas se cogía a Manuelita.

—No mentite en na-a, Demencial, Tomate Tazo é la mejó pizza nel planeta la tierra —dijo mi Alfredo.

—No es Tomate Tazo, Alfredo, es Tomasso —le dije, me levanté, fui hasta la heladera y traje un pack de seis Brahmas más.

Mi Alfredo pasó entonces de Tortuga Ninja a beduino abandonado en el desierto y se metió

tres latas al hilo.

—No sabés lo que son mis empanadas, Alfredo —dijo el Mono—, esperá que te pongo las de carne especial. Son de entraña cortada a cuchillo.

—¿De entraña son? —pregunté, y los Alfredos me miraron.

—Son las que más me gustan —dijo el otro Alfredo, que aún conservaba muchos destellos de rubio.

—¿Qué le paso en la cabeza a tu chofer? —me preguntó el Mono.

—Atropellamos a un alemán en la ruta —dije—, lo que tiene en el pelo es sangre alemana.

—No le haga caso, señor Álvarez —dijo mi chofer—, así es Gabriel.

—Maluco beleza —dijo mi Alfredo—, vamo con la empaná dextraña.

—De extraña no, Alfredo, de entraña. ¿Tenés muzzarella en la oreja?

—No te enojes, hermano —me dijo el Mono.

—Aunque te parezca mentira, Mono, esta es la conversación más profunda que tuve con estos dos desde que empezamos el viaje —dije.

El Mono se rio y metió en un horno dos docenas de empanadas, seguro para que sobren y nos llevemos al viaje. Exagerado y campesino y noble como es. Le pregunté por su cara y me dijo que se sentía raro con lo que pasaba en el país.

—Al menos te va bien, hermano —le dije.

—Que a mí me vaya tan bien es porque la gente no morfa; y si morfa, morfa mal.

—Clarito como el culo de un albino, Mono —dije.

Terminamos, subimos las empanadas a la limu y mientras los Alfredos se acomodaban como piloto y copiloto yo me armé las butacacas de atrás en modo semicama. Salí para darle otro abrazo a mi amigo.

—¿Vas a pasar por El Buen Libro en San Nicolás? —me preguntó el Mono.

—Sí, son amigos de Alfredo, vaya a saber uno por qué.

—Mandales un abrazo de mi parte.

—¿Del Mono, les digo?

—No, de Manu Álvarez, de Pergamino.

—Serías su mejor cliente, supongo.

—Cuando estudiaba en Rosario, camino allá, siempre me metía en San Nicolás a visitar esa librería, es increíble.

—Entonces les mando.

—Chau, Mono —le dije—, chau hermano, nos vemos pronto.

Pero él no me saludó, nunca le gustaron las despedidas. Yo lo sabía. Se metió otra vez en la fábrica y otra vez se estaría enlatando cuando ya tomábamos el camino a la Ruta 8 buscando la 188 hacia San Nicolás.

Solo, en la parte trasera de la limusina con los dos Alfredos adelante, el vidrio entre cabinas cerrado, no podía oírlos pero tenía la perspectiva suficiente para darme cuenta de que mi amigo seguía preocupado por mí. Cada tanto giraba la cabeza para mirarme, disimuladamente unas veces y otras sin dejar lugar a dudas. La calma me llegaba cuando cruzábamos las miradas. Que él estuviera dispuesto a velar mi sueño me hacía muy bien. Siempre había deseado vivir en una soledad acompañada y siempre había buscado ese estado en una relación de pareja. Pero, indefectiblemente, cada una de las mujeres con las cuales me relacioné tuvo un solo factor en común: el deseo enfermizo de querer apresarme. Cada vez que terminábamos de tener sexo, a veces luego de varias horas en la noche y la madrugada, ellas me pedían que me quedara un rato más en la cama, o bien echado sobre sus vientres o recostado a un lado de la cama. Apretándome de una manera que sofocaba mi alma. En cada caso el precio fue siempre excesivo, aun en el mejor de los casos. Tardé un tiempo en entender que la prostituta más cara y menos amable que pudiera existir me brindaría siempre una mejor relación precio-calidad en cuestiones de sexo. Algo práctico, simple, real. Por lo rápido, por la característica inigualable de ir enseguida a los bifes. Hola, todo bien, te pago, te cojo, me voy, que tengas un buen día. Claro, pero lo que yo anhelaba era compañía en la soledad, el deseo sano, fresco, de amar a una mujer, coger y, sin perder mucho el tiempo, irme a mi estudio a leer un libro o escribir en mi diario personal o armar un auto de modelaje mientras escucho una sinfonía de Malher o un disco del Flaco Spinetta, actividad que cada día me gusta más. Pero nunca lo logré, ni una vez obtuve ese placer en paz: habilitado por una sonrisa y un sí, querido o un sí, mi amor, andá tranquilo. Jamás. Jamás. Jamás.

—Si necesitás algo estoy al lado, amor —les decía. Y ellas tiraban la red, la ajustaban, cerraban las garras de esa trampa que llevan entre las piernas.

—Por favor, quedate cinco minutitos más —me pedían y yo sabía, por intuición y experiencia, que ese diminutivo aplicado al tiempo, en el orbe de lo femenino, era sinónimo de eternidad, no de instante. Mucho más cuando de amor se trata, cuando de ese modo tan mezquino e individualista del amor se trata.

En esas camas de la tortura, aunque parezca absurdo, llegué muchas veces a recordar la frase que el general Perón escribiera en la cañonera *Paraguay*: “Sentí la soledad como jamás la había sentido”. Hubo mujeres que necesitaban tocarme alguna parte del cuerpo durante toda la noche. Y soporté noches de mal sueño con un pie sobre mi pie, una mano sobre mi culo, y hasta hubo una que solía agarrarme una pierna entera entre sus piernas como una tijera de podar a una rama de ligustrina. Yo me sentía desesperado, me llenaba de angustia en ese insomnio de prisionero del amor. Todas ellas sabían que yo era noctámbulo, me habían conocido y me habían visto siempre en la noche de Buenos Aires. Durante toda mi vida rara vez logré dormirme antes del amanecer. Y nunca tuve ningún problema en confesarlo de entrada nomás con cuanta mujer conociera. Pero ellas insistían en que me quedara en la cama, en que no las “dejara dormir solas”.

Al fin y al cabo, ¿uno no está solo cuando duerme? Si estoy en el estudio de al lado, pared de por medio, ¿cuál es la necesidad de que yo sufra? Hoy entiendo claramente que esa necesidad es un placer macabro: torturar al ser amado, exprimirlo, dejarlo hueco de voluntad. Una prostituta quiere lo mismo que uno quiere: resolver el asunto. ¿Y quién dice que en ese modo del sexo no hay amor? Claro que hay amor. En todo hay amor, el universo está hecho de amor porque Dios, su creador, es amor, y entonces el amor abunda más que el hierro y el silicio. Sencillamente porque el hierro y el silicio también son amor, son otra de las extraordinarias manifestaciones de la esencia de Dios: el amor. Pero andá a hablar de estas cosas sin que ellas te digan "Vos siempre con la excusa de Dios" o bien "Vos siempre con el universo", y bueno, es el único verso que tengo. Y lo que es peor, que se levanten junto con vos y pongan a todo volumen uno de estos nuevos cantantes que solo llevan público femenino: Rikimoño o Solistiruano, o como se llamen, aunque siempre suenan igual. Porque como el Arcángel, ese que era de fierro, como ese hubo uno solo, y no creo que se repita en mucho tiempo.

Pero en el caso que nos compete puede ser aún peor, ellas pueden llegar a poner cumbia, o pueden poner esa música que ahora llaman irónicamente swing cuando swing es lo único que esa música no tiene. Y entonces, de puro enojo o capricho, no de ganas, suben el volumen del aparato al máximo, destruyendo el placer de la madrugada con esas estúpidas canciones que quieren decirlo todo y que nunca dicen nada. Y vos estás tranquilo junto a tu Philip Roth de cada madrugada, tan frágil Roth, tan frágil, hasta que esa vocecita deprimentemente aguda lo destruye como una bocina de camión destruiría el cristal.

Todo problema es un problema musical, me dijo una vez Ulises, un amigo que sufre las mismas penurias que sufro yo (y creo que alguna que otra más) cuando se trata de compartir gusto musical con una mujer, y que por no compartirlo somos siempre los condenados al eterno rótulo de intolerantes patriarcales, tan solo porque la voz de Valeria Lunch nos da diarrea.

En esos kilómetros de ruta maltrecha pero casi recta, el campo se veía casi inocente. Una mansa palabra de Dios. Sin animales ni gente es lo que quiero decir. Por suerte no sé diferenciar la soja de la remolacha o del trigo o de un pinar. No entiendo nada del campo, y eso es un orgullo personal que llevo como bandera en mi vida. Sí sé identificar girasoles, y me gusta mucho mirarlos por una ventanilla de un auto o de un micro mientras voy pasando de la duermevela al sueño y del sueño a la duermevela. En esa ocasión no había girasoles pero sí la hipnosis de la luz de los violeteros y el olor a cuero de mis butacacas que, unidas, habían formado una cama perfecta para mí solito. Finalmente me dormí.

Soñé con una boca que primero fueron labios alrededor de la lengua de Rolling Stones y luego dientes blancos ensangrentados dentro de labios chupadores y otra lengua Rolling Stones lamedora y vampira. Y lo sentí como una revelación, como algo que iba a encontrar antes de terminar el viaje, yo que era un mar salado de defectos, profundo de resentimientos, me iba a unir a ella que era un río dulce, iba a encontrarla a ella como quien encuentra un río. Al despertar

el sueño se tornó revelación. Y supe que esa mujer venía a mi encuentro. Y que iba a anunciarse detrás de su boca. Muerta de tanta eternidad y eterna de tanta muerte. Antigua y virgen, nueva y destrozada de amor, sana pero completamente enferma. Sedienta, amarga, saciadora y adictiva. A esa mujer que podía tenerlo todo o que podía no tener nada de eso que se supone debe tener una mujer: un pelo pesado y negro como la brea, una piel tersa, delicada y sensible como las alas de una mariposa. Dos tetas perfectas con o sin sostén, un culo armado y poderoso bajo jeans, bajo polleras y que no desilusiona ni un gramo al desnudarse. Podía tener o no tener la estatura ideal para sus medidas, la cintura exacta que doblase en el momento exacto para luego recuperarse dando esa amplitud tan impresionante que las convierte siempre en las madres posibles, en ese monumento de fertilidad que tanto me calienta. Porque la reproducción como función primordial del sexo está metida en mis genes, y que ellas se puedan abrir a tal extremo conscientemente me aterra pero inconscientemente me calienta, me predispone a servir, servirles, esclavizarme en ellas. Porque yo me hago charco de nada tras el bamboleo de una falda corta que termina de pasar y se aleja ahuecando el universo a cada paso. Me desintegro tras esa redondez esbelta que oculta un universo lleno de promesas y de paisajes electrizantes, que levanta la libido y la furia irracional de lo masculino hasta nublar la razón, pero todo eso se derrumba y cae si al estar cara a cara no encuentro esa boca, no encuentro su boca. Que solo hace falta que esté pintada o seca, o mojada y levemente mordida, y por más que el pelo sume y los ojos, la naricita, los pómulos, las cejas y pestañas completen el cuadro de una cara hermosa, sería solo eso, una cara bonita, para la abuela y la madre, para el padre que la vio crecer, para los hermanitos menores. Dudo que los gatos cerveceros de la esquina le dediquen muy seguido una masturbación a esos ojos. A esa boca lo puedo asegurar, a esa boca yo también. Grande, de gestos personales, donde parece que algo siempre está por suceder. De lunar exacto, y de sabor dulce, de labios que sepan morder labios, de labios con carne que sepan relajarse a la hora de besar, que sepan retirarse lentamente formando la circunferencia perfecta que acaricie lo amado al chuparme, al comerme. Esa boca yo iba a buscar, yo iba a encontrar. Y detrás: ella, ella otra vez con su boca que parece murmurar mil cosas sin hablar. Para que nadie, ningún hombre, se atreva a ser poeta. Para que yo no me atreva. Y ella vendrá para mirarme: su boca va a mirarme para que me rompa la lengua y me trague las muelas, porque la poesía no puede decirse de dientes apretados es que tiene que ser extraña, porque los labios de la extraña destilan miel, y su lengua es más suave que

e

l

aceite.

La limusina se sobrecalentó a pocos kilómetros de San Nicolás en un pueblo llamado Campos Salles. Por suerte mi chofer atento la detuvo antes de fundirla y a pocos metros de un taller mecánico, de esos que todavía duermen su sueño de campeones al borde de la ruta. No nos habíamos cruzado, en ningún tramo de aquella ruta 188, con ningún tipo de control policial o sanitario, nada de nada. La ruta fue un tajo sobre el vientre del campo y su soledad. Todo ausencia: ausencia de vida animal, ausencia de hermosos girasoles. Tan solo el celeste del cielo de la tarde y el verde omnipresente de la soja junto a la sombra de fantasma de Monsanto musicalizados por nuestros doscientos caballos blancos del motor de nuestra limusina blanca.

Mi chofer, al que le faltaba tan solo un lavado para dejar de ser rubio, nos pidió que bajásemos. Yo seguía aún somnoliento, pero mis amigos estaban un poco acelerados por algo que, en mi chofer, no podría imaginar por qué: pero que, en mi Alfredo, era una clara consecuencia del blanquecino maquillaje que ostentaba en su nariz.

—Sacate el pompón blanco, parecés un payaso de una película de terror colombiana —le dije.

—Me le sueno y lito —me dijo.

—Dale, y guardá el pañuelo que si nos quedamos sin plata lo vendemos por lo menos en cinco lucas con toda la mierda que va a salir de ahí.

—Mirá que so demente, Demencial, eh.

Dejé a mis amigos antes de que golpearan en el portón cerrado del taller. No quería enterarme de nada de la mecánica agropecuaria y su baja incidencia en la vida de las personas de la ciudad. Les dije que iba a buscar un lugar donde comer o comprar comida real. Ya eran las cinco de la tarde aproximadamente y aunque la empresa se me hacía un poco imposible el asunto era seguir un poco más en esta soledad prefabricada. Mis amigos no tuvieron objeción alguna.

—Buscale a la rotisería del don Carlo —me gritó mi Alfredo—, el tipo é un compadre mío.

Di la media vuelta y volví sobre mis pasos, medio aterrorizado ya.

—No podés tener un compadre en Campos Salles, Alfredo —dije—, de hecho no deberías ni saber que existe un lugar llamado así, a pocos kilómetros de San Nicolás, sobre una ruta que tampoco deberías saber que existe y mucho menos que se le llama Nacional o Provincial 188. No podés, Alfredo, porque sencillamente es imposible.

—Pero é verdá, Demencial. Familia del tipo é paragualia, y se vinieron acá en lotro siglo cuando terremoto.

—¿Qué terremoto?

—Terremoto Buenos Aires.

—Nunca hubo terremoto en Buenos Aires, no hay falla tectónica.

—Hay fália sí señor, del Punta neleste, nel Río Paraná y nel Río nel Plata, la fália fália cada mucho en lo siglo pero esa ve falió feo.

—No te lo creo —dije, y él me miró medio ofendido.

—Bucale y decile a don Carlos que só lermano putiativo del paragualio Alfredo.

—Putativo, Alfredo.

—Eso dije, putiativo, Demencial.

El dato de Alfredo me despertó una enorme curiosidad de conocer a ese tal don Carlos y su rotisería. Caminé hasta el corazón del pueblo y no me fue difícil dar con los locales, que no eran más de una docena. Pero la rotisería estaba cerrada. No así la panadería Peter Pan, y me metí a ver si sabían algo.

—Buenas —le dije a la nada, porque no había nadie. Solo una canasta enorme de pan y unas bandejas de facturas de grasa que, por el aroma que despedían, parecían recién sacadas del horno.

Esperé unos minutos y una chica muy joven con un pañuelo rojo sobre la cabeza, atado en la nuca, me saludó y me preguntó qué necesitaba.

—Dos cosas, querida —dije—, facturas de grasa y que me digas dónde puedo tomar un colectivo a San Nicolás.

La chica se puso un barbijo, abrió un cajón de la parte baja de la vitrina mostrador de madera que nos separaba y me ofreció uno de factura evidentemente casera como las facturas de grasa.

—Está nuevo —dijo, y sonrió—, póngaselo tranquilo, si no no lo puedo atender.

Me lo puse, me atendió y me indicó dónde paraba el colectivo de la línea 500 que iba a llegar cuando llegara. Me di cuenta de que no tenía ninguno de los teléfonos pero eso ni siquiera me preocupó. Tampoco tenía mucho dinero encima, algo más de mil quinientos pesos, por lo tanto mucho no iba a poder hacer. Sin embargo, lejos de detenerme, el hecho de estar corto de plata me gustó. Tenía que viajar con lo justo, como un explorador perdido en el desierto con un tercio de cantimplora de agua. Mi oasis sería la librería El Buen Libro, en San Nicolás.

—Además de las facturas, tenés que cobrarme el barbijo —le recordé.

—El barbijo se lo regalo, señor, los hago yo misma para estas ocasiones, para que nos cuidemos entre todos.

—Sos un ángel —le dije.

—No señor, soy Belén. Pero siempre me cargan con eso —dijo.

—¿Con que sos un ángel? ¿Por qué razón puede ser?

—Es que toco la lira, en realidad toco el arpa, pero como es muy grande de transportar, toco la lira en las misas de la capilla.

—¿El arpa paraguaya? —dije, y ahí reparé en que era rubia y muy blanca de piel, típico de las

mujeres de ascendencia paraguaya.

—Sí, claro.

—¿Tenés algo que ver con don Carlos?

—Acá casi todos tenemos que ver los unos con los otros, señor, somos menos de dos mil personas, bastante menos creo yo —dijo y se rio.

—¿Y tocás la lira?

—La lira de diez cuerdas, sí.

—¿Podrías tocar algo para mí? Nunca escuché sonar una lira y tengo la sospecha de que solo sentir el sonido sería un antes y un después en mi vida —le dije—. Podría pagarte todo lo que tengo encima, no es mucho pero es algo.

—Señor, ¿cómo voy a cobrar por tocar la lira? —dijo—, eso lo paga Dios.

—Claro, sos un ángel.

—No lo soy, pero espere un segundito, la tengo acá mismo en la cocina.

Ella fue y volvió y sacó de un estuche una lira color madera, madera blanca que no parecía pintada.

—¿Qué madera es esa tan blanca?

—Es plátano —me dijo.

—¿Esos árboles tan molestos que tiran hojas en otoño y en primavera llenan el aire de polen amarillo?

—Esos mismos, dan buena madera, lo más parecido al arce que hay, y acá está lleno —dijo—, ¿toco?

—Te lo ruego —dije, y agradecí mentalmente a don Carlos y al terremoto real o imaginario de ese otro siglo tan real o tan imaginario como este y sus pandemias.

La lira de diez cuerdas, tocada para mí por un ángel a quien Dios iba a pagarle los honorarios, empezó a sonar. Las cuerdas pulsadas por esos deditos blancos y finos y el perfil de esa chica que apoyaba levemente el parietal superior derecho sobre la madera de plátano es algo que no soy capaz de describir. Y tocaba esa hermosa melodía para mí, solo para mí. Fue tanto lo que sentí cuando dejó de sonar esa canción que yo identifiqué nórdica, o celta o antigua, de un antes muy lejano a ese presente, que me alejé con mi barbijo y mis facturas, agradeciéndole a esa niña ángel con un agite mudo de mi mano, mudo y lejano. Tal vez ella era mi Hariel ya reencarnada, mi Hariel ahí, por eso no quise pronunciar su nombre ni quise tocarla. Tal vez ella era el Ángel del Bar ya reencarnada, mi ángel del bar reencarnada ahí, por eso no quise pronunciar su nombre ni tocarla. O tal vez ella era mi hermanita Julia reencarnada, mi hermanita Julia ahí, por eso me mordí para no pronunciar su nombre y me alejé rápido para no tocarla. Tan solo afuera, en la ruta otra vez, buscando la parada del colectivo, sintiendo las lágrimas deslizarse de una en una o dos en dos hacia el final de mi cara o el final de mi cuello fue, fue que pensé “Julia”, y agradecí mirando nuevamente a la puerta del local donde ella no apareció, donde en ese momento entraba

alguien a comprar, a tener la suerte de mirarla por unos instantes. Luego fue que lo dije, consciente por primera vez en tanto tiempo, en tanto viaje, lo dije:

—Julia —dije, y esperé.

—Julia —repetí—, no sabés lo grande que está María del Rosario.

—Julia; te enojaste mucho cuando no apoyé a Luna. No quise ser grosero con ella, hermanita, solo estaba asustado. Siempre estoy asustado. Ahora, por ejemplo. El campo me mira y yo estoy asustado —dije.

Aunque creo que nunca lo dije en verdad, y solamente necesito inventar haberlo dicho. Inventar haber pronunciado, más o menos, estas palabras.

No era necesario. La edad de ella no lo justificaba. Ni siquiera mi edad lo justificaba. Un hombre a los cuarenta y siete años no tiene necesariamente la semilla agonizante, mucho menos muerta. La prueba es, le dije, que quedaste embarazada al primer error, y decir eso fue mi primer error: a Luna se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No quise decir error por equívoco —le dije.

—Y qué otra cosa quiere decir error —dijo ella, y se largó a llorar, a pucherear en realidad.

Generalmente se largaba a llorar apelando a su talento de actriz, pero esa vez me pareció que lloraba en serio, tanto que se me llenaron los ojos de lágrimas a mí también. Recurrí a un truco verdadero, y digo verdadero porque lo que le recordé era la pura verdad, y digo truco porque al darme la razón de manera absoluta esa verdad se alejaba irreverentemente de la realidad. Entonces dije:

—De considerarlo un error, ¿hubiese actuado como actué, Luna? De considerarlo un error, ¿te habría dicho inmediatamente que vuelvas de España? ¿Me habría puesto tan feliz y te habría contado el sueño de que una niña llamada María me anunciaba que llegaba a mi vida?

—No —dijo ella, y puso esa trompa hermosa que tan linda la hacía cuando estaba en el final de un llanto.

Se calmó. Pero insistió con eso de consultar una médica genetista sobre la necesidad o no de hacer la punción para un estudio genético. El líquido amniótico, según Luna, compartía el cien por ciento de los genes con el feto. Así dijo ella: feto, y estaba bien decirlo así.

—De paso confirmo que sea mía —dije.

—Estúpido —dijo ella, y logré transformar su boca en sonrisa.

La genetista del Hospital Británico ostentaba apellido alemán en la cartilla. Eso al principio me tranquilizó pero luego, pensándolo mejor, reparé en que si en algo habían fallado los alemanes, y seguían fallando, era en su teoría en torno a la genética humana. Supuse que de confirmar el origen no ario del feto recomendaría abortar; pero no dije nada. Luego me tranquilicé recordándome que si en algo fallaba yo eso era en mis juicios respecto del personal médico de las empresas de salud prepagas: en mis prejuicios, para decirlo más claramente.

Es necesario reconocer que yo soy un hombre celoso, y toda esta historia de los que trabajan entre las piernas de tu mujer es algo difícil de asimilar para mí. En general mis mujeres, tanto Luna como las anteriores, reconocían preferir hombres jóvenes a mujeres de cualquier edad a la hora de elegir ginecólogos. Supongo que por alguna razón ajena a la juventud, la belleza y el

poder que en sí representa un médico. Digo supongo pero no supongo nada, eso es claro.

Llegamos al Británico en auto y estacionamos donde nos propuso un muchacho sin una gota de sangre sajona en su fisonomía inca. Iba a estacionar más adelante pero el muchacho inca invirtió tanta energía en la invitación, sacudiendo efusivamente un trapo y dando saltitos como si bailara una cueca, que me sentí obligado a aceptar.

Bajamos del auto, le pagué por adelantado al muchacho y nos metimos hacia el fondo de ese hospital de mil pasillos y nos sentamos en una sala de espera atestada de embarazadas. Todas panzonas y con cara de felicidad. Unos pocos maridos y yo en medio de ellas.

—Qué pocos hombres que hay, ¿viste? —dije como para mí, pero tratando de que el tiro le diera a Luna por elevación.

—Es la hora, los otros deben tener trabajos estables —dijo ella y arrancó ganando uno a cero.

Claro, yo estaba dejando mi empresa en manos de otros y llevaba un año sin hacer nada. Y además la palabra “estable” no está en mi diccionario. Miré hacia el otro costado y le sonreí a una rubia enorme.

—¿De cuánto está? —me preguntó la rubia.

—¿Yo? —dije. Ella soltó una risita.

—No, ella —dijo, y ahí me di cuenta de que su panza parecía de veinticinco meses. Imaginé que el pibe le iba a nacer justo para entrar a la universidad.

—Del sábado pasado —le contesté.

Me levanté de golpe y me di cuenta de cuán irritado estaba. Irritado sin razón. Le dije a Luna que iba a comprar dos tés y caminé buscando el bar.

En el bar hice el pedido y me senté un momento tratando de soltar el aire tóxico que tenía en la garganta. Durante los dos embarazos anteriores, de mis dos hijos y sus respectivas madres, yo entraba a cada hora al bar a tomar whisky o vino o cerveza, dependiendo de lo que tuvieran. Pero indefectiblemente bebía, a eso me refiero. Le había prometido a Luna que en esta ocasión iba a ser diferente y lo estaba cumpliendo. Eso es algo, me dije. Eso era algo.

Volví con los tés y Luna me increpó por lo que le había contestado a la embarazada de veinticinco meses.

—Podrías de vez en cuando guardarte la ironía, ¿no te parece? —dijo, y pensé que lo único que me venía guardando era una pregunta tremenda que ella había decidido negar y que por nada del mundo debía volver a formularle: la idea de que veníamos a averiguar si nuestra hija o hijo era o no mogólica. Porque esa es la palabra negada, esa fue la palabra que yo le dije a Luna la noche de la discusión.

—Tenés treinta y cuatro años y yo cuarenta y siete. No tiene sentido el estudio.

—Tiene sentido para mí, porque el cuerpo es mío.

Y ahí dije la palabra. No querés tener una mogólica adentro, ¿no? Una brutalidad, lo sé, y además una injusticia porque ella en ningún momento había hablado de abortar: quería saber,

recién ahora entiendo que quería saber y punto.

—Sos un enfermo —me dijo.

Y yo dije otra cosa, y ella otra, y así: una cantinela de esos etc. etc. etc. que tenemos en común todas las parejas a la hora de discutir, a la hora de lastimarnos. Hasta que el llanto de ella se impuso a la razón. Y entonces mi arrepentimiento fue total porque no pude abortar a tiempo. Abortar a tiempo. A tiempo.

—No se dice mogólico, estúpido —había dicho Luna.

Pero se piensa, pensé; y por suerte no lo dije.

De golpe vi que en la otra punta de la sala, evidentemente desorientado, un hombre muy viejo se apoyaba en un trípode tratando de levantarse y no lo lograba. Mirando al hombre viejo buscar fuerzas en sus manos temblorosas entendí que a la hora de nombrar algo que nos duele, que nos quiebra el alma de dolor y que hemos recibido como caído del cielo, no existe palabra adecuada con que los demás puedan nombrarlo. Y entonces al escuchar los términos correctos, esa limosna piadosa que reparten los sanos, los necios y los felices, es que se imponen las otras palabras, las palabras ofensivas. Palabras que nadie quiere pronunciar, palabras que si intentamos sepultar en el silencio haremos que crezcan y crezcan, que se vayan a dormir con nosotros, que compartan nuestra noche, nuestro sueño, nuestra almohada. Nadie quiere ni desea un pescadito con una aleta feliz como el pelotudo de Nemo.

Por fin pasamos. La de apellido alemán era realmente alemana: rubia, alta, y con un marcado acento nazi. O sea, todo sonaba imperativo y su voz era metálica como salida de un megáfono en campo de concentración genético. Lo primero que nos aclaró fue que el plan de Luna no cubría el estudio. Pero que si nosotros aceptábamos ella podía recomendar un buen lugar por fuera.

—Por favor, que esto sea un secreto entre nosotros. No es lo que corresponde —dijo.

La frase, no tan alemana, debió haberme alertado de lo que iba a venir, pero tan solo sorbí el té, el de Luna, el mío lo había bebido en la espera.

La explicación técnica de la genetista fue excesivamente técnica. Listó las enfermedades y trastornos genéticos que sí y no podía develar un examen de orina; y los que sí y sí podía develar el examen de líquido amniótico. Ninguno de los tres nombró lo obvio e incómodo del asunto: el examen se hacía en una etapa del embarazo en la que el aborto era más que posible y conveniente.

En el final de la explicación me pareció que Luna estaba dudando. Daba la impresión de estar peor que antes de haber entrado a la consulta. Y entonces hizo la pregunta errada y, por supuesto, recibió la respuesta exacta del megáfono viviente.

—Mejor prevenir —dijo la doctora.

—Y si te hacés las tetas, tu plan lo cubre —dije yo.

—Señor, esto no es una broma —dijo la doctora.

—Fuera de broma, lo cubre —insistí, porque fuera de broma sí lo cubría.

—Podrías salir, Gabriel —dijo Luna, y no dudé un instante.

La esperé media hora. Salió. Fuimos al auto en silencio. En el auto le pregunté qué había decidido y ella fue determinante.

—Lo voy a hacer —dijo, así en singular—, existe solo un diez por ciento de posibilidad de pinchar al feto.

—Se llama Julia —dije.

—Se llama feto —dijo ella.

—Diez por ciento es uno de cada diez, Luna.

—Uno de cada diez.

—Esperemos que falle uno y lo hacemos, ¿te parece?

—Me parece que estás pasándote de la raya, llevame a casa de mi mamá, quiero que ella me acompañe.

—Yo te acompaño.

—Vos nunca acompañás a nadie, Gabriel, a vos no te importa nada del otro. Nada de mí —dijo.

Las noches hasta el estudio dormí solo en casa. Avergonzado, impaciente. Había actuado como un estúpido, por demás. Si bien no quería que Luna se hiciera el estudio tenía que entender. Entenderla. Debía entender. Ella estaba sobrepasada, estaba asustada.

Llegó el momento y pude convencerla de que fuéramos ella y yo solos, asegurándole que iba a permanecer en silencio. La madre de ella fue de mucha ayuda para lograr el convencimiento y entonces fuimos ella y yo. Ella asustada, pensando en no sé qué. Yo al volante, cabeza en la nada, tratando de no pensar feto, no pensar María, no pensar en lo que vendría después si es que encontrábamos eso que habíamos ido a buscar.

El lugar era de una sordidez indescriptible. Una propiedad horizontal antigua y húmeda, descuidada y prácticamente sin amoblar. Como si los que trabajaran ahí recién hubiesen llegado. Como si las instalaciones mínimas que estaban ahí recién hubiesen sido instaladas. O lo que me pareció más terrorífico aún, como si estuvieran preparados para salir corriendo en cualquier momento.

A la media hora de esperar salió la genetista alemana acompañada de un hombre de edad indefinida, con aspecto de conductor de televisión antiguo, de la época de Romay o de *Grandes valores del tango*, pero con un guardapolvo blanco, gemelos en los puños de la camisa y un estetoscopio colgado como un rosario pagano. Nos hicieron pasar a una habitación casi vacía, con una camilla y un aparato con un monitor y esas bolitas para hacer ecografías que de lejos se notaba que era de al menos tres o cuatro generaciones de tecnología atrasados. Por lo grueso y pesado de los monitores, por ese tono blanco tiza onda planta de energía nuclear o, lo que es mucho peor, onda aparato de uso oncológico o forense. En ningún momento me hablaron a mí, tan solo a ella. Ella se recostó, prendieron el monitor, le pusieron gel en la panza y le pasaron la

bolita: algo se movía en su interior. Algo, algo, algo. Así pensé: algo se mueve en su interior. No hijo, no feto, no María: algo. Y entonces vi la aguja, enorme, como para inflar una pelota de futbol. Y habré puesto cara o me sentí mareado y la cara se puso sola, porque la genetista alemana me invitó a salir. Salí del cuarto, del pasillo y del PH a la calle y, apenas llegué a un árbol que había en el edificio de enfrente, vomité.

Lo que siguió después hasta el día de los resultados no tiene ninguna importancia. Tan solo decir que en esos días entendí el origen de la náusea que me provocó ese vómito incontenible. Lejos de haber sido producto de la impresión que me dio la aguja o los nervios que me provocaban los riesgos del pinchazo, el origen de la náusea fue una revelación contundente, implacable. En cuanto vi al médico o lo que fuera, aguja en mano, gemelo en puño, tintura en pelo, sonreír antes del pinchazo, entendí claramente que en ese lugar, esas personas, también hacían abortos clandestinos. Jamás le revelé esto a Luna. Jamás lo haría. El estudio salió bien. María nació bien y ya tiene más de seis años y crece, crece y crece, como ese torbellino acuariano que es. Con todas las oportunidades de los que tenemos la suerte de no haber sido pinchados por un conductor de televisión de los años

ochenta.

En la parada del 500 esperé 500 minutos o 500 horas o 500 siglos.

Llegó al menos antes del Juicio.

Treinta y nueve pesos con noventa hasta San Nicolás, me había dicho el ángel de la lira.

—Hasta San Nicolás —pido.

—Estamos en partido de San Nicolás —dice un chofer joven, onda cantante de cumbia narco.

Le tengo que aclarar que voy hasta la ciudad de San Nicolás, aunque no hay nada que aclarar, tan solo la cara de mierda que puso cuando casi me tuve que tirar bajo las ruedas de esta chatarra para que se dignase a parar. Me da el vuelto en monedas. No lleva barbijo, hay gente parada, no puede haber gente parada. Guardo las monedas. Las monedas contagian menos, dijo un especialista del Hospital Álvarez en un programa de radio progresista. Según él, el virus aguanta menos en el metal que en el papel. Seguramente se le habrá ocurrido en el momento. De golpe todo lo que hizo la humanidad, la historia entera del mundo, está mal. Sobre todo para estos pelotudos diplomados. Monedas son monedas, pienso, y agarro el vuelto.

El cantante de cumbia narco no es un chofer, es una bestia desbocada. Las personas de pie somos cuatro, pero el tipo para y para y para; y más gente sube y sube y sube. En un momento no hay lugar ni para respirar. Mejor no respirar. Nos van a tener que hisopar hasta el culo. Los tumbos que da la chatarra son indescriptibles, por momentos parece que va a volcar. Frena en un cruce de no sé qué con no sé quién. Calle de tierra, nadie a la vista, ¿por qué frena? A los treinta segundos me doy cuenta de que del lado de la puerta del conductor sube una minita. Parece una de esas putas de ruta, no parece, es una de esas putas de ruta. Al menos acá frenó por una causa noble. Arranca. Vuelve a frenar en una supuesta parada. Digo supuesta porque de haber sido una parada real las supuestas personas que esperaban ahí habrían tenido que saltar porque el colectivero se subió a la vereda.

Insultos.

De ida y de vuelta.

Animal.

No hay derecho.

Cierren el culo.

Maleducado.

Mal aprendido.

Risas de cantante de cumbia narco.

Risitas de puta de ruta.

Masca chicle moviendo la mandíbula como el caballo de Mr. Ed. Aro, pelito de pibe chorro, cara de pocos amigos, boca de caballo mascador. Caballo con voz no hay dos no hay dos.

Llegamos a la Panamericana y se mete mal. Entra en contramano por una de las salidas. No vamos a llegar vivos ni al parador Fighiera, el de los mejores ravioles del mundo según mi amigo Federico, pero Federico no está, ¿dónde andará Federico en estos días? ¿Por qué carajo pienso en Federico en este momento? Ah, por los ravioles, sí. El único raviol es el de falopa que se tomó este hijo de re mil putas. Sigue a contramano. Llega a la cima. Dobla por fin pero queda cruzado. Se acomoda marcha atrás. Es la Panamericana, animal, me gustaría gritarle, pero no quiero bajarme acá. Respiro.

En la siguiente parada sube una mujer, y en doscientos metros se convierte en La Mujer. Aún no me doy cuenta de que es por ella que estoy en este colectivo luego de que un ángel me drogara con la música de su arpa. Sería un ángel o un demonio disfrazado y estoy ahora en el colectivo de Caronte yendo al séptimo círculo del infierno. Ahí la mujer. Diez cuadras en una montaña rusa plana y un paisaje de tierra y pocas casas. Baja a la colectora: por qué hizo todo ese quilombo para subir a la autopista si en menos de un kilómetro bajó a la colectora otra vez. No hay duda de que este demonio nos está castigando.

Una parada más y se bajan casi todos, no sé si por casualidad o porque temen no llegar a la medianoche vivos. Seguro que por casualidad, ninguno tenemos cara de sobrevivir hasta la medianoche. Me doy cuenta de que es una cárcel, la parada del penal de San Nicolás, ni siquiera sabía que había un penal en San Nicolás. Pienso que la mujer va a bajar, que seguramente tiene un hijo preso, o una hija, o un marido, o un amigo, cara de policía no tiene. No es. Tampoco se baja. La mujer, que apenas subió al colectivo era tan solo una mujer, es ahora una de esas mujeres: no la que busco en un prostíbulo, sino una de esas que me buscan a mí por la vida para pasar por ella y hacerme entender lo equivocado que estoy en todo lo que pienso. Cincuenta años, cara cuadrada, rubia ceniza, colita, vestida con jogging verde, se sienta porque ahora hay lugar y yo me siento frente a ella y a mí me toca viajar de espaldas a mi destino. Es raro, pero me da la oportunidad de estar frente a frente con la mujer. La miro porque me atrae algo, no sé, soy como un pescador experimentado en eso que nadie quiere salir a pescar, desde chico lo soy. Para cualquiera el río de gente es el mismo en todas partes, pero para mí no, yo puedo decir, ya que hay algo en mí que me lo dice, acá, entre estos juncos, hay algo grande. Y a mí me pasa que me siento en el lugar indicado en el tiempo indicado. Siempre. Cada vez. Esta vez. Otra vez. Y ahí estaba yo: viajando hacia atrás como si fuera el personaje de una película que alguien estaba rebobinando, y pensaba: esta mujer es una peso pesado.

Suena un celular, enseguida me doy cuenta de que es en la cartera de la mujer. La mujer se desenrosca la bufanda del cuello, se baja el tapaboca y abre la cartera. Entonces, recién entonces, le veo las manos: sus manos: cuadradas, más cuadradas que su cara de mujer. Rugosas, infladas,

impresionantes. Saca un celular pequeño, de esos que tienen tapita negra. Con esas manos no se puede abrir un artefacto tan pequeño y a la mujer le cuesta trabajo separar las dos mitades y convertir ese pequeño plástico en un teléfono. Habla, niega con la cabeza, se ríe, pero todo esto no lo veo, lo percibo en el límite superior de mi campo visual porque solo le miro las manos, hechas a imagen y semejanza de los baldes que cargó, de los trapos que retorció, a imagen y semejanza de la lucha, de la injusticia, porque es injusto limpiar la mugre de los otros, no hay dinero que lo pueda compensar. Es una mujer de la limpieza. No hay nadie de ella en esa cárcel, ella va a limpiar la mugre ajena de los que son mugre ajena para los dueños de esta sociedad de mierda. Sirvienta. Los que contratan a una mujer que limpia no le dicen sirvienta. Ellos dicen "la tratamos como si fuera de la familia" y la llaman haciendo sonar una campanita. Claro, la tratás como si fuera de la familia, de la familia de Bambi. ¿Por qué no llamás a tu hija con una campanita y la hacés limpiar el bidet cagado por el abuelo mientras el abuelo le mira el culo cada vez que se agacha? Me estoy hundiendo en pensamientos necios y tristes, pienso; y entonces esas manos cierran el celular tan fuerte que la tapita hace ruido. Sacan un pote de crema y se pasan crema, pero no la absorben, la crema va y viene pero no penetra en la piel de rinoceronte de esas manos. Y se frotan y se frotan y son solo eso, manos que se frotan. Una película de manos cuarteadas que se frotan, que acariciarán otras manos también cuarteadas, o unas cabezas pequeñas con el mismo destino de cuarteadero que el de estas manos, aquellas manos, las otras manos. ¿Cómo harán el amor estas manos con coraza? ¿Por qué me resulta más fácil imaginar manos narcotraficantes, manos genocidas, haciendo el amor? Debe ser porque de chico me hicieron mirar *Señorita maestra* y quedé pelotudo.

La mujer me pide permiso antes de llegar a la terminal, permiso para que yo corra mis piernas, permiso porque sí, porque podría pasar sin molestarme. Está acostumbrada a vivir pidiendo permiso, permiso a los hijos de mil putas que son generosos con los sirvientes, permiso señor, permiso señora, permiso señorita. Tengo ganas de vomitar. Pero dice algo, algo que dice que es el preludio de algo que hace, que hizo, que va a hacer en este preciso momento: me tiende la mano.

—Dios nos ampare —dice ella cabeceando y yo le doy mi mano.

En realidad, como lo haría un chico, agarro uno de sus dedos y cierro mi mano sobre él. Ella sonríe y retira su dedo de mi mano, desflorándola. Se levanta y pasa frente a mí. Yo corro las piernas, corrí las piernas, aunque buscando que me roce con algo. Ella ahora sonríe y me roza con el costado de su muslo izquierdo. Duro. Tan duro como su rostro. Se toma de los pasamanos y toca el timbre. Vuelve a sonar el celular pero esta vez deja que suene. Necesitaría las dos manos y sin untar de crema para abrirlo con eficacia, y eso sería imposible, eso es imposible, mientras se sostiene de la frenada de un colectivo manejado por un animal.

Sentado en el umbral de la librería El Buen Libro vi llegar la limusina blanca con mis amigos a toda cumbia y todo vapor de marihuana. Parecía la limusina de *50 Cents* pero era la del dúo más mentado que pudo haber caminado aquellas calles del sur: Alfred & Alfred. Pararon de costado a mí. Mi chofer sin un rasgo del rubio alemán que había deslucido hasta ese momento.

—Tencontrámo, Demencial —gritó mi Alfredo.

Me levanté y me metí en la parte trasera, tirándome en la cama hecha de butacacas que ellos no habían osado desarmar.

—La librería está cerrada —dije.

—No pa nosotros, Demen —dijo mi Alfredo—, me dijo sobrina nieta del don Carlo que tocó lira paraguália a tu persona y le pedite coletivo del 500. Lió sabía dónde te buscar, Demencial.

—Gracias, Alfredito —dije.

—Te trajimo pólio y lechón mamón vegetariano del don Carlo, ahí le tené nel hornito létrico. Y tomate un wiki también.

—Bueno.

—Don Carlo, Alfred y yo tenemo idea de genio.

—A ver ahora.

—Pólio.

—No entiendo.

—Entendele, haceme minutito silencio y entendele: pólio.

—Alfredo, es una enfermedad y se inventó hace un montón de tiempo. También ya inventaron la cura, creo.

—Pólio é comida, Demencial, ¿entendé? Pero no é pólio de poliería, sino el que vo tinventé, o sea: el que vo queré, lacemo.

—Deberías escribir estas cosas, Alfredo —dije—. Son geniales de verdad.

Alfred & Alfred bajaron al tiempo y caminaron hasta doblar la esquina. Yo me quedé comiendo ese mamón increíble, realmente. Tomé dos cervezas y dos petacas y cerré un poco los ojos. Estaba cansado, muy cansado de tanto andar pero no por la ruta sino por la vida. Pero no iba a aflojar ahora que faltaba tan poco.

La librería fue un mundo de fantasías. No solo porque el catálogo era increíblemente cuidado sino porque sus dueños, una pareja tan pareja que me sorprendió que no estuvieran juntos o que no fueran hermanos gemelos, hacían de esa librería un fresco del alma de la vida que ellos habían

vivido. Nos pasamos una tarde hermosa mirando libros, conversando en el patio trasero, tomando mates. Sin drogas ni alcohol, tanto mi Alfredo como yo. Les conté la historia del ángel de la panadería y su hipnótica lira de diez cuerdas, luego la historia de las manos de la mujer que subió cerca de la parada de la cárcel. Me alertaron de que el recorrido que había hecho el colectivero estaba mal, que se había desviado, y yo les dije que seguramente para llevar puerta a puerta a la chica de la ruta, su novia o vaya a saber uno qué. Susy, la dueña, me dijo que era una historia hermosa para contar, que tenía que escribirla tal cual se las había contado.

—¿La historia de la chica y del colectivero?

—No, la de las manos que se frotan y las manos del ángel de la lira —me dijo Susy.

—Pero no soy escritor —dije yo.

—A juzgar por cómo contás la historia yo creo que podrías serlo —dijo ella.

El ánimo me subió a las nubes. Yo, Gabriel Arcángel Reyes: escritor. Mis obras completas en diez tomos de papel de arroz. Me dio una risa repentina.

—No te rías —dijo ella—, lo pienso de verdad.

—Hubo otra mujer que me lo dijo, cuando yo era chico y escribía canciones, Teresa Snajer se llamaba, hace un tiempo largo que murió —dije.

—Pues Teresa tenía razón —dijo Susy.

La cantidad de mujeres invaluables que yo me cruzo en la vida es infinita. No me había dado cuenta de que las historias estaban unidas por las manos. Las manos blancas de esa ángel del cielo, suaves y aptas para la lira, las manos duras y ásperas de esa ángel de la tierra, negadas para todo lo demás que no sea el dolor.

A la noche nos prepararon una habitación en un santiamén. Alfred & Alfred durmieron ahí. Yo en cambio preferí dormir solo en la limusina.

Al otro día, luego de recibir regalos, sonrisas y deseos de reencuentro, salimos hacia la Chicago argentina.

A eso de las doce del mediodía paramos en el Monumento a la Bandera, nos sacamos la selfie paraguaya de rigor, y le pedí a Alfredo que me diera un handy porque me iba a caminar.

—Andá al hotel República, está a la vuelta de El Diablito, por favor —le dije al otro Alfredo —, así, si volvemos borrachos, no hay ni que cruzar la calle.

—Okikey, Demencial —me dijo.

—Yo me voy a la Bajada España, quiero caminar un poco y comer pescado, si es que llega a estar abierto —les dije.

Caminé unos metros y me di vuelta para mirarlos: Alfred & Alfred subían la rampa del monumento abrazados como niños, era claro que compartían ese optimismo invencible con el que caminan los turistas.

Crucé la avenida Belgrano hasta el lado del río. Eran bastantes cuadras hasta mi restaurante preferido, pero quería caminar. Estaba en Rosario. Estás en Rosario, Gabriel, me dije; y Rosario

es tuya, porque sos más rosarino que el más rosarino de Rosario. Llevo los dos colores en el alma: el azul grana del Canalla por mi gran amigo Nacho y por Amaray, una antigua novia que siempre va a ser un amor tan posible como imposible para mí. Y el rojo de Ñuls por el loco Bielsa, por Messi y por el Diego. Pero sobre todo llevo los dos colores unidos por tantos amigos que los aman y los sufren amándolos.

El aire del Paraná me llenaba los pulmones de vida, y aunque la caminata hacia el norte siempre es cuesta arriba, caminé parejo y a buen ritmo hasta llegar a las escaleras cardíacas del Parque España. En la mitad de la escalada casi me quedo ciego. Pero al final, en un tiempo que se acortó, porque la belleza de Rosario acorta siempre el tiempo del caminante, logré llegar a la cima y bajar decidido para internarme en un valle de restaurantes y de bares cerrados, que no entristecía del todo ese mediodía de sol y de frío moderado. Que tan solo le daban un tinte de lunes sereno a la media mañana de feriado.

Yo necesitaba tomar aire, estar solo y planificar el final del viaje. Ya que nada había sido planeado hasta ese momento. En mi mente estaba el bajo de Baigorria, uno de los lugares más íntimos de mi vida. Entendí que ahí, frente al río, debía terminar mi escape, porque ahí es donde mejor me sentí en la vida, o tal vez ahí fue la única vez que me sentí realmente bien en la vida. Fue cuando volví a rezar, a ponerme de rodillas, partido en dos frente a un recuerdo que me atormentaba, y en un santuario de ese barrio fue que decidí vivir. Seguir viviendo. Y ahora iba a usarlo para dejar atrás el laberinto de espejos en el que me estaba convirtiendo en espejismo.

En eso pensaba en mi caminata hasta que, frente al restaurante Don Ferro, abierto a la entrega a domicilios de privilegio, me tropecé con ella, con la tercera mujer, con la mujer con la cual iba a terminar la historia. La choqué justo cuando terminaban de sacarla a los empujones porque había entrado a pedir, sucia y drogada, con un leve pero claro olor a orina, que la dejaran pasar al baño. Con el último empujón un encargado o dueño del lugar la había echado literalmente sobre mí. Ella aprovechó la volada y me abrazó. Más bien se me colgó del cuello.

—Soy Andrea —me dijo.

La miré: su mal estado se manifestaba de la manera más dura en su descuido dental. La tomé de la cintura y la enderecé. La miré a los ojos: era una chica hermosa, una morocha hermosa. No pudo sostenerme la mirada. Agachó la cabeza y le pedí que la levantara. Lo hizo. La miré nuevamente: una enorme cicatriz le adornaba el cuello, todo alrededor, diluyéndose hacia la nuca. Volví a mirarla a los ojos: no era Andrea, no era ella, no tenía nada que ver con ninguna de las dos.

—Andrea hubo una sola —le dije.

—Me hice encima a propósito —dijo ella—, les dejé el charco adentro. No me dejaron pasar al baño.

—Sucia de mierda —dijo el tipo que la había empujado hacia mí.

Lo miré de arriba abajo. Y le dije que tuviera cuidado con sus palabras.

—Tenga cuidado con lo que dice —le dije—; es mi hija.

El tipo me pidió perdón y dejé caer tres billetes de mil pesos a sus pies. Ella los miró y entendió de lo que se trataba.

—Traéme dos latas de cerveza —le dije.

El tipo ni se movió. Tiré, sobre los tres billetes de mil, tres billetes más; también de mil.

—Dos latas de cerveza —le dije.

El tipo miró el dinero: no hacía falta derrochar más: el que mira el dinero lo toma.

—Agarrá la plata que te da mi papito, gil —le dijo ella.

El tipo se agachó, levantó los billetes y se metió para adentro. Volvió con las latas y las dejó en el suelo.

—Váyanse de acá —dijo.

—Estamos esperando el vuelto —dijo ella.

—Falopera de mierda —dijo él y cerró la puerta.

—Nunca fue muy bueno el servicio de mesa en Rosario, ¿no? —dije—. Bueno, excepto acá abajo, en la Bajada España, ahí son unos angelitos los que atienden. —Ella me miró.

—Sos un demente —dijo ella.

—Así me dice mi único amigo —dije yo.

—Por otro billete de esos me echás flor de Don Ferro, si querés —me dijo.

—No quiero sexo, te quiero a vos y sí, claro, te doy bastante más que uno de esos billetes.

—¿Qué me vas a dar?

—Una propuesta seria.

—A ver.

—¿Sos mayor de edad?

—Tengo veintiuno —dijo.

—Estás mintiendo.

—Veinte —dijo.

—Seguís mintiendo.

—Dieciocho, te juro que tengo dieciocho —dijo.

—Casate conmigo —le dije.

—¿Ya mismo? —preguntó.

—El domingo de Pascuas. ¿Qué necesitás para casarte conmigo?

—Más dientes.

—Se arregla.

—Justo me faltan los de adelante.

—Se arregla.

—Bañarme.

—Se arregla.

—Ropa y alegría.

—Ropa se arregla.

—Estás jugando conmigo —dijo.

—Nos ponemos dientes de vampiro y listo.

—¿Nos ponemos?

—Los Dracu-Dracu, vos, yo y todos los invitados.

—¿Vamos a hacer fiesta, mi amor? —dijo, levantó una de las latas, la abrió y me la dio. Luego tomó de la suya.

—Sí, y después va a venir otra propuesta. Nos vamos a separar el día del casamiento. Pero vos vas a quedar con dinero, y con un lugar para vivir, y con la posibilidad de un viaje.

Ella siguió riéndose, tentada, una risa conocida para mí, una risa hermosa.

Bajamos al piso del restaurante y estaba abierto solo para llevar. Pedimos un menú de pescado para dos y un pack de cervezas. Nos dieron todo lo necesario, hasta cubiertos plásticos y copas acrílicas, porque siempre son tan amables en ese lugar.

—¿Bajamos otro piso hasta el club de pescadores? —le pregunté.

—Dale.

Bajaba detrás de ella cuando supe que realmente yo iba a hacer lo que fuera necesario para que estuviera bien, y para que Alfred & Alfred también estuvieran bien. Hacer lo necesario para que todos estemos bien, pensé. Eso. A mi Alfredo le iba a proponer que aceptara el dinero para comprarse un auto e irse al Paraguay en busca de su madre. Al otro Alfredo iba a pagarle aunque ya se sintiera amigo mío y se negara a cobrar, y a esta Andrea, no sé, ¿qué podría proponerle a esta Andrea para después en su vida? Tal vez que lo acompañara a mi amigo, seguro mi departamento de Mar del Plata. Yo tenía un departamento en Mar del Plata. Cerrado, juntando hongos, seguramente siendo alquilado como telo por el encargado del edificio.

En el club nada ni nadie impedía el paso pero todo estaba cerrado de tal manera que resultaba espantoso estar ahí.

—Vamos en taxi hasta el Remanso —me dijo—. Ahí hay mucha playa, es la playa más linda de la ciudad.

—Lo sé, también sabía que ibas a proponer ese lugar —le dije—, pero nos van a desplumar.

—Ya estamos desplumados. ¿De verdad sabías que te iba a proponer eso?

—Te lo juro.

Subimos, paramos un taxi y, con el menú de boga y una docena de cervezas, tras haber atravesado un cementerio de personas vivas aún pero con barbijo de muerte, llegamos a la playa cuando no eran las cuatro de la tarde. Nos sentamos en el lugar más seco y abierto, desenvolvimos la comida, y cuando yo había empezado a caranchear el pescado con el tenedor plástico, Andrea II me pidió que esperase: se desvistió y entró al río con la misma inmunidad al agua y al frío que solo tendría un niño. Tenía un cuerpo color canela impresionante, la edad de su

cuerpo era un siglo menor a la de sus ojos, un milenio menor a la impresión que daba su rostro por la falta de cuidados a la que el mundo la había condenado. El castigo de los hombres y de las mujeres que no miran de frente al otro, que no tienen Dios y que condenan a sus hermanos a la intemperie.

—Vení con la comida y la cerveza —me dijo.

—Estás loca, me va a hacer mal.

—Sí —me dijo—, es lo más probable.

Con esa respuesta, ¿qué podía hacer yo? Me desvestí y entré al agua en calzoncillos, con la caja de comida abierta y uno de los packs de seis cervezas. El agua estaba calma y tibia. Ella sostuvo la comida en alto y, con el Paraná hasta la cintura, comimos y bebimos todo. No dejamos ninguna suciedad en el río, solo la base del cartón que se nos escapó. Al salir y volver hasta la ropa, tres ratas enormes estaban comiendo el resto del menú que yo no había logrado llevar. Ella corrió hacia las ratas con un grito de india y, descalza, logró pegarle una patada a una de ellas. Al vestirnos le pedí que se pusiera mi campera de jean por encima. Tanteó el bolsillo y sacó el aparato salvavidas.

—Tenés un walkman acá —dijo.

—Sí, pero dejalo ahí, por favor.

—Bueno —dijo ella haciendo que puchereaba.

—¿Acá hay ratas a la luz del día?

—Si te dormís la siesta sos boleta —dijo ella.

Traté de pensar en otra cosa. De golpe me sentí paralizado, no podía ni dar un paso.

—Les tenés miedo.

—Terror —dije—. Bueno, fobia, pero de verdad.

—A partir de ahora yo me interpongo entre ellas y vos, quedate tranquilo.

—¿Y te van a hacer caso las ratas?

—Son mis parientes, mis primas, mis tías. Los ratones no, los ratones son mis esclavos.

—Pero yo te estoy secuestrando, mucho más van a querer atacarme.

—Vengo a ser una de las mujeres sabinas, entonces. ¿Conocés la historia de las mujeres sabinas?

—Algo, las secuestraron los romanos de Rómulo.

—Exacto, se quedaron en Roma porque les ofrecieron matrimonio y les explicaron que Roma era la ciudad elegida por los dioses. Pero al tiempo, aprovechando la traición de una romana NIC celosa, el rey Tito atacó a Rómulo y antes de perder a sus parientes originales por un lado o a sus maridos actuales y sus hijos por otro, las mujeres se interpusieron entre los dos ejércitos y llamaron a la paz. De hecho unieron a los dos pueblos.

—Me parece que vos sos una caja de sorpresas, reina de las ratas, descendiente de las sabinas.

—Descendiente sin dientes —dijo.

—Te dije que eso lo voy a arreglar.

—¿Sabés por qué las mujeres sabinas se quedaron en Roma?

—Ni idea, pero eligieron el bando ganador sin dudas.

—No seas misógino, querés.

—Mirá qué vocabulario tenía la desposeída, eh.

—De plata sí, de cultura no tanto como vos —dijo—. Se quedaron porque los romanos les prometieron que no iban a hacer ninguna tarea doméstica, que para eso iban a conseguirles esclavos. Ellas tan solo usaban el telar y adentro de la casa eran la voz mandante. Y así fue durante todo el Imperio Romano, viste, detrás de escena mandamos nosotras.

—A mí no me manda ninguna de ustedes, antes prefiero la muerte.

—Si nos vamos a casar, en casa mando yo.

—Nos vamos a casar pero no va a mandar nadie.

—La casada casa quiere.

—El casadulo prefiere el cabarulo.

—Ok, quedamos así, privilegios sin obligaciones maritales.

—Exactamente eso quiero para vos: privilegios sin obligaciones maritales.

—No solo de pan vive el hombre, che —me dijo.

—Ya te quiero.

—¿Ya me querés?

—¿Soy un tarado?

—Ojalá no seas otro hipócrita.

Caminando rumbo al hotel le aclaré que la propuesta de casamiento era verdad y ella volvió a aceptar sin decir que era una locura, sin el menor indicio de exteriorizar alegría o incredulidad o conspiración en la supuesta broma que yo no le estaba haciendo.

—Hablo en serio —le dije.

—Respondí en serio —dijo Andrea II y se frenó en seco—, ¿vas a besar a la novia?

—No por ahora, no pienso contagiarme tus caries.

—Mandame a la dentista.

—Claro, antes del civil, ¿sos casada?

—Por ninguno de los dos lados, tampoco soy virgen.

—No te pregunté lo segundo —dije.

—Ya sé, de lo segundo tampoco soy virgen, creo que de lo tercero, lo cuarto y lo quinto tampoco.

—Dale, ¿cuántos años tenés, Andrea II?

—No me llamo Andrea, me llamo María.

—Dijiste Andrea.

—Dije María, escuchaste mal —dijo ella.

—¿De qué año sos?

—Tengo 18, ya te lo dije.

—No te pregunté el siglo sino el año de nacimiento.

—2002, imbécil —dijo ella—. ¿Querés ver el documento?

—Bueno.

—A mí también me gustaría verlo, ¿me ayudarías a sacarlo?

Le pregunté por la cicatriz en el cuello, si alguien la había cortado para matarla con una botella rota.

—Mirás demasiadas películas, viejito —me dijo.

No iba a acusar el impacto de la palabra “viejito” porque podía ser mi ruina. Andrea II hablaba con educación y era culta, extrañamente culta, porque eso no correspondía con su estado general.

—¿Te pensás que no pasan esas cosas en la vida?, me extraña araña.

—Pasan cosas peores, viejito —dijo ella.

—Me decís viejito otra vez y te bajo los dos dientes que te quedan.

—Vos no me pegarías.

—Más vale que no.

—¿Y para qué decís algo así?

—Para referirme, en la frase, a tu mal estado dental y que te sientas herida.

—Sos malo, eh.

—El peor.

—Escuchame…

—Gabriel, me llamo Gabriel.

—Escuchame, Angelito —dijo y me puse mal de verdad.

—Ese era el nombre de mi padre, no lo digas —le dije, mejor dicho le grité.

—Bueno —dijo y puchereó.

—Perdón, no quise asustarte, no pucherees.

—Lo hago a propósito, tonto, ¿no ves?

—¿No veo qué?

—¿No ves que te pongo cara de puta cuando puchereo?, seguro eso te calienta.

—No me hables así.

—Está bien, Gabriel Arcángel de la Anunciación.

—¿Sos católica?

—No, soy curiosa.

—¿Me vas a decir qué te paso en el cuello?

—Es un tatuaje, mi padrastro me colgó porque no me pudo coger y resucité y él está enterrado

en el campo. Lo enterraron los asesinos.

—¿Vos cómo lo sabés?

—Guardé la pala de recuerdo.

—No me hagas reír.

—Reíte.

Llegamos al República ya de noche. Pregunté si tenían mi reserva y me dijeron que sí, también me dieron el número de habitación de mis amigos. Luego de pagar el adicional por María Andrea II decidí ubicarla en una habitación single, aunque la de los Alfredos, según me dijo el conserje, tenía una cama de más. Los llamé desde el lobby mismo y los desperté. Me atendió el otro Alfredo, y le pedí que bajaran a una reunión especial de madrugada en el bar. Mientras hablaba, el conserje no tuvo ni la mínima e indispensable cortesía de apartarse un solo metro de mi lado.

—La instalación bar no está habilitada —me dijo.

Así mismo lo dijo: "instalación bar", sin artículos, como si le hubiese enseñado a hablar Giordano. Me lo quedé mirando. Además de la construcción elemental de la oración hablaba raro. Hablaba muy raro, como tropezando.

—Disculpe, señor Gabriel —agregó—, no pude evitar escuchar lo que hablaba.

—Pudo haberlo evitado dejándome solo —dije.

—Si me aparto del teléfono la gente se lo roba —dijo.

—¿Ahora soy ladrón de teléfonos que no sirven para nada?

—Sirven para un hotel como este.

—Y usted piensa que yo tengo un hotel "como este" pero me hospedo en este de puro pelotudo nomás —dije, porque pregunta no fue.

—Puede tenerlo en San Nicolás.

—¿Y viajo cincuenta kilómetros en una época de vacíos totales para pagar por tres habitaciones, dos singles y una doble, para robar un teléfono de mesa que ni siquiera es inalámbrico?

—Aún no pagó —dijo, y se le notó clarito que había reprimido una puteada en el final de la oración.

—¿Mis amigos no pagaron?

—No —dijo el síndrome de Tourette reprimido.

—¿Usted sabía que Wolfang Amadeus Mozart, la persona más brillante que pisó el planeta Tierra luego de Jesucristo y Julio César, tenía síndrome de Tourette? —le pregunté.

—¿Y eso qué es?

—Ganas no reprimidas de putear a todo el mundo.

—No suena mal esa enfermedad.

—Lo que él le decía a la gente sonaba mal, decía lo que quería y tenían que entenderlo aunque aún no se había diagnosticado la enfermedad.

—No, no, la enfermedad no suena nada mal —dijo el síndrome de Tourette reprimido.

—Murió un 5 de diciembre al igual que Julia —dije sin pensar. María Andrea II me clavó su mirada vegetal.

—Escuchemé, deje de reprimir las ganas de insultar al mundo y diga a cada rato ese insulto que le tira su cabeza.

—¿A usted también le pasa? —preguntó el síndrome de Tourette reprimido.

—A mí me pasa —dije—, pero yo lo suelto.

—¿Sí?

—¡Puta! —dije.

—¡Hijos de puta! —dijo él.

—¡Concha peluda! —dije.

—¡Pija en el culo! —soltó ese hombre degenerado por su propia mezquindad tratando de hacer pie en la indecencia.

—Sorete de la Chiqui en la boca de la misma Chiqui —dije.

—Pija en el culo —repitió el hombre.

—Sí —dije yo—, tu pija en tu propio culo.

—Sí —gritó él.

Llegaron Alfred & Alfred. El otro Alfredo con cara de dormido, tez roja y completamente ex rubio. Mi Alfredo más duro que pescado embalsamado en pared de club de pescadores. Le dimos una buena cantidad de dinero al Ex Síndrome de Tourette Reprimido y pasamos a la “instalación bar”. Encendí las luces, tomé una botella de whisky nacional y cuatro vasos.

—Espere, Gabriel, que traemos algo importado —dijo el otro Alfredo.

—Wiki é wiki —dijo mi Alfredo con razonamiento de verdadero filósofo.

—Muy bien Alfredo y griega —dije.

—Ybarra, Demencial, con y del griega —dijo Alfredo.

—Para un filósofo la y griega es una letra mucho más conveniente que la z, además de estar antes en el abecedario es, justamente, griega.

—Y lió soy bien filoso, Demencial.

—Además de filósofo —dije.

Les conté el plan y me escucharon con atención. El plan resultó conveniente para todos. Casamiento por civil y casamiento por iglesia, con un motivo de color: dientes de vampiro Dracu-Dracu. Todo el mundo debería ponerse los Dracu-Dracu, nosotros y los invitados: todos los amigos que habíamos conocido en la ruta y habían interactuado positivamente con nosotros, esos que nos habían permitido proseguir más el padre Matías, a quien yo mismo me iba a encargar de invitar.

—Pero a los de la ruta los vas a buscar vos —dije, y señalé al otro Alfredo—. Desde Luisa Albinoni pasando por la policía gorda y el jefe corrupto hasta el camarero de Don Ferro, todos los que de alguna manera tejieron al menos un punto de esta trama, de este viaje que me trajo a ella: María Andrea II. La que acá les presento. La que no va a sonreír por motivos particulares.

Ella me sacó la lengua y se sirvió el tercer whisky. Alfred & Alfred la saludaron con una leve reverencia.

—Mañana temprano salen juntos con ella a comprarle ropa. Ropa para el día a día, y ropa para el casorio y cien Dracu-Dracu por si alguno se olvida. Si tenés una dentista amiga, la llevás, Alfredo —dije—. Mañana en cuanto se levante le pedís el desayuno a la habitación.

—Muy bien, Gabriel —dijo el otro Alfredo.

Miré a mi Alfredo y le pedí que se metiera en la lavandería del hotel cuando todos durmieran y consiguiera una ropa de mujer peso pluma para que María Andrea II pudiera cambiarse.

—¿Queré le robe a otra paciente, Demencial? —dijo Alfredo.

—Es un préstamo y se dice pasajera, no paciente, Alfredo —dije—. ¿Ok los dos?

—Okikey —dijo mi Alfredo.

—Okikey —repitió el otro Alfredo. Y ya no los aguanté más.

—O dicen okey o dicen oki-doki como la gente subnormal, pero eso que ustedes dicen no existe ni en el ámbito de lo subnormal.

—Okikey —dijo Alfredo, y antes de que el otro repitiera yo estaba saliendo del bar hecho una tromba.

Me di cuenta de que tenía el vaso de whisky en la mano así que me senté en el lobby a terminarlo tranquilo. El Olesmugler no está tan mal, diría el tío Oles Tamús. Y el tío Oles me llevó otra vez a la esperanza que yo tenía de vivir en esa ciudad y retirarme de todo. En Rosario mi sensación de soledad, esa sensación que me acompaña como una nube negra en ese cielo celeste que los demás ven sobre mí, se diluye siempre, perdiéndose en la neblina de la mañana del río Paraná, insinuándome siempre la vista de las islas, el lado entrerriano, y recordándome que no debo, por nada del mundo, cruzar el ancho río, ni el puente, que no me conviene irme de su seno, porque en él siempre me siento tranquilito, tranquilito.

La adormidera del whisky me trajo el desfile de mis amigos. El Ruso, Damián, Mariano y Eloy, la correntina, la italiana, la rubia imposible, el Negro, el Fede, el poeta de las torres del Fonavi, la Virginia de Jehová, las noches de charla y alcohol junto a Tomás. El enorme portero de El Diablito más bueno que Lassie atado, mis carnales tras la barra, mi shot de tequila que nunca se termina, el torrente abrasador de Torment, el amor de esa Flor, la soledad en la cual dejo a las personas queridas cuando me distraigo un poco. Y siempre me distraigo mucho, mucho más que un poco.

En un momento estaba demasiado melancólico y un poco borracho o, lo que es peor, al revés. En mi desvariar mi vaso era llenado automáticamente por la esclavitud a la cual se había

autosometido el ex síndrome de Tourette ex conserje del hotel por unos pocos papeles pintados. El dinero corrompe profundamente el alma de las personas, pensaba cuando los vi pasar. Primero a mi Alfredo solo, caminando como locomotora hacia un depósito que había detrás del baño, luego volvió al bar con una manta grande y junto al otro Alfredo cargaron a mi María Andrea dormida, a mi supuesta María, en brazos. Mis amigos eran increíblemente raros, eso es verdad, pero nadie me podría negar que eran de lo más atentos, de lo más amorosos. Dos hombres buenos dejados de lado. Dos hombres que pese a eso seguían destilando bondad. Dos hombres admirables.

—Buena la noche, Demencial —dijo Alfredo.

—Buenas noches, Alfredo —dije yo.

—Buenas noches, estimado Gabriel —dijo Alfredo.

—Buenas noches, Alfredo —dije yo.

Al otro día, antes de bajar a desayunar, le dije a mi Alfredo que se quedara asistiendo y cuidando a María Andrea II hasta que yo se lo indicara. Tenía que bajar arreglada, desayunada y bien vestida si es que Alfredo había logrado rescatar buena ropa de la lavandería. Mientras tanto la comunicación tenía que ser por handy.

Llegué al salón del bar y el otro Alfredo ya estaba sentado a la mesa, esperándome. Lo saludé y me senté frente a él. Inmediatamente, el conserje ex síndrome de Tourette se acercó con una jarra de café y otra de leche que dejó sobre la mesa.

—Permítame que yo le sirva, Alfredo —le dije.

—No, Gabriel, por favor, no corresponde.

—Necesito hacerlo, permítame, amigo mío —le dije.

Eran las nueve de la mañana y el salón estaba vacío. Le serví mitad y mitad como supuse que a él le gustaba, tratando de no poner mala cara al olor de la leche caliente, un olor que me resulta nauseabundo. El otro Alfredo me miraba como con pena de que yo estuviera haciendo lo que hacía. Le sonreí. Estuvo a punto de decir algo, alzó una mano como para indicarme algo pero no dijo nada. Me levanté y traje de todo: frutas, medialunas, libritos de grasa, tostadas de pan negro y pan blanco recién hechitas, dos y dos para ser exactos, que saqué en ese momento de la tostadora, manteca y dulces.

—Esto es margarina, por si usted se acaba de volver vegano de la noche a la mañana. Los veganos no comen nada que tenga o haya tenido culo, ¿sabía? De ahí el nombre veg-ano.

—Gracias, me está cachando —me dijo, y me hizo reír, haciendo que se pierda el efecto de la broma.

—Gracias por la historia que me contó la otra noche —le dije.

—No me acuerdo, Gabriel. Pero si no se ofende, ¿podía cambiar este café con leche tan clarito

por solo café?

—Claro, Alfredo, qué estúpido: la leche tuvo ano antes de ser leche —dije.

—No es eso, Gabriel, no siga con la broma, solo que no me gusta. Le diría que casi me da repugnancia, mucho más si está caliente.

—Estamos en pleno acuerdo, amigo, haga y deshaga *a piacere* —le dije.

De golpe reparé en que una mujer, con un chico de cada mano, vestida como de playa pero con un short de jean en lugar de un traje de baño, con un pareo que no le ocultaba para nada que esos chicos eran al menos una parte insignificante de su prole, se había parado frente a mí y me miraba untar mi tostada mientras el otro Alfredo buscaba una taza nueva para servirse café como a él le gustaba.

—¿Está buena? —me preguntó a través del barbijo y la máscara de plástico que evidentemente no era la máscara más costosa que uno podría conseguir.

Como los niños no traían la protección, aproveché para fingir un estornudo tratando así de ahuyentarla. Pero me salió bastante forzado.

—Además de ladrón, mal actor —dijo ella, con la vista siempre fijada en mí.

Dio unos pasos más al punto que puso su panza a veinte centímetros de mi cara. Traté de no mirar hacia arriba para no chocarme con sus ojos de rayos X. Mantuve la vista en el lugar exacto que me permitía mirarle la panza a la vez que me alcanzaba también para distinguir el movimiento de su boca. Metida bajo el pareo, la paridora tenía una remera térmica bien ajustada que no llegaba a hacer contacto con el short de jean. Le marcaba el ombligo de manera tal que lo hacía ver como una segunda boca: la boca de Kevin, uno de los minions de *Mi villano favorito,* película que había visto unas treinta y seis veces con mi hijita María.

—Le repito, señor, ¿está o no está buena? —dijo. Ante la insistencia, miré nuevamente su vientre, esta vez con espíritu crítico.

—No es que esté mal —le dije—, habrá estado mejor en su época, pero ahora tiene más pliegues que la palma de mi mano. Además, señora, con todo respeto se lo voy a decir, la cicatriz de una cesárea que asoma bajo una remera térmica y que el sutil velo de un pareo apenas puede disimular, tratándose de una mujer extraña, no es algo que uno necesite ver durante el desayuno.

—Me refiero a la tostada —dijo, y uno de los chicos, el más blanquito, se largó a llorar.

—Ah, sí, claro.

—Porque las tostadas eran mías —dijo y siguió hablándome o insultándome o las dos cosas al mismo tiempo.

De golpe pasó algo, una especie de milagro secreto entre su panza y yo. No podía creer lo que sucedía ante mis ojos o frente a mi atónita mirada, lo que suene mejor. Mientras la lengua de la mujer, en el límite visual superior de mis ojos, soltaba toda la lista de adjetivos descalificativos que estuviese soltando, su ombligo, manifestando su perímetro tras la mordaza de esa tela térmica, como si fuesen los labios de la Momia Blanca del rengo Karadajian, solicitaba mi

amistad e intentaba consolarme. Me dijo, literalmente: “No le hagas caso, Gabriel, hace mucho tiempo que está enojada con el mundo. Por haber elegido un matrimonio y tener mil hijos, por haber apostado a una vida errónea”.

Me sorprendió la efectividad en el uso del lenguaje que resultó tener el ombligo de la mujer. El uso tan acertado de la palabra “errónea” era algo digno de ser remarcado. Sin lugar a dudas era uno de los ombligos más cultos y educados con los cuales yo haya tenido el gusto de conversar.

De golpe la mujer me sacudió levemente un hombro y, casi arrastrando a sus dos hijos, fue a sentarse a una mesa en el extremo opuesto el salón. Eso fue lo que pensé.

—¿Pasó algo, Gabriel? —dijo el otro Alfredo y se sentó a la mesa con un hermoso café expreso doble.

—Nada que no sea la consecuencia de entender literalmente las Sagradas Escrituras, ya sabe: En cuanto a vosotros, sed fecundos y multiplicaos; poblad en abundancia la tierra y multiplicaos en ella” —recité—. ¿Me pediría un café igual para mí?

—Le dejo este y ya me hago hacer otro —dijo ese hombre que el destino insistía en que me siguiera sirviendo cuando yo deseaba, más que muchas otras cosas en este mundo, servirlo a él.

En ese momento, al tiempo que llegaba otro mensaje de mi Alfredo en el handy, entraba al salón mi prometida.

—Demen, Demen, bajando élia y atrá bajando lió, no pude contené, é brava la morochita, cambio.

—Tranquilo, hermano, ya la tengo ante mis ojos. Venite a comer algo, cambio y fuera.

Mi María Andrea II había caminado como una gata hasta llegar a mí. No era un caminar fino, pero tenía algo particular y decididamente delicado. Como la Gatúbela de *Batman* pero menos vulgar, menos gata a priori, menos exagerada. El vestido de lino blanco le daba un aire místico, de reina de Alejandría, o de uno de esos reinos antiguos del fin del mundo. Como estaba descalza, parecía una virgen. Vi que la mujer que ya estaba con otra mujer y con dos niños más nos miraba y levanté la mano y la saludé, pero me hizo un *fuck you*.

Mi prometida se sentó sobre mis rodillas y se me erizó la piel. Levanté la mirada y vi su rostro rejuvenecido, sus labios pintados de rosa levemente hundidos por sus dientes rotos, por los faltantes. Entonces me di cuenta de algo que me aterró un poco. La paridora y su niñera eran o debían ser de las pocas o únicas huéspedes del hotel: existía una enorme posibilidad de que el vestido de mi María Andrea II fuera de ella. Tal vez lo había reconocido y por eso miró a mi prometida; o tal vez algo le llamó a la atención, algo familiar en María Andrea II, pero aún no lograba identificar que era el vestido.

—No me digas que ahora la carroza se va a volver calabaza —dijo mi prometida.

—Ya no, el resto del mundo se irá convirtiendo en una verdulería a cada paso que des por esta tierra, mi cielo —le dije y creo, humildemente, que fue un piropo sublime.

Giró la cabeza y me besó. Acepté el beso. Su boca ahora tenía un leve sabor a dentífrico de menta, el sabor que debió haber tenido siempre, el sabor del amparo amoroso. Llegó mi Alfredo y se sirvió un tazón enorme de leche caliente sola. Traté de no mirar. Me di cuenta de que a mi María Andrea II le temblaba una mano.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—La abstinencia de crack —me dijo—, necesito fumar.

—Ahora mismo tiramos para atrás algo de coca, la fumás y te quedás tranquila.

Mi Alfredo no hablaba, me pareció que estaba incómodo.

—¿Te pasó algo, hermano? —le pregunté.

—No le miré náa, Demencial —dijo.

—¿Qué decís?

—Me rasuró el monte de Venus. Lo tuve que obligar —dijo mi prometida—, con el pulso así como lo tengo, si lo hacía sola seguro me lastimaba.

—Entonces la miraste, Alfredo —dije.

—Le miré sí, pero no con e-lójo ese, le miré con e-lótro ojo.

Me di cuenta de que mi María Andrea II tenía colgado de su cuello un hermoso rosario de acero, y que llevaba en la muñeca un reloj muy bonito, también de acero, con cuadrante negro y agujas también negras de un gusto muy fino.

—Qué lindo reloj —le dije.

—Me lo regalaron tus Alfredos —dijo ella.

—Lo había comprado para mi hija —dijo mi chofer.

Tuve que meterme una tostada entera en la boca porque ahí estaba otra vez: la belleza. Ellos tres eran la belleza y yo seguía desentonando con mi malestar interior. Ellos subían al mundo lo que al mundo le faltaba y que ellos tres, solo ellos tres, tenían.

Yo soy el que va a iluminarte la sonrisa, mi amor, pensé. Porque puedo hacerlo, y quiero hacerlo. Yo puedo fabricarte todas las sonrisas de tu vida, María, desde hoy hasta la tarde en que muera. Y esta mañana, antes de que sople la brisa, antes de que huyan las sombras, iré al monte de la mirra y a la colina del incienso tan solo por amor a tu belleza, qué bella eres, amor mío, tan bella eres. No hay defecto

e

n

ti.

Luego del desayuno nos separamos cada uno a sus tareas. Yo tenía que ver a Luciano, un amigo y abogado para todo lo que yo pudiera necesitar. Pero no me había comunicado con él, y tampoco sabía cómo estaba tomando todo este asunto de la pandemia. Ni siquiera sabía si el número agendado en mi celular seguía siendo su teléfono. El otro Alfredo me sugirió sabiamente que instalara la aplicación WhatsApp, que de esa manera iba a ser muy sencillo saber si el teléfono que yo tenía en mis contactos correspondía a Luciano o no. Estuve más de tres horas sentado como un imbécil tratando de configurar una aplicación que se suponía iba a solucionarme rápidamente la vida pero para lo cual me exigía verificar mi identidad, tener un e-mail, o un Facebook, o un Instagram, o un Twitter, o un YouTube o un Tic-Toc, Tita-Tac o RoretiLand y algunos que otros etcéteras que ya ni recuerdo. Hasta que volví a pensar como un ser humano y sencillamente llamé al teléfono a ver si él me contestaba.

—Hola, ¿Luciano?

—Gabriel querido —escuché la voz de mi amigo desde el otro lado confirmando mi identidad sin necesidad de tanto quilombo.

—Sí, soy yo —dije aliviado.

—¿Te pasa algo, hermano? Me enteré de todo, ¿sabés? No puedo ni siquiera nombrarlo.

—Julia, recién es que puedo nombrarla un poco, no te creas.

—También nació tu hija, ¿no? ¿María se llama? La que fue concebida acá en Rosario.

—María del Rosario, justamente por eso y porque no puedo permitir que baje el porcentaje nominal de Marías en la familia Reyes.

—¿A cuánto asciende dicho porcentual? —me preguntó Luciano.

—Al cien por ciento de las mujeres. Hasta hay dos José Marías —mi amigo largó una carcajada.

—José Marías no hay, ¿no? —dijo.

—Ni uno —confirmé.

—¿Le pusiste el apellido de tu vieja?

—No, el otro. Pero es una Reyes de pies a cabeza, una galleguita.

—Hace mucho que no te veo, y en medio de toda esta mierda de gente.

—No te quejes, en Buenos Aires lo único que les falta a los gorilas es besarse en la boca con los que se cruzan por la calle.

—Soretes.

—Esa es la palabra, hermano.

—Soretes e ignorantes.

—Me parece que tenés que ponerte al día con muchas de mis cosas, qué te parece si nos encontramos a almorzar en el lugar que quieras. Rosario está flexible, ¿no es cierto?

—Está permitido que los restaurantes trabajen al cincuenta por ciento, así que hay que reservar. Hay un bolichito acá cerca de casa.

—Dale, reservá. ¿A las catorce te parece tarde?

—Me parece perfecto.

—Nos vemos.

—Dale.

Nunca imaginé que el asunto del almuerzo me iba a salir tan mal. Venía ya cargado de todas las cosas que me estaban pasando antes del viaje y si bien el propio viaje había alivianado un poco ese peso, ahora empezaba a sentirlo como un lastre.

Pero hay días en los que todo empeora sin remedio. Generalmente esos días empiezan mejor que bien, como había empezado aquel día. Y después de inconvenientes menores, los repetidos inconvenientes que inventa la tecnología, había logrado concretar una cita con un querido amigo para hacer una obra de bien, para compensar un poco la balanza tan oxidada de la Justicia. Y si repasara tan solo los acontecimientos meramente fácticos de ese medio día transcurrido hasta la cita no habría razón por la cual suponer que iba a terminar en un banco de plaza sintiéndome absolutamente derrotado.

Yo no sé más que decir lo que pienso en el momento en que lo pienso y de la manera en que me nace el pensamiento. Según muchas personas suelo usar palabras hirientes, palabras que laceran la carne del otro. Mi madre dice que en vez de hablar yo debería perforarle un pulmón a la otra persona, con una aguja de tejer. O podría mezclar veneno para ratas y vidrio molido en el queso rallado de un comedor popular, o en la masa de un pan horneado con amor y más vale que sentarme a compartir la mesa. Pero esa vez, esta vez, lo que desencadenó toda esta avalancha emocional es algo que puede verse a cada rato en las calles de Buenos Aires, en las plazas, en los semáforos, a toda hora del día y de la noche; y también en Rosario más vale, como en toda ciudad medianamente grande: chicos aspirando pegamento.

Luego del llamado subí a mi habitación y me vestí mejor. Salí a la calle, bajé hasta la avenida Belgrano y encaré al sur buscando la Pellegrini. No es el camino más directo pero es, sin lugar a dudas, el camino que más me gusta. Tenía tiempo para tomar una cerveza o tal vez un whisky en algún bar que estuviera abierto al delivery. Pasé el Monumento a la Bandera, donde había bastante gente, pero en general a una distancia prudencial. Rosario no estaba tan desesperada como Buenos Aires, pero el fantasma del virus, mucho más venenoso que el mismo virus, se

multiplicaba en el imaginario de la gente en progresión matemática y la gente parecía convencida, a esta altura, de que nadie se iba a salvar de padecer el mal o al menos de portarlo. Eso sin contar los anticuarentena por gorilas o por hippies, que a las claras terminan siendo lo mismo que los gorilas: orgullosos de su ciudadanía italiana con medicina prepaga y leves tendencias espirituales o artísticas. Pienso en ellos y me produce el mismo asco que haber visto a mi Alfredo tomarse un tazón de leche blanca caliente. Bueno, lo del Alfredo fue peor, creo.

A unos trescientos metros una delegación de policías controlaba el ingreso a la ciudad. Si bien estaban de la mano del río, estos tipos tienen ojo de águila. Me puse el barbijo y decidí escalar por el anfiteatro. Encaré la subida con un entusiasmo desmedido y antes del final me quedé sin aire. Me bajé el barbijo a la pera. Respiré. Fui a preguntar en el restaurante o bar, nunca supe lo que es en realidad ese lugar que está ahí arriba, y había una cola de seis turnos aproximadamente para pedir comida. Yo solo quería un brebaje oxigenador del alma. El tipo que tenía adelante estaba con toda la familia, ninguno traía barbijo. La cola avanzó una persona primero y dos personas después, pero el tipo no se movía.

—Señor —le dije—, la cola.

El tipo giró bruscamente. Me miró y me di cuenta de que era un tipo violento.

—La cola —repetí.

—¿Qué, te gusta que te hagan la cola? —me dijo y acercó su cara al límite de la pelea.

—Depende —dije.

—¿Depende de quién o de cómo? —dijo el tipo y se llevó las manos a la cintura. Fue el momento exacto en el que le vi la sobaquera y la culata del arma.

Le sostuve la mirada tratando de que mi mirada no fuera violenta pero tampoco cobarde. Sentí cómo las rodillas me temblaban levemente. El tipo, más bajo que yo, pelado, de unos diez años más que yo, tenía algo aterrador en toda su figura. Era policía, eso estaba claro, pero un policía de la edad exacta de los que tuvieron plena actividad en la década del setenta.

—Solo le dije que la cola avanzaba, nada más —dije.

—¿Y eso a mí qué? —dijo el enano fascista que se había quedado solo conmigo porque, en ese momento, estaban atendiendo a su familia.

—Dale, gordo —le dijo la mujer.

—Vos cerrá el orto —gritó el enano fascista sin siquiera darse vuelta. En ese momento pensé que las cosas se me iban a complicar mucho y, perdido por perdido, no iba a dar marcha atrás.

—Calmesé —le dije, podía notar el bulto de la sobaquera bajo el saco.

—Te salvás porque estoy con la familia, porteñito —me dijo—, pero Rosario es chica, andá con cuidado.

Me dio una palmadita suave en la mejilla que hizo que toda la indignación del universo me subiera por la cara, me aflojara las piernas. El pibe me chistó.

—Ey, don, venga —me dijo.

Me dio un barbijo negro con una publicidad del bar. Me pidió que me lo pusiera con la publicidad para adentro así no lo comprometía.

—Ese tipo es un hijo de puta, don —dijo—, usted está pálido, ¿lo amenazó, no?

—Un poco—dije—, me sobrepasó, pero tu amabilidad es reparadora —dije—, gracias.

—No se lleve una mala impresión de Rosario —dijo el pibe—, ni de los rosarinos.

—Tengo la mejor, quedate tranquilo —dije.

—Gracias, don —dijo el pibe—, ¿qué necesita?

—Una botella de whisky, una botella de Chivas —dije.

—Pero acá le vamos a arrancar la cabeza, don —dijo el pibe.

—No importa el dinero, quedate tranquilo.

Se fue y volvió con la botella de Chivas. La botella era de tres cuartos y estaba por la mitad.

—No sé cómo cobrarle esto —me dijo.

Le di el doble de lo que la botella entera costaba en un supermercado y creo que se quedó contento. Antes de irme le pedí un cuchillo y destruí el pico dosificador para tomar en serio. Le pedí una hoja de diario para envolver la botella. No tengo problemas en que la gente me mire beber, pero sí tengo problemas en que los niños me vean beber. Berretines, qué sé yo.

Botella en mano bajé hasta la avenida para ver si capturaba un taxi. Los policías del control seguían ahí. Tomé un buen trago y ninguno de ellos reparó en mí. Un taxi subía desde la mano de enfrente, la mano en que los policías estaban. Cruce mal, a lo ciego y con el semáforo en rojo. Tanto que el taxi casi me atropella. Eso logró que uno de los canas reparara en mí. Me hizo señas de que yo estaba loco y lo saludé agitando la mano, imitando la cara que ponen los cajeros chinos de los supermercados chinos cuando te dicen que no les anda la tiqueteadora fiscal. La otra mano la mantuve a mi espalda, aunque tenía la botella prudentemente envuelta en el papel. El taxi paró y abrí la puerta. El policía seguía mirándome. Volví a saludarlo, esta vez agitando la botella, y me subí al auto.

—Lléveme hasta Italia y la Pellegrini.

—Le conviene tomarse un taxi en la mano de enfrente —me dijo el taxista y es ahí que veo por el espejo que tiene una de las paletas de chapa: una prótesis barata, de lo más barata, de las que yo suelo ponerme.

—Estoy de esta mano —le dije.

—Ya lo sé, y cruzó como un loco para cometer el error de tomar el taxi en la mano menos conveniente —me dijo el taxista.

—Lo sabe porque casi me pisa.

—Cometí un error —dijo el taxista.

—¿El error de no haberme pisado?

—No, señor, qué ocurrencia; cometí el error de pensar que usted iba a esperar a que yo pasara.

—Por favor, llevemé a Pellegrini y Laprida.

—Dijo Italia, antes.

—Es que la conversación me sacó las ganas de comer pizza.

—Mire que tengo que seguir hasta el club náutico para poder dar la vuelta.

—Haga una cosa, vaya y vuelva todo lo que pueda por el río, paséeme por la costa del río media hora de ida y media de vuelta; y al final termine en el destino que le marqué la segunda vez, ¿podrá hacer eso por mí?

—¿Quiere hacer esa locura?

—Siempre fui loco, ¿usted nunca soñó con vaciar una damajuana de LSD en el tanque de agua del edificio de sus suegros? Digo, para ir el domingo a comer ravioles y encontrarlos a los dos desnudos bailando en la cornisa del edificio.

—No, pero tuve otros sueños parecidos, ¿sabe? Pero mejor no hablar de ciertas cosas, usted después se baja con su botellita envuelta y yo sigo acá.

—Tiene razón, pero eso le pasa por no estudiar, así que vayamos hasta el puente que va a Victoria y volvamos hasta mi destino final. Esa es mi solución final.

—Mientras el cliente pague y sea respetuoso siempre tendrá la razón, señor.

—Pagaré y soy más que respetuoso —digo entonces.

Tomo un trago cortito y una oración viene a mi mente. Viene, digo bien. Entera, sin siquiera pensar en el Santo de Alejandría, tan solo viene y la susurro. El pasado es algo imposible de comprobar. Muchas veces siento la certeza de vivir en un presente continuo que se va desintegrando, que se desgrana momento a momento. Un presente que está más íntimamente relacionado con el instante por llegar que con en el dudoso instante que se acaba de irse. Como nuevamente entendió bien el poeta platense al cantar “el futuro ya llegó”. Es que el pasado solo puede intuirse en nuestra propia deformidad, y es en ella donde hay un poco de ese algo que fue mucho y debió haber estado en algún lugar del tiempo y el espacio. Porque solo eso somos: un envase vacío. O, si se quiere, tan solo lleno de espacio y tiempo. Es evidente que algo nos deformó, y que se desintegró al deformarnos y darnos nueva forma. A ese algo le decimos pasado. Tal vez nosotros deformamos al pasado y lo desintegramos para crear el instante presente. La verdad es que no importa quién deformó a quién, lo importante es que hay deformidad y que entonces la realidad no existe, sino que la creamos momento a momento, *ipso facto*, así toda la vida hasta que llega el olvido y nos libra de tanto trabajo.

—¿Este auto es permitido en Rosario? —le digo al taxista.

—Sí, claro, señor.

—No se ofenda, por el modelo antiguo, digo. Aunque usted lo tiene hecho un lujo.

—Es que es un auto adaptado, señor, a mí me falta una pierna, aunque no se pueda creer —dice el taxista.

—No se puede creer —digo yo. Pero lo digo por decir y entonces es que caigo en una trampa otra vez.

Durante la muerte interminable de mi padre, en ese velorio interminable, yo había contratado en el Viaducto a un taxista minusválido; y ahora en Rosario, en esta muerte interminable de mi hermanita Julia, otro taxista minusválido, tal vez poseído por el mismo demonio, me lleva con el mismo extraño andar de bote.

El reloj taxímetro es tan antiguo como el auto. No de los que se bajaban a mano y tienen banderita. No tanto. Pero tampoco de pantalla líquida. No tiene tiqueteadora. El display donde marca el monto a pagar es de esos que forman los números con palitos verdes, uno de los palitos está quemado. Es uno de los de arriba, que hace que el siete pueda ser confundido con el uno. Por suerte es el último de la derecha, luego del puntito que parpadea un poco. Vendría a ser un problema de unidad de centavos, o sea, ningún problema.

Trato de acostumbrarme al olor que hay adentro del auto. Es indescriptible, como viajar en un placar donde además de lana y naftalina se guardaran una guitarra, un bandoneón, porciones de pizza y la manta de un perro. El flaco tiene un trípode de ortopedia echado en el lugar del acompañante. Acelera con un sonido exagerado en relación con la velocidad que logra, para que no nos agarre el semáforo. Se come de lleno un badén y el auto se suspende un instante, toma un envión extraño en el aire y cae. Gotas de transpiración en la cara de pasa de uva borgoña del taxista. La caja automática como una sierra de carnicero que corta por el hueso. No hay autos automáticos de este modelo, es el primero que veo. El volante también es una reforma, es más grande que el original y tiene lo que parece ser otro volante más pequeño adentro. Ese volante interno funciona como un monocomando con el cual el taxista acelera punto a punto, no tiene que mantener todo el tiempo apretado el monocomando para hacerlo. Para frenar casi tiene que pararse sobre el freno. Si el auto o el flaco pasa de uva tienen una dificultad verdadera, es con frenar.

—¿Le molesta si fumo? —me dice. Le digo que no.

En realidad me molesta mucho el cigarrillo pero quiero ver cómo se las arregla para fumar y manejar este aparato que maneja. Se las arregla muy bien. El flaco pasa de uva es un as del volante. Podría ser el campeón mundial de la Fórmula Uno para rosarinos semiparalíticos. Me relajo.

Tengo una reunión a las dos de la tarde con Luciano. Falta una hora y media.

—Cruce el puente, vaya y vuelva —le digo.

El flaco no responde y echa humo como una chimenea. Debe ser la única chimenea que echa humo en todo Rosario. El auto está mal de amortiguadores, lo que hace que el andar sea, para mi gusto, muy agradable. No debe ser muy seguro en las curvas, pero no vamos a tomar muchas curvas. Todo derecho. La calle soleada. Poca gente por estos lados. Cuando el virus se relaje un poco voy a desayunar cada mañana en una mesa de un bar distinto de la ciudad en la que me toque vivir. A leer el diario en papel, a ensuciarme las manos de tinta. Me sentaría solo en un café a mirar hacia la calle por la ventana. ¿Cuánto tiempo va a pasar antes de poder hacer algo

tan simple? No me gusta el precio que estamos pagando por mantener toda esta mierda a flote. Mi padre decía que a mí no me iba a parar nadie. Y yo acabo de vender todo y ahora lo estoy desintegrando todo en este viaje. Me acabo de parar a mí mismo, padre.

—Necesito pararme a mí mismo —digo.

El taxista campanea por el retrovisor. De golpe lo entiendo, mejor dicho, se me revela un entendimiento que está al llegar, que por eso ya llegó.

—No hay respeto —dice el taxista.

—Para eso estás acá, Gabriel Arcángel —digo en voz bien alta, pero el sector fumador no acusa recibo de esto último que acabo de decir.

Todo está en mi bolsillo, la mochila y la bandolera. El viaje de Alfredo, en busca de su origen, la recompensa del otro Alfredo, el departamento de Mar del Plata para mi María Andrea II. Quiero estar en cero. El cero es el único número real, el único número que me ayuda. En la empresa que tenía, cuando yo hablaba los demás cerraban la boca. No por respeto, sino porque yo era el dueño y si ellos querían seguir alimentando a sus familias tenían que tratarme bien, escuchar las barbaridades que decía, soportar mi mal humor o mi buen humor independientemente de lo que ellos sintieran o de cómo ellos se sintieran en ese momento. Queriendo ganarle a mi padre, construí lo que construí; queriendo ganarle a fuerza de odio, la victoria se me fue de las manos. La victoria nunca se fue de las manos de mi padre porque abrazó la muerte antes que Julia y antes de que la abrace

y

o

también.

Baigorria es un barrio gris manchado de colores cada tanto. Es mi Viaducto en Rosario, y hasta lo supongo como una especie de conurbano. Yo voy en un auto conducido por un medio paralítico, sin amortiguadores. El balanceo de los elásticos y los resortes le dan a esta chatarra el andar de una lancha sobre las aguas de un río tranquilo. Cruzamos el puente y la majestuosidad del Paraná lo gana todo de izquierda a derecha. Mi otro Paraná es la avenida Mitre, la hermosa avenida de mi infancia, de ese otro eterno presente que siempre se sienta a esperarme. El río se acaba de ensanchar. Indicios de fiesta en las dos orillas. Fiesta del luto de Viernes de Ceniza. Los pescadores son personas creyentes. Además, viven trescientos sesenta días en Semana Santa porque si no venden, comen lo que pescan. Y excepto el alma, las otras cosas se venden cada vez menos.

El flaco fuma, cigarrillo tras cigarrillo. No volvió a preguntarme si me molestaba, seguramente supuso que, como le dije que no, podía fumarse una tabacalera completa. Llegará a la angina de pecho antes que a las islas entrerrianas. Me adormezco.

Subimos al puente que va a Victoria. Un fresco abrazo de agua la nombra para siempre, dijo otro poeta. Una licencia literaria. En Entre Ríos te morís del calor y la humedad. Retomamos. Volvemos a pasar el puente.

Escucho una trompeta o me parece a mí. Me adormezco. La trompeta otra vez. ¿Será el Diego? Tomo de la botella para despertarme pero el flaco pasa de uva fuma otra vez o nunca dejó de fumar.

—La mejor banda de Argentina es la Rosario Smowing —digo bien alto, bien alto. Y me siento un poco mal porque los Killer también me gustan mucho.

—Coki y los Burritos son la otra mejor banda de la Argentina —digo recontra alto. Casi grito, pero el sector fumador es otro mundo. El mundo del nunca jamás; nunca jamás vas a dejar de fumar. Quiero bajarme ya.

¿Pasamos un túnel? El humo me está matando. Cámara de gas. Me recompongo. Bajo la ventanilla. ¿Por qué carajo no la bajé antes? A unas cuadras de mi destino nos detenemos en el semáforo de la plaza que está en la intersección de Pellegrini y Laprida. Un grupo de chicos, bastante chicos, aspiran pegamento de una bolsa de papel sin ningún disimulo y sin que a nadie pareciera llamarle la atención. Uno de ellos, una nena hermosa, hace algo frente a mis ojos rojos por el humo: mete pegamento en un barbijo y se lo pone. Se va a morir, pienso.

—Se va a morir —digo en voz alta.

—El cigarro no me hace nada —dice el flaco pasa de uva y gira la cabeza onda el exorcista y ya es una calavera.

—Me bajo acá, maestro —le digo.

Son las dos menos cuarto de la tarde, y conociendo la tolerancia de mi amigo sé que me sobra más de media hora para llegar a la cita. Cruzo a la plaza como si estuviera convencido de lo que tengo que hacer o, mucho peor, de que puedo hacer algo. Me sorprendo de ver que ellos siguen aspirando de la bolsa sin preocuparse de mí y de la gente que pasa. Como si no les importara lo que pasa afuera del pegamento. La gente sigue y sigue, celulares en mano, autojustificados porque ahora tienen la obligación de taparse la boca. La boca de la ballena podrida.

Y será que todo el peso de la angustia del día, del año, del siglo, de los muertos que el mundo acumula en la fosa común de la indiferencia, me cayó encima y me oprimió la garganta. Me subió en olas de vómito y vomité. Vomito. Los chicos me ven vomitar y se empiezan a matar de la risa. La pibita, ¿doce años?, saca la cara del barbijo bolsa y les dice algo, enojada. Suena un silbato de cana o de cuidador y todos, menos la pibita, salen corriendo. Ella se me acerca.

—¿Se siente bien, señor? —me pregunta, casi agachándose, porque yo estaba doblado, muy doblado, estoy doblado. La cabeza entre las piernas, el mentón un poco más abajo de la altura de las rodillas.

—Más o menos —le digo—. Bueno, no, no me siento bien.

Levanto la mirada y me encuentro con sus ojos: marrones, vidriosos. Su mandíbula rígida por el químico. Los pelos colorados revueltos pero no tan sucios.

—¿Quién sos? —le pregunto—. Podrías ser la hija de una amiga, podrías llegar a ser mi hija.

—¿Tiene hija, señor?

—Sí, se llama María del Rosario.

—Por Rosario, ¿no es cierto? —dice.

—Tiene seis años y ya me odia.

—Seguro que no. Es que a esa edad a una no le gusta que la molesten —dice, y no entiendo cómo es que ella me está consolando a mí. Siempre recibo tanto de las mujeres. Siempre me quitan tanto las mujeres. Las niñas, las mayores, todas.

Algunas.

—María del Rosario, qué lindo nombre —dice ella—. Yo soy Mica —me contesta, y gambetea con un golpe de cintura al cana que quiso atraparla y corre hacia sus amigos.

Me limpié la boca y caminé. Cuando llegué al café, Luciano justo salía para irse. No le justifiqué mi retraso, él es de las personas a las cuales no le molestan esas cosas. Al menos de mí.

—¿Te sentís bien? —me preguntó.

—No —le contesté, y le pedí que me invitara a tomar algo. Un vaso de cerveza me ayudó a

sentirme mejor.

—¿Me vas a contar qué te pasa? —me preguntó mi amigo.

—No.

—Pero si estás llorando, che, no seas boludo.

Le dije que no estaba llorando, que era acidez, un principio de úlcera, cáncer de mamas. No sé ni lo que le dije, pero en un momento mi amigo, que es un hombre de tamaño XXL, se estaba matando de la risa. Arreglé todos los asuntos de María Andrea II, le firmé un poder total para que él hiciera y deshiciera sobre el departamento y decidí irme.

—¿Querés que te alcance?

—Prefiero caminar —le dije.

Camino hasta la plaza y me siento en el mismo banco en el que había hablado con Mica. Enfrente, una chica muy joven, considerablemente embarazada, junto a la que parece su abuela, teje y habla. Pasa otra mujer y se detiene para decirle que es una embarazada hermosa, “muy linda” es lo que le dice. Tiene razón.

—Va a ser un nene —le dice la abuela a la señora que había dicho que su nieta era una embarazada muy linda.

—Ne-na —responde la futura mamá con voz adolescente, haciendo un gestito extraño con el pulgar y el meñique.

—A veces la felicidad es solo patrimonio de los imbéciles —digo en voz alta.

Pero ellas no me oyen, por suerte no me oyen. No puedo seguir entristeciendo al mundo solo porque a veces creo que no puedo más con mi razón.

Al otro día, a eso de las nueve de la mañana, desayunando solo en mi habitación, llamé a cada uno de mis hijos. Christian, el mayor, estaba cuidando nuestra casa. Bruno en lo de su novia, una chica que parecía perfecta para él. Y María del Rosario le gritó a la madre que no quería hablar conmigo.

—No te sientas mal, Gabriel —me dijo Luna—. Está así con todo. Es la cuarentena lo que la tiene mal. Tiene seis años y está acá metida todo el santo día.

Le dije que le dijera a mi hija que yo la amaba con toda el alma.

—Ella lo sabe, Gabriel —me dijo Luna.

—Decíselo igual, por favor.

Corté y llamé a Luciano para ver si todo estaba bien.

—Está todo organizado, Gabriel. ¿Estás mejor?

—Sí, mejor, gracias Luciano.

Volví a cortar con la tranquilidad de que a mi nueva Andrea no le iba a faltar nada. Además de cederle el usufructo de por vida del departamento de Mar del Plata, la habíamos incluido en una sociedad donde recibiría el veinte por ciento de las ganancias de los alquileres de dos locales que yo tenía en Buenos Aires. No iba a haber Registro Civil y gracias al padre Matías, el casamiento importante, el de la Iglesia, lo íbamos a hacer igual.

Matías es un cura de verdad, un cura con la fe siempre a prueba. En la cuerda floja. Jamás le creí a un cura que asegura tener una fe sólida. Las historias de los santos me avalan: la mayoría de las veces llegar a la santidad es, en resumidas cuentas, haber reconquistado la fe.

Llamé a María Andrea II por el interno del hotel. Me atendió y le conté las buenas nuevas.

—Simbólico es lo mismo que falso —me dijo.

—No, además no es la palabra justa —le dije yo.

—Pero no hay civil.

—Lo que importa es lo que Dios une. No voy a volver a casarme por Iglesia, entendés. Eso es una vez, es con vos, y es para siempre.

—Entiendo —me dijo—, pero no sé, me da vergüenza aceptar lo que me das. Porque el matrimonio no es real.

—Es real, te amo con toda mi alma, por eso hacemos esto, por los dos.

—Me conociste hace un día —dijo.

—Amo con toda mi alma a todas las mujeres del mundo que no conozco todavía. Tenemos una fiesta, tenés un futuro, y sé que vas a honrar mi memoria.

—Estás loco.

—Otra vez lo mismo.

—Y bueno, es que estás loco.

—Otra vez sopa.

—Basta, quiero que luego de la fiesta tengamos sexo.

—No, Andrea, eso no. Aceptalo, por favor. Te lo merecés y me lo merezco.

—Está bien —dijo—, pero a partir de ahora me llamás con mi nombre real: María.

—Bueno.

—Acá me conocen todos, no me van a dejar entrar a la iglesia —dijo.

—No son dignos de que entres en su casa, si pasa eso nos sacudimos el polvo y vamos a otra.

—Qué polvo si no me querés coger —dijo, y nos reímos un poco. Su risa gangosa en el teléfono me resultaba excitante.

—Matías se va a encargar de todo. Bueno, hay que ver si se anima a ponerse los dientes de Drácula.

—No le van a prestar el templo.

—Es capaz de robarse las llaves, quedate tranquila —dije—. El templo es de todos, es Baigorria, es el Remanso Valerio, es la intemperie y la intemperie es nuestro templo. Porque fue

tu casa, porque la iluminaste. El altar lo vamos a consagrar en la playa, frente a la unión del río y el hombre, bajo el amparo del puente, en la playa, ya vas a ver.

Tal vez yo haya sonado duro, pero era la verdad. Era lo que podía darle a esa hermosa mujer que la hipocresía de la gente había vuelto invisible. Mi idea era que, luego del casamiento, mi Alfredo debía llevarla a Mar del Plata pasando antes por Cariló, donde otro gran amigo, Edgardo, había decidido refugiarse del mundo. Mis buenos amigos nunca fueron pocos, pero se estaban dispersando por todo el país. Él guardaba las llaves del departamento, y conocía perfectamente a Alfredo. Después de dejarla en Mar del Plata, Alfredo debería enfrentar su destino viajando solo al Paraguay. Yo tenía todo medido en esa tercera parte del plan, único plan preexistente en mi cabeza, pero aún era secreto, y era el destino final de ese otro dinero mucho más importante que el que estábamos despilfarrando, y que permanecía guardado en una bandolera en un recoveco de la limu.

Llamé a la habitación de mis Alfredos. Estaban por salir a comprar la ropa de todos, la ropa de fiesta. Debido a que era sábado y sobre todo debido a la pandemia tuvieron que conseguir los teléfonos particulares de cada dueño de local de ropa de calidad de Rosario. No fue nada difícil en función de la enorme cantidad de gente afín que teníamos en la Chicago argentina. Así que iban a ir los tres muy tranquilos, en una tarea que les iba a tomar hasta las primeras horas de la tarde.

—Acordate de llevarla a la dentista, los espera a eso de las dos de la tarde —le dije a mi Alfredo.

—¿Le lievamo a la Andrea doble, tan bien?

—María, a partir de ahora —dije.

—Pero le lievamo o no le lievamo.

—Y sí, ¿cómo se va a comprar ropa y arreglar la boca sin ir, Alfredo? Dos cosas más, a las cinco de la tarde nos encontramos en el lobby, vamos a hacer una reunión en El Diablito.

—Demencial, vo nos volvé loco con lo nombre, le cambiá el nombre al mundo todo a ca-á ratito.

—Perdoname.

—Ta bien, por algo digo-te demente, Demencial.

Se hizo un silencio. No sé, algo se estaba entristeciendo en este viaje y había que resolverlo.

—Compren todo de la mayor calidad, Alfredo, eh, camisa, calzones, medias, zapatos y dos trajes, ya que si nos ponemos en pedo, cosa segura, hay que tener repuesto al vómito.

—Va a gastá la fortunato, Demencial —dijo Alfredo.

—Mi amigo, el casino paga todo, tranquilo.

—Yo traje dos camisas Lavilisto —me dijo orgulloso—, ¿sabés lo que son?

—Sí, el nombre lo adelanta, ¿no?: Lave y listo: no se planchan.

—Demencial, a mí mencanta como le sabé las cosas toda vo.

—Esta no era difícil.

—Decime otra, lanimal, el perro ponele, ¿tiene un Dió ditinto al nuestro?

Esperé un rato, no sabía qué contestar.

—¿Me repondé o no, Demencial? —su voz en el tubo me perforó el tímpano izquierdo.

—Estoy pensando, esperá —dije, pero él no esperó.

—¿Ya pensate o entoavía tas pensando?

—Estaba pensando, dame un minuto. No seas ansioso, no pasaron ni diez segundos.

—Güeno, ta bien —dijo Alfredo. Pero casi no esperó nada y habló otra vez—. Güeno, repondeme que me duermo —dijo.

—Mirá, viste el fruto prohibido del que habla la Biblia.

—Santísima.

—Santísima.

—La manzana es un símbolo, yo creo que la fruta es el lenguaje, es el habla. Al morder esa fruta empezamos a hablar y nos alejamos de la naturaleza para siempre. Creo que antes nos comunicábamos sin palabras, éramos animales. Dios tiene que ser un animal. Un elefante.

—Lefante, Demen, tiene tre metro poronga, le vi nel zoo del rengo Karadajian.

—Del rengo Sofovich.

—Ese é el que cura lo niño.

—Ese es el rengo Sokolinsky.

—Güeno.

—Sé que estás triste por Hariel, pero no estés triste. Los perros siguen y siguen y siguen, la rescatamos a tiempo, y por suerte tengo sus cenizas, gracias a vos.

—Gracia hacen lo mono, vo so mi hermano.

—Soy tu hermano.

Colgué y me recosté en la cama. Estaba feliz de organizar mi casamiento. De casarme con la arrojada del mundo. Gabriel Arcángel, pensé: te quedan muchos seres cercanos con los cuales construir esta noche, una sola noche hecha a imagen y semejanza de María, pero para honrar en ella a mi Julia. Yo voy a inventar la noche, hermanita, la noche feliz de una desposeída, y luego de que ella se sienta entera y completa nuevamente como en el seno materno, voy a llenar el Remanso de luces y música orillera, a puro sapucay, pura serpentina y a puro carnaval carioca.

Que use el apellido Reyes no tiene tanto que ver con el enorme amor que siento por mi madre ni con el desencuentro que gran parte de mi vida mantuve con mi padre. Tiene que ver con la vergüenza del ayer, y hoy tal vez tenga que ver con la culpa. Es ahí, generalmente, donde casi todo lo mío empieza y acaso también termina: en la culpa y la vergüenza. Como si estos sentimientos fuesen la cristalización de una parte de karma que el pecado original me confiara ese 1 de junio de 1970 en que nací, a las siete en punto de la mañana. Un niño nada llorón, que iba a ser mal anotado y destinado a mutar su nombre hasta encontrar el propio.

Mi madre me llamó Gabriel Arcángel en un delirio místico o deseo celestial de acercarse ella misma a la santidad. Arcángel fue un nombre que no debía ser revelado a los otros, y por lo tanto, si bien podría haber sido un problema a la hora de enfrentar la escuela primaria, nadie jamás lo supo hasta ese durísimo 5 de diciembre en el cual vi derrumbarse mi alegría para siempre. El problema real fue que en el Registro Civil de El Viaducto escribieron mi apellido original erróneamente. Fue mi abuela, al llegar mi padre a nuestra casa, la que se dio cuenta de lo que ni él ni el incompetente ser humano del Registro Civil vieron: habían transformando mi apellido, ya de por sí demasiado siciliano, Barrafranca, en uno peor: Barranca. Mi padre dijo que no había problema, que en la semana iba y lo arreglaba: Barranca es el apellido que aún hoy figura en todos mis documentos.

Si eso no es comienzo torcido, no puedo imaginar qué cosa sí lo sea. Antes de tener hermanos, yo ya tenía un apellido diferente al de los hermanos que iba a tener, diferente al de mi padre, diferente al de mis tíos y mis primas y primos paternos. “Diferente” es la palabra que usó mi madre y que fue, muy pocas veces, efectiva a la hora de consolarme de la verdadera condición de llevar un apellido así. Fue en quinto grado que decidí que nada tenía para mí la educación formal, y que para salir a flote, y sacar a flote a los míos, debía adoptar una religión extrema: la de los talibanes.

Con la caída del gobierno de Isabel Perón empezaron los problemas serios en casa. Todos en la escuela sabían que mi padre podía caer preso en cualquier momento, y que la pérdida del taller, del local y de las dos camionetas nuestras era inminente. En uno de los primeros días de escuela con dictadura militar, en una actividad de dibujo conjunta de hijos y madres, fue la primera vez que actué honrando a mi nueva religión: le clavé un compás en la cabeza a un compañero de banco que al ver entrar a mi madre dijo “Ahí viene la Barranca abajo”. Creo que ese compañero, del cual ni siquiera me importa el nombre, había llegado tan solo a pronunciar la

letra “a” de la palabra “abajo” que ya estaba corriendo con el compás clavado en la cabeza.

Para mí fue todo un cambio y a la vez un descubrimiento. El cambio fue que me sentaron en un banco solo. Solo quiere decir sin compañeros al lado ni adelante ni a los costados, sin recreos, sin que nadie jamás me hablara ni me llamara a dar una lección, evaluándome solamente por mis escritos que ni una sola vez escribí. Y el descubrimiento fue haber adquirido la conciencia de que a esa edad la maldad de las personas se ha terminado de desarrollar por completo y que ya es tarde para revertir la conducta futura de quien ha tomado la decisión de ser un hijo de puta, como ese compañero que intentó ofenderme.

Me fui en pleno acto de fin de año del sexto grado. Despedían a los de séptimo, con la misma estupidez de siempre. “Y esta etapa que hoy dejamos atrás marca el camino”, este tipo de discurso retardado. Si hay una institución retrógrada, y decadente, esa es la educación. No porque haya gente mala e ignorante, sino porque no toman la decisión de cambiar el rumbo de toda esta mierda. Y los padres progres quieren a sus hijos solamente en el Pellegrini, o en el Buenos Aires. Dan ganas de balearse en un rincón.

Un descubrimiento adicional fue que soy un animal de sangre fría a la hora de defenderme. Una sangre fría que generalmente aterra a los demás y que, de vez en cuando, me aterra a mí mismo. En una pelea siento que el otro es mi enemigo y que no hay término medio a la hora de atacar puesto que el enemigo se termina cuando muere. Y al tener una contextura física más chica que la generalidad de los hombres, soy de usar herramientas: mi herramienta preferida son las sillas.

Cuando mis amigos no entienden por qué no gestioné jamás la ciudadanía italiana, yo les digo que ellos no tienen idea de lo que fue construir una personalidad en torno a ese significante. El resultado es el niño fantasioso y el niño extremo que fui, y este hombre bomba de mecha corta. Un explosivo inestable en la mesa de Navidad, una crema venenosa en la torta de cumpleaños, un tumor que sobrevivió al cuerpo original y resolvió su continuidad en el mundo en forma de metástasis sobre metástasis. Amasé el odio a los italianos en general, pero sobre todo amasé odio a los sicilianos.

Sin embargo, hubo un hermano de mi abuelo Nunzio, que sobreviviera a la Segunda Guerra Mundial con la maravillosa técnica de haber desertado de ella y haberse casado con tres africanas de no sé qué tribu angoleña, al que quise mucho. Él era el único que recordaba a todos todo el tiempo la ofensa de que mi padre no corrigiera mi apellido. Lloraba por su hermano, el padre de mi padre, muerto antes de que yo naciera por la caída del balcón cuando se terminaba la casa, y había sido el que bautizara a mi casa natal como La Casa della Morte.

Mi apellido me daba vergüenza, pero la familia italiana me daba vergüenza y rabia. Y por eso mismo yo no quería festejar mis cumpleaños, y para no tener que hacerlo me especialicé en somatizar todo tipo de males. Desde verrugas en la cara hasta angiomas en la cabeza, parásitos en los intestinos, todo tipo de eruptivas, paperas, asma, psoriasis y un tartamudeo marcado y

creciente que nació de la noche a la mañana allá por el quinto grado. Hasta que a los trece años me encontraron un soplo en el corazón, un ruidito que a veces se escuchaba y otras veces no, y que por eso se diagnosticó como funcional.

Un soplo en el corazón. Fue algo que me gustó, lo primero que sonaba bien en mi vida. Pensé mucho en eso: un soplo, no tenía claro lo que significaba, pero me propuse inventarle un significado. De golpe entendí ese soplo como un viento divino, y decidí que iba a ser cura.

Sin decirle nada a nadie fui a ver al padre Maggia, el cura de la parroquia Nuestra Señora de Luján, a tres cuadras de mi casa. Esperé en la cola del confesionario y se lo dije:

—Oí el llamado como un soplo al corazón, padre —le dije—. Quiero ser cura, padre.

Lo dije y respiré hondo. La palabra cura sonaba realmente bien. En cualquier momento, en todo momento, para cualquier circunstancia, la palabra cura suena bien. Ahora, en plena pandemia, es la palabra más esperada por todos. Por el contrario, sin cura, significaría sin esperanza alguna.

—¿Vos sos el hijo del Negrito, el bobinador? —me dijo el padre—. El ahijado de Saúl. ¿Cómo es que te llamás? ¿Darío? Me acuerdo de que el apellido estaba mal, en la libreta de bautismo lo corregimos.

Entonces el soplo en el corazón se hizo una brisa milagrosa, y la brisa entró por el portón del templo y movió mi pelo y la sotana del cura.

—No —dijo el padre—, Gabriel, te llamás Gabriel Arcángel, como el santo de la Anunciación. Un nombre hermoso puesto por el Espíritu Santo.

Y el viento entró otra vez, más suave pero más claro y contundente: frío, helado y lúcido.

—Me confunde, padre —le dije al cura—, me llamo David.

Sin persignarme, porque mi nombre era de judío no converso y necesitaba respetarme, pero sin pensarlo de esta ni de ninguna otra manera, me levanté y caminé hacia la salida.

—David —grité.

Me sentí importante aunque poco sabía del rey ungido, padre de Salomón, ancestros mismos del Cristo. Pero mi nombre era ese, siempre lo había sido, y me fui a casa con la certeza de lo que debía hacer: abrir un cuaderno y anotar quién era yo y de dónde venía. Usé el cuaderno de Lengua, le arranqué las hojas escritas y lo dejé nuevo otra vez: sin pasado. Y entonces escribí: “Soy David Slim, hijo de Jaime y de Teresa, soy judío y amo a Dios y al ajedrez y me gustaría ser sastre como lo es mi padre”.

Me di cuenta de que, sin tener que pensar en ello, para reinventar mi realidad tenía que usar a las personas de mi barrio, las que habitaban mi día a día. Entonces podía cambiarles el rol, ponerlas en la función que hiciera de mi vida una vida mejor, una vida completa. Seguí un poco más ese día en mi cuaderno, y anoté un recuerdo de una tarde con Jaime, cuando me regaló un hermoso guardapolvo nuevo, luego una comida con Teresa y Jaime, y cómo me decían siempre: “hijo”. Era un recuerdo real, y ellos me lo decían de manera cariñosa pero no por eso menos real,

no por eso menos hijo. Escribí y escribí mucho en los siguientes días en aquel cuaderno, que de no ser por aquella revelación hubiese tenido el destino estúpido de un cuaderno de Lengua de séptimo grado. Grado que ya no tuve razones para continuar. Fue entonces que convertí la escritura de mi cuaderno en “Las Escrituras”: un sistema milagroso de llaves y cerraduras, de engranajes y combinaciones que tenían el poder de cambiar la trama de la vida. Entonces un nombre que hería y dejaba marcas difíciles de borrar podía reemplazarse por otro que curaba. Escribía con lápiz y borraba con miga de pan apretada en la prensa de hacer matambres que tenía tía Laura. Jaime me había enseñado y cuando veo hoy la novedad supuestamente ecológica de las gomas de miga de pan me río de los progres que creen que eso es una hermosa solución, una novedad. “Mi nombre es David Slim, mis padres vinieron de Rusia. Soy rubio, humilde e inteligente”. Recuerdo esa frase. A la semana de escribir y escribir, de faltar a la escuela para irme al Parque Domínico a escribir, tomé unos ahorros que tenía guardados y, en la feria del parque, me compré mi primera estrella: mi estrella de David.

Ese nombre vivió en mi cuaderno San Martín de tapa dura azul durante más de un año, exactamente hasta la llegada de Julia. Y mantuve en esas páginas unos diálogos secretos, unos susurros anotados entre él y otros que como él fueron manifestaciones de mi necesidad de romper el caparazón de ser y de pertenecer tan solo a una familia, a un solo padre y una sola madre. Dialogando con otros nombres con los cuales fui nombrando a las diferentes manifestaciones de mi personalidad, disgregaba dolores y creaba nuevas esperanzas. Poco a poco comencé a cambiar el paradigma falso de tener que llenar el vacío, o eso que se siente como un vacío a llenar, con algo. El gran vacío, lejos de ser un hueco tormentoso o infernal, es un lugar sagrado en el cual dejarnos caer, es la plenitud y la calma.

Mi estrella de David me guio en esas primeras aproximaciones. Una estrella que no pudo ser rechazada por mi contexto católico, una estrella que es más, mucho más, que una exclusividad judía. La estrella de David es una estrella de todos, para todos, es la estrella que nos puede llevar a desandar el camino de nuestro destierro, a entender la Bendición de la Serpiente, porque fue ella la que colaboró con Dios para que nosotros nos apartemos de ese paraíso de inocencia e irresponsabilidad, de comida y bebida y sexo y nada más. La que nos tentó a que aceptemos la manzana, el lenguaje creador, la escritura, como un don del gen de Dios, para que así compartamos su deseo de bien, su destino de creador y su peso atroz pagado en sangre y madera y acero de lanza.

El día en que nos presentaron a Julia a mi hermano Alejandro y a mí, y los posteriores días, los tantos días en que yo me quedé cuidándola en su primera infancia, mirándola por horas dormir, reír, llorar, fueron con seguridad los días más felices de mi vida. Y fui inmune incluso a los comentarios agresivos de mi padre, las ironías disfrazadas de inocencia de mi madre, que poco

podían entender, al igual que yo, para qué había llegado ella a mi mundo. Mi abuelo Nunzio y mi padre fueron morochos mediterráneos. Mi hermano Alejandro y mi hermana Julia, igual. Yo era rubio como un sol, blanco y pecoso. Una vez una maestra me preguntó si el hombre que me había llevado a la escuela era mi padre.

—Es un amigo de mi papá —le contesté.

Otra vez, mamá, mientras atravesábamos el callejón de Paunero, se detuvo de golpe, enojada por algo que yo había hecho pero que no recuerdo, y me sacudió. Me gritó algo que en ese momento me tuvo que haber dolido mucho, pero que hoy me resulta revelador:

—A veces pienso que no sos mi hijo, Gabriel.

David Slim me sirvió para alejarme de mi familia, y Julia me sirvió para soltar a David Slim y descubrir el otro apellido, el que mi madre no honraba, el de mi abuelo cantor, el que elegí para el resto de mi vida: Reyes. Fue Julia quien de grande, luego de ser madre por primera vez, comenzó a llamarme por el apellido Reyes. Reyes, a secas; así me decía ella. Obligándome, de alguna manera, a salir, a romper las botas de hormigón armado de mi apócrifo apellido siciliano.

Para la reunión-merienda de las cinco de la tarde yo le había dejado un mensaje en el celular a Mariano, uno de los dueños de El Diablito. Enseguida me llamó y me dijo que todos mis amigos sabían que yo estaba en Rosario y que no estaba muy bien.

—Alfredo —dije.

—Alfredo —dijo él.

—Necesito un par de horas el local.

—El Diablito ama refugiarte, hermano —me dijo Mariano—, sabés lo que Eloy y yo sentimos por vos —Eloy es el otro dueño del bar.

—¿Algo gay? —pregunté.

—Y soy totalmente activo —me dijo Mariano—, como a vos te gusta.

—Decir activo es de viejo —dije.

—Tenés razón —dijo él, y nos matamos de la risa.

—Entonces paso a buscar las llaves —dije.

—Ya están en el hotel, las dejó Eloy nomás se enteró de tu reserva.

—Están entongados en todo ustedes.

—Tratamos —dijo, y cortamos.

Mis amigos. Mis amigos. Siempre mis amigos.

Cerca de la hora me pegué un baño y bajé a reunirme con todos. Los encontré en los sillones del lobby. Mi Alfredo de suéter al hombro y peinado a lo lengüetazo de vaca, el otro Alfredo de jean y mocasines marrones, y ella estaba preciosa, con una pollera corta de lana azul Francia sobre unas calzas de lana azul también, zapatillas deportivas y un buzo blanco. Ese sábado

estábamos a un día nada más de torcer un destino, ya que ese Domingo de Pascuas María iba a vivir un día perfecto.

—Sos la Pitufina más linda del mundo —le dije.

—Compramos ropa para todo el año —me dijo el otro Alfredo, pero ella permaneció muda con los labios medio temblorosos.

—¿Te pasa algo, María? —le pregunté.

—Me duele la boca —dijo sin despegar los labios ni levantar la cara—, la dentista me mató.

Apoyó su cabecita con el pelo aún mojado sobre mi pecho, puchereaba. Le hice un gesto a mi Alfredo que entendió perfectamente y mis dos amigos salieron a la calle. La llevé a un rinconcito.

—A ver, levantá la cabeza, mostrame.

Ella levantó la cabeza y sin que se lo vuelva a pedir me mostró los dientes.

—Te hicieron una limpieza perfecta. Los tenés re blancos. Los que tenés, más vale.

—Nada más me faltan los cuatro de adelante, las paletas —dijo, y entonces sí se largó a llorar, bajito, pero claramente un llanto.

—¿Qué pasa, tesoro? Vamos a usar los Dracu-Dracu y la semana que viene seguís el tratamiento.

—Lo que me estás haciendo está mal, Arcángel —me dijo.

—¿Por qué?

—Porque no tiene sentido, porque me tiraron encima de vos, porque yo soy un despojo, soy una cualquiera y entonces vos me estás tratando así, estás loco y te casás con una cualquiera, tenés plata y la gastás en cualquier cosa.

—Vine hasta acá sabiendo que iba a encontrar a una mujer y te encontré y quiero casarme con vos si vos querés casarte conmigo. Es una ceremonia de bendición pero yo lo tomo como un compromiso.

—No entiendo nada, además antes no me daba vergüenza mi boca, fui a la dentista y ahora me da vergüenza, todo me da vergüenza de mí ahora y es por tu culpa —me dijo.

—Es que decidiste vivir, María, nada más. ¿Viste los papeles que firmaste en la dentista?, bueno, eso te garantiza un departamento que tengo en Mar del Plata, es chico pero es tuyo. Iba a ser el regalo.

—¿Me lo garantiza una dentista?

—El marido, Luciano, además de ser un gran amigo, es abogado.

—¿Me regalás un departamento en Mar del Plata?

—Tenés el usufructo de por vida. Nadie te puede sacar de ahí, ni yo. Cuando dejes este mundo con tus alitas de mariposa, el departamento pasa a mis hijos.

—Es increíble.

—Sí, desde el balcón se ve el casino. A menos que empieces otra vez con lo mismo.

—Te conozco hace menos de una semana.

—La Biblia dice que hay que casarse antes de la semana de conocerse.

—La Biblia no dice eso.

—La mía sí, lo anoté yo con lapicera como un agregado al Apocalipsis.

—Estás loco, pero sos divertido. Un poco. A veces.

—No tenés que casarte si no querés. El departamento es tuyo y también un porcentaje de dos locales que tengo alquilados en Buenos Aires. Con lo que te toca podés vivir bien, justa pero bien. No tenés que casarte conmigo ni con nadie. Y si nos casamos no implica vivir conmigo ni tener sexo.

—Si sos vos el que no me quiere coger.

—No es tan sencillo como no querer.

—No hay nada más sencillo que cogerme a mí, no hace falta tanto quilombo para eso. Hasta hace una semana cobraba quinientos pesos, no un departamento.

—Eso fue hace una semana. ¿Aceptás o no?

—Esperá, decime una última cosa más —dijo—, ¿sentís algo especial por mí?

—No. La verdad es que siento lo mismo que sentí con casi todas las mujeres que me gustan.

—Ves, eso es lo que no entiendo.

—No se trata de sentimientos, María, se trata de que tomé una decisión, y quiero casarme con vos y serte fiel.

—¿Y tus hijos? ¿Qué van a decir?

—Además no pienso vivir con vos, mucho menos en Mar del Plata. Voy a ir cada tanto. Y mis hijos, si te llegaran a conocer, te van a querer porque yo te quiero.

—Como quisiste a todas las otras mujeres.

—Como quise a todas las otras menos a una.

—Andrea.

—Sí.

—¿Sabés una cosa?, acepto. Porque yo estoy enamorada de vos, y es lógico porque sos abrumador, o me enamoro o te mando un sicario. Ojo, siempre me enamoro de todos. Pero vos me rescataste, apareciste justo como si fuera una peli de *Batman*, justo cuando me empujaron estabas ahí, como pasa siempre en *Batman*. Como si alguien lo hubiese escrito, me caí en tus brazos y bueno, pasó todo esto que está pasando. Entonces no me lo quiero perder. Porque es verdad todo, ¿no?

—Es la única verdad que hoy conozco, María —le dije—, entonces vamos a organizar las cosas, vamos a ordenar nuestras vidas de una vez y para siempre.

—Vamos.

Abrí la puerta de El Diablito y entramos los cuatro. Mi Alfredo se dio tremendo golpe en la cabeza contra la cortina metálica. Encendí las luces y nos acomodamos sobre la barra. En el interior de El Diablito el día jamás gobierna, es maravilloso para mí, un lugar único. Ese ámbito que ofrece es tan favorable para mi alma lunática que siempre es solo entrar y sentir que todo lo que estoy haciendo y lo que voy a hacer es correcto. Será que lo que siempre estoy haciendo y lo que voy a hacer es emborracharme.

—Alfredos, ¿ustedes se pueden encargar de servir unos sándwiches de merienda? Deben estar en alguna de las heladeras, y traigan cerveza.

—Nel minuto mismo, Demencial —dijo mi Alfredo.

—Bueno, ¿por dónde empezamos a repasar?

—Quiero que todo sea rojo, desde los barbijos hasta las flores, y quiero que Alfredo diga unas palabras además del cura —dijo María.

—Todo, todo, rojo —dije yo.

—Sí, porque el rojo es el color de los dioses —dijo ella, y por supuesto que no tuve ninguna objeción al respecto, por el contrario, le pedí que fuera ella la que decidiera todo lo referido a la ceremonia y a la fiesta.

—Lió aliudo, Demencial —dijo Alfredo.

—Y yo —dijo el otro Alfredo.

—Usted no —le dije al otro Alfredo—, usted tiene que ir a invitar gente de por ahí. Y también le quiero pedir un favor especial más otro favor especial. Buscar gente aunque sea desconocida. Hay que inventar la fiesta. Así parece familia del novio y de la novia. Y vos, Alfredito de mi alma, alma guaraní en vuelo, alado chajá de los naranjales, avisales a todos mis amigos y conocidos de acá.

—Mirá que le poné-el poema la vida vo, Demencial —me dijo mi Alfredo.

Con la comida en la barra y las cervezas destapadas terminamos de ajustar los detalles, hicimos el recuento económico tan solo de lo que mi Alfredo tenía en la mochila y el dinero daba para más de dos fiestas. Con juntar treinta personas, la fiesta ya valía la pena de ser. En un momento comíamos en silencio y María, que seguía pensativa, dijo algo salido de la nada.

—Hagamos al revés, Arcángel —me dijo. Alfredo y Alfredo abrieron los ojos como un dibujito de Sarah Key.

—Le cuchate como élia te liamó, o veo visiones.

—Claro que escuché, ella me va a llamar así Alfredo, pero en todo caso son alucinaciones auditivas, no visiones.

—Epejismo e las voces.

—Sí, ponele.

—Y entonce son de-lójo, ¿o no?

—Bueno. ¿Pero qué cosa querés que se haga al revés, María? —dije.

—La ceremonia, quiero ser yo la que te espere en el altar, y quiero que vos no veas nada de los preparativos del santuario y de las mesas al aire libre. Nada, y que entres a último momento.

—Me encanta —dije—, caminando, voy a llegar caminando desde el puente al santuario.

—Eso quiero —dijo María, y ni por un instante sospeché lo que realmente tenía planeado hacer ese Domingo de Pascuas.

Les pedí a los tres si podían quedarse a esperar a Eloy, que en pocos minutos venía a preparar el lugar para la apertura, que yo volvía al hotel un rato a tirarme en la cama. También les dije que no debían preocuparse si me veían esquivo, o pensativo. Porque así estaba y es un estado que no me parecía ni me parece merecedor de preocupación o de reproche. Ninguno dijo nada y salí.

Cuando pedí la llave en el hotel la que atendía la recepción era la hija de uno de los dueños. Yo la conocía bien, una chica joven, bajita, nada agraciada en lo femenino, bastante drogadicta y bastante mal humorada pero era, en realidad, una de las mejores y más sensibles personas que atendían ese hotel. La conocía por ser un huésped habitual. Tenía aspecto de varonera. Siempre vestida con el conjunto de Ñul, así lo llamaba ella, y así lo había descubierto yo en un antiguo viaje cuando la vi hojeando un fascículo de la revista *Ñ*, una revista que en ese tiempo era cultural y literaria. Esa vez le pregunté si le interesaba la literatura o las artes. Ella me miró con cara de contacto cercano de tercer tipo y me dijo que nada que ver, es que había pensado que era la nueva revista de Ñul.

La saludé y me dio las llaves.

—¿Así que se casa con la María, don? —me dijo. No llevaba barbijo y me di cuenta de que yo había dejado el mío en el bar.

—Sí, ¿la conocés?

—Claro, ¿quién no? —dijo—, y la banco a muerte, es de primera la piba, don.

—¿Podría jugar en la primera de Ñul?

—Sí que podría, don.

—Entonces estás invitada, mañana al medio día, en el santuario ese del nombre impronunciable, en Baigorria, la fiesta es en el Remanso, en la playa. Pescado, vino y chamamé.

—Como corresponde.

—Sí, como corresponde.

—Mire que voy vestida así, de Ñul, eh.

—De *Frozen II* no te imagino.

—Ni en pedo —dijo, y sacó una botella de vino de debajo del mostrador. La botella estaba abierta. Buscó dos vasos y sirvió. No quise pensar en la cantidad de gente que había metido la boca en ese vaso, pero lo vi como quien ve una de las probetas del laboratorio del doctor Frankenstein.

Los ojos de ella, de crack, ojos desorbitados, no podían mantenerse quietos. La mandíbula rígida, la amabilidad y alegría por la felicidad de los demás, a flor de la piel de su deseo.

—Brindemos —me dijo.

Y brindamos. En honor a mi seguro contagio pero a la segura alegría de ella. Bebí y la miré: hiperkinética.

—Qué rico vino —le dije, para hundirme en el pozo de su respuesta.

—Rebueno, don —dijo ella, y giró la botella para mostrarme la etiqueta.

—La Elegida se llama, como yo y la María, ¿no? —me dijo.

Y no tuve el valor de decir algo en defensa de nosotros:

e

l

mundo.

Mi infancia transcurrió en el ámbito de los talleres mecánicos relacionados con los automotores, impregnada del olor inconfundible de la grasa colorada, del barniz y del cobre quemado.

El metal era tan costoso en esa época que mi padre le decía el oro de los eléctricos. Todo el cobre que se retiraba de las bobinas a reciclar iba a un enorme tacho de metal y luego, en el mismo tacho, se quemaba para poder ser vendido al peso. Se hacía porque la vaina de algodón o el baño de barniz que tenían los alambres, según su potencial eléctrico, afectaba considerablemente el peso final.

Este olor es el que siempre creo sentir en los lugares donde el mundo huele extraño. Lugares que huelen indefinidamente conectan con algún sensor de mi cuerpo que conecta a su vez de una manera suprarracional con ese otro lugar donde se guarda, fosilizada, la química del tiempo. En esos casos, lejos de espantarme de lo ácido o lo acre, respiro profundo, por más que pueda llevarme a un lugar no feliz, por más que ese olor me termine por resultar ofensivo.

La tarde del 5 de diciembre en que me avisaron que algo le había pasado a Julia, me despierta un fuerte olor a cobre quemado en el aire espeso de mi cuarto. No me doy cuenta de lo que es aunque escucho, inconfundible, el sonido forzado de un motor. El motor del ventilador, trabado, intentando infructuosamente girar.

Aspiro profundo y caigo en el momento en que se prefiguró la muerte sobre mi hermanita: la tarde aquella en la que un ataque de falso crup casi me la saca de las manos.

Aquella vez el ventilador de techo giraba forzado por la posición de mínimo del regulador de velocidad. El mismo sonido que este ventilador trabado, pero más sordo y acoplado que el día de la noticia. El color violeta de los labios de Julia, el peso de su cuerpo de menos de un año, insostenible en mis manos. Las manos amparadoras del hombre que me ayudó a llegar a la sala, el naranjo silvestre, la naranja amarga que metí en mi boca, la imposibilidad de llorar, la sensación de que yo no era capaz de cuidarla.

Pero el 5 de diciembre, mientras ese mismo olor inexplicablemente presente y fuerte me despertaba de una siesta tardía, escucho que golpean la puerta. Me esfuerzo por desvelarme y no puedo ni despegar los párpados. Tenía que ser la mujer que venía a limpiar mi casa todos los días en aquellos días: los días en los cuales todavía la gente entraba a mi casa, los días en los que aún le encontraba un eufemismo a la palabra “sirvienta”. Pero no atiendo. La mujer de la limpieza tiene llave. Estoy tapado. El olor a cobre quemado crece. Es el ventilador que estuvo toda la

noche atascado. Acabo de desenchufar el ventilador atascado y el olor a cobre quemado me inunda la casa entera. El alma entera. La casa es grande. El alma no. No es tan grande como debería ser para que yo encuentre un lugar a salvo del dolor que está por venir, que está en la puerta de mi casa ahora mismo. Suenan los teléfonos, todos, tengo tres en ese momento. Me estoy dando cuenta de que es la muerte pero ¿la muerte de quién? Tal vez mi muerte, pienso. No la de ella, la de ella yo la había ahuyentado una vez, la había ahuyentado para siempre. Ventilo el cuarto, automáticamente intento distraer el pensamiento, negar que ya es una certeza y que la muerte acaba de volver, y esta vez, otra vez, me agarra distraído. Me agarró distraído, querida Julia, porque cuando abrí los ojos, lo sé, lo sé, lo sé, ya era demasiado

tarde.

Y es esa misma noche que me encuentro en la avenida Agüero. Las coronas de flores, una enorme cantidad de gente en la puerta del velatorio. Olor a cobre quemado. Como aquella vez, la primera vez, la vez de mi amigo el Tumbeta, y luego las otras tantas veces, tantas, otras, veces, tantas, flores, veces, tantas, puertas, tantas, velatorias, tantas, veces, tantas, otras: camino por la avenida solo, más solo que nunca, y faltan dos años aún para la pandemia, y faltan dos años aún para el cero y el posterior viaje y para que yo pueda escribir esto que ahora estoy viviendo, cada vez que lo escribo lo vivo y vivo y revivo.

—Ahora es esto —digo en la avenida.

Pero querría izar las velas nuevas y escribirle a ella, a Julia, un mensaje en el teléfono que confirme que todo es un error. Que es una broma, que estamos jugando al teléfono descompuesto. Pero no lo hago porque es imposible que me conteste, porque no puede hacerlo, Gabriel, no puede porque está muerta. Invento entonces este diálogo, ahí, hace más de dos años, pero en verdad acá, en este ahora, en este futuro escrito cuando nadie aún lo está leyendo.

—Seguí caminando, Gabriel, seguí paso a paso. Un solo paso primero y te afirmás, recién ahí das el otro paso.

El lugar hacia el cual voy es imposible, hormiguita, no existe porque no existen las cosas que no deberían existir, ¿o acaso solo existen para mí, para mí solo?

Existen para todo el mundo, Arcángel, vos solo vivís como si eso no estuviera ahí, entonces me pasa que estoy ahí pero no estoy ahí.

Necesitaría que el Santo me lo explique. Adónde es que estoy, Agustín. Estoy en las sierras del olvido, en la casa de Sergio, estoy escribiendo. Escribiéndola. Escribiéndolo. Escribiéndome.

Hace más de dos años que estás en la avenida Agüero caminando hacia el velatorio al cual nunca pudiste llegar. Tenés que llegar para ver que te reís sin risa, que no subís las escaleras para verla.

Ella no está ahí.

Claro que no, estuvo una sola noche para que todos la vieran por última vez.

Ahí está Oscar, está el Chino, está Jorge, están tus otros amigos, está mi familia, sus hijos, está Juan José tu amigo, su marido, están todos, ellos te prestan las piernas seguro.

—¿Hijos? ¿Cuándo creció, si no creció? Hablamos el otro día.
Le hice puré, le cambié pañales, la ayudé en matemáticas.
Vi su ombligo seco cuando se le cayó el ombligo. El ombligo es horrible. El ombligo se muere antes de que uno se muera.

Otro paso más, afirmás el pie y luego otro paso y así.
Pedirle a Jorge que te dé la mano.
Ya falta poco.

Julia murió en una sala de guardia de hospital luego de haber sufrido un infarto en la calle, y antes de que se desatara en mí esta monstruosa pulsión de muerte, de noches y noches sin dormir, tratando de borrar la fecha de su nacimiento y la fecha de su muerte, antes de la locura del casino de Palermo, y de todo este viaje a Rosario en limusina, intenté hacer algo distinto: me anoté como voluntario en un hospital de La Plata en donde Maximiliano, otro gran amigo, está a cargo de la dirección.

No sé bien lo que quería encontrar o si, en verdad, buscaba algo. Solo sé que quería ver entrar y salir a la gente herida, enferma, al borde del abismo. Quería ver si en verdad existe una lucha contra la muerte, si la medicina, los médicos, los enfermeros, hacen verdaderamente algo. Y me di cuenta de que en verdad, de haber tenido una chance, Julia hubiese sido salvada. En un principio eso me consoló, pero después me causó el efecto contrario y pensé ¿por qué siendo tan joven y tan sana no pudieron sacarla del paro?

Esa pregunta que es una trampa diseñada para que caiga el trampero me llevó a decirle a Maximiliano que no iba a seguir, que nos acercábamos a esa fecha de marzo que yo no quería pasar en una guardia de hospital, la fecha en la cual Julia cumpliría 42 años.

—Me voy, hermano —le dije.

—A romperla, ¿no es cierto? —dijo él.

—Sí, a romperme.

—¿Te acordás de Aurora? ¿La viejita de la gangrena? —me preguntó él.

—El olor del éter y la imagen de los gusanos saliendo del interior de su pierna no se me olvida más —dije.

—Recuerdos que nos acompañarán toda la vida —dijo él.

—Gracias —dije yo.

—Bueno, la volvieron a amputar en la misma pierna y se recupera milagrosamente bien. No tiene ochenta y seis años como dijo, tiene noventa y cuatro, es verdaderamente un milagro que lo haya resistido. Me preguntó por vos, te dice “el Doctorcito”. Andá a visitarla, tal vez te lleves algo.

Y me llevé el invento de un mandato, porque fue la primera vez en mi vida que le dije a una persona que yo era escritor y entonces pasó algo que, ahora entiendo, destruye cualquier debate sobre Dios, sobre Justicia, sobre Felicidad o sobre Muerte: pasó, pura, la vida.

Tres semanas atrás nomás llegué al hospital, Maximiliano me dijo que tenía que salir en

ambulancia a buscar a una viejita que al parecer tenía una pierna muy mal y no podía movilizarse por su cuenta. Quería ir personalmente. Los vecinos fueron los que llamaron al hospital diciendo que la familia de la mujer la había abandonado a su suerte en su ranchito de Florencio Varela. Al volver, Maximiliano me pintó el cuadro y fue verdaderamente desgarrador.

—La dejaron sola y se ve que se lastimó, aunque pudo ser una rata, andá a saber. Estaba sola en un rancho sin luz.

—¿Una rata?

—La pierna se gangrenó, podés pasar a ver la curación si querés, pero te aviso que se ve hasta el hueso.

—¿Qué le van a hacer? —pregunté.

—Se destapa éter para que los gusanos tengan que salir a respirar y se los retira uno por uno. El olor es duro: carne podrida más éter.

Justamente esa noche uno de los médicos residentes cumplía años y estaban preparando un asado en la parilla de la cocina del hospital. En eso pensé en ese momento, en el asado que no iba a poder comer luego de ver lo que iba a ver. Para eso estoy acá, también pensé.

—Seguro después no voy a poder comer carne —le dije a Maxi.

—Vas a comer igual, vas a ver —me respondió mi amigo.

Entré y los minutos que estuve fueron suficientes, más que suficientes, para sentir la aberración del abandono, la impunidad del desamor, de la mezquindad; pero también para ver lo que es la dignidad. Mirando el trabajo amoroso y delicado de los jóvenes médicos me pregunté ¿cómo puede ser? ¿Cómo puede ser que sus familiares, los descendientes de su sangre, los inquilinos de su útero, la hayan dejado ahí tirada? A esa señora hermosa, a esa anciana quebradiza que soportaba el dolor físico, el dolor moral y el dolor espiritual de ver su pierna podrida. Que respiraba el éter y miraba a esos gusanos gordos, alimentándose de su carne viva, de su carne sana. Al menos esos gusanos tienen un destino parásito. Pero nuestra especie podía elegir ser el peor gusano. Nuestra especie que se autonombró con desquiciada arrogancia *Homo sapiens sapiens* cuando lo único que no tenemos es un mínimo de sabiduría, tan solo un mínimo de ella nos llevaría a actuar de manera correcta, nos obligaría a ser buenos.

Yo ya conocía el olor de la melena. Melena es el nombre médico que se le da a la sangre de las hemorragias internas, y es un olor penetrante y ácido que se instala, que se incrusta en la mente para siempre, y esa noche junto con el olor de la gangrena y del éter formaron la santísima trinidad de la secuela nasal de mi estancia en las guardias de clínica médica.

Aurora resistió el tratamiento y luego de los análisis resistió una primera amputación, y luego de una recaída resistió la segunda amputación en la misma pierna, pero esta vez por sobre la rodilla. También se repuso de una enorme infección en el pecho izquierdo y varias otras cosas, menores en relación con estas, con las que había llegado al hospital.

Subo a la sala de cuidados generales y me presento en enfermería.

—¿Te mandó Maxi? —me pregunta la jefa de enfermeras.

—Sí —digo.

—Entrá, dale. Se te va a extrañar pero seguro volveremos a vernos —dice la enfermera.

Entro. Me parece que Aurora está despierta, pensando con los ojos cerrados. Es un parecer intuitivo, no puedo ver bien la expresión de su cara porque la sala está a menos de media luz. Sin embargo alcanza para ver lo limpio que está todo. Respiro un leve aroma de rosas producto de un ramo pequeño, fresco, que alguien ha puesto en un jarrón de vidrio. Seguramente el nieto que el personal de hospital había logrado contactar: un chico amoroso que por supuesto no había formado parte de esa decisión macabra de abandonarla en un rancho sin luz ni gas natural, en un otoño frío, para que se la coman las ratas. Este nieto, notoriamente gay, preciosamente femenino, se había comprometido a llevarla a vivir con él, a cuidarla.

Me quedo sentado un rato leyendo, hojeando una revista que encuentro, vieja, viejísima. Más que nada miraba las fotos porque la poca luz me impedía leer. De golpe escucho la voz de Aurora que me llama.

—Doctorcito —dice—, doctorcito.

—Aurora —digo yo.

Ella me hace señas para que me acerque. Me acerco un poco. Aurora me vuelve a hacer señas y sin pensarlo mucho me pongo bien cerca de ella, de rodillas ante su cama, como rezando.

—¿Por qué tiene todo eso, doctorcito? ¿Para no pudrirse por mi culpa?

—No, lo suyo está curado —digo—, son exigencias del hospital —agrego y me quito el barbijo reglamentario.

—Gracias, doctorcito, así puedo verle la cara.

—Aurora, tengo que decirle algo: no soy doctor.

—¿Es enfermero?

—No.

—¿Entonces qué es, doctorcito? —pregunta ella y es ahí donde me sale. Al igual que frente al cura en la parroquia de mi infancia, la mentira más verdadera que yo haya pronunciado jamás.

—Soy escritor, vine a tratar de escribir cómo murió mi hermanita, porque murió acá —digo.

—¿En esta cama?

—No, Aurora.

—¿En este hospital San Roque?

—Tampoco —le digo y cuando empezaba a derrumbarme, ella me da eso que las mujeres siempre tienen pero que solo algunas dan: la vida.

—Ah —dice Aurora—, pobrecita. ¿Usted me leería una historia, doctorcito?

—Si quiere le cuento una que sé de memoria.

—¿La escribió usted?

—Sí.

—¿De esas lindas de dormir?

—Sí.

—Por favor, doctorcito —dice ella y yo dejo en el piso la revista, le tomo la mano que tiene por fuera de las mantas y le cuento el primer cuento que le leyera a ella, a Julia, cuando tenía cuatro años de edad y cuando, tras la muerte de mi abuelo Reyes, el cantor, yo decidí que iba a irme de la familia, y que prefería rebotar por la vida solo a que alguien se atreviera a volver a ponerme una mano encima jamás.

—Ella me prometió que bailaría conmigo si le llevaba rosas rojas —murmuró el Estudiante —; pero en todo el jardín no queda ni una sola rosa roja.

El Ruiseñor lo estaba escuchando desde su nido en la encina, y lo miraba a través de las hojas; al oír esto último, se sintió asombrado…

—¡Ni una sola rosa roja en todo el jardín! —repitió el Estudiante con sus ojos llenos de lágrimas—. ¡Ay, es que la felicidad depende hasta de cosas tan pequeñas! Ya he estudiado todo lo que los sabios han escrito, conozco los secretos de la filosofía y sin embargo soy desdichado por no tener una rosa roja.

Avancé en la historia sin ser demasiado consciente de que cada frase, cada pasaje de Oscar Wilde que yo pronunciaba, me iba metiendo una vez más en aquel mundo de cobre quemado, en aquella vez en la cual, por salvar lo que quedaba de mi orgullo, por estar tan herido de muerte por la muerte de mi abuelo, abandoné a Julia por primera vez. Por más que tanto estuve después, por más que tanto ayudé en todo lo que pude, la dejé sola en esa época en que no se despegaba nunca de mí, en esa época donde siempre, en fotos, aparece tomándome la mano, con mi padre detrás, o de lado, con mi madre y mi hermano Alejandro por ahí. Narraba para Aurora esa hermosa historia sobre la estupidez humana, sobre la vanidad y la banalidad con la cual entendemos y ejercemos el amor, y en esa anciana de casi cien años estaba Julia chiquita. La belleza es lo opuesto a la estupidez, me dijo un hombre que fue un castillo para mí, una fortaleza en la cual me reagrupé para volver a la batalla.

—Si quieres una rosa roja —dijo el rosal—, tienes que construirla con tu música, a la luz de la luna, y teñirla con la sangre de tu corazón. Debes cantar con tu pecho apoyado sobre una de mis espinas. Debes cantar toda la noche, hasta que la espina atraviese tu corazón y la sangre de tu vida fluirá en mis venas y se hará mía...

—La propia muerte es un precio muy alto por una rosa roja —murmuró el Ruiseñor—, y la vida es dulce para todos. Es agradable detenerse en el bosque verde y ver al sol viajando en

su carroza de oro y a la luna en su carroza de perlas. Es muy dulce el aroma del espino, y también son dulces las campanillas azules que crecen en el valle y los brezos que florecen en el collado. Sin embargo, el Amor es mejor que la vida, y, por último, ¿qué es el corazón de un ruiseñor comparado con el corazón de un hombre enamorado?

Cerca del final de la historia, cuando el ruiseñor está por ejecutar el sacrificio, en esta historia de este hombre llamativamente ateo que tanto se parece a la historia de la cruz, me parece que Aurora se acaba de quedar dormida. Pero como mi madre decía que cuando Julita se durmiera había que seguir leyendo para que su sueño fuera hermoso, es que continúo.

—¡Alégrate! —le gritó el Ruiseñor—. ¡Siéntete dichoso, porque tendrás tu rosa roja! Yo la construiré con mi música, a la luz de la luna, y la teñiré con la sangre de mi corazón. Lo único que pido en cambio es que seas un verdadero amante, porque el Amor es más sabio que la Filosofía, y es más poderoso que la Fuerza, las alas del Amor son llamas de mil tonalidades, y su cuerpo es del color del fuego. Sus labios son dulces como la miel, y su aliento es como la mirra silvestre.
El Estudiante levantó la vista de la hierba y escuchó, pero no comprendió lo que decía el Ruiseñor, porque él solo podía entender lo que estaba escrito en los libros.

Y entonces escucho el leve ronquido de sueño placentero de Aurora y comprendo lo que de tan evidente se me estaba escapando: yo era el primer hombre que le contaba un cuento de cuna a esa anciana-niña, dormida de amputaciones y abandono, que hacía poco acababa de cumplir 94 años. Yo fui el primer hombre que nombró a Julia, y que la abandonó el día en que le leyó por última vez este mismo cuento.

Arrodillado ahí, pensando en eso pensé que iba a poder llorar, pero lejos de moverme hacia la ternura me volví a endurecer y apreté los dientes partidos de tanta apretada, de tanta ferocidad.

Ya era el mediodía cuando el Estudiante abrió la ventana y miró hacia afuera. —¡Caramba, qué maravillosa visión! —exclamó—. ¡Una rosa roja! Tan hermosa que estoy seguro de que tiene un nombre muy largo en latín. Se inclinó por el balcón y la cortó.
Enseguida se caló el sombrero, y con la rosa en la mano corrió a la casa del profesor. La hija del profesor estaba sentada cerca de la puerta, devanando una madeja de seda azul, con su perrito a los pies.
—Dijiste que bailarías conmigo si te traía una rosa roja —exclamó el Estudiante—. Aquí tienes la rosa más roja de todo el mundo. Esta noche la prenderás sobre tu corazón y como bailaremos juntos podré decirte cuánto te amo.
Pero la jovencita frunció el ceño.

—Me temo que no va a hacer juego con mi vestido nuevo —repuso—, y además el sobrino del Chambelán me envió unas joyas de verdad, y todo el mundo sabe que las joyas son más valiosas que las flores.

—Eres una ingrata incorregible —dijo agriamente el Estudiante, y tiró con ira la rosa a la calle donde un carro la aplastó

a

l

pasar.

Acabo de llegar. Parado frente a la puerta del velatorio me sostengo de una bicicleta. Hay mucha gente que no conozco, unas coronas enormes, los autos negros de la funeraria estacionados en la entrada. Por qué habremos elegido un barrio como este, un barrio donde no pasa ningún tren y las casas no se parecen a nuestras casas.

Una mujer con el pelo rojo —un peinado que parece un casco alemán— me sonríe y me pasa la mano por la cabeza. Debe emocionarla pensar que llegué en bicicleta para llorar a una muerta. Mi muerta. La mano es pegajosa y ojalá que la muerta hubiera sido ella, que la estuvieran velando a ella, no a mi Julia, a ella, con toda esa sonrisa y su casco alemán metida en un cajón para siempre.

"Julia Beatriz Barrafranca - Primer piso", leo pero acabo de corregir mentalmente porque el idiota que escribió puso "Bestruz". En la planta baja están velando a otro muerto. Debería quedarme acá porque nadie me conoce. Pero entro al recibidor; y subo. Paso frente a personas extrañas que están paradas en la escalera. La escalera es de Julia y los tipos deben ser del sindicato de ella, o del sindicato de mi padre, no sé, personas que la habrán conocido y que yo no conozco, personas de los tantos lugares donde mi hermanita es una persona importante.

Pienso en mi madre, en la madre de Julia; las pienso como dos madres separadas que están rotas y no van a poder unirse nunca más. Julia es muy joven, su madre también. Subo unos escalones más. Llego a la mitad de la escalera y me siento sobre el descanso. Ojalá que hayan llegado los pibes. Ojalá tuviera algo de vino de la costa, ojalá estuviera conmigo Rolando.

Oigo un llanto de mujer pero es mi amigo Juan José, mi cuñado, no es una mujer la que llora. Tiemblo. No puedo parar de temblar. Tía Laura está ahí, se da cuenta de que no logro subir. El Pachorra me abraza, salvador, ¿de dónde salió el Pachorra?

—Rubén —le digo.

—Si no podés no entres —dice él.

No puedo. No se lo digo.

—Puedo —le digo.

Veo cosas que se pudren: carne marrón en la heladera, un caballo muerto flotando en el arroyo. El llanto vuelve como un fantasma, después desaparece. Subo los escalones que faltan y llego al primer piso. Estoy en el hall del primer piso. Oigo voces, murmullos; no me animo a dar ni un paso más. Gabriel querido, la voz termina de decir esas palabras y se quiebra, comienza a llorar. Es una vecina que me toma del hombro y me lleva hacia la sala, me abraza y llora. ¿Por

qué llora tanto? Debe haber maldad en su corazón, debe haber maldad en el corazón de todos los que lloran tanto.

Veo gente alrededor, sentada sobre bancos largos, casi todos sostienen cigarrillos, toman café en vasos de cartón. Dentro de la sala hay una puerta que conduce a otra sala más chica. Trato de no mirar hacia ese lugar. El olor es tan fuerte que marea: a café y cigarrillos mezclados con flores; flores usadas, guardadas y vueltas a usar millones de veces.

Camino hacia el fondo y me siento en uno de los banquitos. Debería ir hacia donde tengo que ir, hacia la sala más chica; cuanto más rápido mejor. Sin embargo me quedo, sentado, un tiempo largo. Me levanto. Camino. No siento las piernas, dejé las piernas en el recibidor; soy un globo que flota en el velatorio de Julia. Julita. Hermanita. Hormiguita viajera.

Llego a la puerta de la sala pequeña y veo la punta del cajón; la parte donde deben estar las piernas de mi Julia, las piernas muertas de mi Julia muerta. Entro. Su madre y mi madre que son la misma madre están inclinadas, casi acostadas sobre su pecho. Lloran sin hacer ruido. Levantan la cabeza y me miran. Lloran o se ríen, no sé: aprietan el pañuelo contra la boca, mueven la cabeza de arriba abajo, abren los ojos claros, los ojos españoles. La madre de Julia es una mujer hermosa; la mía también. Son hermosas, son gemelas, y tienen doscientos años más que ayer a la mañana. Cada segundo que pasa, cada paso que doy hacia ellas, tienen doscientos años más.

¿Por qué si estoy tan asustado sigo avanzando hacia esa anciana imposible que es la madre de mi hermanita, que es también mi madre?

Por primera vez la miro. Es Julia. Veo sus mejillas, sus manos cruzadas sobre el pecho, su pelo negro. Sos Julia, son tus pestañas largas de niña mujer, tu boca de falso crup, tu boca como morada de frío.

Me gustaría llorar pero no tengo ganas. ¿Cuánto tiempo me tengo que quedar acá? Pienso en cucarachas, en cangrejos, tengo miedo de que alguien me esté mirando pero no me atrevo a girar la cabeza; tengo miedo de que piensen que no me quedé lo suficiente.

Mal hermano es aquel que estuvo poco. Estuviste poco, Gabriel, pienso. Mal hermano es aquel que corrió lento. Corriste lento, Gabriel, pienso. Y la muerte te sacó mil metros. Por egoísta. Por drogadicto. Por pelotudo. Por cobarde.

Me gustaría llorar para que los demás me vieran llorar.

Toco a mi hermana en la frente: es de madera. No es mi hermana. Es mi hermana.

Le acaricio el pelo de adelante hacia atrás. ¿Qué mierda estoy haciendo? No paro de temblar.

Hace frío.

Tengo miedo de tocarla. De tocarte, Julia. Tengo miedo de que tocarte me traiga algo malo, me contagie de muerte o no sé de qué. Es una porquería, pienso, soy una porquería.

—Che, Gavilán, no la toques —me dice una voz, y es Alejandro.

—No lo puedo arreglar, Alejandro —le digo—, no sé qué hacer para arreglarlo.

—No se puede —dice él—. Vení conmigo, hermano.

—Me dijo que suba —digo.

—¿Quién te dijo, hermano?

—Ella me dijo —digo—, y ya subí, ¿no es cierto que ya subí?

—Estás acá, más vale que estás acá, Gavilán, pero no la toques —dice o repite Alejandro—, no la toques.

Me alejo del cuerpo sin haber resuelto nada, porque no voy a resolver nada ese día frente a su cuerpo. Sin embargo sé que hay algo que puedo arreglar: puedo arreglar lo que mi padre no supo arreglar en mí, o para mí: la enmienda del nombre. Es un error "inofensivo", me dijo alguien, no sé quién, claramente alguien que entiende el yerro como no ofensivo. Debe ser alguien difícilmente ofendible. Pero yo soy muy fácilmente ofendible, como todo ofendedor. Y estoy profundamente ofendido por la muerte, y también por el yerro. Ofendido de muerte, a tal punto que me batiría a duelo de ametralladora contra el supuesto in-ofendedor hijo de remil putas que está cometiendo el error de no corregir el anterior error de haber deformado el segundo nombre de mi hermana, mi hermanita. El segundo nombre que yo le puse apurado, el segundo nombre que ella tanto odiaba, o que tanto odió y que al final le hacía bastante gracia: Beatriz. Julia por Julio César y Beatriz por lo de beata: casi santa. Lo sé, es horrible; lo sé, hormiguita, pero es mío y tuyo porque yo te lo di, otra de las cosas horribles que te di, pero no tan horrible como las cosas verdaderamente horribles que te di. Entonces bajo, rumbo a la Necro Office, hecho una tromba, a ver si se corrigió el yerro pero está igual: *Julia Bestruz Barrafranca*, dice el cartel electrónico. En casa de herrero: ametralladora, pienso.

Entro y el portero del turno noche, como todos los porteros del turno noche de los velatorios, es un patovica. Supongo que para que no se cuele ninguno que no esté invitado a la fiesta.

—Buenas noches —digo—, le expliqué al portero del turno anterior que el segundo nombre de mi hermana está mal.

—Sí, ¿no? —dice el patovica.

—Sí, sí, diría yo —digo—, Bestruz no es ni siquiera el nombre de un ave de corral, no es nada.

—Hay que esperar a mañana a la mañana, que viene el que sabe manejar la computadora —dice el patovica.

—Mañana a la mañana el cartel va a llevar otro nombre, porque ella va a estar enterrada, quién sabe, puede ser el tuyo, viste cómo es esto de andar vivito y coleando un día y al otro… —digo. Y es una línea peligrosa, pero yo soy un especialista justamente en eso, en líneas peligrosas. El patovica se traba o el patovica es un traba, no sé.

—¿Qué quiere que haga? —dice.

—Que corrijas el nombre —digo.

—No sé manejar el programa —dice.

—No te culpo, debe ser desesperante, lo hago yo —digo.

—Usted no puede tocar la computadora —dice.

—¿Le estás diciendo puta a mi prima Dora? —digo.

—No dije eso yo —dice. Se destraba.

—Hagamos una cosa, yo no hablo con nadie, desenchufamos esto y ya está —digo y arranco el cable y se apaga todo.

El tipo se me viene encima pero ahí ya están o ya estaban o siempre estuvieron mi hermano Alejandro, mi cuñado Juan José y mi sobrino Federico. La trilogía de los valientes. Y saben pelear. Además conocen al patovica, no sé de dónde pero me parece que lo conocen. De la cancha o de algún lugar así. Aunque "un lugar así" en el caso cancha tiene que ser otra cancha, no hay lugares así por fuera de otras canchas. Me voy a enfermar. Hablan, discuten en voz baja, mi sobrino le dice algo al patovica, el patovica se ríe. Federico convence a quien quiera de cualquier cosa, hasta de no asesinarme.

Salgo y me voy. Nunca estuve. Falto en todas las fotos. Me fui. Y no volví. (No falté a los quince de Martina, y fui bien vestido, ¿te acordás, no, hormiguita? Quiero que conste). Pero ya no estoy otra vez, ya estoy en este viaje antes de empezar el viaje, antes de empezar la pandemia, antes del cero, del verde cero que me vio nacer y crecer. De ahí es que parto, de ese parto, y llegué hasta acá, hasta Rosario, hasta la víspera de un casamiento que no va a poder ser, más de dos años después sin saber de qué se trata este viaje al centro de la noche. Si se trata de todo aquello, de todo esto. Totalmente perdido, llego entonces al punto en el cual me perdí, pero empiezo a ver un hueco, un posible espacio por donde voy a asomar la cabeza. Seguramente más tarde, cuando ya no me quede aire en los pulmones.

Y entonces ahí estoy, ahí estaba, a unas cuadras del velatorio, en la esquina del cementerio de Avellaneda, cuando lo cruzo a Tatú. Tatú como un fantasma entre fantasmas detrás de un bozal celeste de cirujano.

—Tatú —digo—, ¿sos vos de verdad?

—Sí, Locura, hasta acá me llega la tobillera. Voy a esperar a la Julia acá.

—¿Toda la noche?

—Sí, tengo hasta mañana y di la dirección del cementerio. Así no suena la alarma.

—Tatú —digo.

—¿Qué, Locura?

—¿Y a vos te tienen preso? Tanto cantautor libre y vos estás preso.

—Tengo un amigo adentro acá, ahora me abre y me tomo unos mates y la espero —dice—, ¿seguro que es la Julia, no?

—Sí.

—Miraste bien, ¿no? Capaz que es otra morocha.

—Es Julia.

—La Julia.

—La Julia, Tatú.

—Ya no va a estar más entre nosotros —se dice—. Ahora es sin la Julia —dice Tatú.

Como un fantasma lo vi en esa esquina y de igual manera, sin siquiera tocarme, se da vuelta y camina para que yo lo vea entrar a la oscuridad cerrada del cementerio por una puerta lateral.

—Ahora es sin Julia —dije, o pensé. O tal vez ninguna de las dos cosas.

Doblé por Centenario Uruguayo hacia el lado del parque. La noche como siempre dura y la vida como siempre imposible. Caminé rápido, firme en la seguridad de esas calles mías que nada podrían ni deberían asegurarle a nadie. Porque debo grabarte como un sello sobre mi corazón; llevarte como una marca sobre mi brazo, o como grilletes en los tobillos de los tantos hermanos huérfanos

d

e

vos.

El Domingo de Pascuas y la mañana del casamiento desperté tranquilo pensando que Alfredo estaría poniendo al tanto al padre Matías, que había llegado manejando muy temprano en la mañana y con quien tuve un breve saludo desde mi handy al handy de Alfredo. Pensé que seguramente estaban en Baigorria arreglando el permiso para usar, esa misma tarde, el santuario. No sé en verdad si lo pensé, supongo que ahora me conviene contarlo así.

Desayunaba en la habitación cuando mi Alfredo tocó a la puerta, entró y se me acercó.

—Compré láuto, Gabriel —me dijo—, lievo dinero jutito y la piba tá perando, no te quiere ni te saludar, no po la maldá maligna, ta triste y ta sustada.

—Agarrá esa silla y sentate —le dije—. ¿Te acordás cómo nos conocimos?

—Sí. ¿Y vo teacor-dá poqué lió te liamé hermano nel mismo día?

—Sí.

—Duenio la parrilia me daba comida nel plato usado y vo digiste, sobra é palo perro, no pal cristiano del Señor.

—Sí.

—Casamieto sin amor é comida pa lo perro, Arcángel, no pa cristiana del Señor, no pa la María nuestra.

Sé que en ese momento yo debí haber llorado, estoy seguro de que unas lágrimas se me fueron de control, y atravesaron la trinchera y la muralla con las cuales los descendientes de italianos ganamos siempre las batallas.

—No tuve esa intención.

—Lió sé, Arcángel, pero é lo que é, la cosa verdadera así.

—Suena así, me doy cuenta ahora que me lo decís —le dije.

—Poqué si la María no fuera falopa e la calie no poderías hacer esto que-acé.

—Sí, pero es una falopera de la calle, y yo no tengo nada que ver con eso.

—Era, Arcángel, vo la aliudaste a no ser má. Dejala que élia elija la cosa.

—Claro, Alfredo, fijate que le salga todo bien, por favor.

—La lievo a Mar del Plata y me voy al Paraguay. La plata que queda é mucha y la tiene lAlfre. Lotro te voy devolvé.

—Es tuya, hermano.

—Lió sé, por eso le agarro, pero te voy devolvé.

—Gracias.

—¿Queré algo má que liaga lió a tu vida?

—Sí, avisales a todos y deciles que estén ahí a las tres de la tarde, si es que quieren festejar igual. Yo por mi parte voy a festejar que María me está salvando de ser el salvador.

—Okikey.

—Deciles que voy a pasar por ahí, seguramente. Que no me digan nada al respecto, que no nombren nada en relación con lo que hice.

—Liá saben tós to. La gente del Rosario te quiere mucho.

—Chau, Alfredo.

—Chau, curepí, voy repetí tu viaje, buscá lo que no sé en no sé dónde. Aprendí mucho de vo.

—Yo soy el que aprende de vos, Alfredo.

—Ai bilí se dice ninglé, ¿no?

—Che ajerovia.

—Ala final le aprendite al guaraní, Arcángel, hermano lalma, eh.

—Algo.

—Lalfre también se va, le dije y que se valia, que te dejemo montón pero se lieve resto e la plata, lo dólare sobraron mucho. É mucha plata Gabriel. Te dejé algo acá como pa hoy, y lotro montón le di a Eloy de lo Diablito Rojo. Ahora digo que el que quiera valia al sanatorio a comé. Porque la fiesta ta paga, Gabriel. Me voy. Me voy. Decime que me valia, hermano.

—Es santuario, Alfredo, si le dijiste sanatorio se van a ir al Sanatorio Wilde.

—Ahí nació el Christian, el maior tulio, le sé bien.

—Adiós nunca le digo al amigo. Hasta luego, se dice.

—Hata siempre, Gabriel Arcángel, mi hermano lalma.

Me bañé y me vestí con una ropa liviana de blanco lino que había comprado en Colombia. Puse dinero, el cuaderno del Ángel con lápiz y miga de pan, y tres dientes de Dracu en una bandolera superhippie que me había comprado en la recorrida de ropa mi recientemente perdida María. Y con unas incuestionables Nike azules (tengo los pies planos y no iba a ser cosa que por hacerme el John Lennon terminara rengueando), salí del hotel y caminé hacia el Paraná.

En verdad, en Rosario, uno siempre camina hacia el Paraná ya que el río es omnipresente. Hacía calor pero necesito recordarlo levemente frío. Estaba fresco, entonces, en esa Pascua de pandemia. Los mosquitos entrerrianos, como siempre, cruzándose a atacarnos a los rosarinos a falta de turistas porteños. Y más allá todos los lugares donde la humanidad se estaba desdibujando. Caminé en el perfecto mediodía a la sombra de una humedad surrealista. En teoría nada podría ser más húmedo que el agua misma, bueno, Rosario puede serlo. Rosario puede ser incluso más húmedo que Rosario.

La mirada en lo marrón del río, el agua calma, el agua femenina, el puente a Victoria que

funciona como la estrella polar. Tuve una ráfaga de optimismo, algo tonto pero que me hizo inflar el pecho. No sé, de golpe algo me hizo sentir un ser ilustre, importante, como si fuera el protagonista de una película sobre mí mismo, sobre la gloria de ser lo que yo era en ese momento. Las calles estaban bastante desiertas, y supuse que la gente estaría ya dando vuelta el asado de las Pascuas en las parrillas. Y aunque yo, en ese momento, caminaba solo y anónimo, sentí que todo a mi paso me saludaba.

"Ahí va Gabriel Reyes" parecían decir las sillas de los bares cerrados. "Ahí va, ahí va", decían los árboles, los bancos de plaza, y sobre todo el río: el soberano Paraná. "Ahí va Gabriel Arcángel Reyes, el primer rosarino por adopción, el primer hombre que elige a nuestra ciudad y que no piensa que estamos a 300 kilómetros de las oficinas de Dios".

Mi cabeza de catapulta duró cinco cuadras, nada más, pero fueron las mejores cinco cuadras de mi vida ficticia. Nuevamente antes de los cien mil escalones del parque me agoté de mis pensamientos y del viaje. Un tramito más, Gabriel, me dije. Mínimo. Tres parejas que paseaban aparentemente juntas me miraron. No llevaba barbijo tan solo porque no me había dado cuenta. Los marcadores del correcto 911 masculinos comentaron algo. Iban a mandarme la cana, seguro. Uno me señaló la boca y yo le tiré un beso con la mano. El 911man pareció desconcertarse. Pensé que me mataban a trompadas pero siguieron ruta. Vestido como yo estaba vestido imaginé cómo me deberían estar viendo. Un viejo pelotudo y desesperado. Pelotudo y desesperado son palabras que no me angustiarían jamás, pero viejo: un viejo.

Pensé en el señor K, en lo bien que me hizo sentir ese hermano el día en que se enredó con la banda presidencial. Hizo un desastre con la banda y la birome, y después arregló todos los verdaderos desastres. El Néstor, le decía Julia, e irremediablemente suspiraba.

Traté de hacer los ejercicios de respiración que mi querida Amaray me había enseñado en esas mismas veredas. Me sentí mejor y me dediqué a caminar sin pensar ni hacer más estupideces de las que ya había hecho. En el tramo final del viaje quería evitar esa tendencia al sarcasmo que tengo, ahorrarme bromas y sobradas, tratar de evitar la broma, porque la broma es algo que, la mayoría de las veces, debería ser evitado. Porque la vida es un circo ya de por sí, un gran circo de payasos serios que no hacen reír a nadie. Una burda comedia envejecida y vil, que recuerda un tiempo de esplendor con una nostalgia resentida en la comisura de los labios de colágeno.

Caminé y caminé a paso marcial. En un momento caminaba cantando la marcha. No la peronista. La de San Lorenzo. "Febo asoma, ya sus pasos…", iba cantando suavemente y por supuesto que ya iba por la avenida San Martín. Antes del santuario bajé a la arena barrosa y entonces entendí el porqué del nombre Baigorria: granadero Baigorria. ¿Cómo pude ser tan distraído? Ahí estaba entonces yo, en uno de los barrios más bellos de Rosario, bajando hacia donde el agua marrón se acoda y se arremolina, buscando el punto y aparte, el accidente geográfico que me separase por fin de todo lo que siempre me alcanzaba y que ahora había dejado en las escaleras del Parque España.

En la playa, entre el barro, bajo la sombra del puente y unos fragmentos de hormigón armado, unos cangrejos verdes y colorados se desperezaban de lo que, ahora sí, era un considerable calor. Me senté sobre un pedazo enorme de hormigón. Ningún pescador estaba en el agua. Es Pascuas, Gabriel, hoy la sangre de un santo se pinta en los dinteles, y entonces la muerte pasa de vos y de todos los sangrientos señalados. Que pase de mí también, es lo que pedí al cielo.

Los cangrejos parecían felices de amontonarse. Eran muchos más de los que vi en una primera mirada. Confundidos entre el barro y sus semejantes. Dos mujeres rubias, evidentemente una pareja, con tres niñas rubias revoloteándoles los ovarios, caminaban lentamente hacia mí. Tanteé mi bandolera y me puse mis dientes Dracu. Cuando las tuve cerca sonreí y las niñas gritaron horrorizadas, pero entendiendo perfectamente que era una broma. Entre sus gritos y pedidos de auxilio mezclados con risas rebusqué en la bandolera y saqué un barbijo medio maltrecho pero útil al fin y me lo puse. Luego los dos dientes de Dracu que me quedaban. El sol ya estaba en lo que me pareció la una de la tarde, y el no-casamiento era a las 15 horas y tal vez irían algunos invitados. Extendí las dos manos con los dientes plásticos adentro y dos de las niñas, las mayores, que no tendrían más de nueve años, miraron a la pareja. Una de las mujeres me sonrió detrás de su barbijo y las niñas corrieron hasta mis manos. La mujer sonrisa se acercó.

—Hola, qué bueno que sepas sonreír con los ojos —le dije—, me llamo Gabriel.

—Gracias —dijo ella—, soy Celeste.

Me pareció hermoso que no me dijera nada negativo del piropo sencillo y torpe que le había dicho. Había sido arriesgado de mi parte, y hubiese sido fácil para ella descalificarme. Pero no lo hizo. Será que la tal Celeste no era una mujer común. Tampoco yo había dicho “quien quiere Celeste que le cueste”, ya que eso sí hubiese sido para putearme. Mucho menos se me hubiese ocurrido dejar la frase trunca onda los Chalchaleros: “quien quiere Celeste…”; eso directamente es para llamar al 144.

—Son nuestras hijas —dijo la otra, y sonrió—, ¿no es increíble?

—Además de lo increíblemente bellas que son ustedes, usted más que ella —le dije a Celeste —, es increíble que sean tantas mujeres.

—Está claro que nos gustan las mujeres, ¿no? —dijo la que no era Celeste.

—¿Por casualidad alguna de las cinco se llama Dorothy?

—No somos tan obvias.

—Pero son lectoras.

—Sí, pero no odiamos a los hombres —dijo la misma.

—Se dio así —dijo Celeste, y volvió a sonreír—, y acepto el reproche —agregó.

—Las chicas son increíbles —dije.

—Se parecen a la madre —dijo la que no era Celeste.

El comentario me soltó la primera risa real en mucho tiempo. Realmente me pareció perfecto para esta fugaz relación entre ellas y yo.

—Cuidado ahí entre las piedras —dije y me levanté—, hay un cangrejal.

—Gracias —dijo Celeste.

—Suerte —dijo la que no era Celeste. Chocamos los codos y siguieron camino.

Volví a sentarme en la roca del cangrejal. Saqué el cuaderno del Ángel, un lápiz y un pedazo de miga de pan. Recordé una historia que me había contado Walter, un amigo que hace muchísimo tiempo dejé de ver. Seguramente arrastrado por la visión de los cangrejos pero más porque su compañera se llama Celeste y fuimos amigos también. La historia es de unos supuestos cangrejos mexicanos, esos que se cazan y se meten en un balde sin preocuparse de dejar el balde abierto, esos que cuando uno de los suyos quiere salir lo meten de un tirón de patas otra vez adentro.

Pensé en Ángel Barrafranca, mi padre. Estaba en paz con su memoria. Estoy en paz con su menoría. Estás en paz con su memoria, Gabriel Arcángel. Anoté una frase en el cuaderno. Luego otra, y otra. Escribí algo parecido al principio de un poema. Un poema a mi padre:

Padre querido no me olvides
Papá te escribo
para que no me olvides

Ángel de la guarda
dulce compañía
no me desampares
ni de noche
ni de día

no me desampares,
padre
aunque tanto me haya
confundido
y tantas veces haya tomado
el camino
ese
que me alejara de un posible
encuentro con
vos

todo este tiempo tan
desamparado

cada noche cada noche

porque en la luz del día me siento
más seguro
y un poco puedo
dormir

entonces te pido
Ángel
de la guarda
no me desampares
ni de noche
ni de
noche

Ángel padre de la guarda
vieja guardia
masculina
no tan dulce
nada
dulce
a veces
compañía.

Cerré el cuaderno sintiéndome satisfecho. Había escrito un fragmento de algo. No quise volver a leerlo por las dudas. Esas dudas que no puede soportar mi frágil fe. Metí el barbijo, los dientes y el cuaderno en mi bandolera y me fui a comprobar el dato de una pescadería ahí cerca que, además de cocinarme un sábalo como los dioses, vendía una destilación casera de absenta aparentemente digna de los dioses. El dato me lo dio un payaso callejero que se hacía llamar Tomi Páter Foster. Feminista, narigón y ex tartamudo, según se presentaba él, y me dijo que a la absenta le habían puesto por marca El Oro de los Tigres. Eso fue lo que más me tentó. No pensaba subir al santuario. Seguramente mis amigos iban a entender, el Ruso, sobre todo, iba a saber justificarme aunque no hiciera falta.

Llegué a la pescadería y me atendió un hombre de unos sesenta años, de lentes como culos de botella. Me miró, me siguió mirando. En un momento me preocupé un poco.

—¿Va a hablar o qué? —dijo el hombre.

—Disculpe, me gustaría comer algo. Un sábalo si hay, u otra cosa.

—¿Así vestido? ¿Usted es cura?

—No, pero ahora que lo dice, que sea comida para dos, voy a invitar a una persona. ¿Me puede armar una mesita?

—Claro, hoy es la Santa Pascua —dijo el hombre—, pero le voy a dar boga, el sábalo no viene bien, están pescando para los chinos. No sé cuántos miles de millones son y no les pueden dar de morfar a todos. Hay hambre allá.

—Bueno, acá también.

—Acá no come el que no pesca, y acá pescan todos y mal que mal comemos todos. No se confunda —dijo el hombre.

—Disculpe.

—No se disculpe.

—Bueno, ¿puedo hacer alguna cosa?

—Lo que quiera —dijo el hombre, y era claro que me venía sobrando desde antes de conocerlo.

—Dígame, ¿acá hay una gente que vende absenta?

—Ajenjo —dijo el hombre.

—Sí.

—¿Quién pregunta?

—Un cura vestido de blanco que acaba de ser dejado plantado en el altar por su novio —le dije.

—Siendo así —dijo el hombre—, suba una cuadra y doble a la derecha, tercera casa, puerta verde, golpee fuerte tres veces y no pida nada. Pague, agarre lo que le den y vuelva que lo voy a estar esperando con el pescado a las brasas.

—¿Sabe si le pusieron El Oro de los Tigres por Borges o por William Blake?

—No sé quién le da los datos a usted, señor, los pibes que lo hacen tienen un equipo de papi Los Tigres. Y pusieron la destilería con la guita que ganaron en un torneo regional. Eso es lo que yo sé.

—Bueno —dije.

—Es buenísimo —dijo el hombre—, pero hay que saberlo tomar. Ellos le van a dar todo. Vaya y vuelva, por favor.

—Voy y vuelvo —dije —. ¿Me dice cómo le indico venir al amigo que espero?

—Cómo no.

—Espere que enciendo el aparato y le manda un audio explicando. ¿Le parece?

—Cómo no.

El tipo me seguía sobrando, pero bueno, yo estaba siendo demasiado pesado. Encendí el aparato, abrí el contacto de Matías y apreté para grabar. Le acerqué el aparato al hombre serio del Remanso Valerio.

—Metalé —le dije, el tipo dio la indicación a los gritos:

—Dígale al auto que vaya hasta la arenera de La Cruz, entonces ahí se vuelve por Los Plátanos y se baja de este lado. Porque es peligroso de cruzar. Es la única bajada a la playa esta, no puede haber error. El auto queda arriba y tiene que bajar a pata.

Yo agregué lo mío al mensaje y lo mandé.

—¿Le voy dejando pago? —le dije.

—Paga después de comer, como en todos lados.

—Bueno, ya vuelvo.

—Vuelva —dijo. Lo miré, e hice un leve gesto como quien pide piedad.

—Por favor, ya me llevó como chico pal colegio —le dije. El hombre soltó un soplido y una risa y su semblante se volvió risueño y sentimental.

—Vaya, hombre, que acá se lo espera de brazos amigos —dijo, hermoso y ya no tan serio el paisano… ya sabemos el resto de la canción.

Subí la calle y en la esquina, resoplando y transpirado o mojado de aire, no sé bien, busqué la tercera casa y la puerta verde. Era un portón prácticamente recién pintado de verde inglés. Golpeé tres veces y esperé. Cordero de Dios, dije para mí; cordero desterrado y desconocido que el mundo se empeña en asesinar. ¿Se habría ofendido María que no quiso ni saludarme? María, quien al no casarse conmigo iba a convertirse en mi eterna esposa y eterna amante sin que hiciera falta esposarla o amarla realmente. Necesitaba el oro de estos tigres campeones para abandonar el ego y confesar frente a Matías, de una vez por todas, la esencia vil, enferma y falsificada de esa fe que digo, decía o dije tener.

Abrieron una ventanita pequeña y alguien, no sé si un hombre o una mujer, dijo:

—Hola.

—Hola, quiero el combo de Drácula y la minita para llevarme a la playa y lograr apartarme de mi cuerpo y así entonces lograr confesarme, boga de por medio, con un cura que tiene tanto miedo de ser lo que es como yo tengo miedo de ser eso que siempre supuse no ser. O sea, té para dos —dije.

—Ok —dijo la voz de adentro y un poco carcajeó y la carcajada sonó a mujer.

Tardó una nada, y aunque no la vi volver, oí su voz y supe que había vuelto.

—Siete mil —dijo.

—Lo mismo que pagué la lata de diez litros de pintura para exterior más la mano de obra de mi casa —dije.

—Esta es para el interior —dijo la voz, y el que carcajeó ahora fui yo.

Pagué. Pedí disculpas por hacerme el chistoso pero antes de finalizar la cantinela de mi incapacidad de sostener con el pecho lo que suelto por el pico, la persona de adentro volvió a cerrar la puertita. Tardó otra nada y me pasó las cosas. Una bolsa de color verde, luego una botella de color verde, luego dos copas de plástico combadas de color verde, onda coñac pero sin

palito abajo, una bolsita verde más pequeña que contenía varios terrones de azúcar en una bolsita zip. Finalmente, un agua mineral helada en botella verde también.

—Mitad y mitad, la absenta sobre el terrón —dijo la voz— se vuelve lechosa, ese es el ajenjo perfecto.

—Ok.

—No se le ocurra tomarlo puro, son más de noventa grados, quema, hace daño de verdad puro.

—Tranquila —le dije. Preferí usar el femenino sin seguridad de que fuera una mujer.

Con toda la carga de Samael volví a bajar hasta la playa, le hice señas al pescador de que ya estaba de nuevo y me senté en un tronco a esperar instrucciones. No había un alma en esas calles. Saqué todas las cosas y las apoyé en el suelo y el pescador salió enseguida y puso frente a mí una bobina enorme de esas de los cables telefónicos como mesa, que me quedó a la altura exacta.

—Espere un minuto —dijo. Esperé.

Trajo un mantel de esos vinílicos y lo tendió sobre la bobina.

—Ahora sí —dijo—, ¿qué va a tomar? Además del ajenjo.

—Cerveza —le dije.

—Ya le traigo, y en veinte minutos está el pescado, es que tuve que empezar el fuego de cero.

—No hay apuro, muchas gracias —le dije.

El Oro de los Tigres estaba tapado con un corcho casero y sellado con vela derretida. La etiqueta estaba mal impresa pero igualmente el conjunto en sí inspiraba fe. Algo en esa botella, en el interior de esa botella, parecía estar bien. En el peor de los casos iba a servir para desinfectarse las manos ya que la destilación ostentaba 90,4 volúmenes de alcohol cada 100. Impresionante.

Desenrosqué la tapa del agua mineral, quité el corcho de la absenta y vi que entre los terrones había una hermosa minicucharita de alpaca para sostener el terrón de azúcar al prepararlo, para que no caiga en el fondo del vaso. Ese detalle me pareció verdaderamente hermoso. Dejé correr el superlicor por el terrón una vez en cada copa, hasta la mitad, y luego completé la medida de agua helada. No bebí. Me quedé mirando el río, tratando de entender qué era lo que me atraía tanto del Paraná. Más que el mar, más que las montañas, casi tanto como los volcanes, a mí me atraen los grandes ríos. Sentarme y mirarlo. El río pasa y pasa; y yo me siento parte de algo mayor, me siento incluido en algo enorme y amparador, una especie de ser colectivo consciente de su totalidad majestuosa y de sus mínimas partes pero libre de los conflictos del ego. Amparado, sí, esa es la palabra.

Unos instantes después, avanzando desde el puente, pude ver al cura que venía, a Matías. Caminaba descalzo, de pantalones bermudas y camisa de manga corta, sereno, como si estuviera en el Caribe. Tenía unos zapatos náuticos en la mano. Eso me hizo sonreír. Finalmente, justo cuando traían la comida, llegó hasta mí.

—Tenga cuidado, don —dijo el pescador—, hay vidrio y otras cosas, mejor no me ande

descalzo.

—Gracias —dijo Matías.

—¿Durmió bien? —le pregunté.

—Tuteame Gabriel, me llevás quince años.

—Bueno, te tuteo, solo hasta que en la confesión vuelvas a ser el señor cura.

—Dale. Dormí bien. ¿Probaste la arena termal? Es cálida.

—Acá no hay arena termal, creo —dije.

—¿Será?, me habían dicho que sí.

—Dios te va a dejar sin laburo, no le podés creer todo a todo el mundo porque vas a andar absolviendo sin criterio ni sano juicio a cualquiera que te diga que se arrepiente.

—Y más vale, hermanito, así se hace —dijo.

—Ah, es un quilombo —dije.

—Es —dijo, miró las copas y sonrió.

—Te dije que lo iba a conseguir.

—Maravilloso —dijo—, ¿antes o después?

—Antes y después, salud —dije.

—Salud —dijo él y tomamos hasta el fondo.

Entonces nos dedicamos al pescado y a la cerveza. “Carancheando”, dijo Matías que es posadeño y tan dueño del Paraná como de la comida que nos estaban sirviendo.

El pescador trajo más pescado. Y sonrió al ver que estábamos arrasando con la fauna litoral.

—Usted sí que sabe comer pescado —le dijo a Matías—. ¿ Traigo más pan?

—No hace falta, él lo multiplica —le dije.

—No seas boludo, Gabriel —dijo Matías—, traiga, por favor.

—Es de Posadas el hombre —dije.

—Mireló —dijo el pescador, se metió de nuevo en la casa y trajo más pan. Mucho pan.

—Buena gente —dije.

—Es que la gente no es tan mala como vos pensás, Gabriel —me dijo Matías.

—Ni tan buena como vos decís —dije yo.

Terminamos de comer, le conté el origen del nombre El Oro de los Tigres y Matías se mató de la risa.

—De haber sido intelectuales, seguro que lo destilaban deficientemente —dijo.

—Pero bajo normas ISO 9000 —dije yo.

Me dispuse a preparar otra dosis, con todo el ritual, y el cura bendijo las bebidas y volvimos a brindar. Preparé entonces la tercera. Y luego la cuarta, y ahí bajamos a la cerveza completamente colocados.

—Te hice venir hasta acá por nada —dije.

—¿Cómo por nada?

—No hay casorio.

—Nunca hubo casorio, Arcángel Gabriel, pero a la piba la convencí yo —dijo Matías.

—Mis intenciones eran buenas.

—La de mucha gente que hace daño es buena también.

—Y hace buen daño, ¿no?

—Exactamente.

—Entonces viniste a evitar que hiciera buen daño.

—Vine a evitar que conviertas en banal eso que consideras sagrado, nada más.

—Nada menos, querido hermano, padre.

—*Per signum Sanctae Crucis, de inimicis nostris, libera nos, Domine Deus noster. In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amén.*

—Perdóname padre porque he pecado —dije.

—Te escucho, Gabriel Arcángel, te estoy oyendo.

—No es enojo como con Andrea, no es enojo como con mi padre y mi tío Juan y mi abuelo Reyes, es una mínima pero venenosa desolación.

—Miedo, tal vez. El miedo es lo único que se opone al amor, y es un indicador de un conflicto profundo de fe —me dijo.

—Es terror a toda la sordidez que nos rodea, padre, es eso, y voy contra eso no con luz sino con acciones más y más sórdidas que la sordidez que pretendo combatir, con pensamientos más y más oscuros, y me hundo hasta el fondo de esta letrina que tengo en la cabeza. Tengo una letrina en la cabeza —le dije, y cuando pensé que iba a frenarme ahí, el ajenjo, la comida, el río, no sé qué fuerza pero seguro no interior sino externa, de seres ancestrales y amigos que venían a asistirme, una fuerza providencial sumada a la química, me permitió seguir. Y seguí. Seguí. Mucho seguí. Hablé de Julia, de su muerte, de cómo fue a caerse así en la calle, de cómo nadie pudo hacer nada para traerla de vuelta, de cómo me llamaban por teléfono, de su cuerpo en una morgue, de su juventud en un cajón, de sus ojos bajo tierra. Y de todo-todo-todo lo que me hacía falta tenerla y de todo-todo-todo lo que me va a hacer falta tenerla de acá hasta mi bienaventurada muerte. Hablé sin que mis palabras me conmovieran un mínimo. Hablé casi técnicamente de su muerte y de su ausencia, y de cómo su ausencia me susurraba palabras acerca de la ausencia de Dios. Cómo ese espacio que ella había dejado entre mi cuerpo y los cuerpos de las otras personas había puesto de manifiesto la distancia desde la cual yo me seguía relacionando con mi Dios, con mi fe. De cómo el vacío que había dejado su muerte en mi vida ilustraba la nada que era mi vida, revelaba una realidad, mi realidad, que estaba cabeza abajo, patas arriba. Hablé y hablé y hablé… Hasta la siguiente señal de la cruz junto al aceite sobre mi frente inclinada.

Con el quinto ajenjo pagué la cuenta y nos fuimos juntos con el padre Matías a los Elíseos. Bajamos a la arena y me sentí exhausto. Creo que el peso de mis tormentos también agotó las energías de ese gran amigo mío. Nos quedamos en silencio, sentados en la arena, contemplando las islas de la otra orilla, yo, y vaya a saber uno lo que él contemplaría. Rosario es una ciudad frente a lo imponente de la naturaleza, es una ciudad única.

De golpe se levantó y me dijo que iba a pedir prestado el baño. Vi cómo un carrero castigaba no tan suavemente a un caballo pinto igual al caballo del general Perón. El caballo apenas podía con el peso del carro, o de la carreta, de ruedas de madera y acero pesadas, antiguas, que se hundían en la arena y hacían doblemente bestial el esfuerzo. El caballo resoplaba y el verdadero animal castigaba y yo me paré también, porque el espectáculo se estaba haciendo intolerable. El carro se trabó del todo, el carrero bajó de su asiento y tomó al caballo del bozal. Lo insultó, y mientras le daba fustazos en el cogote lo tironeaba tratando de que sacase el carro de ese pozo de arena fangosa. Pensé en Nietzsche, quebrado al abrazar a un hermano caballo, dejando atrás al hombre viejo, pero errando la puerta hacia una nueva conciencia y abriendo la puerta hacia la locura.

—Eh —grité—, eh, carrero.

El tipo se dio vuelta. Me miró. Avancé hacia él y le hice una seña, parecía un hombre amable, un hijo de mil putas amable, pensé.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—Le compro el caballo y le compro el carro —le dije—, pero el carro se lo vuelvo a regalar, se lo dejo libre acá mañana por la mañana.

—No sirven ni uno ni el otro, paisano —me dijo—, no le voy a mentir.

—Por eso los compro, se va con el cura y el cura le paga cincuenta mil pesos en un hotel, acá nomás.

—¿Qué cura?

—Muchas cosas, pero ahora viene, fue al baño.

—Setenta mil —dijo el buen hombre del campo que trabaja de sol a sol y que tiene esa cosa buena e inocente de toda la gente del interior y yo, conmovido ante tal acto de generosidad campera, le dije que estaba bien.

Nos estrechamos las manos y me dijo el espantoso nombre del caballo que ignoré porque quería rebautizarlo yo mismo. Matías ya estaba al lado escuchando. Le di veinte mil pesos y me quedé con algo yo, porque al viaje le quedaba un pequeño tranco aún.

—¿Podrías sacar el resto de la caja de seguridad de mi cuarto? —le dije a mi amigo.

—¿Qué me perdí? —preguntó él.

—Compré al animal —dije. Matías me miró—. Al caballo —aclaré.

Mi amigo me clavó la vista: me conocía bien y yo estaba al borde nuevamente. Le pasé el código numérico de la caja de seguridad y me dijo que no había problema.

—Lo hago y me voy, sabés, hermano —dijo.

—Gracias por salvarme.

—No exageres.

Me costó unos pocos minutos sacarle la duda al carrero de que no lo estaba estafando. Además, hasta dónde podía llegar yo con un carro y un caballo agotado. Pero el factor determinante fue cuando se dio cuenta de que Matías era cura. No solo por el cuello clerical que llevaba puesto sino porque cuando me bendijo a mí y a mi nuevo caballo se colocó la estola púrpura. El carrero se sacó el chambergo en el acto y adoptó una posición un tanto genuflexa.

—Van en su auto, lo tiene acá arriba. Pero usted se vuelve solo.

Se fueron los dos. Y yo tardé como una hora en desenganchar al caballo. Y tardé una hora porque en un momento me vio el pescador y vino a ayudarme. De lo contrario estaría aún en ese trance.

—Si desengancha al animal, al carro de acá no lo mueve nadie —me dijo.

—Mi caballo se llama Del General, y ni a él ni a mí nos importa este carro repleto de mierda —le dije.

—De ser así —dijo el hombre.

—Llevesé todo. Del carro también, todo lo que le interese, menos el carro —dije—, lo compré con la condición de devolverlo. Del General es mío, pero seguramente lo voy a dejar acá, libre.

Le quedaron solo las riendas y lo llevé por la arena al río y nos metimos juntos en el agua hasta las rodillas. Lo mojé y lo refregué y le canté varias canciones: algunos tangos, la marcha peronista dos veces, y Del General respondía con resoplidos y hasta un intento de relincho. La luz estaba casi extinguiéndose. Me dio hambre y, de golpe, frío. Salí del agua dejando a mi compañero a su antojo. Fui hasta el carro y me sequé con una frazada vieja y me envolví en arpillera. Me saqué los pantalones mojados y me dejé la frazada de pollera. El hombre de la pescadería apareció con unos pantalones Ombú de trabajo.

—La pollera le queda bien, pero póngase estos —dijo—. Si necesita otra cosa sabe dónde estoy.

Tenía razón el hombre al cual nunca le pregunté su nombre. Me di cuenta de que, travestido, me sentía muy bien, que iba a empezar a vestirme con ropa de mujer cada tanto. Me había quedado un poco de absenta en la mesa de la pescadería y fui a buscarla sin ponerme el Ombú.

Tomo un pequeño trago de absenta puro y me hierve la tripa del esófago y la panza se me llena de fuego y el fuego me baja hasta el mismísimo culo. Del General en el agua dulce parece feliz porque se mete más y más. Las corrientes opuestas del río en el remanso son peligrosas, provocan remolinos y corrientes que empujarían a cualquiera hacia el fondo. Pero Del General es un caballo serio y acabamos, juntos, de quebrar su destino de morir tirando miserablemente de un carro miserable. El hombre es el culpable de todos los males de la Tierra y la mujer es su cómplice. El hombre trajo la grandeza y la miseria y la mujer la palabra y el silencio. El hombre

arrastró a los más bellos animales a su propio destino de grandeza o de miseria y la mujer no solo miró, sino que cantó o calló, cómplice necesaria de ese crimen. Pero siempre es peor la naturaleza, pensé. La naturaleza es el punto medio, el punto cero: el talento enterrado y devuelto intacto al dueño de la tierra. Anhelo la grandeza, pero prefiero la miseria, la derrota de la dignidad al empate de la naturaleza.

Del General sale con dificultad del agua, las patas blancas del hermoso pinto están ahora marrones de barro. Se sacude como un perro, de lejos parece un dálmata gigante. Yo sé que está feliz. No sé si podrá escapar de este carro sobre el cual me siento ahora. Tal vez alguien lo meta otra vez a empujar mierda, otro juntador de mierda, o tal vez no, tal vez un ángel se lo lleve de una vez y para siempre. Pido que un ángel se lo lleve y cae la noche en esta playa rosarina del Remanso Valerio. Hay luna, por suerte.

Me quedo entredormido y un niño morocho, como un trocito de carbón, me despierta con un grito lejano. Se acerca desde el lado de la pescadería al dálmata que es mi caballo. Lo toma de las riendas y me doy cuenta de que riendas incluye freno y que "freno" es el eufemismo gaucho de un enorme aparato de fierro entre los dientes del animal. ¿Qué clase de enfermo inventó semejante aparato?

El chico trae a Del General hasta mí. Cuando están al lado me doy cuenta de que el chico no es tan chico, debe tener al menos doce años, tal vez trece, tal vez quince. Se nota que conoce hace años el trabajo y la dificultad, en los ojos y en las manos es donde eso siempre se nota.

—¿Es suyo el pinto, don? —me pregunta.

—Es mío, pero no me gusta que Del General tire de un carro —digo—. En verdad no me gusta que nadie tire de un carro porque no me gustaría a mí tener que tirar de un carro.

—Soy Alfredo, don, soy boyero en San Lorenzo.

—Pero falta mucho para que Febo asome —le digo.

—Pero está ahí siempre.

—Es verdad, Alfredo —le digo.

—Es lindo Del General —dice.

—¿Y qué hacés tan lejos, no te enteraste de que está prohibido por la pandemia?

—¿Prohibido por quién, don? —me pregunta sinceramente, y me doy cuenta de que ni se había enterado de que la humanidad estaba en jaque por una especie de krill venenoso del aire.

—No me hagas caso —digo.

—No sé nada, don, caminé y caminé, tuve un problema allá y no pienso volver por ahora.

El caballo le da varios besos en la nuca y el chico estornuda. Juntos me parecen perfectos, los dos. Siento las gotitas de su saliva mezcladas con las gotitas de río salpicarme levemente la cara. Me doy cuenta de que prefiero la muerte al barbijo o el saludo de los codos; si esta octava pandemia no se terminó que termine de una vez y para siempre conmigo. Después aflojo, es que de un tiempo a esta parte yo preferí la muerte a muchas otras cosas. No hay que tomarte tan en

serio, Gabriel Arcángel, pienso. Mejor el barbijo, así de paso cerrás un poco la boca.

—Te regalo a Del General si me prometés que nunca va a tirar de un carro.

—No es un caballo de tiro, don, eso yo lo sé, le revienta los riñones un carro tan pesado.

—Eso, no queremos que se le revienten los riñones. No hay montura, tenés solo esto.

Le tiré unas mantas gruesas que había en el carro. Alfredo las acomodó en el lomo de Del General y luego vino a mí y me estrechó la mano.

—Palabra de hombre —dijo.

—Palabra de niño —digo yo y él sonríe una sonrisa sin paletas pero igualmente hermosa como la de mi ex no mujer, María.

—¿Sabés que hoy es Domingo de Pascuas? ¿Sos creyente?

—Esta es la Virgen Niña —dice y me muestra una medalla de plata que le cuelga del cuello mediante un cordón negro de hilo.

—Entonces sabés.

—Mi mamá sabía, mi mamá se volvió al Paraguay.

—Me gusta mucho la gente paraguaya —le digo—. Las mujeres sobre todo.

—Yo voy a juntar plata para ir.

—Claro. Juntá plata —digo—, tenés que ir.

—Yo me quedo acá con mi amigo —dice el chico y acaricia a Del General—, hasta que la muerte nos separe.

—Vas a necesitar plata para Del General, hasta que consigas trabajo.

Meto la mano en la bolsa y tanteo lo que me queda. Saco algo de plata que no es mucha, que no es tampoco poca. Habré sacado un poco más de cinco mil pesos. Extiendo la mano.

—No soy de aceptar dinero por nada, don, disculpemé.

—No te lo estoy dando a vos, te encargo el trabajo de engordar un poco a Del General, está flaco. Comprale alfalfa o algo que le guste mucho.

—Alfalfa y manzanas le voy a comprar, y maíz —dice, y la sonrisa le ilumina la cara.

Toma el dinero y sin contarlo lo mira, luego me mira.

—Es mucho dinero —dice.

—Están los dos muy flacos.

—Gracias —dice y mete el dinero en un bolsillo de la bombacha de campo—. Me gusta mucho Rosario —dice.

—Allá enfrente está Entre Ríos y si seguís llegás al río Uruguay —le digo.

—Me gusta más el Paraná, es la mejor gente que hay, la de este lado —dice.

—Y acá estás, más vale —le digo—, sos muy inteligente, te va a ir bien en la vida.

—Mi mamá festeja mucho la Pascua, don —me dice—, pero yo siempre me olvido cuándo es la fecha.

—Es que no es la misma fecha, por eso te pasa —le digo.

—¿Y entonces? —me pregunta él, con la infancia y la curiosidad de sus ojos.

—Es fácil, siempre cae el primer domingo luego de la luna llena, después del equinoccio de marzo.

El chico me mira como si le hubiese hablado en chino.

—¿Sabés lo que es el equinoccio?

—Ni cerca, don.

—Es muy fácil: dos veces al año, una en marzo y otra en septiembre, el día y la noche duran exactamente lo mismo, ese es el equinoccio. Se trata de mirar el reloj, nada más, cuando la fecha se acerca. Ahora rajá, antes de que te llene la cabeza con más de estas mierdas que a nadie le sirven para nada.

Mi Alfredo monta de un salto y juntos galopan hacia el norte con Del General. Los miro alejarse hasta que se pierden de vista. Hermosos los dos juntos, lo opuesto al carro, lo opuesto al deprimente espectáculo de un partido de polo: ninguno de raza, ninguno de alcurnia, pero el uno para el otro hasta que la muerte los separe.

Tardé mucho en darme cuenta de la belleza de este lugar sencillamente porque mi padre lo amaba: mi padre amaba a Rosario con la misma pasión que amaba a Mar del Plata. Entonces en un principio lo ignoré, al igual que ignoré Mar del Plata, con una intensidad proporcional, o mayor aún que la pasión de mi padre. Según mi padre, si algo demostraba la lógica de un constructor, su destreza, esto era la estructura de su obra y los detalles de terminación. El choque entre una ciudad tan grande y el río y sus islas entrerrianas enfrente que son, en definitiva, el choque entre el verde y el marrón, es magnífico. Ángel Barrafranca, mi padre, decía que eso demostraba la magnificencia de la madre naturaleza. Así llamaba él a Dios: Madre Naturaleza. Y toda la razón estaba de su lado. Lo respaldaba su propia estructura, la estructura de un hombre que había hecho trabajos perfectos, trabajos que en la mayoría de los casos lo habían sobrevivido a él. Mi padre fue entonces una especie de madre naturaleza de mi mundo también. Pero, sobre todo, del mundo de Julia.

Me dijo una vez mi abuela Costa, la madre siciliana de mi padre, que cuando una estrella parpadeaba era porque Dios había atendido una plegaria. Recostado sobre el carro, al amparo de esa no-luna que es la luna nueva, yo aguardaba, sereno, ebrio y cansado, mi tiempo de resurrección.

Sentí el galope otra vez venir hacia mí y no me incorporé. En un momento, la silueta de la cara de mi Alfredo reflejó en los dientes una sonrisa iluminada por un foco municipal. Sonreía desde el lomo de Del General. Dijo “hola” y dejó caer una bolsa sobre el carro, suavemente, a mi lado.

—Es pan, queso y vino, don, para que tenga algo que comer, y para que me diga su nombre.

—Me llamo Gabriel Arcángel Reyes —le dije—, pero mi único amigo me llamaba Demencial.

—Ahora sí que me voy, don Reyes, y sepa que acá tiene dos amigos más, Alfredo Barrientos y Del General, los dos de San Lorenzo.

Creo que Del General hizo una reverencia, pero seguro que fue una alucinación.

Pasé esas horas en esa realidad vaporosa que deja el ajenjo. Me dormí en varias ocasiones y al despertar la última vez tanteé el vino en la bolsa, un vino blanco de cartón. Mordí el cartón y le hice un pico.

—Felices Pascuas, Alfredos —dije.

Bebí acostado como estaba y me derramé un poco en la camisa. El aire tenía la temperatura

perfecta y el vino era bueno, más que bueno, dulce y suave; o habrá sido la sensación en mi garganta, agradecida luego de la dosis de absenta pura que había intentado tragar.

No iba a comer ni el queso ni el pan esa noche. Cristo había vuelto de los infiernos liberando a las almas de los tormentos propios del pecado. No del infierno sino de los infiernos, ahora entendía, el infierno personal que cada condenado ha tejido para su propia eternidad.

El cielo estaba repleto de estrellas, una inmensidad para mirar. Reconocí el parpadeo de una y pensé que había presenciado algo único. Pero luego fue otra y otra; muchas estrellas estaban parpadeando. Tomé más vino y me di cuenta de que casi todas las estrellas que eran visibles en esa noche pascual parpadeaban de vez en cuando.

Tomé unos billetes de mi bolsa, no sé cuántos, y los solté al aire. Dinero al viento. Papeles al viento. Papeles pintados al viento. Tu fe es otra, Gabriel Arcángel, dije, y la siguiente palabra surgió sola: “Enfermero”, esa palabra surgió. Eso es lo que querés ser, lo que siempre quisiste ser, enfermero. Ni médico, ni escritor: enfermero. Y otra estrella titiló y decidí que cualquier estrellita podía ser la mía, pero tan solo transitoriamente, una estrella adoptada a la espera de mi estrella real: La Estrella.

Me puse a contar las que titilaban, tratando de no darle lugar a un llanto que podía haberlo arruinado todo. Pero debían ser cientos o miles de estrellas las que eran ahora plegarias atendidas, plegarias de las que Dios se había apiadado y que estaba atendiendo en ese mismo momento, desde esta noche tan oscura.

Entonces pensé en los deseos de la gente, y los supuse nada variados; a decir verdad, supe que serían los mismos deseos de siempre. Deseos que nada tenían que ver conmigo ni con mi amada Julia, deseos que en nada coincidían con el único deseo imposible que jamás me atrevería yo a pedir. Pasé entonces ahí la noche; esperando al lucero de la mañana. *Dies iræ, dies illa,* en que el mundo se reducirá a polvo frío. Y la trompeta resonará terrible por todo el reino de los muertos, para reunirnos a todos ante el trono. Acuérdate de mí ese día, Señor, acuérdate de mí, piadoso Rey. Yo que fui y que soy la causa de tus penas, tu dolor y tu calvario. Pero que muchas veces fui luz, reflejo de Tu Luz, tenue arco iris de Tu Santo Espíritu. Y que llevo y llevaré, grabada en mi memoria aun de muerto, la promesa que un lucero me hizo alguna vez, la esperanza de que todo lo que perdimos en el fuego lo encontraremos finalmente en

l

a

s

cenizas.

El origen de la alegría

“Entonces Tomás, llamado el Mellizo. Dijo a los otros discípulos:
—Vayamos todos a morir con él”.

Refiriéndose a Lázaro, Evangelio según San Juan 11-16

Fue un año antes del golpe militar, una tarde de marzo, previa al cumpleaños de papá. De esas tardes de otoño que aún parecen verano y que anuncian siempre que el invierno va a ser duro, tal vez durísimo, y por eso los chicos salíamos a bebernos hasta la última gota del día, como si quisiéramos recoger todo el sol que nos fuera posible antes de que nos sea vedado por el frío.

Alejandro nos miraba, sentado en cueros en el umbral de la puerta de casa, y yo llevaba a Julia en su carrito en un circuito de fórmula uno que había diseñado para ella. Ella tendría menos de dos años, supongo, y papá estaba enfrente, en su taller, y mamá un poco deprimida como acostumbraba estar luego del nacimiento de Julia. El circuito parecía más de cros que de F1, ya que las veredas no estaban del todo sanas.

La idea era ir desde casa hasta la esquina pero sin cruzar la calle y lo más pegados a la pared para volver por el otro lado. Siempre trazando un circuito que habíamos imaginado, que yo había imaginado y que Alejandro, que era mayor, había aprobado. Había que hacerlo cada vez más rápido, y él debía contar el tiempo mentalmente como en una prueba clasificatoria real. Alejandro me había dicho que no quería que diéramos la vuelta a la esquina para no perderme de vista; y si bien yo no tenía por qué hacerle caso a mi hermano, tan solo once meses mayor, cuando se trataba de Julia todas las reglas me parecían bien: era la nena más hermosa del mundo. Y tanto Alejandro como yo nos habíamos vuelto muy desconfiados de la gente, ya que la abuela nos había metido en la cabeza que a una nena tan linda la podían robar los gitanos.

Yo iba y venía cada vez más rápido y rápido y rápido. A veces papá salía del taller, en la vereda de enfrente, y nos miraba. Pero no decía nada, porque todos amábamos las carreras de autos, solamente le hacía una seña a Alejandro y él le devolvía la misma seña. Justo en una de las vueltas donde yo iba relatando la carrera, escucho la bocina del triciclo de La Perla, que en otoño salía a vender los sanguchitos de helado solo cuando el sol rajaba la tierra. Frené de golpe y volví despacio al lado de Alejandro justo cuando el colorado Vicente dejaba de pedalear el triciclo de la heladería y lo subía a la vereda del taller. Racing le había ganado a Independiente y tanto el colorado como yo éramos de Racing, mi papá y Alejandro, todo el mundo lo sabía, eran de Independiente. No éramos de pelear por fútbol, eso es de gente estúpida, decía papá, lo mismo que tocarse la rodilla izquierda frente a una persona pelirroja como Vicente, aunque yo por las dudas me la tocaba. Lo bueno es que todos éramos hinchas de Ferrari sin excepción, y en esa época también del Lole, que estaba en Brabham y que se venía ubicando bien por más que muchos dijeran que ya era grande para la fórmula uno.

Vicente entró al taller y nos llamó a mi hermano y a mí. Yo dejé a Julia en la puerta de casa, trabé con una piedra la ruedita tal cual lo hacía papá con el camión o el acoplado y la Rastrojero, y cruzamos. Magán era una calle muy tranquila, casi nunca pasaba nadie porque la avenida Belgrano todavía era angosta y empedrada, y entonces todo el mundo iba o volvía de la costa o del sur por la avenida Mitre, que decía papá que era también la Ruta Nacional Nº 2.

El colorado nos dio un helado de los grandes y de los gustos que él sabía: chocolate y limón, que son la mejor combinación del mundo y que según el colorado Vicente son los que delatan a los helados truchos.

—A vos te di choco y limoncito suave —dijo Vicente y me guiñó un ojo.

Es que así, según él siempre me contaba, era como llamaba yo de chico al ananá, que es el gusto frutal que más me gustaba. Volvimos a cruzar y nos sentamos al lado de Julia, que dormía con el sol en la cara y, a causa de ello, con el ceño fruncido. Pensé que se había enojado.

—Se enojó, Alejandro, mirá —dije.

—No seas tonto, Gavilán —me dijo mi hermano—, bajale la visera para que no le dé el sol en la cara.

—Mamá dijo que es morocha y con las cejas negras y que el sol en la cara no le hace nada.

—Sí, pero no el sol del mediodía, para eso necesitaría la máscara de soldador de papá.

Me había olvidado de eso. Salí corriendo y le pedí a papá la máscara de soldador y nos pusimos a mirar el sol de frente. Mirar el sol con máscara de soldador es algo alucinante, el vidrio se llamaba ónix con algo más y se podía ver con claridad cómo de a poquito el sol se movía.

—Se ve cómo se mueve el sol —le dije a Alejandro.

—La que se mueve es la Tierra, bruto —dijo él.

Pero yo sentía a la Tierra quieta. Una maestra me puso como ejemplo que si yo iba en tren a mucha velocidad, no podía sentir el movimiento. Pero comprobé que era una mentira total; cada vez que viajé en tren, bien que pude sentir cómo se movía. Entonces las maestras decían lo mismo que del tren, pero de volar en avión. Eso no lo pude comprobar nunca, ya que ni ellas ni nosotros habíamos viajado alguna vez en avión.

Antes de terminar el helado, Julia se despertó, pero seguía con esa cara seria de sol, así que con una mano retomé mi circuito de fórmula uno despacio, y esta vez diciendo que era Fangio en la carrera de Monza. Me entusiasmé y una o dos veces doblé rápido, con una mano, dejando el carrito en dos ruedas, muy preocupado de no tirar el helado que tenía en la otra mano.

—Despacio, Gabriel, que la vas a tirar —el grito de papá vino desde la puerta del taller.

Frené y miré cómo, en dos patadas, papá le arreglaba a Vicente uno de los parantes del techo de lona. Todo el mundo paraba en el taller para que papá le arreglara cualquier cosa, cualquier cosa, por más que era un taller de bobinados de dínamos y alternadores. Lo que pasa es que papá era un genio, indudablemente.

Cuando terminé el helado miré las tapitas comestibles del sanguchito: estaban negras de la mugre de mis manos y las tiré. Alejandro se las comía igual y yo le decía que era un asqueroso.

Fui y vine a mil por hora y con la visera baja no podía ver si a Julia le gustaba, pero cuando frenaba me daba cuenta de que movía frenéticamente las manitos y las patitas. En la tercera vuelta, llegando al lugar de la curva cerrada, pisé la tapita de helado que yo mismo había tirado y volé para atrás y el carrito para adelante. El golpe que me di fue bien duro y la espalda me dolía como si me la hubiera mordido un perro. Tardé en reaccionar y entender que me había caído arrastrando a Julia en la caída. Sentí una especie de quejidito agudo que venía del carrito, que había quedado, también de espaldas, unos tres metros delante de mí. Julia no se veía así que al menos no había salido volando como yo. De golpe siento los pasos de alguien que corre y no me animo a pararme. Era Alejandro, luego llegaron papá y Vicente. No sé cómo no me largué a llorar.

—Te mataste, boludo —me dijo Alejandro cuando siento que papá nos llama.

—Vengan a ver esto —dice papá.

Me paro y voy. Los cuatro, Vicente, papá, Alejandro y yo, no lo podíamos creer: Julia estaba a las carcajadas limpias. No era sonrisa ni mueca, eran carcajadas con sonidos y ahogos de felicidad. Carcajadas que no paraban. Ahí me di cuenta de que por suerte la habíamos atado con un cinturón viejo y que tal vez por eso no había volado del carrito. Su risa no paró, ni sus pataleos tampoco, una risa que crecía y crecía, una risa que mantuvo toda la vida, mi hermanita, que hizo que muchas veces nos tuviéramos que cuidar de hacerle bromas porque no iba a parar de reír e iba a hacer que todos, mientras comíamos, nos descompusiéramos del estómago de tanto reír. Y entonces papá dijo algo que no voy a olvidar jamás.

—No solo nació la primera piloto de la familia —dijo papá—, sino que también Julia nos acaba de mostrar el origen de la alegría.

Agradecimientos

A la ciudad de Avellaneda.
A la ciudad de Rosario.
A todos mis talleristas.
A Iñaki y Osky por el apoyo y el cuidado.
A Jorge Ferraresi y Magdalena Sierra por mi ciudad Avellaneda.
A Federico Ferchero.
A Fabio Wasserman.
A Leo y Sebas Ronchetti.
A mi madre.
A Matías Colángelo por su escucha y guía.
A Viviana Fernanda y Camila de la Capilla, por todo el cariño.

El más especial de los agradecimientos para Julieta Obedman, mi amiga y editora, por entender mi literatura mejor de lo que yo la entiendo, y hacer posible que el lector se lleve algo bueno de estas páginas. Y para María Colaneri, por su crítica y ayuda en la versión definitiva.

Un soberano agradecimiento a mi hijo Nuncio Petitto, por hacerme entender la dirección del texto cuando todavía era apenas una ilusión en mis dedos.

A la Virgen María en todas sus manifestaciones.



«Yo voy a inventar la noche, hermanita... voy a llenar el Remanso de luces y música orillera, a puro sapucay, pura serpentina y a puro carnaval carioca.»

Gabriel Reyes, el recordado protagonista de *El origen de la tristeza*, vuelve con una historia de viaje y de duelo: su hermana menor muere de manera inesperada y Gabriel, roto, loco, desesperado, emprende una aventura que lo lleva de Buenos Aires a Rosario. Lo acompaña su entrañable amigo Alfredo, que lo conoce perfectamente y sabe anticiparse a los caprichos y deseos del narrador.

Durante ese viaje alucinado, Gabriel se encuentra con amigos, prostitutas, policías, una perra, un cura, un caballo, pero también con fantasmas del pasado: su primera novia, los amigos de la adolescencia, la madre de su hijo mayor.

Mientras trata de entender el porqué de esa inexplicable, lacerante ausencia, recurre a las drogas y al sexo, a la religión y a la amistad, en una novela inolvidable que nos trae de vuelta a uno de los personajes literarios más convocantes y leídos de los últimos años.

«La herencia de Roberto Arlt destella por primera vez en la literatura argentina.»

ELSA DRUCAROFF



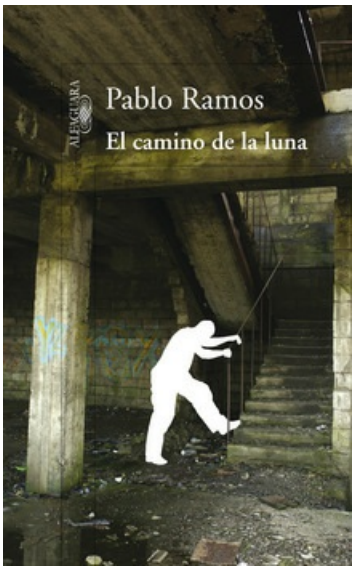
PABLO RAMOS

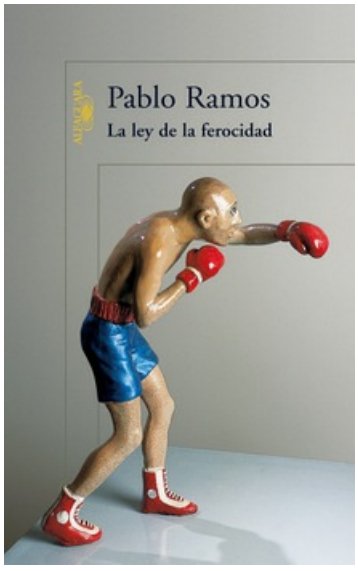
Nació en 1966 en Avellaneda, provincia de Buenos Aires. Es autor del libro de poemas *Lo pasado pisado* y de las novelas *El origen de la tristeza, La ley de la ferocidad, El sueño de los murciélagos*, que recibió el galardón The White Ravens, y *En cinco minutos levántate María*. *Cuando lo peor haya pasado* obtuvo el primer premio del Fondo Nacional de las Artes en 2003 y el primer premio Casa de las Américas, de Cuba, en 2004. Publicó también el libro de relatos *El camino de la luna* y el de crónicas *Hasta que puedas quererte solo*. Su obra ha sido traducida al francés, al alemán, al serbio y al inglés. Como músico, lidera la banda Analfabetos y es coautor de las canciones de *El hambre y las ganas de comer* (nominado al Premio Carlos Gardel 2011), con Gabo Ferro. Como guionista, mereció el Premio Ópera Prima del INCAA por *El estaño de los peces*, basada en *El origen de la tristeza*, junto con Oscar Frenkel, y los premios Tato, Martín Fierro y Argentores al mejor guion televisivo 2015 por *Historia de un clan*. Escribió y condujo *Animal que cuenta*, emitido por canal Encuentro.

© Nora Lezano


ALFAGUARA
Pablo Ramos
Hasta que puedas quererte solo
Narrativa Hispánica
2032209


ALFAGUARA
Pablo Ramos
EL SUEÑO DE LOS MURCIÉLAGOS


ALFAGUARA
Pablo Ramos
El camino de la luna


ALFAGUARA
Pablo Ramos
La ley de la ferocidad


ALFAGUARA
Pablo Ramos
Cuando lo peor haya pasado


ALFAGUARA
Pablo Ramos
El origen de la tristeza



Otros títulos del autor en penguinlibros.com

Ramos, Pablo
El origen de la alegría / Pablo Ramos. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alfaguara, 2021.
(Hispánica)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-738-844-2

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863



© 2021, Pablo Ramos
© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Imagen de cubierta: Pablo Suárez, *Florero con hojas*, 1976.
Foto de Gustavo Sosa Pinilla, cortesía Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires (Malba)

Edición en formato digital: diciembre de 2021
© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-738-844-2

Conversión a formato digital: Libresque

Facebook: penguinlibrosar
Twitter: penguinlibrosar

Instagram: penguinlibrosar

Índice

El origen de la alegría
Dedicatoria
Desde esta noche tan oscura
El origen de la alegría
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre el autor
Otros títulos del autor
Créditos